

GVILLERMO DE SAINT-THIERRY

DIALOGO
C_N DIOS +
MEDITATIVÆ ORATIONES

SACRAMENTO & ALTAR

PADRES CISTERCIENSES

GUILLERMO DE SAINT-THIERRY

Destacada personalidad del siglo XII, nace en Lieja hacia 1070, estudia en Reims y Laon con san Anselmo. Abandona el siglo haciéndose monje en la abadía benedictina de Saint-Nicase en Reims; de ella se traslada a la cercana de Saint-Thierry. En 1121 es electo abad de dicha abadía, cargo que desempeña hasta 1135, momento en que decide ingresar a la entonces nueva y pujante Orden Cisterciense. Lo hace en el recién fundado monasterio de Signy, en donde muere en 1148. En 1215 sus restos fueron exhumados y colocados en el oratorio de Signy; para entonces esto equivalía a la beatificación.

Dotado de un rico temperamento y clara inteligencia, nos ha legado una valiosa producción literaria. Considerado uno de los hombres más doctos de su época, ha sido llamado el Doctor del Amor por su apasionada e insaciable búsqueda de Dios. Al íntimo conocimiento de la Escritura y los Padres de la Iglesia, se suma una singular capacidad teológica al servicio de la verdad y la experiencia mística que desea comunicar y transmitir.

DIALOGO CON DIOS es el testimonio íntimo de su afanosa búsqueda; espejo de su alma nos cuenta su camino hacia la unión transformativa mediante expresiones y símbolos bíblicos. Todo él es escuela de oración.

SACRAMENTO DEL ALTAR es un breve tratado sobre la Eucaristía. Ejemplo de "teología monástica", el autor procura la inteligencia de su fe a partir de diversas sentencias de los Padres. Unión de teología y espiritualidad.

Diálogo con Dios
Sacramento del Altar

GVILLERMO DE SAINT-THIERRY

DIALOGO
6_N DIOS +
MEDITATIVÆ ORATIONES

•

SACRAMENTO E ALTAR

2

PADRES CISTERCIENSES

*Publicación del Monasterio de Ntra. Sra. de los Angeles
Casilla 34 - 7300 Azul - Argentina*

1977

548

guia
S.C.2

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

PUEDE IMPRIMIRSE

† Mons. Manuel Marengo

Azul, Navidad de 1976

Tapa: Monjas benedictinas de Sta. Escolástica.

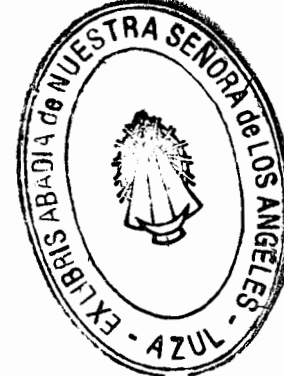
NUESTRA SEÑORA DE LOS ANGELES
MONASTERIO CISTERCIENSE
BIBLIOTECA: 5682
241.71; PAD

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

© Monasterio Ntra. Sra. de los Angeles

Azul - Argentina

IMPRESO EN ARGENTINA



Contenido

Contenido	7
Nota del Editor	9

DIALOGO CON DIOS

Introducción, traducción y notas por el P. Juan M ^o de la Torre OCSO	11.
--	-----

SACRAMENTO DEL ALTAR

Introducción por el P. Robert Thomas OCSO; notas y traducción por las Monjas benedictinas de Sta. Escolástica	231
---	-----

INDICE BIBLICO	317
INDICE GENERAL	327
SIGLAS	329

Nota del Editor

Continuando la publicación de los escritos de Guillermo de Saint-Thierry, este volumen ofrece dos obras diversas de su producción.

DIALOGO CON DIOS es el testimonio íntimo de la ferviente búsqueda de Dios de Dom Guillermo, en el quedan reflejadas las vicisitudes de alma en sus múltiples alternativas hacia la unión. Escrito a modo de soliloquio en distintos periodos de su vida, Bernardo Tissier en el siglo XVII lo publica subdividido en doce unidades meditativas. El P. Jean M. Déchanet OSB rescata definitivamente como una Meditación más —la trece— el texto que aparece en el ms. de Charleville 114 que hasta entonces era considerado un extracto de esta obra.

La traducción que ahora ofrecemos la ha realizado el P. Juan M. de la Torre OCSO, según el texto latino publicado en Pain de Cîteaux 21 y 22 (Chambarand 1964) el cual proviene para las doce primeras Meditaciones del ms. Mazzarine 776 y para la Meditación XIII del ms. Charleville 114 publicado por Don Déchanet en "Colección OCSO" t. VII, (1940). El título **DIALOGO CON DIOS** es una feliz denominación del P. de la Torre; él nos la explica en la Introducción.

Gracias a la generosa y meritoria contribución de de la Torre, el lector encontrará una adecuada ambientación e iniciación a este "ejercicio meditativo" a modo de Introducción a **DIALOGO CON DIOS**, el cual es completado por un sugestivo y fecundo análisis literario. Todo esto se complementa con breves introducciones a cada unidad meditativa que permiten captar mejor el aglutinante de cada una de ellas.

SACRAMENTO DEL ALTAR es un breve escrito de circunstancias nacido del celo pastoral de Dom Guillermo y de su ansiosa búsqueda de la verdad. Claro ejemplo de "Teología monástica", brinda aquí y allí sustancioso alimento espiritual sobre la Eucaristía. Precede la obra una carta del autor a un monje —Ruperto de Deutz— que es el ante-

cedente circunstanciado de este pequeño tratado; quizá convenga leerla después. Repare el lector en el modo en que Guillermo corrige a Rupert, y en el Prólogo, la amistad con san Bernardo.

Las monjas benedictinas de Sta. Escolástica utilizaron el texto de Migne (P.L. 180) para su traducción y el P. Robert Thomas en esta nueva contribución suya nos introduce a estos textos.

En la satisfacción de poder brindar este nuevo servicio fraterno que quiere ser PADRES CISTERCIENSES, deseamos hacer público nuestro más sincero agradecimiento a todos los hasta ahora mencionados y a todos aquellos que de un modo u otro hacen posible que este libro llegue a Ud. lector.

Por la Comunidad de Ntra. Sra. de los Angeles.

EDUARDO GOWLAND, OCSO

Diálogo con Dios

Versión castellana de
MEDITATIVAE ORATIONES

Introducción

El ejercicio de la meditación:

Herederos conscientes de una rica tradición, las grandes figuras de la Orden del Císter coordinaron en síntesis vital toda la doctrina espiritual en el correr de los tiempos.

Respecto al ejercicio de la meditación, los cistercienses re-descubrieron la polarización enmarcada en *doble dinamismo*, doble fuerza en dirección contraria:

- a) una *inmanente* al ejercicio mismo de la meditación, débil e incapaz de alcanzar sus objetivos por sí misma. Dimana del hombre hundido en la región de la desemejanza¹, pero ebrio de Dios. En una palabra, se trata del "Deus desideratus", el deseo de Dios, expresado en un intenso dinamismo del "yo" al "Tu".
- b) La otra, *trascendente* al ejercicio de la meditación y al mismo hombre. Procede de Dios que misericordiosamente busca al hombre. Se trata

¹ Es uno de los temas claves en la espiritualidad cisterciense. La fuente inspiradora es Plotino, ordinariamente a través de san Agustín. La región de lo informe, del mal, es el lugar alejado de Dios. Cf. G. DUMEIGE; *Dissemblance*, en *Dict. de Spirit.* III, 1330-1346. E. GILSON: *La Théologie mystique de S. Bernard*. Paris (1934), pp. 48-77.

del "Deus desiderans"², los celos de Dios, expresados en un intenso dinamismo del "Tu" al "yo".

De hecho, es del mismo Dios de donde parte originariamente este mutuo dinamismo. Él, deseoso del hombre, le envía su palabra³ escrita y después encarnada, portadora de su fuerza omnipotente, para que con el mecanismo de la "meditación" se la apropie el corazón del hombre, la interiorice y desmenuce. Así, con la ayuda de la palabra de Dios viva y penetrante, y mediante el ejercicio de la meditación, el monje se dispone a una profunda e inenarrable experiencia.

El monje desde los comienzos de su conversión se halla capacitado para esta empresa vital, única en importancia que debería colmar la vida de todo hombre, la búsqueda de Dios a través de su palabra.

Los cistercienses son *conscientes* de que esta búsqueda:

- a) está *sancionada* por la misma profesión monástica. Pacto entre Dios y el monje, asiduo lector-auditor de la palabra divina;
- b) está *facilitada* por un medio ambiente adecuado, que secunda la meditación en sus varias manifestaciones: lectura-estudio, rumia, oración dulce y perseverante... que desarrollan en el fondo del corazón el gusto de la palabra.

2 Cf. M. DUMONTIER: *Saint Bernard et la Bible*. Paris (1953) pp. 39-41.

3 Ib. p. 51.

La meditación para nuestros primeros cistercienses es ante todo un *ejercicio libre*. Y como en toda la tradición monástica, no se halla sometido a unidades de lugar y de tiempo. Ejercicio continuo y medio exclusivo de llevar a cabo el precepto de la oración incesante.

El lugar es el claustro. Todos los monasterios deben poseer en el claustro un lugar apropiado para depositar en él los códigos de la Biblia, instrumentos de la lectio-meditatio. Su empleo varía según la duración de los intervalos entre la recitación del Opus Dei y el trabajo manual. Éste es el sentido del llamado *armarium claustrum* o *armariolum*⁴. Así siempre está a mano la Biblia en el mismo corazón del edificio conventual, el claustro, lugar sagrado⁵, verdadero "auditorium Spiritus Sancti"⁶, donde aletea de continuo para vivificar y hacer germinar la misma palabra de Dios en el corazón de cada monje.

Numerosas circunstancias concurren a una rumi-

4 Cf. *Consuetudines antiquiores* cist. cap. 2, en H. SEJALON: *Nomasticon* Cisterciense. Solesmes (1892) p. 151; L. BEGULE: *L'Abbaye de Fontenay*. Paris (1950). p. 24-25.

5 El Capítulo General de 1217 impuso una norma segura para conservar el claustro en su ambiente sagrado: "...en la puerta del claustro de las grandes comunidades haya dos monjes... que traten de disuadir cortésmente a los seglares que quisieran entrar..." (*Nomast. Cist.* p. 333). Los mismos conversos tenían prohibido este mismo acceso. Una galería, paralela al ala poniente del claustro, comunicaba directamente sus dependencias con la iglesia.

6 Cf. A. DE PERSEIGNE: *Epist.* XI. PL. 211, 616c; *Epist.* XXIX, 683a; S. BERNARDO: *Serm.* in Nat. S. I. Bapt. 1, 1).

nación prolongada de las Escrituras en los claustros cistercienses; luz insuficiente en invierno y en las altas horas crepusculares, desfiles interminables de comunidades por lo general muy numerosas...

Sin embargo, el claustro no es el lugar exclusivo del ejercicio de la meditación. Se estudia en los escritorios⁷. La misma rumia de los salmos se practica no sólo en los momentos de sosiego, sino también en las horas de trabajo⁸.

El tiempo. No existe prescripción alguna respecto del tiempo. Es evidente que la meditación en cuanto que llena toda la jornada monástica, por ser un ejercicio tan natural como la respiración, no necesita le-

7 El escritorio, lugar de estudio y de trabajo en copia de manuscritos. De aquí la obligación de un riguroso silencio como en el claustro: "*Silentium teneatur sicut in claustro*" (Instit. Gener. Cap. año 1137. LXXXIV, en Nomast. Cist. p. 231).

8 En este sentido los cistercienses siguen la tradición monástica anterior; tenían prohibida la admisión de analfabetos e incultos: "*Se prohíbe a todos los abades de la Orden la admisión al hábito regular a cualquiera que no sepa cantar y leer suficientemente, y no estuviere instruido 'competenter in gramatibus'*" (Libelus novel. defin. Ord. Cist. Dist. XI, I, en Nomast. Cist., p. 528). Y el novicio no profesaba hasta que no aprendía el Salterio de memoria... El profeso que tampoco supiese de memoria el Salterio íntegro no podía desempeñar cargo alguno administrativo fuera del monasterio (cf. ib.).

La finalidad de estas decisiones son evidentes: el monje, incluso en medio de las ocupaciones más variadas, debe permanecer en un estado de rumia meditativa de las Sagradas Escrituras. Una vez más: la santidad monacal no puede desligarse del conocimiento íntimo de la Palabra de Dios.

gislación alguna a este respecto⁹.

Todo concurre a un conocimiento "de memoria" de toda la Escritura¹⁰. Por una parte la escasez de manuscritos sobre todo en el comienzo de las fundaciones, por otra, ese machaconeo de las palabras y versículos de la Biblia. Así se va formando esa exégesis monástica, exégesis de reminiscencia. Se explica un versículo por otro, se establecen paralelos... y el monje se va convirtiendo en una especie de concordancia viviente, de biblioteca ambulante¹¹.

Ante todo se trata de leer cada página de la Escritura sin evadirse nunca de ese ambiente amoroso, *el santo ocio claustral*. Es ahí donde se trata de penetrar en los secretos de la palabra de Dios:

"Las santas Escrituras han de leerse con el mismo espíritu con que fueron escritas... Por eso en la lectura diaria se ha de procurar que quede al-

9 "Después de las Vigilias... el servidor de la iglesia encienda una luz delante del armario (del claustro) ... Los hermanos que quisieren, siéntense en el Capítulo y lean... no tengan puesta la capucha... para que se pueda saber si duermen o no... Cuando se dé la señal estén dispuestos para entrar en el coro. El servidor de iglesia debe siempre cuidar de que haya luz durante todo ese tiempo delante del armario..." (Cf. Nomast. Cist., pág. 154)

El texto es bastante claro; los monjes, después de las Vigilias, se entregaban a la lectio-meditatio Scripturarum, sirviéndose de los códigos bíblicos colocados en el *armarium claustrum*. Las viejas *consuetudines* reflejan en este aspecto toda la tradición monacal primitiva. La meditación era un ejercicio eminentemente libre.

10 DUMONTIER: o.c., p. 113.

11 Cf. J. LECLERCQ: *Cultura y santidad*, p. 95-100.

go siempre en el fondo de la memoria para que sea rumiado con frecuencia... Cuando se leen las Escrituras siempre se ha de tener presente que el principio de la sabiduría es el temor del Señor; así, ahincándose sólidamente en él la intención del lector, de él dimana y se armoniza la inteligencia y el sentido de toda la lectura"¹².

Entre los cistercienses se re-actualiza en toda su intensidad el "buscar-con" del relato de Emaús¹³. Aquí como allí se realiza entre monjes unidos por estrecha amistad, como en el caso de Bernardo y Guillermo de Saint-Thierry dialogando acerca del Cantar de los Cantares, o por el lazo de la *com-unidad*; a veces Bernardo invita a sus monjes a buscar el sentido más adecuado

12 GUILLERMO DE SAINT-THIERRY: Carta de Oro, cap. III, II,69-72. Madrid (1968), p. 86.

"...La lectura debe fomentar la oración, preparar las afecciones... Cuando leáis os instruye Cristo; pero en la oración eniabláis un coloquio familiar con él... Si los que se entregan con excesivo ardor a la lectura experimentan efectos perjudiciales con respecto a las visitas espirituales debido a que oran muy raramente, ¿qué decir de los que se disipan en conversaciones prohibidas por la Regla y cuyo espíritu está agitando con espinosas cuestiones? Lo propio de los monjes no es hablar, sino callarse; no ser ávidos de discusiones, sino de paz. Si se quiere admitir una especie de inquietud, debe ser la del amor, no la fiebre de la disputa" (GILBERTO DE HOYLAND: In Cant. Serm. VII, 2. PL. 184, 43 cd). Ver también ANSELM LE BAIL: L'Ordre de Cîteaux. "La Trappe". Paris (1926), cap. V, pp. 105-133.

13 Conviene destacar ya aquí ese "buscar-con", buscar juntos que traduce el verbo griego *zusuzetén* de Lc 24,15, punto de partida de las más profundas experiencias.

de algún versículo o pasaje de la Escritura¹⁴.

No obstante quien da el auténtico sentido de las Escrituras es el mismo Cristo a través de su Espíritu. Se repiten los fenómenos de Emaús. Las nuevas "aberturas" se reactualizan en nuestros monjes medievales a las que por lo demás están perfectamente dispuestos mediante un continuo y vital "buscar-con" meditativo¹⁵. Los vocablos, *aperire*, *illuminare*, *affectio*, *sapientia*, *fruitio*... giran en torno de una misma realidad.

La abertura del sentido de la Escritura evoca una *iluminación* del alma a quien la Escritura se la ha

14 Cf. GUILLERMO DE SAINT-THIERRY: Vita Bernardi, I,12. PL. 185, 259a; S. BERNARDO: Super Cant. 9,3,4.

15 "...todo lo que de divina verdad lucía en las Escrituras, atestiguaba saborearlo (*sapere*)" (Vita Bern. I, 4,24). "Confesó que alguna vez cuando meditaba u oraba se le presentó toda la Sagrada Escritura como abierta delante de sí mismo..." (ib. III,3,7). El "*aperuit illis sensum ut intelligerent Scripturas*" (Lc 24-45), es un texto clave en nuestros autores cistercienses. El "*sensus*" es el órgano del sentido que influye en el "*intelligerent*" en vez de ser influenciado por él. El verbo *intelligere* cambia su plano intelectual por el sensible; equivale a "*leer a través*", entre líneas (*inter*), leer hasta el fondo (*intus*). Estos dos términos "*sensus*" e "*intelligere*", bastan para marcar el ambiente y orientación del pensamiento escriturario y la estilística de los espirituales cistercienses (cf. DUMONTIER, o.c., pp. 141 ss.). En este sentido se han de entender textos semejantes a los siguientes: "...les iluminó el entendimiento (*intellectum illuminasse*) cuando les abrió el sentido (*cum aperuit illis sensum*) para que entendieran las Escrituras..." (S. BERNARDO: In Asceus serm. III,3). "Si siento que se abre el sentido (*Si sensero aperiri mihi sensum*) para entender las Escrituras, o que las palabras de sabiduría parecen como bullir en lo íntimo de mí mismo... no dudará de la presencia del Esposo" (ID. Super Cant. 69,3,6). Verdaderamente la mística cisterciense es una mística de inteligencia sentiente.

revelado; mas nuestros autores monásticos no conciben la iluminación sin lo que ellos llaman "afección" o toque místico. La afección implía a su vez el *saboreo* (fruitio), es la sabiduría (sapientia). Estamos a las puertas de la *experiencia* mística¹⁶ y ante una revivificación por la palabra de Dios que implica esa iluminación del corazón y esa transformación que es *con-sensus*, no absorción en Dios. Aquí se logra la *unidad de espíritu* entre el monje y Dios¹⁷. Así se leen las Escrituras con el mismo espíritu con que se escribieron. Ya no existe secreto alguno, porque la unción del Espíritu enseña todo¹⁸; y si algo duro y rígido sale al encuentro, el mismo Espíritu lo tritura¹⁹.

Una vez más conviene destacar en este "buscar-con" meditativo:

a) la fuerza de la palabra y el ímpetu del espíritu.

16 "Comenzamos no sólo a entender el sentido íntimo de las Escrituras y la eficacia de los misterios y sacramentos de Dios, sino también a palparlos y a tocarlos con la mano de la experiencia" (GUILLERMO DE SAINT-THIERRY, *De la Naturaleza y Dignidad del Amor*, PP.CC. vol. 1, Nº 31, p. 136).

17 La *unitas Spiritus* es el fin de toda la espiritualidad de Guillermo de Saint-Thierry. Cf. L. BOUYER, *La Spiritualité de Cîteaux*, pp. 126-128; D. BROOKE: *The Trinitarian aspect of the ascent of the soul to God, in the Theology of William of Saint-Thierry*; en *Recherches de Théologie ancienne et médiévale*, 56 (1959), p. 109.

El hombre llega a ser uno con Dios mediante la acción del Espíritu Santo; es entonces cuando el alma participa de la libertad divina. En la *Meditación XII* se da una visión detallada sobre este tema.

18 GUILLERMO DE SAINT-THIERRY: *Expositio super Cant.* I,1,43. Ed. S. C., p. 130.

19 ID.: *Nat. am.* 31, PP.CC. vol. 1, p. 136.

Sólo a ellos convienen los adjetivos sustantivos y participios activos;

— la palabra es, *penetrans*²⁰ *aperiens*²¹, *lucens et ardens*²², *illuminas*²³,

— el espíritu es el único doctor, *docens*²⁴;

b) la actitud del monje "buscador-con" se reduce a crear en su interior una capacidad de recepción, de "resonancia". De aquí los términos y voces pasivas que le caracterizan.

— El adjetivo "doctus" cualifica adecuadamente al monje, discípulo del Espíritu Santo²⁵, cuya enseñanza recibe a través de los sentidos espirituales, *auditus*²⁶, *visus*²⁷,

20 Alusión frecuente en nuestros autores a Heb 4,12: "La palabra de Dios viva y eficaz es más penetrante que la espada..." Cf. *Meditación XI*,6. S. BERNARDO: *Super Cant.* 29,4,8.

21 Ver nota 15. S. BERNARDO: *Super Cant.* 14,5,8.

22 Cf. DUMONTIER: o.c., pp. 52-53; S. BERNARDO: *In Nativ S. I. Bapt.* 4.

23 Ib.

24 "Doctor Deus solus est" (GUIL. DE S. T.: *Carta de Oro*, Madrid, p. 20; *Super Cant.* I,1,43).

25 Nuestros espirituales se sienten bien bajo el apelativo de "doctus", en cuanto poseídos por la acción del "Doctor", el Espíritu de Dios que enseña todo (cf. DUMONTIER: o.c., pp. 64 y 162). Por eso se le invoca para que ilumine. Cf. S. BERN.: *Super Cant.* 14, 4,8. GUILLERMO DE S. T.: *Med.* IX, 11. El "doctus" es por naturaleza "discipulus". (Cf. S. BERN.: *Super Cant.* 23,3,8).

26 GUILLERMO DE SAINT-THIERRY: *Nat. am.* 15; PP.CC. vol 1, pág. ; *De nature corp. et animae*, PL. 180, 704c ss). Respecto al sentido espiritual del oído: cf. GUIL.: *Nat. am.* 19, PP.CC. vol 1, p. , S. BERN.: *Super Cant.* 45,5,7; 28,1,5; 28,3,7; GUERRICO: *in festo B. M. Magd.* 5. PL. 185, 214 ab).

27 GUILLERMO DE SAINT-THIERRY: *Nat. am.* 20. PP.CC. vol. 1, p. 115; S. BERN.: *Super Cant.* 45,3,5; 31,1,1 ss).

*gustus*²⁸, *tactus*²⁹, formas sustantivadas de participios perfectos pasivos que traducen la recepción de la experiencia en la palabra por la acción del Espíritu.

El objetivo de esta experiencia es *Cristo*, conocimiento experimental según la carne y según el espíritu³⁰. Porque si la palabra se encarna en Cristo, también se inviscera en Él todo sentido de interpretación de la Escritura³¹.

En la cristología bíblica de los medievales cistercienses se distinguen los dos estadios sucesivos del conocimiento experiencial de Cristo:

- Cristo según la *carne*, propio de los incipientes.
- Cristo según el *espíritu*, propio de los avanzados y de los perfectos.

Éste es el fin de la meditación y consideración acerca de los misterios del Señor, contenidos en las Escrituras³². En Cristo se realiza la maravillosa con-

28 GUILLERMO DE SAINT-THIERRY: *Nat. am.* 19 y 28. PP. CC. vol. 1, ps. 115 y 131; S. BERN.: *Super Cant.* 67,3,6; 85,3,9. Para el conjunto de toda esta doctrina de los sentidos espirituales con respecto a la Palabra de Dios cf. D. FARKASFALVY: *L'Inspiration de l'Écriture Sainde dans la théologie de Saint Bernard*, en *Studia Anselmiana*, 53. Roma, 1964.

29 "Ninguna otra cosa buscáis en las Escrituras sino a Cristo, del cual dan testimonio" (GUERRICO: *In Verb. Cant.* 3. PL. 185,211b; cf. también ELREDO: *De Amicitia spirituali*, I. PL. 185,662 a).

31

32 CF. DUMONTIER: o.c., p. 104.

cordia de los dos Testamentos en perfecta unidad³³. No existe más que una sola Escritura y un solo libro³⁴, porque no existe más que una sola *palabra* a la que el alma está íntimamente unida en su interior. Palabra única, Verbo eterno que se descubre en el corazón del hombre a través de los sentidos espirituales³⁵.

Aquí el concepto de meditación alcanza su sentido más profundo; disposición y fundamento de la experiencia mística, anticipo de la visión.

La *meditatio Scripturarum*, riquísima en facetas, acompaña al monje en todos los grados de su vida espiritual. No le abandona incluso en la misma contemplación. La meditación marca al mismo tiempo un largo proceso de interiorización y de ascensión en espiral durante toda una vida. La meditación en cuanto ejercicio es el mismo siempre; sin embargo, de un ejercicio a otro hay variedad de contenidos, cambio de alturas, horizontes nuevos, aires más puros, energías más vivas... porque se está más cerca de la luz. Y por fin, el punto culmen de la espiral: la *experiencia*. La *lectio-meditatio* no desaparecen, se subliman y

33 Cf. A. VAN DEN BOSCH: *Christ and the Christian faith according to S. Bernard*, en *Cîteaux XII* (1961) pp. 105-109; 193-210. "¡Mard, hermanos, qué cierta es la unidad de las Escrituras" (S. BERN.: *In festo Omn. Sanct.* 2,4).

34 Cf. GUILL. DE S.T., *Exp. super Cant.* I, II, 46.

35 Cf. J. LECLERCQ: *Saint Bernard et l'expérience chrétienne*, en *La Vie Spirituelle*, Agosto-Septiembre (1967) pp. 190 ss.

trascienden en la luz ardiente del Espíritu. Es precisamente en la experiencia donde la lectio-oratio-meditatio-contemplatio Scripturarum son uno.

Mas la experiencia, de suyo inenarrable, en virtud de una superabundancia y por un inexplicable proceso psicológico, tiende a comunicarse. El gozo añade al conocimiento obtenido en la contemplación un *dinamismo afectivo* tal que explica la tendencia esencial de toda experiencia espiritual hacia una *manifestación*³⁶, es la conocida *eructatio*, secuela de una plenitud y saciedad espiritual y que dará origen en nuestros autores a un estilo literario carismático-pneumático-bíblico³⁷.

Se trata por tanto de un desbordamiento: la imagen de la concha es muy significativa a este respecto³⁸. Según Bernardo, la Virgen María sufrió esta *eructatio* al transmitirnos la palabra del Padre en virtud de una superabundancia³⁹. La sufrieron también los apóstoles; la fuerza de su predicación saltaba de una plenitud interior⁴⁰. Y sobre todo, por lo que aquí

36 Cf. D. FARKASFALVY: *L'Inspiration...* p. 63.

37 Cf. CH. MOHRMANN: *Problèmes stylistiques dans la littérature latine chrétienne*, en *Vigiliae Christianae*, 9 (1955) p. 235.

38 Cf. S. BERNARDO: *Super Cant.* 18,1,3: "Te mostrabas concha y no canal. El canal deja pasar el agua casi al recibirla; la concha no la derrama sino después de estar llena".

39 Cf. ID. *De Laud. BMV.* 4,3; *Serm. Pent.* 2,3.

40 ID.: "Procura antes llenarte y luego podrás comunicar a los demás de lo que hayas recibido (de plenitudine eructaret)" (*Super Cant.* 18, 4; cf. también *Serm. Pent.* 3,1).

nos interesa, la sufrieron los escritores bíblicos, divinamente inspirados; Dios hizo resonar con tal fuerza su palabra en el interior de estos hombres predilectos que les provocó la *eructatio* o *ructus*, esa *expresión escrita* de la experiencia en la palabra inspirada, contenido de la infinita riqueza del misterio divino envuelto en la propia psicología del escritor a través de su estilo literario. Las vías expresivas de la experiencia en la *eructatio* son las réplicas de la *meditatio*. La *eructatio* desciende, fluye; la *meditatio* asciende, penetra.

Los cistercienses comprenden que para alcanzar la experiencia en la palabra no hay más remedio que reemprender en "ascensión" por la *meditatio* el camino descendente de la *eructatio*. Hay que *revivificar* la experiencia de los autores inspirados mediante una continua *ruminación* de los textos de la Escritura, tratando al mismo tiempo de imitar las disposiciones interiores requeridas al efecto y que se reflejan en la psicología de los autores sagrados. El exegeta medieval ve al autor bíblico no como un maestro sino como un ejemplo vital⁴¹.

Se reproduce un nuevo ciclo. La experiencia de los autores bíblicos se repite en nuestros monjes medievales; se provocan unos consiguientes *ructus* o *eructatio* que son sus sermones, sus obras escritas, y

41 Cf. FARKASFALVY: o.c., p. 81.

en concreto, las presentes meditaciones que vamos a abordar.

De nuevo el ructus o eructatio se presenta como el reverso y el efecto de la meditatio. Y si la meditatio-ruminatio es eminentemente bíblica, también lo será el ructus. Este ructus bíblico está enteramente marcado en su estilo, lenguaje expresivo de nuestros monjes medievales, con matices intensamente bíblicos. Y así la Biblia se convierte en el vehículo expresivo de todos los sentimientos y pensamientos del hombre sin excepción⁴².

Los "Corpus Meditativum" en el Alto Medioevo Monástico:

En esta época es corriente el fenómeno de las llamadas "defloraciones"⁴³ y copilaciones de autores antiguos. Valga como muestra el mismo Guillermo de Saint-Thierry. Él, hombre de fichero⁴⁴ ha escrito algunas de sus obras usando este criterio. A este respecto, las llamadas "meditaciones" vienen a ser co-

mo una especie de copilaciones de experiencias interiores sufridas en una misma o en distintas épocas de la vida. Las meditaciones son ya un tópico en el alto medievo. Valga la pena citar entre otras las de Juan de Fécamp y las de Anselmo de Cantorbery en el siglo XI; y las de Guillermo de Saint-Thierry con las de Guigo II Cartujano en el siglo XII.

El "*Liber meditationum*" de Juan de Fécamp es todo él una encendida aspiración de su alma ardiente de monje hacia lo más profundo de la contemplación, el gozo de la visión trinitaria⁴⁵. Dichas meditaciones fueron muy leídas en la época. Pocos como Fécamp en sus meditaciones han desarrollado tan ardientemente el tema del deseo del cielo⁴⁶.

Muy semejantes a las de Fécamp son las "Meditationes seu Orationes" de san Anselmo, efusiones del corazón provocadas por su estado de ánimo⁴⁷.

En el siglo XII Guigo II Cartujano, algo posterior

42 Cf. DUMONTIER: o.c., p. 163.

43 Cf. LECLERCQ: *Cultura y santidad*, pp. 226-229.

44 Cf. DÉCHANET: *Les fondements et les bases de la spiritualité bernardine*, en *Cîteaux* 4 (1953) pp. 311-313. Las obras guillerminas de este tipo son: *Excerpta ex libris Sancti Gregorii Papae super Cantina canticorum*. PL 180, 441-474; *Commentarius in Cant. Cant. scriptis S. Ambrosii*. PL 15, 1947-2060. *Expositio in Epist. ad Rom.* PL 180, 547-694; "...Sensa praecipue beati Augustini deinde vero Ambrosii, Origenis et uliorum aliorum doctorum" (547 ab); *De natura corporis et animae* PL 180, 696-726: "...nada hay de mi cosecha... de filósofos, de naturalistas, de doctores he tomado no sólo sus opiniones, sino también sus propias palabras en sus textos originales... y aquí lo he amalgamado (Prol. 695 a ss.).

45 Las meditaciones de Juan de Fécamp se encuentran en el tomo XL col. 901 ss. de la Patrología de Higne, entre las obras de S. Agustín. Fueron muy leídas en el medievo. Las obras de Bernardo y de Guillermo contienen reminiscencias de Fécamp. Sus meditaciones fueron vertidas al castellano por el P. Pedro Ribadeneira, figurando bajo la paternidad de S. Agustín: "*San Agustín, Meditaciones*". Edic. Graf. Lar. Madrid (1949) p. 200.

46 Cf. LECLERCQ: *Cultura y santidad*, p. 81.

47 Cf. ALAMEDA-SCHMIDT: *Obras de san Anselmo*, BAC II. Madrid (1953), pp. 290-441.

a Guillermo de Saint-Thierry, escribió un conjunto de meditaciones⁴⁸.

El "Corpus Meditativum" de Guillermo de Saint-Thierry:

Las "*Meditativae Orationes*" son una de las joyas más preciosas de la espiritualidad del siglo XII⁴⁹. Ellas condensan todas las notas y valores implicados en el concepto de "meditación" que se acaban de tocar en esta introducción.

Las meditaciones de Guillermo son ante todo escritos *intensamente polarizados*, en torno al conocimiento del "yo" pobre y miserable, y del "Tu" divino, el rostro del hombre y el rostro de Dios.

De este mutuo conocimiento se origina una *insaciable tendencia* a trascender del "yo" en el "Tu". Guillermo desea la visión del rostro de Dios y busca con ansiedad los medios más adecuados para lograrlo, la soledad exterior e interior, y sobre todo la experiencia en el amor.

El *punto de partida* de esta tendencia radical es la misma *región de la desemejanza*⁵⁰, es decir, el lugar más alejado de Dios, el reino de las tinieblas, donde y a pesar de todo, el alma conserva imborrable la imagen de Dios⁵¹.

48 Cf. GUIGUES II LE CHARTREUX: *Lettre sur la vie contemplative. Douze méditations*, Sources Chrétiennes, Paris, 1970.

49 L. BOUYER: *La spiritualité de Cîteaux*, p. 111.

50 Cf. Med. IV, 6.

51 Cf. Med. V, 7-8; IX, 6.

La *meta* es la semejanza con el Dios trinitario, la visión del rostro de Dios⁵².

El *dinamismo profundo* brota de esta "tendencia-deseo" que tiene su expresión en un diálogo con Dios, interrumpido por el pecado⁵³ y reanudado por la palabra de Dios encarnada, Cristo⁵⁴.

Pero este diálogo es completamente interior⁵⁵; de él provienen todas las luces. Se habla a Dios en Cristo y por Cristo, con sus mismas palabras, las palabras de la Revelación que a Él se refieren. Guillermo habla a Dios in Verbo Incarnato per Verbum Scriptum, y Dios le contesta abriendo el sentido a esa misma palabra de Dios, mediante la "afección del amor".

La *ruminatio Scripturarum* en Guillermo, concebida según el modelo bíblico tradicional⁵⁶, no se reduce a un mero razonar; su finalidad primordial consiste en *orientar* la inteligencia hacia las luces sobrenaturales, a las razones superiores⁵⁷ y dejarse informar por el misterio de Dios, oculto en las Escrituras⁵⁸.

Por eso la meditación para nuestro autor no es

52 Cf. Med. VI, 7-8.

53 Cf. Med. IV, 5-6.

54 Cf. Med. VIII, 2; X, 1 ss.

55 Cf. Med. XI, 11-14; X, 8.

56 Cf. Med. VIII, 4.

57 Cf. Med. II, 8.

58 Cf. Med. III, 9.

una búsqueda discursiva; es un auténtico diálogo con Dios, es un *suzetén* un "buscar-con". Guillermo pronuncia la palabra de Dios en su interior y mediante la ascesis y la soledad, ha dispuesto en su interior un espacio suficiente para que al pronunciar esa palabra de Dios por la continua ruminatio, "resuene" en todo su ser por la acción del Maestro interior⁵⁹, de ese Sol que ilumina⁶⁰.

Así es muy fácil pasar de la meditación tradicional de las Escrituras a lo que podría llamarse "meditación psicológica". Guillermo lo hace; más, funde ambos aspectos hasta formar una misma cosa; le incita a ello su manera de ser, su formación, su decantación agustiniana. Es muy frecuente en él entender la ruminatio en sentido psicológico de reflexión sobre todo cuando se refiere a las escenas de la vida de Cristo⁶¹. La meditación psicológica y escrituraria es el instrumento para penetrar hacia la mística del Verbo⁶², hacia la semejanza de la Trinidad⁶³.

En esta trascendental tendencia del "yo" de Guillermo, al "Tu" de Dios, se nos revela como a través de un cristal el trasfondo límpido y ardiente de un alma eminentemente mística, a veces en bonanza, otras, en tinieblas y vicisitudes sin cuento. La medi-

59 Cf. Med. VI, 7.

60 Cf. Med. VII, 9; VIII, 1; XI, 2.

61 Cf. Med. VIII, 1-2; X, 6.

62 Cf. Med. X, 7.

63 Cf. Med. VI, 10, 14; X, 7.

tación acompaña al alma desde los grados más inferiores de la vida espiritual, en los períodos de purificación de sentidos, pasiones, veleidades... hasta la experiencia vivida en el fondo de su ser.

Experiencia espiritual y estilo literario:

De la intensa polaridad "yo-Tu" brota la unidad de pensamiento que se expresa por asociación de ideas más que por ligazón metódica.

Paradójicamente, si la meditación tradicional se ha definido como un *ejercicio libre*, Guillermo parece acentuar todavía más esta propiedad; sus meditaciones carecen de plan, hay difusión de contornos, ni siquiera se escribieron en un mismo tiempo, en circunstancias idénticas... Sin embargo, en virtud de esa polaridad, se perciben entre las diversas meditaciones un encadenamiento lógico, una cierta progresión a partir del tema de la iluminación divina y de la búsqueda del rostro de Dios. En una aparente disgregación brilla la unidad radical propia del *monotropos*⁶⁴.

64 *Monótropos* εστίν ὁ τοῦ κριστιανοῦ βίος: La vida del cristiano tiene una única orientación (S. BASILIO: *Regulae fusius tractatae*, 2. PG. 31, 973 a). El término *monótropos*, dirección única, fin único, lo aplica S. Basilio al cristiano cualquiera que sea su género de vida, bien que su ideal se debe realizar más fácilmente en la vida monástica. Quien es sólo y exclusivamente *monótropos*, es verdaderamente monje, *monachós*. Así lo recalcó también S. Benito en la Regla al concentrar la esencia de la vida monástica en el "si *revera Deum quaerit*" (RB 58,7). Los cistercienses de la primera hora lo actualizaron y lo sublimaron. Guillermo es una muestra.

El fenómeno de la *reminiscencia* a que hemos aludido, también contribuye a dar unidad y forma al estilo expresivo de Guillermo. Quizás por una asidua *ruminatio* de la Biblia, nuestro autor llega a poner en práctica con toda naturalidad este procedimiento típicamente semítico que nada tiene de artificial.

Vale bien la pena estudiar al menos las más importantes figuras estilísticas que se encuentran diseñadas a lo largo del *Corpus meditativum*.

La doble polaridad entre el "yo" y el "Tu" da origen a la figura estilística que atraviesa toda la composición guillermina, el *merismo*. La figura es palpable sobre todo en los innumerables casos y funciones de los pronombres personales "ego" y "tu". Así:

El *pecado* queda descrito como una acentuación al máximo del *merismo*. La preposición "inter" marca el gran abismo del pecado...

"(*peccatum*)... qui dividit inter me et te"⁶⁵.

Toda la tendencia ascética de Guillermo *se afanará en suprimir* esa malograda preposición "inter". De aquí el sentido del "ad" tendencial con pronombre en acusativo:

"...facies mea sit ad tuam, quid tua ad meam"⁶⁶.

⁶⁵ Med. XII, 5.

⁶⁶ Med. VIII, 8.

"Ad te ergo tendentibus..."⁶⁷ "...in eundo ad te"⁶⁸
 "...ad te a te creati sumus et ad te conversio nostra"⁶⁹ "...ad cor tuum"⁷⁰.

Los contactos con Dios en la oración no encuentran otra mayor expresión que con "ad":

"...ad jugiter et efficaciter orandum"⁷¹.

a veces refrendada por una "geminación", acentúa si cabe la intensidad de esa tendencia-deseo:

"Ad te, ad te oculi mei semper... ad domum tuam...
 ad civitatem tuam... unde ad nos descendisti"⁷²
 "...perfice nos ad formam"⁷³.

Pero si el *merismo* se dilata aparece "a" o "b", "de" o "ex". Entonces el movimiento de frase se acelera en proporción a la tensión psicológica creada:

"...qualem ego me feci, ex quo a te defeci"⁷⁴ "...a te conversus... ad me aversus"⁷⁵. "Pavida a consuetis, stupens ad insolita, ad inveniendum te portans signaculum fidel"⁷⁶.

⁶⁷ Med. VI, 5.

⁶⁸ Cf. Med. XII, 14.

⁶⁹ Cf. Med. I, 3.

⁷⁰ Cf. Med. VIII, 4.

⁷¹ Cf. Med. V, 5.

⁷² Cf. Med. VI, 13.

⁷³ Cf. Med. I, 4.

⁷⁴ Cf. Med. IX, 5.

⁷⁵ Cf. Med. XI, 1.

⁷⁶ Cf. Med. II, 9.

En correlación con "in", donde el merismo, por una caída en cascada llega a su paroxismo:

"recido a te in me, a me subtus me"⁷⁷. "Ego de paradiso fugi, pro loco quem dederas cloacam inveni et in ea me obvolvi"⁷⁸ "...de altis tuis in profunda mea"⁷⁹.

En la descripción de la experiencia desaparece toda preposición de signo tendencial. El merismo queda destruido por la contigüidad del "Ego-Tu", a veces tenuamente acentuado por un "in" inclusivo-locativo:

"...tecum, o Veritas, me includo, et abscondes me in abscondito, te alloquor"⁸⁰ "...Scio... te esse mecum... cum tu sis mecum..."⁸¹.

Se sirve de "in" para formar una figura estilística circular y cerrada, como el siguiente *quiasmo-synchisis*, signo de la destrucción del merismo y de la estrecha unión del "yo" con el "Tu":

"...nostra/ in te, / vel tua / in nobis / habitatio"⁸², o como final de cada uno de los miembros que forman el quiasmo:

77 Cf. Med. IX, 1.

78 Cf. Med. IX, 6.

79 Cf. Med. IX, 1.

80 Cf. Med. IX, 5.

81 Cf. Med. III, 4.

82 Cf. Med. VI, 7.

"Sicut est veritas in te, lesus, sic veritas sit in me"⁸³.

Guillermo tiende a la "unitas spiritus", de aquí la tendencia a suprimir toda preposición. Entonces el fraseo se hará ligero, alado:

"Te credo, te spero, te mihi da, aliud non quaero"⁸⁴. "Credo te, et spero, et amo, o vita aeterna"⁸⁵.

La desaparición de toda preposición y la relación en yuxtaposición de los pronombres, será el signo característico de la comunión en la experiencia del amor. Es precisamente aquí donde se sitúa el climax de toda la composición teológico-estilística de Guillermo. El fraseo es vivo y ligero, como el ejercicio constante y actual del amor en "perichoresis", es decir, en continuo movimiento circular entre "ego-Tu-illi" (— amigos de Dios):

"Istos cum video, in amorem amoris tui, qui hoc in eis operatur, totus afficior... Amo ergo eos, quia te amant et multum amo, sicut amo amorem quo amaris quem in ipsis amo"⁸⁶.

La expresión existencial del merismo que vamos

83 Cf. Med. VIII, 8.

84 Cf. Med. IX, 10.

85 Cf. Med. IX, 10.

86 Cf. Med. XII, 16.

viendo nos lo ofrece Guillermo a veces matizado en el adverbio temporal *"interim"*.

Si el "yo" se halla separado del "Tu", si el "yo" tiende al "Tu" por el "ad", este mismo "ad" tendencial se expresa en el *"interim"*. *"Ad"*-*"interim"*, relación espacio-temporal en que ambos términos se complementan.

*"Sic interim, o visu desiderabilis, exquirat te facies mea... doce me interim..."*⁸⁷. *Interim, Domine, exaudi...*⁸⁸. *Abscondeme, interim, in abscondito...*⁸⁹. *Sed nunc, interim, quia non potest in ea*⁹⁰,

*Congregamini ad me, interim, omnia mea...*⁹¹. *Sed sit hoc, interim, animas ponere...*⁹²

Si *"interim"* refleja este merismo polar bajo el prisma del tiempo, podemos establecer las siguientes ambivalencias de forma esquemática resumiendo en algo lo dicho hasta aquí:

ego	relación	polaridad espacial	=	ad
Tu	(inter)	polaridad temporal	=	interim

Guillermo se sirve a menudo de otras partículas, conjunciones, adverbios... a veces en reiteración para

87 Cf. Med. VII, 4.

88 Cf. Med. IV, 8.

89 Cf. Med. IV, 1.

90 Cf. Med. X, 4.

91 Cf. Med. XI, 6.

92 Cf. Med. XI, 9.

formar períodos de frases ampulosos que se nos ofrecen con un cierto alambicamiento, pero que no obstante son un reflejo de su visión intuitiva del fenómeno espiritual que experimenta en esos momentos. Parece como si quisiera hacernos partícipes de la intuición de su experiencia⁹³.

En lo referente a las partículas todavía juega una gran importancia la llamada *"negación metódica"*, tan frecuente en nuestro autor. Se niega en un miembro de la frase una posibilidad que queda a flote y de forma enfática en el segundo miembro. La forma más corriente de negación dialéctica nos la ofrece en el *"non... sed"*:

*"Aperi... ut in latus eius non iam digitus mittamus... sed in apertum ostium intremus"*⁹⁴;

*"illis non laetantibus illic, sed sicut laetantibus omnibus"*⁹⁵.

A veces repite la negación, forzando en evidencia la distensión polar en el fraseo y aumentando consiguientemente su ampulosidad:

"Palam quippe omnibus pronuntiasti, non per

93 Cf. Med. III, 9. En realidad toda esta introducción se reduce a hacer hincapié en la conexión íntima existente entre la intuición de la experiencia espiritual y su comunicación a través del símbolo del estilo literario (Cf. L. A. SCHOCKEL: *La palabra inspirada*, Barcelona (1963) pp. 276-277).

94 Cf. Med. VI, 11.

95 Cf. Med. VI, 12.

*praeconem, vel prophetam quemlibet, sed per temetipsum...*⁹⁶.

A este respecto resulta interesante la descripción que nos da del cielo:

*"Audio nihil esse ibi malorum, quae hic patimur, non esse ibi matutinum et vespertinum, sed unam ibi esse diem..."*⁹⁷.

No siempre la negación dialéctica impone pesadez en el fraseo, a veces por el contrario se da en un movimiento ligero a pesar de la serie concatenada de negaciones. En tal caso se eliden fácilmente ciertos términos no necesarios, los miembros de frase se yuxtaponen porque una cierta presura se impone:

*"tuus tibi, sufficiens tibi; cui nihil deest, nihil redundat, apud quem nulla discrepantia, nulla confusio, transitio nulla, nulla transmutatio vel... sed est tibi summa concordia, summa evidentia, summa plenitudo, summa vita"*⁹⁸.

En fin la descripción de la oración-consideración acerca de la Pasión, se nos presenta en una intensa negación dialéctica acompañada de una clara inversión de términos:

⁹⁶ C. Med. VI, 4.

⁹⁷ Cf. Med. VI, 2.

⁹⁸ Cf. Med. VI, 8.

*"non adoramus picturae imaginem, sed in imagine passionis tuae veritatem"*⁹⁹.

La figura se ofrece a las mil maravillas para describir el libre albedrío a pesar de la realidad de la predestinación:

*"non cogente necessitate sed spontanea voluntate facere quod faceret"*¹⁰⁰.

Otras formas de la negación dialéctica, *nec, nec... nisi* en el merismo transcendental del encuentro de los dos rostros:

*"nec sciat, nec possit coram te apparere, nisi in quantum..."*¹⁰¹,

y un poco menos intensa con *non (nec)... tamen...* en otra descripción del cielo¹⁰².

Véase aún las brevísimas y claras:

*"non comburitur sed purgatur"*¹⁰³, *non ex dolore crucis... sed ex dolore cordis"*¹⁰⁴.

A veces nuestro autor sobreentiende la partícula afirmativa dando mayor impresión de rapidez y ligereza a su estilo y realzando al mismo tiempo la expresión polar:

⁹⁹ Cf. Med. X, 6.

¹⁰⁰ Cf. Med. I, 4.

¹⁰¹ Cf. Med. IX, 1.

¹⁰² Cf. Med. VI, 4.

¹⁰³ Cf. Med. IV, 10.

¹⁰⁴ Cf. Med. V, 3.

*"Ecce vulnera mea recentia... nihil subtrahō,
(sed) tibi expono, et bona tua et mala mea"*¹⁰⁵.

Más rara es la negación dialéctica con la inversión de miembros en que la primera parte incluye la afirmación y la segunda la negación implícita en el verbo:

*"Signaculum vultus tui affectu semper tenui, sed opere abjeci"*¹⁰⁶.

*"Semper autem spiritus meus te dilexit, etiam cum caro neglexit"*¹⁰⁷.

La afirmación por negaciones es muy intensa y frecuente en Guillermo, pues además de ser un merismo trascendental como expresión de una tendencia-deseo en el "yo" hacia el "Tu", es sobre todo un indicio estilístico desgarrador ante la imposibilidad de colmar todas las aspiraciones del espíritu humano. Por eso junto a la negación dialéctica que subraya la antítesis polar entre dos miembros de frase, encontramos en nuestro autor la simple figura llamada *lítótes* o *atenuación* por la que se afirma negando:

*"Pia et pura oratio numquam est sine gaudio"*¹⁰⁸.

*Non enim solus ille dilectus discipulus tuus illuc invenit ascensum, nec soli illi...*¹⁰⁹. *Non despiciant*

105 Cf. Med. IX, 5.

106 Cf. Med. IX, 6.

107 Cf. Med. IX, 6.

108 Cf. Med. IV, 14.

109 Cf. Med. VI, 3.

*me domine super hoc qui merentur*¹¹⁰.

A veces se encuentran concatenadas dilatando el fraseo y dotando al concepto de un vigor y animación crecientes:

*"tu, nec tempore movens, nec loco teneris, nec caelo corporeo sustentaris, nec sic in eo habitas ut caelum et terram non impleas"*¹¹¹.

Si los *lítótes* se unen entre sí como una cadena de interrogaciones, dan la impresión de profundidad y sinceridad acuciantes y de un desgarrón afectivo tal que embarga lo más íntimo del ser:

*"Numquid non credo te, non credo tibi, non credo in te, Deus meus?"*¹¹².

No es raro encontrar un paralelismo rítmico de un período de frases afirmativas concluyéndose en un contrastante *lítótes* que connota un radicalismo acuciante:

*"te credo, te spero, te mihi da, aliud non quaero"*¹¹³.

Lítótes condicionados y concatenados formando un circuito cerrado:

*"Non spero si non amo, nec amo si non spero"*¹¹⁴,

110 Cf. Med. X, 1.

111 Cf. Med. VI, 4.

112 Cf. Med. IX, 10.

113 Cf. Med. IX, 10.

114 Cf. Med. IX, 10.

y para salir del circuito intensamente cerrado, nuestro autor se sirve de una consecutiva y de un par de adverbios que incluyendo el sentido de los lítotes se anclan en la realidad de la experiencia existencial de Guillermo:

*"Ideo, Pater, quia misere amo, languide spero"*¹¹⁵.

Es cierto que esta figura estilística es una de las más crudamente reales en las meditaciones guillermianas. Así cuando ataca el decaído fervor monacal de su época:

"Si non huiusmodi hominibus ad nutum hodie... si non conformetur, multa simulando, dissimulando plurima non blandiatur, quid faciet?"...¹¹⁶.

Respecto a la desestima del reposo contemplativo:

*"...etiam ambient ad hoc (— la preocupación de las cosas materiales) quibus non impositum est"*¹¹⁷, las interrogaciones que siguen sobreentienden los lítotes:

*"Ubi est hodie quaerela Marthae...? Nonne hodie Mariae potius murmur..."*¹¹⁸.

Respecto a la experiencia personal y profunda de sí mismo como pecador delante de Dios:

"Sic fui, Domine, sic sum... Mala quae patent, nec

115 Cf. Med. IX, 10.

116 Cf. Med. XI, 8.

117 Cf. Med. XI, 9.

118 Cf. Med. XI, 9.

*te nec me latent... Si bona in me ulla, incorrupta nulla... nullum enim sic timeo sicut meipsum, ne vel sciens vel nesciens decipiam meipsum"*¹¹⁹
...*Nihil amare vellem nec meipsum*¹²⁰.

No sólo la experiencia personal como pecador, sino toda la penetración de la mirada del espíritu en lo más profundo del ser en donde se descubre la imagen de Dios:

*"Formasti (animam) sine forma, quia cum tu nec forma sis nec formatum quid, nec etiam amoris tui aliqua forma esse potest"*¹²¹.

El lítotes como estilo es el medio más adecuado para la expresión de la teología apofática incluso por vía de la experiencia:

En el conocimiento:

*"pio et sobrio intellectu comprehendat non comprehendendo maiestatem divinae incomprehensibilitatis"*¹²².

en el amor:

*"Sentio et confiteor habere me amoris tui, in tantum ut omnino nisi in ipso vel propter ipsum nihil amare velim, nec meipsum"*¹²³,

119 Cf. Med. IX, 9.

120 Cf. Med. XII, 8.

121 Cf. Med. XII, 10.

122 Cf. Med. III, 2.

123 Cf. Med. XII, 8.

en los efectos mediante el sentido espiritual del gusto:

*"sicut sapor ubi cuiuslibet nulli insinuari potest nisi gustanti, sic sapor ille nec ratione discuti nec exponi verbis, nec sensibus potest concipi"*¹²⁴.

Como figuras estilísticas aparentemente opuestas a la negación dialéctica y al lítotes, son las rotundas afirmaciones que mediante otras figuras aparecen en esta composición. Son otros tantos signos expresivos que dan a nuestro escrito un vigor y agilidad admirables.

Así, para expresar la vehemencia de un afecto, de un deseo o de una nostalgia Guillermo se sirve a menudo de la *reduplicación o reiteración de términos*:

*"miserere, Domine, miserere"*¹²⁵, *"usquequo, Domine, usquequo"*¹²⁶. *"Scio, Domine, scio"*¹²⁷. *"Ego, ego, Domine"*¹²⁸. *"O veritas, veritas"*¹²⁹. *"Heu, heu, qui horribilia commiserant... horribilia"*¹³⁰.

*"Ignosce, Domine, ignosce improbitati meae"*¹³¹.

*"Ignosce, ignosce, impatiens est a te cor memu"*¹³².

124 Cf. Med. XII, 13.

125 Cf. Med. I, 3.

126 Cf. Med. II, 5, 9.

127 Cf. Med. V, 3.

128 Cf. Med. IV, 4.

129 Cf. Med. VIII, 8.

130 Cf. Med. VIII, 7.

131 Cf. Med. III, 6.

132 Cf. Med. III, 3.

*"O caritas, caritas"*¹³³. *"Ubi es, Domine, ubi es"*¹³⁴. *"Confundor, Domine, confundor, confusione..."*¹³⁵. *"O patria, patria, quam de longe te video et saluto"*¹³⁶. *"Adesto ergo, adesto, sancte amor, adesto sacer ignis"*¹³⁷. *"Ad te, Domine, ad te... ad... ad... ad..."*¹³⁸.

Este afán de reiteración de términos se exagera a veces de tal modo que la *redundancia* resulta inevitable:

*"Scio certe et certe certus sum"*¹³⁹ *"...nec egomet mihi"*¹⁴⁰.

La llamada *figura etimológica*, de contextura eminentemente hebraica es un poco más rara en nuestro autor, pero siempre connotando una doble finalidad de aliteración y de concepto:

*"nulla tibi turpitudine turpis est, nec nocet malitia, nec error errat"*¹⁴¹. *"Spiritus tuus, ubi vult et quando vult, spirat et amoris tui gratiam aspirat"*¹⁴²,

133 Cf. Med. III, 9.

134 Cf. Med. III, 4.

135 Cf. Med. II, 1.

136 Cf. Med. IX, 11.

137 Cf. Med. IX, 11.

138 Cf. Med. VI, 4.

139 Cf. Med. III, 4.

140 Cf. Med. XII, 4.

141 Cf. Med. VI, 8.

142 Cf. Med. XII, 7.

como acusativo interno:

"...amorem tuum semper amo"¹⁴³.

como expresión genitival:

"de amore amoris tui videor respondere"¹⁴⁴. "Ignosce, Domine, amor amoris tui agit me"¹⁴⁵. "...confiteor habere me amorem amoris tui"¹⁴⁶. "In amorem amoris tui... totus afficior"¹⁴⁷,

y la expresión epiforática intensa:

"Amo amorem quo amaris quem in ipsis amo"¹⁴⁸, todas estas expresiones acentúan con énfasis la suprema importancia del único amor; todo se reduce al amor¹⁴⁹.

A veces parece como si esta figura connotara una cierta precariedad en su misma expresión:

"humilitatem... quam deffiniunt deffinientes..."¹⁵⁰. "Voluntas... a deffinientibus amor deffiniri solet"¹⁵¹. "Videns videam gloriam tuam"¹⁵². "Con-

143 Cf. Med. XII, 6.

144 Cf. Med. XII, 8.

145 Cf. Med. III, 9.

146 Cf. Med. XII, 8.

147 Cf. Med. XII, 16.

148 Cf. Med. XII, 16.

149 "El arte de las artes es el arte del amor" (Nat. Am. PP.CC. vol 1, pág. 83).

150 Cf. Med. VII, 2.

151 Cf. Med. XII, 12.

152 Cf. Med. VI, 12.

fundor confusione..."¹⁵³. "...non irrideant me deffinientes fines et terminos fides meae"¹⁵⁴, "*mors et infernus mordeant me in mortem suam...*"¹⁵⁵.

Guillermo se entretiene a veces repitiendo un mismo concepto en un período de frase relativamente corto. Es la epífora, figura que confiere una cierta unidad a todo un cuerpo de frases que fluyen en apacible balanceo.

En torno al concepto de verdad:

"Domine qui prope es omnibus invocantibus te in veritate; sicut Scriptura veritatis tuae nobis promittit, sicut veritas est coram te voluntatem mihi etiam invocandi te in veritate hodie, sic o Veritas, exaudi me in multitudine misericordiae tuae et in veritate salutis tuae..."¹⁵⁶.

en torno al cielo con una progresión hacia el último estico "caelum caeli":

"Cum autem nos inhabitas, caelum tuum sumus... tu quoque caelum nobis existens ad quem ascendamus... tua in nobis habitatio nobis caelum est; caelum vero caeli tibi aeternitas tua"¹⁵⁷;

y sobre todo en torno al amor: centrado en el amor

153 Cf. Med. II, 1.

154 Cf. Med. IX, 10.

155 Cf. Med. X, 7.

156 Cf. Med. XII, 1.

157 Cf. Med. VI, 6.

no se desea otra cosa que una duración constante en la acción de amar. De aquí que el concepto de amor atrae al adverbio "semper" para incluirlo en su misma epífora:

*"Invenio te Domine in amore meo, sed utinam semper inveniam. Cum autem enim amor non sit nisi amet, semper autem in me vehementer sit voluntas tui, id est amor urgens me in te, cur non semper afficior de te?"*¹⁵⁸.

Quizá la figura estilística de mayor relieve en Guillermo es la *aliteración* y *asonancia*. Los fonemas se llaman unos a otros por simple modulación sonora.

En el período siguiente se aglutinan los sonidos apicopalatales y dentales explosivos. Es una manera de expresar fonéticamente el sentido de la alegría (— *laetitia*) que domina en todo el fraseo:

*"si serius redire innotescant... civibus tuis illis non laetantibus sed sicut laetantibus illic, quorum laetitia nulla verba exprimunt, quorum participatio in idipsum nec ut alienum me habebunt, si aliquando in aliqua tuae illius domus parte..."*¹⁵⁹.

El aglutinante en torno a los fonemas glotalizados, labiales fricativos y mudos como explicación fonética de su deseo radical.

¹⁵⁸ Cf. Med. XII, 17.

¹⁵⁹ Cf. Med. VI, 12.

de -forma-me
con-forma-me.

*"Deformame a saeculo cui me conformavi, forma et conforma me gratiae tuae ad quam confugi, et da cordi meo formam"*¹⁶⁰.

No cabe mayor fuerza fonética para expresar este ardiente deseo que culminará en la experiencia de la unión como la *aliteración epiforática* en torno a la fricativa labial escoltada por vocales oclusivas o semiocclusivas. El climax se sitúa en la conclusión del párrafo citado a continuación donde se recargan los fonemas oscuros:

*"...qui se dulcius osculantur, mutuo sibi suos spiritus infundunt, quorum quibusdam odoribus dulce habent perfundi. Accipe Domine, ne respuas totum spiritum meum, quem totum in te effundo... infunde mihi totum tuum..."*¹⁶¹.

La plenitud del amor, queda evocada por su fonema en "o" con trasfondo nasal en "m" o "n", más la "r" vibrante que cierra el fonema:

"Certissimus quippe mihi esse videor, quod amorem tuum semper amo, in tantum ut afficiar quotiescumque de eo vel admoneor, vel recordor. De te autem semper cum recordor vel admoneor, et

¹⁶⁰ Cf. Med. V, 11.

¹⁶¹ Cf. Med. VIII, 5.

*non moveor, non afficior, timeo quia forsitan non semper te amare convincor...*¹⁶².

Guillermo se sirve también del fonetismo vibrante "r" para significar el desgarrón radical en lo más profundo del ser:

*"...pertessus tot maledictionum novarum fenore exigor, quam libenter quam desideranter fugerem de terra nostra in coelum tuum ...projecto inde superbio, tibi retinuisti..."*¹⁶³.

Los efectos de una larga y pesada cadena de pecados se hace sentir en la misma gravedad fonética:

*"...suaviter interim stridentem, sed indissolubiliter stringentem per quam trahuntur in infernum"*¹⁶⁴.

Asonancia con las apicodentales. En el siguiente párrafo el fonetismo de "totitas" se impone:

*"Tanta Domine, est in me miseriae meae densitas et immensitas, ut nec sufficiam eam per partes despicere, nec totitatis eius enormen faciem pervidere"*¹⁶⁵ *"...lassata et quassata intentione"*¹⁶⁶.

Las labiales sibilantes y explosivas "sp" expresan la voz del Espíritu (— *Spiritus*):

162 Cf. Med. XII, 6.

163 Cf. Med. VI, 1.

164 Cf. Med. VIII, 6.

165 Cf. Med. IX, 1.

166 Cf. Med. IX, 1.

*"Aliquando Spiritus tuus ubi vult, et quando vult, spirat, et amoris tui gratiam nobis aspirat, et vocem eius audimus quia sensum amoris accipimus sed nescimus ex quo..."*¹⁶⁷.

Dentro del estilo literario resulta interesante evocar el *sentido rítmico*, de suma importancia en nuestro autor. Guillermo se sirve de las asonancias verbales como de un procedimiento completamente espontáneo y familiar para establecer concatenaciones de miembros de frase y de períodos.

El *parallelismo* es sin duda la figura estilístico-rítmica más importante y frecuente. El sólo completa y amplía a veces el sentido de las otras figuras estilísticas.

Resulta interesante comparar los cuatro grupos de paralelismos que se encuentran en un mismo párrafo de la XI Meditación.

1er. PARALELISMO: el merismo radical "yo-Tu" toma cuerpo en el siguiente paralelismo antitético:

"Ecce coram te facies mea, cuius nomen est miseria, ad faciem tuam, o summa misericordia".

2º PARALELISMO: predominante en vocales oclusivas que expresan la profundidad de la conciencia. Aquí se trata de un paralelismo sinónimo que

167 Cf. Med. XII, 7.

connota un fuerte y claro encabalgamiento entre los dos epítetos centrales:

*"angulos eius occultos
et recessus non tibi occulto".*

3er. PARALELISMO: cuatro cortos períodos de frase perfectamente balanceados. La prosa queda trascendida en un ritmo poético perfecto: 1-4, 2-3:

*"tu scis o Veritas
et precor te
ut coram te
hoc sit veritas".*

4º PARALELISMO: contrasta con el precedente respecto a la amplitud de períodos:

*"nullum enim sic timeo sicut meipsum
ne vel sciens vel nesciens decipiam meipsum"*¹⁶⁸.

El paralelismo antitético connotará en sí mismo el sentido no sólo del merismo sino también de todas las figuras de expresión fonética negativa estudiadas hasta ahora como el lítotes, la negación dialéctica:

*"Heu me, quem conscientia accusat
quem veritas non excusat"*¹⁶⁹.

*"Ersultatio vero spiritus fit:
ex puritate conscientiae, quibus ego mihi cons-*

¹⁶⁸ Cf. Med. IX, 9.

¹⁶⁹ Cf. Med. V, 6.

*cius non sum, vel ex abundantia gratiae tuae, cuius ego indignus sum"*¹⁷⁰.

Paralelismos fugaces y cortos en que el tercer miembro de cada grupo se transforma en una amplia "kola":

"O amor.

o Ignis

o Caritas, veni in nos.

Esto dux

et lux

*Ignis ardens et consumens in poenitentia
peccatorum.*

Paraletus

consolator

advocatus (et)

adjutor in causis orationum nostrarum.

Ostende nobis quod credimus

Insinua quod speramus

fac faciem quam faciei Dei comparemus et dica-
*mus...*¹⁷¹.

A veces Guillermo se encuentra en un pequeño aprieto. No encuentra medio de cubrir el perfecto balance rítmico que exige el paralelismo. Por eso no es raro que nuestro autor se sirva de un pequeño truco. Basta buscar unos cuantos epítetos suficientes para colmar ese vacío:

¹⁷⁰ Cf. Med. V, 2.

¹⁷¹ Cf. Med. IX, 12.

"*Sedens ergo secus viam transeunte te
(caecus, pauper, mendicus) clamo ad te*"¹⁷².

La asonancia juega un papel importante no sólo desde el punto de vista fonético sino también rítmico. Por eso abundan en nuestro autor los simples grupos binarios de vocablos con su rima propia y sencilla:

"*longa et tediosa experientia*"¹⁷³. "*Illuminata voluntas et Affecta*"¹⁷⁴, "*dicitur et creditur*"¹⁷⁵.

Grupos binarios en progresión: "*quotitiae et jugiter*"¹⁷⁶; "*Beatum et beatissimum me sentio...*"¹⁷⁷. "*Quotidiana et continua*"¹⁷⁸; "*quam libenter quam desideranter...*"¹⁷⁹.

Grupos binarios en oposición: "*scienter et nescienter*"¹⁸⁰. "*Aditus et exitus*"¹⁸¹. "*Defectus fiat et profectus*"¹⁸².

Grupos binarios en endíadisi: "*incessum et suffosum*"¹⁸³.

172 Cf. Med. XI, 4.
173 Cf. Med. IX, 11.
174 Cf. Med. XII, 14.
175 Cf. Med. XII, 14.
176 Cf. Med. V, 3.
177 Cf. Med. II, 2.
178 Cf. Med. V, 9.
179 Cf. Med. VI, 1.
180 Cf. Med. VI, 1.
181 Cf. Med. IX, 4.
182 Cf. Med. XII, 17.
183 Cf. Med. V, 8.

Dentro de la aliteración ocupa un lugar muy destacado la llamada estilística de la antítesis ya connotada desde el punto de vista rítmico en el paralelismo, pero que reviste un nuevo matiz en la llamada *paronomasia antitética*. El juego "*mecum-tecum*" con su combinación de fonemas explosivos-guturales en sobrefondo nasal da al siguiente fraseo un sentido rítmico muy compacto:

"*Beatum, beatissimum Domine me credo, si sentio te esse mecum;
sed taedet me mihi, et odio mihi sum quoties me non esse mecum...*

Quamdiu sum tecum, sum etiam mecum; non sum autem mecum, quamdiu non sum tecum. Et vae mihi quotiescumque tecum non sum sine quo nunquam esse possum"¹⁸⁴

a menudo en inversión o cruce de términos:

"*facies mea sit ad tuam, quid tua ad meam*"¹⁸⁵.

La repetición antitética a modo de juego binario de palabras que nuestro autor usa para acentuar un sentimiento, un deseo o para recalcar una realidad, se cristaliza en los llamados "*quiasmos*", remolinos intensos, cerrados, que se forman en el decurso fluente del fraseo:

184 Cf. Med. II, 2.
185 Cf. Med. VIII, 8; IX, 9.

"...Unitas Trinitatis et Trinitas Unitatis"¹⁸⁶.

"...non propter me paradisum sed paradisum propter me"¹⁸⁷.

Glosando el "non videbit me homo et vivet" del Ex 33,20, Guillermo expresa el vehemente deseo que este versículo abre en el fondo de su ser:

"sed licet mori ut videam, vel videre et moriar"¹⁸⁸.

De manera semejante procede con dos binas de pronombres:

"...nostra ut video in te vel tua in nobis habitatio nobis caelum est"¹⁸⁹.

"Facies mea sit ad tuam... tua ad meam"¹⁹⁰....

En la descripción de la beatitud Guillermo adopta esta figura literaria combinando los tres actos de una y misma experiencia, el amor, la inteligencia y el gozo, a semejanza de la Trinidad-Unidad en Dios:

"Tres sunt affectionum personae, sed una beatitudinis substantia; / quia quod amatur (A) non nisi intelligendo amatur (b-a) nisi amando intelligitur (a+b), / nec nisi amando intelligitur (a' + b') nec nisi amando et intelligitur fruitur (a' - b')=(c). / qui meretur frui (c). / Hoc enim ibi habere vel

186 Cf. Med. III, 3.

187 Cf. Med. IV, 7.

188 Cf. Med. III, 1.

189 Cf. Med. VI, 6.

190 Cf. Med. VIII, 8.

frui (C)= quod intelligere vel amare" (b-a)¹⁹¹.

Amare= A = b-a, a+b / a' + b', a' - b' = C = Fruere / C = b-a = A = Amare. Amar - entender - gozar - entender - amar. = A- B- C- B- A. = Quiasmo.

La visión o ciencia de Dios expresada apofáticamente en contrabalanceo de antítesis se amolda a esta misma figura estilística. Aquí cada término se opone vigorosamente a su contiguo; para comprenderlo bien será necesario tener en cuenta la cita del Ex 33,20: "Facies mea non videbitur tibi. Non videbit me homo et vivet".

"Visio vel sciencia(a) / divinae maiestatis tuae(b): quae in hac vita (c), melius nesciendo scitur (d-e) / et scire aliquem quomodo eam nesciat. (e'-d'), / haec in hac vita(c') / summa eius (b') / scientia est" (a')¹⁹².

Es decir: a, b, c, d, e, e', d', c', b', a'.

La figura se estrecha, se sutaliza al mínimo en el siguiente flujo de frases aladas en concatenación de quiasmos, donde se expresa estilísticamente el misterio de la soledad:

"Vae soli... vere vae mihi soli, si non fueris tu (a) mecum (b) vel ego (b') tecum (a'). / Beatum... me credo, si sentio te (a) esse (b) mecum (c),

191 Cf. Med. XII, 14.

192 Cf. Med. VII, 7.

sed taedet me mei et odio mihi sum quoties sentio me (c') non esse (b') tecum (a')./ Quamdiu sum tecum (a), sum etiam mecum (b); non sum autem mecum (b'), quamdiu non sum tecum (a').

*Et vae mihi... sine quo (te) nunquam esse possum*¹⁹³.

Respecto del ritmo no queda sino recalcar el predominio de frases bien balanceadas y equilibradas unidas por cadencia y asonancia. Guillermo se siente a gusto repartiendo binariamente períodos de frases y de ideas. El equilibrio rítmico es un simple reflejo de otro equilibrio mucho más profundo, el de la *unitas spiritus* como eliminación del merismo radical:

*"...o desiderium animae... precatur... ut ab omnibus quae extra me sunt, pacem mihi facias et silentium; ut in ea quae intra me sunt, ius mihi conserves..."*¹⁹⁴.

Equilibrio en forma paralelística:

- a) sinónima: *"Numquid arbitraris me inimicum tuum?
Numquid consumere me tu vis peccatis adolescentiae?"*
- b) antitética: *"Numquid ego non sum ad te conversus?"*

¹⁹³ Cf. Med. II, 2.

¹⁹⁴ Cf. Med. IV, 9.

(climax) *vel tu adhuc es a me aversus?"*

c) sinónima- *"Si (ego) non sum conversus, Deus virtutum, converte me.*

invertida: *Si tu es aversus, Deus virtutum, convertere"*¹⁹⁵.

(anticlimax)

Este equilibrio se presenta también en *grupos ternarios*, donde nuestro autor refleja de manera si cabe más palpable la armonía de su ser.

Estas ternas se nos presentan también asociadas por cadencias asonánticas:

*"Ego manum imponentis adoro, iugum deosculor, et onus amplector"*¹⁹⁶.

*"O bone creator, quam bene me creaveras, quam gloriose(me) formaveras, quam feliciter (me) locaveras"*¹⁹⁷.

Asonancias de fonetismos que encabezan un inciso:

*"Da Domine, consolationem solitudinis meae, cor solitarium, colloquium tuum frequens..."*¹⁹⁸.

Bajo el símbolo del perro Guillermo expresa la suprema tensión de su espíritu, el marismo radical frente a un Dios deseado desde lo más íntimo del ser:

¹⁹⁵ Cf. Med. XI, 1.

¹⁹⁶ Cf. Med. IV, 11.

¹⁹⁷ Cf. Med. IV, 6.

¹⁹⁸ Cf. Med. IV, 9.

*"Expulsus redeo, exclusus clamo, flagellatus obsecro"*¹⁹⁹.

La disquisición del hombre sobre sí mismo parece expresarse en una terna en forma completa:

*"Discussio meipsum: quis sim, unde sim, unde venerim"*²⁰⁰.

Y el resultado de esta disquisición:

*"Inventus ...sum... in oculis tuis, nudis ab omnibus... turpis in oculis meis... egens rectore..."*²⁰¹.

Y la consiguiente reacción:

*Ideo, Domine; abscondi me intra ligna paradisi... =ideo refugi, elongavi fugiens et mansi in solitudine"*²⁰².

La acción del "Tu" sobre el "yo" aparece con frecuencia por una combinación de grupos binarios y ternarios, recalcando de paso el merismo radical:

*"Tibi Domine, hoc suggerit tua bonitas
nobis autem graves incumbit necessitas, et tamen...
te hortante, (nos) pigrescimus,
te dictante, (nos) negligimus,
te promitente (nos) non credimus"*²⁰³.

199 Cf. Med. II, 3.

200 Cf. Med. IV, 5.

201 Cf. Med. IV, 4.

202 Cf. Med. IV, 5.

203 Cf. Med. IV, 2.

La vida eterna consistirá en la supresión del merismo cuando toda la acción de Dios-trino, sea perfecta (=3) en el fondo del alma:

"Sicque gustans et videns quam suavis est Dominus (uno y trino),

Repente, sicque totus gustando dulcedinem eius, dulcescit;

sic videndo lucem veritatis eius, lucescit;

*sic de repentina... in quadio sancti Spiritus, exhibet larescit"*²⁰⁴.

Para concluir este sentido nato de la armonía, véase aún la fluidez y distribución de los siguientes miembros de frases:

*"abeant et pereant, omnia solatia mea, quae tu non es vel ex te non sunt"*²⁰⁵.

*"Te credo, te spero, te mihi da, aliud non spero"*²⁰⁶.

*"Semper in te credidi, numquam te negavi, semper te amavi, etiam cum in te peccavi"*²⁰⁷.....

*"O si videbo, o si durabo, o si unquam aliquando audiero..."*²⁰⁸.

A veces resulta tan perfecta esta distribución que un término de cada miembro de frase queda explica-

204 Cf. Med. III, 12.

205 Cf. Med. II, 2.

206 Cf. Med. IX, 10.

207 Cf. Med. V, 7.

208 Cf. Med. VI, 14.

do por su correspondiente de orden en el segundo miembro:

*"Tunc demum / vere / victurum = quando / perfecte / visurus"*²⁰⁹.

*"Libet hic / immorari = et utinam / immori"*²¹⁰
*niteris / excusare te = ut velis / accusare me"*²¹¹.

Por el mismo estilo nos da Guillermo la razón por la que Pedro nunca llegó a faltar gravemente contra su Maestro: *"...quamvis nec arbitrer Petrum conculcasce:*

*quia / tunc / ardentissime / (te) diligebat / etiam cum / semel et iterum et tertio / (te) / negabat"*²¹².

Junto a estas figuras estilísticas más o menos armoniosas, se nos presentan otras que, a primera vista, son violentas, dando al conjunto del estilo en nuestras meditaciones, un intenso vigor.

Así de vez en cuando topamos con la "anástrofe", esa inversión violenta en el orden de la cláusula. Parece como si Guillermo no se preocupara en absoluto del régimen dentro de la oración; lo que le importa en esos momentos es hacer resaltar el concepto, la palabra clave que bulle en su mente y que coloca encabezando una frase:

209 Cf. Med. III, 10.

210 Cf. Med. III, 9.

211 Cf. Med. I, 10.

212 Cf. Med. V, 7.

*"Ad te, a te, Domine creati sumus..."*²¹³. *"Interim Domine, exaudi coelos..."*²¹⁴. *"Et nunc, o desiderium animae..."*²¹⁵. *Sed adhuc, o refugium meum*²¹⁶. *"Et iam, anima mea..."*²¹⁷. *"Si aliquando sentio te transeuntem..."*²¹⁸. *"Vere, Domine, voluntarie..."*²¹⁹. *"Semper in te credidi, nunquam te negavi, semper te amavi, etiam cum in te peccavi"*²²⁰. *"Corde enim credit ad iustitiam, ore autem ad salutem"*²²¹. *Ad te ergo tendentibus, post te anhelantibus responde, obsecro Rabbi..."*²²².

A veces la anástrofe de un simple relativo, arrastra una inversión completa, siendo de hecho la subordinada quien atrae toda la fuerza de la expresión y del significado:

*"quae nisi poenitentia deleat, nisi sanguineus sudor... non invenio partem habere..."*²²³.

De manera semejante se comporta un simple participio pasado:

213 Cf. Med. I, 3.

214 Cf. Med. IV, 8.

215 Cf. Med. IV, 9.

216 Cf. Med. IV, 10.

217 Cf. Med. IV, 13.

218 Cf. Med. II, 3.

219 Cf. Med. V, 7.

220 Cf. Med. V, 7.

221 Cf. Med. I, 4.

222 Cf. Med. VI, 5.

223 Cf. Med. V, 5.

"*Sic ergo discussa aliquantisper cogitationum caligine, converto me ad...*"²²⁴.

Dos condicionales que encabezan dos períodos paralelos:

"*Si peccator est, ostendit tibi faciem miseriae suae, requirens... Si sanctus est, occurrit tibi in faciem iustitiae tuae et...*"²²⁵.

Es relativamente frecuente en Guillermo comenzar una serie de períodos por una subordinada, lo cual será indicio seguro de una gran dilatación de fraseo y del consiguiente alambicamiento de giros. En tales circunstancias suelen abundar las partículas:

"*Propter quod... cum a somno... de quo... et in eo a quo... quem... vel...*"²²⁶

Una forma más violenta de la simple anástrofe es la "*synchisis*" o *interpolación* si se trata del orden de la frase, y el *paréntesis*, en el orden de los períodos.

Respecto a la *synchisis*:

"*tuam in disponiendo sapientiam, (tuam) in continendo et conservando bonitatem, et misericordiam, adoramus et invocamus*"²²⁷.

"*Nostra ergo ut video in te, vel tua in nobis ha-*

224 Cf. Med. IX, 4.

225 Cf. Med. VIII, 1.

226 Cf. Med. II, 7.

227 Cf. Med. I, 3.

bitatio nobis caelum est"²²⁸. "*Sic ergo discussa aliquantisper cogitationum caligine, converto me...*"²²⁹. "*Ego vero usu pravo et stupore nimio mentis obdurui et didici...*"²³⁰. "*...te in medio eorum existente...*"²³¹.

El *paréntesis* amplía hasta lo sumo las series de períodos, las desequilibra, rompiendo el ritmo no sólo del fraseo sino incluso el hilo del pensamiento. El *paréntesis*, como figura literaria no se adapta bien a una inteligencia escrupulosamente discursiva, se pone más bien al servicio de la intuición. Parece pues como si por las series de *paréntesis* Guillermo nos quisiera introducir de golpe en la realidad que él mismo contempla y experimenta, toda de una vez, en todas sus dimensiones.

Breves y significativos *paréntesis*:

"*Elongavi fugiens, non tamen a te sed ad te, et mansi in solitudine...*"²³².

"*Negotiosae negligi se videntes, et sicut causis suis cessantibus..., recedunt*"²³³.

Paréntesis concateados en varios planos:

"*Ardensque faciei tuae desiderio, cui sacrificium*

228 Cf. Med. VI, 6.

229 Cf. Med. IX, 4.

230 Cf. Med. II, 4.

231 Cf. Med. VI, 2.

232 Cf. Med. IV, 5.

233 Cf. Med. IX, 3.

pietatis et justitiae suae offerat, oblationes et holocausta, *cum differtur, magis turbatur*"²³⁴.

"*Quam desideranter fugerem de terra nostra in caelum tuum, quo semel mundatum a superbia, projecto inde superbio, tibi retinuisti, si ascensum invenirem et ostium apertum*"²³⁵.

"*Ubi cum sto, te mostrante, contemplans delicias terrae viventium et recordor quod Moysi dictum est: Videbis eam et non intrabis, totus horrore concutior*"²³⁶.

"*Paulus tuus, et totus noster quia totus tuus, Novi Testamenti tuba, pro se loquens...*"²³⁷.

Este afán por el paréntesis, a veces multiplicados sin medida, hace incurrir fácilmente en *anacolutus* evidentes con sus secuelas de alambicamientos²³⁸.

Otras figuras literarias aparecen más raramente en nuestro autor como la *elipsis*.

Así, María la pecadora a los pies del Señor, "*lacantem lacrimis cordis et... ungentem...*"²³⁹, se perso-

nifica en su propia acción; la fuerza expresiva de los participios se concentra en sí misma.

A veces se emplea la *elipsis* simplemente para aligerar el curso del ritmo. Se elide el pronombre: "*Non spero si non amo, nec amo si non spero... quia misere amo, languide spero*"²⁴⁰. Se elide el verbo: "*Miserere, Domine, miserere tu plastes et nos lutum...*"²⁴¹.

Ya se ha dicho la importancia de los pronombres en el estilo de nuestro autor; por eso no es raro tropezar con alguno que otro *pleonismo* a este respecto. Así, la siguiente progresión de frases en *lótotes*, expresión intensa de un deseo y de un propósito, pero que corta toda su intensidad mediante un *pleonismo* prenominal en forma de cadencia anticlimática:

"...*nullus exaggeret, nullus minuat, nullos multiplicet, nec egomet mihi*"²⁴².

Otros casos:

"*Scio et certus sum...*"²⁴³. "*Scio certe, et certe certus sum*"²⁴⁴.

Guillermo pasa a menudo al campo de las *metonimias*, como figura de las más aptas para expresar su propia experiencia.

234 Cf. Med. II, 9.

235 Cf. Med. VI, 1.

236 Cf. Med. XII, 3.

237 Cf. Med. III, 5.

238 Cf. Med. XII, 4. Las razones que nos da D. Déchanet sobre las causas de la oscuridad y alambicamiento de estilo en Guillermo son bastante arbitrarias y discutibles (cf. J. M. DÉCHANET: *Les fondements et les bases de la spiritualité bernardine*, en *Cîteaux in der Nederlanden* (1953) pp. 311.

239 Cf. Med. V, 9.

240 Cf. Med. IX, 10.

241 Cf. Med. I, 3.

242 Cf. Med. XII, 4.

243 Cf. III, 3.

244 Cf. Med. III, 4.

"Non permittitur glutire totam salivam gusti boni, sed quasi de ore ei aufertur..."²⁴⁵.

La *endiádis* viene a ser una particularidad del pleonismo. Ya se ha dicho cómo nuestro autor se siente a gusto en la repartición binaria de período de frases. De aquí la *endiádis* cuando estas binas se concentran entre sí para expresar una y misma realidad:

"Est quidem alia facies et alius vultus notitiae tuae..."²⁴⁶.

Endiádis en progresión:

"...tenebrae ignorantiae nostrae et caecitatis humanae"²⁴⁷.

"liminis et ignis... lucentes et ardentes... Illuminabant et accedebant"²⁴⁸. "Confundor et totus contabesco..."²⁴⁹. "...quotidiana, immo et continua haec unctio mea"²⁵⁰. "Quam libenter, quam desideranter..."²⁵¹. "...longa et tediosa experientia"²⁵², "fidem puram et devotam, piam, fortem et inconcussam..."²⁵³.

Para cerrar esta visión panorámica del estilo lite-

245 Cf. Med. XII, 9.

246 Cf. Med. VII, 7.

247 Cf. Med. VII, 8.

248 Cf. Med. VII, 8.

249 Cf. Med. V, 3.

250 Cf. Med. V, 9.

251 Cf. Med. V, 1.

252 Cf. Med. IX, 11.

253 Cf. Med. V, 11.

rario en nuestras meditaciones debemos citar el amplio margen que da Guillermo al *simbolismo*. Lo que los conceptos no expresan, lo expresa el símbolo que se adapta mejor que cualquier otra figura al espíritu eminentemente intuitivo del contemplativo.

Uno de los símbolos más queridos de Guillermo es la *imagen del perrillo*²⁵⁴ hambriento y famélico que busca el pan en la casa de su Señor. Guillermo sabe identificarse a este perrillo pues es quizá el símbolo más claro del merismo que atraviesa toda la composición de nuestras meditaciones. Paralelo es la imagen del *asno salvaje* que olfatea el amor²⁵⁵, olfatear equivale a desear la superación del merismo, la unión del "yo" con el "Tu" *para siempre*. Perennidad simbolizada a su vez en la *zarza* que Moisés vio ardiendo sin consumirse²⁵⁶.

El dualismo "*paraíso-cloaca*" y la *bruma* (caligo) son los dos símbolos exterior e interior respectivamente del pecado, "*dividens inter me et lumen cordis mei*". Experiencia de un desorden producido por un desgarrón radical, origen de la dispersión de espíritu, simbolizada en la *plaga de moscas*, "*quaedam muscarum pestis*"²⁵⁶.

A este respecto la IV Meditación se presta a todo un profundo estudio del "simbolismo bíblico interiori-

254 Cf. Med. II, 3,5; IX, 6.

255 Cf. Med. IV, 10.

256 Cf. Med. IX, 6; IX, 2.

zado". La armonía de la persona humana, corpus-anima-animus-spiritus-Deus, queda destrozada en el paraíso²⁵⁷. El hombre es verdaderamente un microcosmos que lleva en lo más profundo de su ser un inmenso desgarrón, el merismo esencial.

A este respecto la VII Meditación con su símbolo temático de los *dos rostros*, completa el contenido de la IV Meditación. La Meditación VII es ciertamente el "eje" de toda la composición.

La paradójica separación-atracción del "yo" y del "Tu" aparece también en los personajes más evangélicos de la *Cananea*²⁵⁸, del *Ciego de Jericó*²⁵⁹, de la *Magdalena*²⁶⁰, de la *Pecadora*, de *Pedro* y de otros²⁶¹.

"Yo" y "Tu" que se atraen y se repelen al mismo tiempo, según el texto del Ex 33,20: "*Nadie puede ver mi rostro y vivir*", el más citado en estas meditaciones entre todos los demás textos del A.T.²⁶².

La solución única para solventar este conflicto paradójico es sólo la *persona de Jesucristo*, mediador entre los dos rostros, el único que se nos ha dado para destruir este merismo radical. "*Yo soy el camino*,

la verdad y la vida..." (Jn 14,4-6) es el texto más citado aquí de entre todos los del N.T.²⁶³.

Si tuviera que resumir en una frase lacónica toda esta riqueza de significante y de significado, escogería sin vacilar el "*aperi-mihi-te*" (=ábre-te-me) de la Meditación VII²⁶⁴. Es aquí precisamente donde el merismo está a punto de desaparecer, significado por el verbo y la contigüidad del "yo-Tu" en contexto cristológico.

No se podrá concluir este somero estudio sin mencionar los tres factores que integran todo estilo literario según Dámaso Alonso²⁶⁵ y que son como repercusiones de una y misma experiencia vivida: *el merismo radicalmente sentido del "ego-Tu" en lo imaginativo, en lo afectivo y en lo conceptual*. En efecto, toda la composición de Guillermo de Saint-Thierry oscila constantemente en estas tres dimensiones; el predominio de una no suprime las otras. Tridimensión sumamente necesaria de tenerse en cuenta si se quiere captar la unidad de este cosmos teológico-espiritual-literario, universo cerrado en sí²⁶⁶.

Quizá faltaría aún acentuar ciertos aspectos en Guillermo de una estilística psicológica del tipo pre-

257 Cf. Med. IV, 7.

258 Cf. Med. II, 3.

259 Cf. Med. XI, 4.

260 Cf. Med. V, 9-11.

261 Cf. Med. V, 7; VIII, 3.

262 Cf. Med. III, 1,10; VII, 5,7.

263 Cf. Med. 1,6; VI, 3,11; X, 2,11.

264 Cf. Med. VI, 11.

265 Cf. D. ALONSO: *Poesía Española. Ensayos de métodos y límites estilísticos*. Madrid (1971), pp. 481-493.

266 Cf. *Ib.*, p. 425.

conizado por Spitzer y todavía más de todo un estilo bíblico tradicional y de autores cristianos como Agustín, Ps. Dionisio, Scoto Erígena. Una simple introducción no permite tal envergadura. La conclusión de este somero estudio se impone ya: Guillermo *se ha asimilado* toda una gama estilística haciéndosela “suya” y como “suya” nos la da²⁶⁷.

El título “*Meditativae Orationes*” y su traducción castellana.

Traducir sencillamente por “meditaciones” un epígrafe que connota gran riqueza de contenido, sería *empobrecer* la publicación de la obra ya en su mismo título. La mentalidad moderna calificaría el “*corpus meditativum*” de Guillermo como un libro más de meditaciones, pululable por todos los rincones.

Es cierto que en la Carta de Oro afirma: “*He escrito... unas meditaciones que sin duda han de ser útiles para formar a los novicios en la práctica de la oración*”²⁶⁸.

Sin embargo el título “*Meditativae Orationes*” es demasiado sugestivo:

- a) es una expresión que apunta evidentemente a la meditación en sentido tradicional, bíblico-psi-

267 Cf. CH. MORHMANN: *Problemas stylistiques dans la littérature latine chrétienne*, en *Vigiliae Christianae*, 9 (1955), p. 223.

268 Carta de Oro. Ed. Studium (Madrid), p. 23.

cológica, es decir, íntimamente unida a la lectura y a la oración.

- b) el subfijo “*-ivae*”, denota que la presente composición de Guillermo es su “*ructus*” o “*eructatio*” característico²⁶⁹.

Su lectura tiende a crear una *actitud*. De modo análogo a como Guillermo ha llegado a la cumbre de la experiencia por la asimilación del *ructus* o *eructatio* de los autores bíblicos y de los SS.PP., quien medite esta *eructatio* de Guillermo, se orientará también hacia la experiencia espiritual. Por eso la intención de Guillermo en dedicar sus escritos a la formación de los novicios.

A esta justificada sutileza, podemos añadir, el no menos revelador testimonio de la *Vita Antiqua*: “*En este trabajo aparece no sólo el amor sino el ardor de este hombre cara a Dios. Y en mi opinión, cualquiera que emprenda su lectura sobrio y piadosamente... progresará en el temor de Dios y en un mayor conocimiento de sí mismo*”²⁷⁰.

Por otra parte se lee ya en *S. Isidoro de Sevilla*

269 “*Optato ergo otio et quiete cum Maria, ad pedes Domini sedens plerumque et fratribus de plenitudine cordis sui verba vitae aeternae propensius eructabat*” (S. LENSSENS: *Hagiologium Cist. I. Guillermo a sto Teodorico*, p. 207).

270 Cf. PONCELET: *Vie ancienne de Guill. de S. T.*, en *Mélanges Godfroid Kurt. I. Liège* (1908), p. 44.

que el término “meditativo” es una forma verbal por la que se muestra la intención o el deseo del que medita²⁷¹. La explicación de las Etimologías concuerda perfectamente con lo que acabamos de afirmar; las *Meditativae Orationes* son una auténtica *eructatio* cuya finalidad consiste en *fomentar la contemplación* en aquellos que deseen meditarlas.

Si Guillermo se ha fijado o no en la explicación del *Hispalense* son cosas que no nos conciernen mucho, solamente se quiere constatar el hecho, para percatarse que no es fácil dar una traducción adecuada al título de la obra. El mismo Dom Déchanet tropezó con esta misma dificultad. Según él la traducción francesa más adecuada sería el de “*Elevations*”²⁷². Sin embargo, con este epígrafe se destacaría casi exclusivamente la relación vertical hombre-Dios. Pero Guillermo tuvo muy en cuenta también la horizontal de la alteridad según acabamos de ver.

Quizá por eso el título castellano más adecuado sería el de “*Exhalaciones*” o “*Irradiaciones*” que incluyen ambas dimensiones; ya que la exhalación o irradiación espiritual supone la meditación, la experiencia y el *ructus* con sus implicados.

No obstante se ha preferido un título análogo y a la vez mucho más sugestivo y actual, “*Diálogo con*

Dios” que aunque sin tanta precisión, incluye las dos direcciones implicadas en las “*Meditativae Orationes*”.

Texto latino y traducciones.

El texto latino base de nuestra traducción es el del *manuscrito 776 de la Biblioteca Mazarina*²⁷³. En él se contienen las once primeras meditaciones y parte de la doce. La Meditación XIII fue identificada por Dom Déchanet²⁷⁴.

Las ediciones, a pesar de la escasez de manuscritos, fueron bastante considerables en los siglos XV y XVI sobre todo. En particular A. Adam y Dom Wilmart señalan las de *París 1499, Lovaina 1546, Ambéres 1550, 1589, 1590, París 1600, München 1685*²⁷⁵. Bernardo Tissier las insertó en el cuarto volumen de la *Bibliotheca Patrum Cisterciensium*²⁷⁶ y de aquí pasaron a engrosar la *Patrología de Migne*²⁷⁷.

La primera versión en *lenguas romances* se debe a un tal J. Guitot que las publicó en *Rouen el año 1627*.

273 Presentado en la Ed. del P. Robert Thomas, en la colección *Pain de Citeaux*.

274 Cf. *Meditativa Oratio*, n. XIII. Une page encore inédite de Guill. de S. T. en *Coll. OCR* (1940), pp. 2, 12.

275 Cf. A. ADAM: *Guill. de S. T. sa vie et ses oeuvres*, Brouges (1923), p. 13; A. WILMART: *La série et la date des ouvrages de Guill. de S. T.*, en *Rev. Mabillon* (1929), col. 22-41.

276 Edición Bonofonte (1662), col. 22-41.

277 PL. 180, 205-248.

271 Cf. *Etimologías*. 1,9, PL. 82,86c.

272 *Méditations et prières*, p. 77, n. 1.

En 1934 M. M. Davy publicó la primera edición bilingüe *latín-francés*²⁷⁸.

En 1945 Don Déchanet publicaba de nuevo la traducción francesa con una extensa introducción; es la obra conocida por "*Méditations et prières*"²⁷⁹. Finalmente en el año 1964-65, el P. Robert Thomas, publicaba la edición bilingüe en dos tomos, con el título "*Oraisons méditées*"²⁸⁰.

Ésta es la primera edición española, esperamos que contribuya a un mejor conocimiento en nuestra lengua de una de las personalidades más atractivas del mundo monástico del siglo XII.

P. Juan Ma. de la Torre, OCSO.

278 *Meditativae Orationes*, París, 1934.

279 *Méditations et prières*, Ed. Universitaires, Brouxelles, 1945.

280 *Oraisons méditées*, Pain de Cîteaux, n. 21-22. Pro manuscr., Chambarand, 1964-1965.

I Meditación

Presciencia divina y predestinación.

Como una súbita torrentera, esta meditación nos descubre las vivencias íntimas, las intuiciones y profundas elucubraciones del teólogo místico del siglo XII.

Es la primera en el orden de encabezamiento, pero no en el cronológico.

Hay una diferencia primordial entre esta meditación y las restantes: la mirada atenta del espíritu frente a un objeto de carácter más universal, el **misterio de la predestinación**. Sin embargo, no podemos exagerar este aspecto so pena de deformar la actitud fundamental de Guillermo.

El autor no trata de resolver cuestiones suscitadas en siglos anteriores; ni siquiera existen huellas de tales controversias. Guillermo se siente frente a un misterio... y basta.

El sesgo de su pensamiento se sitúa más bien en la línea de Ireneo, Orígenes, y en general, de los Padres Griegos, "**teólogos de la presciencia**", que en la de Agustín, el teólogo de la "**predestinación**".

Nuestro autor no trata tampoco de hacer una exposición parcial en esta dirección dogmática¹. Se contenta con una serie de miradas, de reflexiones y aspiraciones ante este misterio de la fe. Más, diríamos que Guillermo ha interiorizado ese objeto universal, el misterio insondable de la predestinación y presciencia divinas, convirtiéndolo en sustancia propia. Por eso él no teme. Mira la realidad desde un ángulo superior, desde el corazón mismo del misterio.

Tres elementos fundamentales se destacan en esta meditación:

A) **La predestinación divina.** No es determinante; es consecutiva a su objeto. No es conocimiento frío, sino en cierto modo afectivo. Es **sabiduría, verdad, bondad**, o mejor, expresión de la sabiduría, de la verdad y de la bondad divinas que acompañan al hombre, salvaguardando su libertad.

B) **La predestinación.** Para Guillermo, lo mismo que para Agustín, es la **preparación** de la gracia. La gracia es su efecto. Tal preparación es también consecutiva a la presciencia divina en su orden lógico. Dios otorga su gracia a quien sabe que no la ha de despilfarrar.

C) **La libertad humana.** Nunca coaccionada.

Este profundo misterio provoca en el alma contemplativa de Guillermo una doble actitud de **temor** y de **amor**, y sobre todo, una profundísima **humildad**: Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes.

El vaso de elección está saturado de humildad. Guillermo se siente vaso de elección; por eso su actitud es una constante adoración ante la grandeza insondable de Dios, y un máximo cuidado por "no desprenderse" nunca de entre sus manos. El vaso de ignominia, por el contrario, descaradamente protesta acusando a Dios de injusto.

Meditación profunda. Hay pasajes bien marcados en los que aletea la inspiración de Agustín, pero sin quedar en penumbra el marchamo guillermino.

Las restantes meditaciones manifestarán muy al vivo las diversas posturas del alma de Guillermo. Ésta, en apariencia, no tanto. Pero aquí, como en el resto de este cuerpo meditativo, se destaca la postura radical del santo monje: el hombre, el monje, sólo encontrará la vida en Dios, y en tanto, en cuanto esté **adherido** a Él.

1. Oh profundidad de la sabiduría y de la ciencia de Dios, qué insondables son sus juicios e inescru-

tables sus caminos. Pues, ¿quién conoció el pensamiento del Señor y quién fue su consejero?². Te compadece, Señor, de quien quieres compadecerte; otorgas tu misericordia a quien quieres. No depende del que quiere o del que corre, sino de ti, Señor, que tienen misericordia³.

2. El vaso de arcilla salta de las manos del alfarero, su hacedor, que exclama con las palabras del profeta: "Yo lo he fabricado, yo lo llevaré"⁴. Salta de entre las manos del sustentador y portador para caer y romperse⁵. Y grita: ¿por qué se queja?, ¿quién puede resistir a su voluntad?⁶, ¿por qué me has hecho así?⁷.

Así te habla, eterna sabiduría, el vaso de barro y de arcilla, vaso de ignominia y de ira, destinado a la perdición⁸. Deberán estremecerse y suplicar en tu presencia, tú que tienes poder para fabricar de la misma masa vasos para usos honrosos y vasos para ignominia.

Los vasos de honra y de elección, los vasos de misericordia que preparaste para la gloria, no hablan así; te reconocen como su creador y alfarero. Ellos, como barro compacto, están en tus manos; y, ay si cayeran, se quebrarían, se pulverizarían y volverían a la nada. Ellos lo saben, por eso no son infieles a tu gracia.

3. Piedad, Señor, piedad. Tú, nuestro alfarero; nosotros, el lodo. Todavía permanecemos en cierto modo unidos a ti; aún nos llevas con el poder de tu mano. Todavía estamos colgados de tres de tus dedos, de

la fe, de la esperanza y de la caridad. En ellos suspendes la mole de la tierra, esto es, la firmeza de tu santa Iglesia.

Piedad, sosténnos para no caer de tu mano. Cauteriza nuestro costado y nuestro corazón⁹ con el fuego de tu santo Espíritu, y afianza lo que has realizado en nosotros¹⁰ para que no nos deshagamos volviendo al barro o a la nada.

Para ti y por ti fuimos creados; hacia ti se dirigen nuestros pasos. Te reconocemos por hacedor y configurador; invocamos y adoramos tu sabiduría en la disposición de todas las cosas; tu bondad y misericordia, en su mantenimiento y conservación.

Perfecciónanos, hacedor nuestro, perfecciónanos hasta la forma completa de tu imagen y semejanza según la cual nos formaste¹¹.

4. Así te habla el vaso de limo y al limo destinado, con acentos propios del que increpo y cae: ¿Por qué me has hecho así?¹² El vaso destinado a usos honrosos no se expresa en estos términos; cree de corazón para justificarse; confiesa de palabra para salvarse que tú eres bueno y que hiciste bien todas las cosas, como justamente, a éste para honra y a aquél para ignominia; dotando a ambos de libre albedrío, lo que permite tanto al uno como al otro, hacer lo que hacen sin ser coaccionados por la necesidad, sino que con voluntad libre adquieren el propio mérito de la virtud; porque la

virtud consiste en el espontáneo asentimiento de la buena voluntad hacia el bien.

5. Conociendo todo, sabías de antemano, eterna sabiduría, de qué manera usaría cada cual del libre albedrío; cómo se decidiría el propio destino y el de las demás cosas, y que tu gracia estaría a disposición de quien no la recibiese en vano¹³.

Tu presciencia no fuerza a las creaturas a ser lo que deberán ser, como si necesariamente tuviesen que ser "así". Antes bien, porque han de ser "así" es por lo que tú las conoces antes de que sean. Y de ninguna manera tu presciencia puede engañarse.

Tu presciencia, Señor, es tu misma sabiduría que eternamente coexiste contigo, aunque incluso no existiese creatura alguna. En ella están desde toda la eternidad las causas de todo lo que se hace en el tiempo y el conocimiento de la creatura que ha de ser creada en su debido momento.

Todo esto, como futuro, en ti no tenía razón de ser, porque era ya vida en tu Verbo, consustancial a ti mismo, y por quien ha sido hecho todo cuanto ha sido hecho¹⁴. De la misma manera que existirían en Él como habían de ser, así serían porque en Él eran ya vida. Pero "vida" que no fuerza a ser de "tal" condición, sino que existen en Él porque "así" habrían de ser.

Entonces, ¿qué? ¿El modo futuro y temporal de su ser, será la causa de su ser eterno en Dios? Pues si no

se realizan en el tiempo, parece como si no pudieran existir eternamente en el Verbo de Dios.

6. Tu ciencia, tu presciencia, Señor, es tu misma verdad, que declara "Yo soy la Verdad"¹⁵. Y como tú, Señor, por conocer de antemano no coaccionas a lo futuro, así tampoco queda coaccionada tu presciencia por el futuro. Para ti, ni lo pasado ni lo futuro cuentan; tú eres siempre lo que eres. Lo demás, ya pasado, ya futuro, es vida en tu Verbo.

7. Los malvados merodean en círculo¹⁶. Hombre, escapa de la órbita del error hacia el centro de la verdad. El vaso vuelve a su mismo barro sin forzarle la presciencia de Dios que no ignoraba la manera que debía ser. Antes bien, sabiendo de antemano que "así" había de ser, le predestinó a la ruina.

8. La presciencia de Dios en su bondad, que desde toda la eternidad se ofrece a todos, aunque no haya de ser recibida por todos. Unos la acogen; otros la rechazan. Esto no afecta a la presciencia divina que, como se ha dicho, en cuanto bondad de Dios, se encuentra en eterna disposición de comunicarse a todos, aunque no existiese creatura alguna.

Tal bondad es el Espíritu Santo, coeterno al Padre y al Hijo. Por eso, en la creación del mundo el Espíritu del Señor se cernía sobre las aguas¹⁷, esto es, se ofrecía, se prodigaba a todos haciendo el bien y proveyendo de lo útil; es lo propio del Espíritu Santo. Pero tam-

bién ahuyentaba al alma perversa en la que no tiene acceso la sabiduría¹⁸.

9. De aquí que, al conocimiento previo de Dios sobre la creatura, respecto de Dios, es presciencia; respecto del hombre, predestinación. La predestinación puede ser de elección o de reprobación. De donde, "no me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros"¹⁹.

La predestinación es la preparación de la gracia; la gracia, su efecto. No trates de indagar el por qué uno es elegido y otro réprobo si no quieres desbarbar²⁰. La soberbia del hombre no se oculta a la presciencia de Dios. No escaparás de su providencia por la que eres predestinado a la pena reservada a los orgullosos. "Dios resiste a los soberbios, pero da su gracia a los humildes"²¹. La soberbia es el merecimiento y el signo de la reprobación; como la humildad es el merecimiento y el signo de la elección.

10. Que proteste, si quiere, el vaso de barro diciendo: ¿Por qué me has hecho así?, es decir, ¿por qué me has predestinado a la ruina? La Verdad le responderá: Me expresaré a tu manera. Sabía de antemano que habías de ser un vaso de ira dispuesto para la ruina; que serías un insensato que no sabías o no querías salvarte; un soberbio que se mofaría de las humillaciones. Esto me basta. Irás irremediamente a la perdición. No puedes oponerte a mi voluntad que derrama

su misericordia sobre quienes se reconocen miserables. Los poderosos serán intensamente atormentados en su iniquidad²². Yo sólo quiero compadecerme de los humildes²³.

Continúan las protestas: Entonces, ¿por qué no me diste la humildad? Te dí lo más, el libre albedrío²⁴ y de él te has servido para llegar a ser poderoso en malicia. Has preferido el mal al bien²⁵. Aún más, me has inculcado tus perversidades intentando acusarme con tus propias excusas. No consientes que tu iniquidad te incite a una santa indignación²⁶. Irás a tu lugar, vaso de ira apto para la perdición.

NOTAS

- 1 Cf. J. M. DÉCHANET: *Méditations et prières*, pp. 95-96.
- 2 Rom 11,35.
- 3 Rom 9,15-16.
- 4 Is 46,4.
- 5 Lv 15,12.
- 6 Rom 9,19.
- 7 Rom 9,20.
- 8 Rom 9,21.
- 9 Sal 25,2.
- 10 Sal 67,29.
- 11 Gén. 1,26.
- 12 Rom 9,20.
- 13 2 Cor 6,1.
- 14 Jn 1,3-4.
- 15 Jn 14,6.
- 16 Sal 11,9.
- 17 Gén 1,2.
- 18 Sab 1,4.
- 19 Jn 15,16.
- 20 Ante este misterio como ante el misterio de la Trinidad, es muy natural en el hombre querer buscar una explicación. Guillermo nos pone sobre aviso. He aquí el gran principio que guía todas sus especulaciones: "Es pura presunción pretender con la razón... lo que es propio del amor. Si nuestro ojo interior se purifica, si se prepara en cierto modo... su visión no es por argucias especulativas, sino por el ejercicio activo de la contemplación divina y de la santidad de vida... La fe pura es la llave del jardín cerrado, y la Escritura, su fuente inagotable... buscar en otra parte es salir al encuentro de una ciencia erizada de dificultades..." (Cf. *Aenigma fidei*, PL 180,407 ac).
- 21 Sant 4,6.
- 22 Sal 51,3; Sab. 6,7.
- 23 Ex 33,19; Rom 9,15.
- 24 **Libertad y libre albedrío** en Guillermo es de inspiración agustiniana. La libertad es el buen uso del libre albedrío, o la capacidad moral de querer y hacer el bien. El libre albedrío es la facultad de discernir y escoger el bien. Adán poseía ambas antes de la caída; pero perdió la libertad por su pecado. En adelante el hombre será incapaz sin el socorro de la gracia de practicar la virtud o de observar por largo tiempo la ley natural. Físicamente queda libre; mo-

I MEDITACIÓN

ralmente, no. Conserva su libre albedrío como señal de su dignidad perdida; pero en punición a su pecado, ese albedrío se encuentra cautivo en la ley del pecado. Lo libera la gracia de Cristo cuando el hombre trata de corresponder a sus beneficios. En Cristo y por Cristo se encuentra la libertad perdida en Adán (cf. **Carta de Oro**, Studium (1968) II Parte, c.II, p. 123 ss.; J. M. DÉCHANET: **Le Miroir de la foi**, Brouges (1944), p. 19, nota 2).

25 Sal 51,5.

26 Sal 35,3.

II Meditación

Deseo ardiente y doloroso de Dios.

La presente meditación nos revela el proceso de una larga experiencia: toda la vida monástica de Guillermo. Nada de adocenamientos ni de conformismos. Una sed interior y acuciante no le deja tranquilo con lo que posee.

Reflejo al mismo tiempo de un ardiente deseo de Dios y de las tinieblas purificadoras, salvo algunos relampagueos de luz, esta segunda meditación puede ser reducida esquemáticamente de la siguiente manera:

1. Situación extremadamente dolorosa del alma de Guillermo: Su pobreza profundamente sentida:
 - a) Carencia de bienes exteriores. Nuestro monje lo dejó todo al abrazar el estado monástico. Sin embargo, no se menciona este aspecto de la pobreza que aparece completamente superado.
 - b) Carencia de bienes interiores. Si los tiene, no los ve porque le falta la iluminación de Dios. En sí mismo no percibe más que tinieblas, quebranto de corazón y turbación de espíritu. Se compara a un difunto y a un perrillo que depende en todo de su amo.
2. Esta miseria provoca una intensa oración impetratoria. La imagen del perrillo y de la Cananea son de por sí elocuentes.
3. Lo oración causa su efecto: la presencia del Señor. Primero como un tenue susurro... después, como una luz. Siente deseos de verle con sus propios ojos, pero... otra vez la impotencia. Todavía no es tiempo.

4. Vuelta a la oración de compunción como medio de purificarse más y más, y prepararse a las sucesivas visitas del Señor.
5. Purificación de los sentidos externos... Pero todavía existe un obstáculo formidable, la imaginación con sus fantasías, capaz de suscitar los más crasos errores sobre todo frente al misterio de los misterios, la santísima Trinidad, meta suprema de su oración y de toda su vida contemplativa.
6. Guillermo nos ofrece a continuación una descripción original y sabrosa de la acción del don de sabiduría:
 - a) Y siempre la humildad como fundamento, la cual penetra hasta lo más profundo del corazón. La humildad nos facilita el sometimiento a la autoridad. y mediante ésta, a la fe.
 - b) La fe, que procede de Dios, no del hombre. A través de la humildad dirige el entendimiento y disipa todos los fantasmas imaginativos.
 - c) Grados de fe:
 1. La simple fe, de suyo incapaz de satisfacer los deseos más íntimos y de sacarle plenamente de sus tinieblas.
 2. Guillermo busca y pide intensamente la "fe iluminada" que sólo el Padre de las luces puede otorgarle, porque desciende de arriba...

Sólo así podrá experimentar qué bueno es el Señor.

1. Acercaos a Él y seréis inundados de luz. Vuestros rostros no quedarán confundidos¹. Estoy confundido, Señor Dios, me siento confundido con una horrible y atroz confusión cuantas veces me acerco a ti y encuentro cerrada la puerta de tu visión. Me parece en-

tonces oír aquella terrible voz: "En verdad os digo, no os conozco"². Deseando ser iluminado por ti de tal modo me entenebrezco en quebranto de corazón y turbación de espíritu, que casi preferiría el no haberme acercado.

2. Y ¿quién podrá consolarme si tú me quieres en desolación? Apártense y desaparezcan todos los consuelos que no seas tú o que no procedan de ti.

¡Ay del que está solo!³, dijo Salomón. Sí, ¡ay de mí!, solo, si tú no estás conmigo o yo contigo. Por dichoso y sumamente feliz me tengo si siento que tú estás conmigo. Señor, me atedio de mí mismo cuantas veces siento que tú no estás conmigo. Cuantas veces estoy contigo, tantas veces estoy también conmigo; no estoy conmigo siempre que no estoy contigo. Y ...¡ay de mí! cuántas veces no estoy contigo. Sin ti no puedo existir. Imposible me sería subsistir de cualquier modo que fuere, en mi cuerpo o en mi espíritu, sin tu poder presente. Ni te desearía ni te buscaría sin el auxilio de tu gracia presente. Nunca te encontraría si tu misericordia y tu bondad no salieran a mi encuentro. Más como en todo esto yo estoy contigo, siento tu gracia que obra en mí. Es un bien para mí, como la existencia, la vida. En el Señor se gloria mi alma⁴.

Sin embargo, cuando tú, beneficiándome, estás presente, estoy yo ausente con el pensamiento y el afecto. Me parece que los favores de tu gracia con respecto

a mi persona son como las solicitudes y cumplimientos fúnebres prodigados a los difuntos.

3. Sí, alguna vez siento que pasas sin pararte delante de mí; sigues aunque yo voy gritando tras de ti como la Cananea⁵. Hasta que, harto ya de tantos lamentos importunos provocados por mi miseria, pones ante mi infame conciencia, como si se tratase de un perro, sus pasadas inmundicias, los descaros presentes y ahuyentas a tu perro o le permites alejarse de junto a tu mesa, en ayunas y famélico, lacerado por los flage-los de su conciencia.

¿Intentaré acercarme de nuevo? Sí, Señor, pues los cachorrillos arrojados a palos de la casa de su Señor, vuelven inmediatamente y, montando guardia alrededor de la casa, reciben su ración diaria de pan. Arro- jado, vuelvo; cerrada la puerta, llamo; golpeado, supli- co. Y si el perro no puede vivir lejos de la compañía del hombre, tampoco mi alma lejos de ti, Señor.

4. Señor, ábreme pues, para acercarme a ti y que- dar iluminado por ti. Tú habitas en los cielos⁶, pero te has ocultado en las tinieblas, detrás de las aguas tene- brosas y de la nube para que, como dice el Profeta, no llegue a tu presencia nuestra plegaria⁷. Y yo, me he podrido en la tierra⁸, he amontonado delante de mí una densa capa de barro⁹, como escudo del corazón¹⁰. Ya no brillan los luceros celestiales; el sol se ha obscureci- do¹¹; la luna no brilla¹². Oigo tus maravillas en los sal-

mos, himnos y cantos espirituales¹³; tus palabras y obras escritas en los Evangelios rutilan aún para mí; los ejem- plos de tus servidores impresionan de continuo mis ojos y mis oídos; las Escrituras de tu verdad que incesantemen- te tengo ante mi vista, disipan con estrépido mi sordera, me espolean con amenazas, me estimulan con promesas. Pero estoy endurecido por causa de mi perverso obrar y excesiva necedad de espíritu¹⁴. Estoy acostumbrado a dor- mir en pleno mediodía sin ver lo que sucede a mi alre- dedor. Situado en alta mar, no percibo su fragor; no oigo el estampido de los truenos porque estoy muerto del co- razón¹⁵.

5. ¿Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo? ¿Hasta cuándo no desgarrarás tus cielos y descenderás¹⁶ a es- polear mi necedad en el colmo de tu cólera, para no ser más lo que soy y te sienta dominar en Jacob y en los últimos confines de la tierra?¹⁷. Consiente al me- nos que regrese por la tarde; y que, hambriento como un perro, merodee por tu ciudad¹⁸ que en parte peregrina todavía en esta tierra, pero que en su mayoría goza ya en los cielos. Acaso encuentre a alguien que reciba en los tabernáculos eternos a este pobre hombre que no tiene dónde reclinar la cabeza¹⁹.

6. De cuando en cuando oigo la voz de tu Espíri- tu, pero pasa cual soplo de brisa ligera²⁰ y entiendo lo que dice: "Acercaos a Él y sed iluminados"²¹. Le oigo y me siento espoleado. Cual somnoliento, restriego mis ojos, me animo, vuelvo en mí, abro la boca e inspiro²²;

relajo los sentidos de mi alma para reanimarlos; salgo de los antros de mi nocturna conciencia hacia la luz del sol de justicia que para mí se levanta. Pero al intentar alzar la mirada mis somnolientos ojos habituados a las tinieblas e inadaptados a la luz, se deslumbran. Ante el insólito resplandor, la pupila de la razón con sus párpados se estremecen. Entonces con "la mano del ejercicio"²³, en cuanto puedo, elimino de mis ojos los efectos de una prolongada somnolencia.

Si por tu largueza, descubro una fuente de lágrimas que suele brotar en los valles de toda alma contrita y humillada, lavo las manos de la acción y el rostro de la devoción. Después, como el gavilán que despliega sus alas hacia el austro para cubrirse de plumas, levanto mis manos hacia ti, Señor, pues tengo el alma cual tierra sedienta de ti²⁴. Y como tierra desértica, intransitable y sin agua, así me presento en tu santuario para ver tu poder y tu gloria²⁵. Pero cuando levanto los ojos de mi alma hacia ti, sol de justicia, me acontece lo que a los borrachos cuando despiertan o como a los de ojos enfermos²⁶, que viendo un solo objeto, creen ver dos o tres, hasta que mirando con más detenimiento, descubren que el efecto se halla en sus propios ojos y no en la cosa que perciben.

Dejando de lado el uso y el placer de los sentidos, inmediatamente la imaginación sale al encuentro del alma despierta que, habituada a lo sensible, la oscurecen con imágenes a pesar de tener cerradas las puertas

de los sentidos de las cosas sensibles; para que del mismo modo que antaño solía vacar a lo sensible, así ahora no sepa tampoco pensar o entender más que por imágenes de lo sensible.

7. Por esto, al despertar del sueño de la negligencia, de súbito miro hacia Dios, acerca del cual me instruye la Ley divina diciendo: "Oye, Israel, el Señor tu Dios es el Dios uno"²⁷; y en Él, por quien voy a ser iluminado y a quien he de adorar y rogar, intento clavar eternamente la mirada del espíritu. Entonces se me presenta la Trinidad divina que la fe católica, transmitida por mis progenitores, refrendada por mi propio esfuerzo de reflexión y salvaguardada por ti mismo y por tus doctores, me enseña²⁸.

Pero mi fatua imaginación acoge y contempla esta verdad de tal modo que se figura que el número "tres" se implica en la substancia simple de la divinidad, la cual, existiendo fuera de todo número, creó todo en peso, número y medida²⁹; asigna también a cada una de las personas como ocupando su propio lugar; por eso suplica al Padre por el Hijo en el Espíritu Santo, como si tuviera que pasar del primero al segundo a través del tercero. Y así el alma, obnubilándose en el "uno", se distrae en el "tres", como si se tratara de tres cuerpos que hubieran de distinguirse o unirse.

8. Así la imaginación, es decir, la mente fantaseante, aun sin querer, imagina o sufre violentada, pese

a sus protestas, las imágenes. Sobreviene la fe y las reprueba. La razón discierne a través de la fe. La autoridad condena y al mismo tiempo clamorea todo mi interior lo que se acaba de decir poco ha: "Oye, Israel, el Señor tu Dios es el Dios uno³⁰. Por tanto, si la fe, la razón y la autoridad me enseñan a pensar que el Padre es por sí mismo, el Hijo por sí y el Espíritu Santo por sí, nada, estiman, se ha de admitir en la Trinidad en cuanto a tiempo, lugar o número que implique división de substancia o confusión de personas. Y de tal modo establecen la unidad de trinidad que excluyen la soledad, y la trinidad de unidad que en la substancia de la deidad no admiten la pluralidad de número.

Anticipando en nosotros todo mérito y toda prudencia de ciencia y de virtud, tu gracia, Señor, nos da una migaja de conocimiento tuyo y nuestro; conocimiento que nos somete a la humildad, la humildad a la autoridad y la autoridad a la fe. La fe instruye a la razón, y la razón, mediante la fe, instruye o bien destruye y expele a la imaginación. La razón no instruye a la fe en vistas a la inteligencia, sino que por la fe espera esa inteligencia de ti, Padre de las luces de quien toda dádiva es buena y todo don, perfecto³¹. La inteligencia, no la que procede de la razón o se adquiere por el raciocinio, sino aquélla que es formada por tu sabiduría y que se extrae del trono de tu grandeza por el mérito de la fe³²; y en todo semejante a su fuente, desciende al alma de tu fiel, cautiva a la razón y la conforma

en conformidad consigo misma, pero vivificando e iluminando a la misma fe.

9. El alma pues, pávida y estupefacta, se dispone a orar a su Dios llevándose a sí misma siempre en sus propias manos como en actitud de ofrecérsete. Pávida ante lo sucedido, estupefacta ante lo insólito, pero con el fin de hallarte, lleva consigo la señal de tu fe aunque no encuentre todavía a aquél que puede esclarecerla. Buscando tu rostro, Señor, buscando tu rostro³³ no sabe, pero tampoco ignora por completo lo que busca. Las representaciones de su corazón acerca de ti las abomina como a ídolos.

Te ama tal como para ella te describe la fe, aunque la mente no alcanza a ver. Y ardiendo en deseos de ver tu rostro para ofrecerle el sacrificio de su piedad y de su justicia³⁴, ofrendas y holocaustos, aumenta su turbación a causa de la tardanza.

Al no tener tan pronto la iluminación de tu fe, en la que se ha confiado, tanto se aturde algunas veces que llega a pensar que apenas cree en ti, e incluso a odiarse porque le parece que no te ama.

Lejos, sin embargo, de pensar que no crea en ti aquél a quien le atormenta tu deseo; de que no te ame quien te desea hasta el desprecio de todo cuanto existe, incluso de sí mismo.

¿Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo?³⁵. Si tú no

II MEDITACIÓN

enciendes mi lámpara, si no iluminas mis tinieblas, no quedará libre de esta tentación; ni sin ti, Dios mío, franquearé esta muralla.

NOTAS

- 1 Sal 33,6.
- 2 Mt 25,12.
- 3 Ecl 4,10.
- 4 Sal 33,3.
- 5 Mt 15,21-28; Mc 7,24-30.
- 6 Sal 122,1.
- 7 Lam 3,44.
- 8 Ex 8,14.
- 9 Hab 2,6.
- 10 Lam 3,65.
- 11 Lc 23,45; Ap 9,2.
- 12 Mt 24,29.
- 13 Ef 5,19.
- 14 He 22,17.
- 15 Sal 30,13.
- 16 Sal 6,4; Is 6,11; 64,1.
- 17 Sal 58,14.
- 18 Sal 58,7.
- 19 Lc 19,9.
- 20 III Re 19,11,12.
- 21 Sal 33,6.
- 22 Sal 118,131.
- 23 "**Manu exercitii**": expresión que designa la actividad humana en la vida ascética. Términos análogos aparecen en la **Expos. super Cant.** ed. DÉCHANET, p.290,395 y 401; las obras de la "**mano derecha**" exigen trabajos renovados de alma y cuerpo..
- 24 Sal 142,6.
- 25 Sal 62,3.
- 26 Caso de diplopia.
- 27 Dt 6,4.
- 28 Significativos paréntesis o interpolaciones.
- 29 Sab 11,21.
- 30 Dt 6,4.
- 31 Sant 1,17.
- 32 Sab 9,10.
- 33 Sal 26,8.
- 34 Sal 50,21.
- 35 Sal 12,1; 6,4.

III Meditación

Deseo de la experiencia de Dios.

Continúa el proceso ascendente iniciado en la meditación anterior. Ahora la mención a los obstáculos sensoriales e imaginativos es mínima. El intenso deseo de Dios se convierte en verdadera tortura.

En realidad toda la meditación se un *"ructus"* de Ex 33,21: *"Nadie puede ver a Dios y vivir"*. Entre las encendidas aspiraciones del misterio, hay relampagueos del profundo teólogo; Dios no es cualidad ni cantidad, sencillamente es lo que es.

Aparte de los acentos sublimes y profundas elucubraciones de sabor metafísico, Guillermo se nos revela como experto psicólogo. Conoce la teoría medioeval de la sensación y la aplica analógicamente al conocimiento experiencia tal y como se verifica en el espíritu humano.

El alma es una especie de placa que vibra ante los objetos que le afectan. Por el *"sentido del amor"* toma conciencia de tales impresiones *"transmutándose"* de algún modo en la naturaleza de lo *"sentido"*.

De aquí la importancia de la caridad para el conocimiento experiencial. El amor es conocimiento, *amor ipse intellectus est*, nos dirá en otra parte.

Solamente el amor capta en cierto modo la incomprensibilidad de Dios. El amor tiene la llave del conocimiento más profundo; aquí, en esta vida mortal, *"enigmático"*; pero en la vida eterna, *"cara a cara"*.

1. Ya no me atrevo a mirar tu rostro, Señor, rostro que lo deseo hasta la muerte, porque has dicho a Moisés: "Ningún hombre me puede ver y vivir"¹. Pero aún queriendo morir para ver o ver para morir, cubro sin embargo mi rostro como el mismo Moisés, sin atreverme a mirarte de frente, pues allí se lee: "Moisés cubrió su rostro porque no se atrevía a mirar de frente al Señor"². Quizá hubiese mirado al Señor de frente si hubiera querido mirar no "quién", sino "qué" fuese Dios. Pues, "quién" era Dios lo oía: "Yo, hablé, soy el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob"³.

2. No obstante, respondiste al mismo Moisés una vez anunciada su muerte y que se abrasaba en este mismo deseo e imploraba la manifestación de tu gloria: "Yo te mostraré todo bien"⁴.

Pero, Señor, ¿dónde está todo bien sino en tu rostro? De aquí que David, ardiendo en este mismo deseo, dijo: "Me saciarán de alegría con tu rostro"⁵.

3. Perdona, Señor, perdona. Mi corazón está impaciente por ti. Busco tu rostro, busco tu cara⁶; por tu nombre, no la retires de mí para siempre⁷. Lo sé y estoy seguro⁸; los que caminan a la luz de tu rostro no tropiezan⁹; avanzan seguros y a la luz de tu rostro forman todos sus juicios¹⁰. Estos son los que viven, porque viven conforme leen y entienden en el ejemplar de tu rostro.

Señor, no me atrevo a mirarte de frente para no aturdirme más. Estoy delante de ti como un pobre, un mendigo y un ciego¹¹. Tú me ves, yo no te veo. Lleno está mi pecho de tu deseo; y todo mi yo, lo que soy, lo que puedo, lo que sé e incluso este mismo languidecer y desfallecer en pos de ti, te lo ofrezco. Pero, no sé dónde te encontraré.

4. ¿Dónde estás, Señor, dónde estás? Y ¿dónde, Señor, no estás? Sé de cierto y estoy seguro que ahora estás conmigo, que en ti "nos movemos y existimos"¹² y que en tu saludable presencia arde y desfallece mi alma a causa de tu salvación¹³.

Estoy convencido, siento salubérrimamente que tú estás conmigo. Sé y siento, adoro y doy gracias. Pero, cuando estás tú conmigo, ¿por qué no estoy yo contigo?, ¿qué se opone?, ¿qué lo impide?, ¿qué se intercepta? Si tú estás conmigo haciéndome bien, ¿por qué yo no estoy contigo gozándote, como el bien de todos mis bienes? ¿será a causa de mis pecados? Entonces, ¿dónde está el que los ha quitado de en medio y los ha clavado en su cruz?¹⁴. O bien, ¿porque no le amo?, ¿es que no quisiera morir cien y mil veces por ti, Señor Jesús? Si eso no te basta, a mí tampoco me basta, porque nada basta a mi alma, ni le parece que te ama con toda intensidad, si no te goza. No obstante no podría gozarte más que, por gracia tuya y según su capacidad, viéndote y entendiéndote.

¿Por qué entonces no te ve? Ahora te amo hasta la muerte, pero entonces te amaría hasta la vida eterna, Señor. Ya exhalas para mí un no sé qué olor y si me embargara, ya nada más buscaría. Ciertamente que de vez en cuando me envías algunos como bocados de tu consolación pero, ¿qué supone eso para las ansias de mi hambre? Te ruego que digas a mi alma, tú su salvador, por qué le has inspirado tu deseo, ¿acaso para que me atormente, me desgarre y me mate? Y ojalá me hubiese matado.

Por favor, Señor, ¿es éste mi gehena? Que lo sea y que nunca deje de atormentarme ni nunca yo de arder en él; que no me deje respirar en cosa alguna ni por un día, ni por una hora, ni por un momento, hasta tanto que comparezca en tu presencia¹⁵, aparezca para mí tu gloria¹⁶ y que la eterna fiesta de tu rostro reverbera en mi alma.

5. El anciano Moisés, Señor, tuvo cubierto su rostro delante de ti, siendo, con su cara velada, el prototipo del pueblo que presidía y que huía siempre de la faz del Señor. Tu Pablo, nuestro también por ser tuyo, clarín del Nuevo Testamento, hablando por sí mismo y por sus discípulos en el deseo y amor de ti, dijo: "Todos nosotros contemplando a cara descubierta la gloria del Señor, nos vamos transformando de claridad en claridad en la misma imagen"¹⁷. Este hombre tuyo no huía de tu rostro sino que iba hacia tu rostro¹⁸.

6. Perdona, Señor, perdona mi maldad e impertinencia. Todavía nos atrevemos porque ardemos. Tu fuego nos incita, el que viniste a arrojar en la tierra y que quisiste que intensamente ardiera¹⁹. Te ruego, por tu bondad todopoderosa, por esa tu siempre mansísima paciencia para con nosotros, que me descubras algo de lo que todavía busco; di a mi alma qué es lo que desea cuando desea tu rostro. Pues tan ciega está, tan turbada ante mi mismo, que se consume por el deseo ignorando lo que desea. ¿Querrá acaso verte como eres?, pero, ¿qué es eso de "como eres"? ¿algo cualitativo, cuantitativo? Ni eres cualidad ni cantidad, porque ni cualidad ni cantidad hay en ti que eres lo que eres.

¿Qué es pues eso de "como eres"? Verlo, nos exige, por ver lo que tú eres es ser lo que eres. "Nadie ve al Padre sino el Hijo, ni al Hijo sino el Padre"²⁰; pues es propio del Padre ver al Hijo, y propio del Hijo ver al Padre. El texto continúa y dice: "Y a quien el Hijo quisiera revelárselo"²¹. La voluntad del Padre no es distinta de la del Hijo sino que ambas son una y misma, el Espíritu Santo a algún amigo de Dios que quiere honrar sobremanera²². Mas, ¿acaso el hombre ve a Dios como el Padre al Hijo, o el Hijo al Padre, para quienes se ha dicho que, verse el uno al otro no es uno y otro, sino un solo Dios? Así es en absoluto, pero no en todo detalle.

7. Para presentarnos esto un poco más claro hemos de ver qué es el conocimiento físico de la vista y

su potencia natural (Cfr.12). Todo sentido corporal para que sea sentido y sienta, necesita que por una cierta afección sensible se transforme de alguna manera en aquello que siente. La vista, a saber, en aquello que la hace visible, el oído en lo audible y así para los demás. De lo contrario, ni siente, ni hay sentido.

Si pues, el alma del que siente, mediante el sentido que comunica la razón con la cosa sentida, no se cambia, por una cierta transformación de sí misma, en la cosa o cualidad de la cosa que siente, no habrá sentido, ni podrá sentir. En consecuencia, si siente por el amor²³, su sentido, que Dios es bueno y que lo ama por ser bueno, se debe a que, participando con el afecto en el mismo bien, llega a ser buena la misma alma.

8. Si nos fijamos en el sentido del alma, ¿acaso no es lo que S. Pablo dice: "Contemplando la gloria del Señor, nos transformamos en su misma imagen"²⁴? Así es en cierto modo a propósito del sentido del alma. El sentido del alma es el amor; por él, ya cuando se la endulza, ya cuando se la zahiere, siente lo que siente. Cuando el alma, por él, tiende hacia algo por una cierta transformación de sí misma se transmuta en eso que ama; esto no quiere decir que llega a ser lo mismo en naturaleza, sino que se conforma a la cosa amada por el afecto. Así pues, no puede amar algún bien simplemente porque es bueno a menos que ella misma llegue a ser buena con el mismo bien. ¿No es esto acaso el "Sentid al Señor en la bondad"²⁵. La Sabiduría di-

ce: "Conocerte es el sentido consumado"²⁶. Y el mismo Apóstol: "Sentid en vosotros lo mismo que en Cristo Jesús"²⁷. "Esta es la caridad mediante la cual el que ama permanece en Dios y Dios en él"²⁸.

9. ¡Oh caridad, caridad, que hasta aquí nos has traído para que amando a Dios y al Hijo de Dios, nos llamenos y seamos dioses e hijos de Dios!²⁹. Y aun; que todavía no aparece lo que seremos, cuando aparezca seremos semejantes a él porque le veremos como es³⁰.

Señor, qué bien se está aquí³¹. Qué agradable permanecer aquí, ojalá pudiese morir. Pero para los que meditan, hablan y escriben de ti, te suplico les concedas sentidos sobrios, palabras concisas y mesuradas y un corazón ardiente, oh Jesús, en la abertura de las Escrituras que a ti se refieren³².

Perdona, Señor, perdona. El amor de tu amor me incita; tú lo sabes, tú lo ves. No hay ningún escrutador de tu majestad³³ sino un pobre de tu gracia. Te ruego por la dulzura de tu dulcísima mansedumbre, que no me oprima tu majestad, sino que me levante tu gracia.

Perdona, digo, porque lo propio del deseo de la fe es la visión de Dios, aquí, en enigma, allí, cara a cara. No presumas ni confíes, oh hombre, ni te quedes aquí; si eres varón de deseos como Daniel³⁴ no digas "basta". Todo lo que aquí sientes de Dios, lo que ves, lo que de él aquí te enseña la fe, es enigma; unas ve-

ces más obscuro, otras más claro. Y eso mismo, qué dulce es cuando está presente y qué deseable cuando parece que nos falta. Bien lo saben quienes lo sienten; ésa es la piedrecilla que tiene grabado un nombre y que nadie lo sabe sino el que la recibe³⁵.

10. En cuanto a lo de "cara a cara", se ha dicho: "Ningún hombre me puede ver y vivir"³⁶. Aquí, el que ve no vivirá, pero dirá: "Desgraciado de mí, ¿quién me librará del cuerpo de esta muerte?"³⁷. Esperando por fin que llegará verdaderamente a vencer cuando llegue a ver perfectamente.

Una vez aquí, ¿qué representa el sentido, ¿para qué sirve la imaginación?, ¿qué puede la razón?, ¿qué la inteligencia racional? Aunque la razón, oh Dios, nos guía hacia Ti, no obstante por sí misma no llega a alcanzarte. Tampoco la inteligencia, aquella que dimanando de la razón y que se ocupa de las cosas inferiores, excede los límites de la razón, tiene capacidad para tocarte. Pero la que viene de arriba³⁸ tiene el aroma de las cosas de arriba no habiendo en ello nada de humano; todo es divino y donde se infunde trae consigo las razones de su mismo género que no se comunican a la razón inferior, sino en cuanto la tienen sujeta por la obediencia de la fe³⁹.

11. La razón superior nada divide, nada agrega en la Trinidad santa, pero el Espíritu Santo cuando quiere, cuanto quiere y como quiere zarandea el sentido fiel

de tal modo que los que te suplican o contemplan sobrepasan a veces todo lo que tú no eres, para que por medio de aquello mismo que tú no eres, entrevean algo de lo que eres a pesar de que no te vean como eres. No obstante existe un medio que dulcifica la mirada de la devota y que consiste no en aquello que tú no eres, pues aunque no sea por completo todo lo que eres no es del todo ajeno a lo que eres.

12. Así el Espíritu del Señor que reposa sobre su pacífico y humilde siervo⁴⁰ le viste de repente y le cambia en otro hombre para que la Trinidad no divida el sentido del que contempla, ni la Unidad le confunda; para que la Trinidad de personas no obstaculice la piedad de quien busca al Dios uno y la Unidad de substancia no contriste la caridad del que goza en el amor del Padre y del Hijo; para que no le turbe la soledad o la pluralidad, sino que la Unidad de la Trinidad y la Trinidad de la Unidad le ayuden a fin de que, con una inteligencia piadosa y sobria, comprenda no comprendiendo la majestad de la divina incomprensibilidad. Y así gusta y ve qué suave es el Señor⁴¹.

De esta manera, gustando su dulzura, inmediatamente se endulza, y viendo la luz de su verdad, comienza a lucir. De tal modo se alegra por la repentina plenitud del sumo bien en el gozo del Espíritu Santo que si se afianza algo más, llegaría a persuadirse el haber ya alcanzado la vida eterna, pues se dice que "la

III MEDITACIÓN

vida eterna consiste en que te conozcan a ti solo, Dios verdadero, y a quien tú enviaste, Jesucristo"⁴².

"Acercaos a él y sed iluminados, vuestros rostros no serán confundidos"⁴³.

NOTAS

- 1 Ex 33,20.
- 2 Ex 3,6.
- 3 Ex 3,6.
- 4 Ex 39,19.
- 5 Sal 15,11.
- 6 Sal 26,8.
- 7 Sal 19,15.
- 8 Sal 88,6.
- 9 Sal 16,2.
- 10 Apoc 3,17; Lc 18,35.
- 11 Hc 17,28.
- 12 Es importante conocer las distintas **fases de la sensación** en Guillermo según el viejo principio de la filosofía griega, "lo semejante se conoce por lo semejante" (cf. *De natura corp. et animae* 1, PL 180,704-706). Según esto, toda sensación implica:
 - a) **presencia** en el órgano sensorial de un elemento dotado de idéntica naturaleza que el objeto perceptible; es la capacidad cognoscible.
 - b) **reencuentro** o fusión del elemento sensorial con un elemento semejante emanado del objeto a percibir. El órgano sensorial no es un mero receptor pasivo, es activo y pasivo a la vez.
 - c) **asimilación** del objeto en el sensorio cf. J. M. DÉCHANET: *Méd. et prières*, pp.337-338).Estas fases del sensorio físico se aplican analógicamente al alma, en virtud de una semejanza ontológica del objeto, Dios, existente en el sujeto, la imagen de Dios. El alma sólo conoce a Dios mediante los "sentidos espirituales" (cf. *Speculum fidei*, PL 180,391 a).
- 13 Sal 118,81.
- 14 Col 2,14.
- 15 Sal 41,3; Dt 31,11.
- 16 Lv 9,6; Sal 16,15.
- 17 Ex 33,35; 2 Cor 3,13.
- 18 Sal 67,2.
- 19 Lc 12,49.
- 20 Mt 11,27.

III MEDITACIÓN

- 21 Mt 11,27.
22 Est 6,6-9.
23 El *sensus amoris*, sentido del amor, es el medio primordial por el que el alma conoce a Dios. Actúa con plenitud en las últimas etapas de la vida espiritual. Solamente él capta a Dios en su incomprensible trascendencia: "*Cognitio sponsae ad Sponsum et amor idem est, quia in hac re amor ipse intellectus est*" (Exp. super Cant. 1,4,57, Ed. SC, p. 152). El hombre al ser, en naturaleza, afín con Dios que es amor, tiene en su mismo ser la vocación de buscarlo y de encontrarlo por el amor. Esta misma afinidad hace al espíritu humano, "*mens*", "*capaz*" de Dios a través de la inteligencia (of. *Speculum fidei*, PL 180,390 d-391 a). El "*sensus amoris*" connota los cuatro conceptos del amor, inteligencia, presencia, afinidad, y el englobante símbolo del matrimonio.
24 2 Cor 3,18.
25 Sab 1,1.
26 Sab 6,16.
27 Flp 2,5.
28 1 Jn 4,16.
29 Sal 81,6; 1 Jn 3,1.
30 1 Jn 3,2.
31 Mt 17,4.
32 Lc 24,27,32.
33 Prov 25,27.
34 Dn 9,23; 10,11,19.
35 Ap 2,17.
36 Ex 33,20.
37 Rom 7,24.
38 Sant 3,17.
39 La *obediencia de la fe*, es un consentimiento sin comprender ni experimentar nada. Sin embargo es el primer paso hacia el conocimiento en la experiencia (cf. L. BOUYER: *La Spiritualité de Cîteaux*, p. 131). Es la "*fides auctoritate fundata*" (*Aenigma fidei*, 414 bc).
40 Is 57,15.
41 Sal 33,9.
42 Jn 17,3.
43 Sal 33,6.

IV Meditación

Huida a la soledad para orar y encontrar a Dios.

Composición de extraordinaria belleza saturada de reminiscencias y animadas alegorías bíblicas que nos recuerda la obra maestra de nuestro autor, el **Comentario al Cantar de los Cantares**.

Para D. Déchanet, la presente meditación es con toda probabilidad la más bella de la serie I.

Parece que se remonta a los primeros años de la vida cisterciense de Guillermo en el monasterio de Signy. Las alusiones, un tanto veladas, nos dan pie para pensar de este modo.

Comienza la meditación con unas deshilvanadas exhortaciones a la oración, como medio imprescindible para verificar "la vuelta a Dios" desde "la región de la *desemejanza*", lugar donde estábamos todos exiliados por causa del pecado.

El "*redditus*" o vuelta a Dios, consiste en la perfecta armonía de todo el compuesto humano: el sometimiento del psiquismo inferior al superior, y de éste, a Dios; es decir, en la perfecta "*tranquilidad en el orden*" de este microcosmos que es el hombre creado a imagen y semejanza de Dios.

Aquí se multiplican y entrelazan las alegorías bíblicas con un colorido y viveza extraordinarios. Se alude a la creación primera descrita en el Génesis, el nuevo orden del cosmos descrito en los Profetas. Una prueba más de cómo Guillermo, al igual que otros muchos autores medievales, manejaba la Escritura con asiduidad, convirtiéndola, por una

continua asimilación vital, en el primordial elemento de su estilo.

La tercera y última parte viene a ser la "consumación" en Dios de esta perfecta armonía, el sometimiento pleno del hombre a su Señor. Por eso las alusiones a la soledad, al silencio, en una palabra, al desierto, donde más conscientemente se experimenta a Dios. Guillermo se cree ya en posesión de estas previas condiciones óptimas.

De nuevo se nos presenta el pasaje de la visión de Moisés en el desierto, que ya vimos con relativa amplitud en la meditación anterior, como el lugar de mayor intimidad experiencial de Dios en esta vida. Aquí es precisamente donde alude con más o menos claridad al nuevo instituto monástico que acaba de abrazar.

Finalmente, un último y breve párrafo, nos recuerda el ya tan traído y llevado tema de la oración, único medio para lograr tan profundos y envidiables objetivos.

1. Señor clemente y compasivo, paciente y muy misericordioso; suave eres, Señor, para todos, y tus misericordias sobre todas tus obras². Nos exhortas, Señor, tú y tu mismo Espíritu Santo a que oremos y vigilemos en la oración³. Nos exhortas y enseñas porque eres piadoso, misericordioso, porque deseas compadecerte y nos preparas la causa, haciéndonos juicio y justicia⁴ de tal modo que, orando como conviene, tengas ya como una causa justa de compadecerte.

Y también nos has enseñado la forma de orar⁵ para que no nos faltes en nada a nuestra causa, tú el mismo juez y el abogado. Además nos mandaste que con-

fiadamente pidiéramos en tu nombre y que creyéramos, porque todo cuanto pidiéramos lo recibiremos y se nos dará⁶.

2. A ti, Señor, esto te lo sugiere tu bondad; a nosotros en cambio nos incumbe una gran necesidad. Y, sin embargo, cuando tú nos exhortas, nosotros nos dejamos, cuando tú nos dictas, nosotros nos descuidamos y cuanto tú nos prometes, nosotros no creemos. Mas en tu misericordia e inmensa conmiseración espoleas a los perezosos y negligentes, en tu paciencia disimulas a los incrédulos⁷. Aun más, puesto que no sabemos ni podemos orar como conviene, nos envías tu Espíritu Santo para que ayude nuestra debilidad e interceda por nosotros con gemidos inenarrables⁸.

Oramos así porque tú exhortas, pedimos con confianza porque tú prometes; inmediatamente sales al encuentro y escuchas a los que oran, encontrando, porque tú mismo lo sugieres, en qué puedas compadecerte de nosotros.

3. Eres suave, Señor, para con todas tus creaturas; nos multiplicas tus suavidades y tus misericordias sobre todas tus obras comienzan ya a aparecernos⁹. Pues eres tú el Dios que se acerca, no el que se aleja. Cuando empiezas a acercártenos y a alegrar nuestras almas¹⁰, al instante, por el olor y contacto de tu salubérrima presencia, los sentidos amortiguados de nuestro espíritu van recobrando vida, la fe exulta, la confianza se anima, el

corazón se enciende, las lágrimas fluyen, no las que extinguen el fuego, sino las que lo atizan. Y cuando tu Espíritu ayuda nuestra debilidad, derramamos a raudales grandes y dulces lágrimas por el afecto de tu dulzura que tú, al enjugarlas con la piadosa mano de la consolación, fluyen a raudales y se convierten en nuestro pan del día y de la noche¹¹, en alimento nutritivo y agradable, pues tenemos por cosa dulce el llorar delante de ti, Señor Dios nuestro que nos hiciste y que somos tu pueblo y ovejas de tu rebaño¹².

4. Yo, Señor, yo, como dice tu Profeta, soy hombre que veo mi pobreza¹³, soy pobre y en trabajos desde mi juventud; ensalzado, me siento humillado y confundido¹⁴. Cuántas y qué terribles humillaciones me has hecho ver; pero volviéndote hacia mí, me has vivificado y me has sacado, una vez más, de los abismos de la tierra. Has multiplicado tu magnificencia y volviéndote, me has consolado¹⁵.

Habiéndome creado en otro tiempo en tu paraíso y dándome en posesión y a perpetuidad el árbol de la vida, quisiste o permitiste que también alargara mi mano al fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal para que, como hastiado de mis bienes interiores, experimentara mi potencial exterior, consintiendo mi eva, mi carne¹⁶. Gusté y vi no tu suavidad sino mi confusión al ver que era yo aquél cuya torpeza necesitaba de vestido, pues su desnudez se estremecía ante tu encuentro, y cuya libertad necesitaba de la cohibente disciplina

de tus leyes. Me hallé ante tus ojos desnudo de todo lo que los hombres se imaginaban que había dentro de mí, y tan torpe en mis interioridades, que no se trasponía ni a mi vista ni a la tuya; necesitaba un director el que había recibido el encargo de dirigir a otros.

5. Mira, Señor, por qué me he escondido entre los árboles del paraíso, por qué me he ocultado en mis tinieblas. Alejéme huyendo, no de ti, sino hacia ti, y permanecí en la soledad. Allí te espero. Tú me has salvado de la pusilanimidad de espíritu y de la tempestad¹⁷. He puesto mi boca en el polvo, quizá tenga aún esperanza¹⁸, cual onagro solitario, olfateando el hálito de mi amor¹⁹.

Y cuando me vuelvo por completo a mí mismo, solo y en silencio, sin oír los gritos del acreedor²⁰ ni el fragor del combate, viendo que el tiempo me es favorable, me ocupo en vacar a mí mismo, me sondeo, quién soy y de dónde procedo. Y me veo uno entre los hijos de Adán, hijo de ira, por naturaleza²¹, pero por gracia, hijo de tu sierva²² la santa Iglesia; un desterrado del paraíso, viviendo y trabajando en la tierra de maldición, tierra que tú mismo has maldecido en los trabajos de Adán²³ y que cuando yo mismo la trabajo no da frutos, sino abrojos y espinas. Con el sudor de mi rostro como pan²⁴, según la severísima sentencia de tu justo juicio con la que increpaste a los soberbios y salvados que se apartan de tus mandamientos²⁵.

6. ¡Oh Creador bondadoso! ¡Qué bien me habías creado! ¡Qué gloriosamente me habías formado! ¡Con cuánta felicidad me habías colocado! Me habías creado, Señor, como dice tu apóstol, en las obras buenas que de antemano preparaste con el fin de que caminara por ellas²⁶; me habías formado a tu imagen y semejanza²⁷ y me habías colocado en el paraíso de tus delicias para que lo trabajara y custodiara²⁸; para que lo trabajara con los ejercicios de las buenas obras y lo custodiase con el fin de que no se introdujera la serpiente. Pero la serpiente se coló, sedujo a mi eva, y por ella quedé prevaricador²⁹. Por esto, expulsado del paraíso de la buena conciencia, estoy exiliado en tierra extranjera³⁰, en la "región de la desemejanza".

7. ¡Oh Señor, que creaste todo, que viste que todo lo que habías creado era excelente!³¹ ¿acaso por mi obra mala perecerá todo tu bien? Tú no me has hecho para el paraíso, sino que al paraíso lo has hecho para mí cuando me formaste como hombre sobre la tierra³². No te pese, oh Creador, de haberme creado hombre en la tierra; pero manda como en el principio, que sea hombre racional con poder sobre mi tierra³³ para que el cuerpo se someta al espíritu y el espíritu a ti.³⁴

No te pese la dignidad conferida al hombre para que esté sobre los animales de mi tierra, los crueles e indómitos movimientos de las afecciones del alma, sobre los reptiles de los pensamientos que se arrastran

por tierra cuyo veneno lamen de continuo quedando inficionados y mortíferos, sobre los peces del mar y las aves del cielo, es decir, sobre los pensamientos del espíritu de este mundo que escrutan y van tras las curiosidades del siglo y la altivez del día, sobre los jumentos, estos sentidos corporales, creados con nosotros y que deben, según su nombre lo indica, servirnos de ayuda.

Haz Señor que lo que nos has dado se someta al dictamen de la razón, a los estímulos del buen celo, al establo de la disciplina donde se apacienten con su forraje y se nutran. Se les sacará para los servicios cuando haya necesidad, pero no se les dejará vagar por la llanura del error manifiesto. Vendrá, dice el que promete, vendrá el día en que el león y el cordero reposarán juntos³⁴ y los animales que ahora dañan dejarán de dañar en todo tu monte santo³⁵. Los jumentos pacerán también en pastos pingües³⁶, no ya como jumentos de nuestra debilidad, sino como instrumentos de nuestra felicidad.

8. Entre tanto, Señor, escucha a los cielos y que los cielos escuchen a la tierra, que la tierra escuche al vino, al trigo y al aceite, y éstos a jereal³⁷, es decir, a la semilla divina que sembraste en nosotros.

Sedujísteme, Señor, y me has llevado a la soledad, como dice el profeta, prometiéndome que aquí hablarías al corazón de tu siervo. Te lo agradezco pues has ha-

blado una, dos y hasta varias veces a mi alma que te dice: "Tu eres mi Dios"³⁸; y tú a veces respondes con benignidad y dulzura: "Y también tu salvación"³⁹.

9. Ahora, oh anhelo de mi alma⁴⁰, deseo vacar a ti por un momento, gustar y ver qué suave eres, Señor⁴¹. Suplico a tu benignísima misericordia que la paz y el silencio invadan todo mi exterior e interior para mantener el derecho y el dominio que me has dado sobre mi interior⁴² respecto a mi exterior, hazme un pacto con los animales del campo, con los reptiles de la tierra y con los pájaros del cielo; elimina de mi tierra el arco, la espada y la guerra⁴³ para que todo mi país viva en paz, y mi morada esté en Sión⁴⁴.

Dame, Señor, el consuelo de mi soledad, un corazón solitario y un coloquio frecuente contigo. No quedaré solo mientras tú, Señor Dios mío, estés conmigo; mas si me abandonas, ¡ay del solitario!, porque si me duermo, no habrá quien me despierte y reanime; y si cayere, nadie que me levante⁴⁵.

10. Refugio y fortaleza mía⁴⁶ llévame al interior de tu desierto como llevaste a tu siervo Moisés, donde arde la zarza sin consumirse⁴⁷, donde el alma santa que merece ser elegida para tal suerte arde por completo a la plenitud del fuego del Espíritu Santo; ardiendo intensamente como un serafín, no se consume sino que se purifica. Es entonces cuando por primera vez expe-

rimenta una pujanza de vida; he aquí el milagro de todos tus milagros, la visión suprema.

Donde se encuentra el lugar santo, no se puede permanecer ni progresar hasta tanto no se suelten las amarras de los impedimentos carnales⁴⁸, y no se marche descalzo, es decir, con afectos puros y limpios. Aquí está "el que es", y aunque no se deja ver "como es", sin embargo se le oye decir: "Yo soy el que soy"⁴⁹. Aquí es imprescindible por el momento cubrirse el rostro para no ver al Señor cara a cara⁵⁰; no obstante se ha de ejercitar el oído en la humildad de la obediencia para percibir lo que en el interior le hable el Señor su Dios⁵¹.

11. Entretanto, Señor, escóndeme durante este día aciago en lo escondido de tu tabernáculo, en lo escondido de tu faz frente a la contradicción de las lenguas⁵², pues tu yugo suave y tu fardo ligero has cargado sobre mí⁵³; y cuando me muestres la gran diferencia que existe entre servirte a ti y servir al mundo⁵⁴ dulce y suavemente me preguntas si es mejor servirte a ti, el Dios vivo, o a los dioses ajenos⁵⁵.

Adoro esa mano que me carga, beso el yugo, abrazo el fardo que por cierto me resulta muy agradable el sudar debajo de él. Mucho y por largo tiempo me han dominado señores distintos de ti⁵⁶ cuyos yugos no son suaves ni sus fardos ligeros. Quiero pertenecerte, siento tu yugo y tu fardo ligeros que me alivian y no me oprimen.

12. Al ingresar en esta nueva disciplina de tu servicio, me parece que veo unos cielos nuevos y una tierra nueva y que todo lo renuevas para mí⁵⁷.

Señor, enséñame, a mí, hombre tosco que proviene de la rusticidad del siglo, enséñame las disciplinadas costumbres de tu ciudad y las exquisitas delicadezas de tu corte. Defórmame de la forma del siglo a la que me he conformado; confórmame a tus ciudadanos para que no me encuentre deforme en su compañía. Enséñame también el lenguaje que ignoro pero que he comenzado a oír desde mi salida de la tierra de Egipto⁵⁸ y como me he envejecido en tierra extranjera, se me ha hecho incomprendible⁵⁹ ese lenguaje que hablas a tus hijos y ellos a ti. Haz también que comprenda todas tus expresiones con las que haces comprender a los inteligentes tu voluntad buena, amante y perfecta⁶⁰.

13. Ahora, tierno Padre, mi alma te da las gracias. Cuando le hablas, comienza a reconocer tu voz; mas aún no capta exactamente lo que tú le dices. Tu voz nunca viene de vacío⁶¹, pues tu voz es tu gracia que no resuena al exterior, sino que enérgica y dulcemente obra en el interior. Cuando yo te hablo, hacia ti tiendo y en esto precisamente consiste mi bien. Sea cual fuere mi oración estoy cierto que nunca te oraré o adoraré en vano, ya que el solo hecho de orar me resulta una gran recompensa⁶².

14. Enséñame, oh Espíritu Santo, a orar sin inte-

rrupción ⁶³, así me darás el gozar de ti sin cesar⁶⁴. Y si tu pobre de espíritu, llora cuando ora, bien recordando sus pecados o cercado de angustias, cuanto más intensamente sufre, tanto más goza. Como por el contrario, quien goza en el siglo, si es que algo saborea, cuanto más intenso es su gozo, tanto más se tortura y acongoja en lo íntimo de su conciencia. De ahí que nunca se dará una oración ferviente y pura desprovista de gozo.

NOTAS

- | | |
|---|-----------------------|
| 1 J. M. DÉCHANET, o.c., p.122,
I Meditación pág. | 33 Gn 1,26. |
| 2 Sal 144,8-9. | 34 Is 11,6. |
| 3 Mt 26,41. | 35 Is 11,9. |
| 4 Sal 118,121. | 36 Ez 34,14. |
| 5 Mt 6,9; Lc 11,2. | 37 Os 2,21-23. |
| 6 Jn 14,13; 16,23; Mc 11,24. | 38 Sal 15,2; Os 2,24. |
| 7 Sab 11,24. | 39 Sal 34,3. |
| 8 Gal 4,6; Rom 8,26. | 40 Is 26,9. |
| 9 Sal 144,9. | 41 Sal 33,9. |
| 10 Sal 98,19. | 42 Sal 102,1. |
| 11 Sal 41,4. | 43 Os 2,18. |
| 12 Sal 94,7. | 44 Sal 75,3. |
| 13 Lam 3,1. | 45 Ecl 4,10-11. |
| 14 Sal 87,16. | 46 Sal 45,2. |
| 15 Sal 70,20-21. | 47 Ex 3,1-2. |
| 16 Gn 2,17; 3,1-10. | 48 Ex 3,5. |
| 17 Sal 54,8. | 49 Ex 3,14. |
| 18 Lam 3,29. | 50 Ex 3,6. |
| 19 Jer 2,24. | 51 Sal 84,6. |
| 20 Job 39,7. | 52 Sal 30,21. |
| 21 Ef 2,3. | 53 Mt 11,30. |
| 22 Sal 115,16. | 54 2 Par 12,18. |
| 23 Gn 3,17. | 55 Dt 7,14; 13,16. |
| 24 Gn 3,18-19. | 56 Is 26,13. |
| 25 Sal 118,21. | 57 Ap 21,1,5. |
| 26 Ef 2,10. | 58 Sal 80,6. |
| 27 Gn 1,26. | 59 Bar 3,11. |
| 28 Gn 2,15. | 60 Rom 12,2. |
| 29 Gal. 2,16. | 61 Is 55,11. |
| 30 Sal 136,4. | 62 Sal 18,12. |
| 31 Gn 1,31. | 63 1 Tes 5,17. |
| 32 Gn 6,6. | 64 1 Tes 5,16. |

V Meditación

Vuelta a Dios por la compunción y el amor.

En la meditación anterior se nos habló de la necesidad de la oración para alcanzar las altas cimas de la unión con Dios. Ahora, Guillermo trata del mismo asunto pero con una mayor sistematización. Nos propone el tema en forma polarizada:

- En torno a la persona de **Cristo**, ubicada en las diversas circunstancias de su vida mortal;
- en torno a la persona del mismo **Guillermo**, ubicada también en las circunstancias del lugar, tiempo, género de vida.

Nuestro autor se fija con preferencia en la oración de Cristo paciente y en su propia oración de persona crucificada con Cristo a través de sus compromisos monásticos; pero destaca la diferencia, infinita en valores, de ambas oraciones.

Se da una importancia excepcional a esta oración dolorosa, fuente de compunción, fundamento indispensable de la auténtica contemplación. Como nota curiosa merece destacarse dentro de esta perspectiva, la alusión a la negación de Pedro: "...el apóstol no perdió el amor de Dios cuando negó a su Maestro. Ofendió a la verdad más bien que a la caridad, pues Pedro conservaba la fidelidad de corazón a quien negaba con sus labios..."

Guillermo examina toda su vida y confiesa que él tampoco ha perdido el amor aunque en ocasiones se haya sentido zarandeado por Satanás... Si hubiere algún residuo de pecado, el amor lo extinguiría como en el caso de la Mag-

dalena. Nuestro autor pasa de esta suerte y casi imperceptiblemente, de la **compunción** al **amor**.

Concluye la meditación con algunas peticiones en torno a la compunción y a la fidelidad en el amor.

1. Deseando enardecer, ejercitar y acostumbrar mi corazón a una oración continua y eficaz, en este magisterio por nadie quiero ser enseñado sino por ti, Señor Jesús, Sabiduría de Dios Padre.

Considero las diversas maneras de tu oración. Cuando tú orabas a vistas de los hombres en esta tierra, nos mostrabas la forma de la oración perfecta. Así, unas veces te encuentro solo en oración¹; otras, en medio de la turba²; alguna vez, en el alborozo del espíritu³; o bien en sudor de sangre⁴; y finalmente, levantado en cruz⁵.

2. Alborozo del espíritu y soledad en la oración son para mí modelos muy dulces, pero si no me previenes con las bendiciones de tu dulzura⁶ aunque fácilmente encuentre un lugar, no tan fácil un corazón solitario.

El alborozo del espíritu es fruto de la pureza de conciencia que por cierto no siento en mí, y de la abundancia de tu gracia de la que soy indigno.

3. Solamente tú oraste en medio de la muchedumbre sin deficiencia alguna; nosotros, cuando nos impe-

len las mismas circunstancias, tampoco lo rehusamos.

Comprendo, Señor, comprendo, que me es imprescindible aquella oración de sangre y de cruz, pues cuando presiento qué debería transpirar la oración, cuánto me tortura la cruz, confieso ciertamente no tener sudor de sangre; sin embargo, mi corazón transpira lágrimas sanguiñolentas delante de ti.

Mi cuerpo tampoco encuentra la cruz en donde debía crucificarse; pero mi alma, por encima de cualquier dolor de cruz, se tortura en sí misma. Estoy crucificado contigo, oh Señor Jesús, en la cruz de la profesión, regalo tuyo, pero que yo cada día y a cada instante te la ofrendo, porque son regalos y dádivas que te pertenecen.

Cuando desde las delicias de mi cruz contemplo la pasión de tu cruz, colgado de los clavos de tu temor, me lleno de compunción y me desconcierto, no del dolor de mi cruz que, por tu gracia, ya no siento, sino de dolor del corazón, cuando considero que tu obra vivifica en medio de los años⁷, en el antes y en el después, esclarecida por los efectos de la redención a la que nada se puede igualar y que ni muerte ni vida alguna pueden replicar; y sin embargo el mundo redimido por ella, la menosprecia.

4. Por la costumbre, ya te tenemos en menos al verte crucificado, a considerarte muerto y sepultado; sin embargo cada vez con más intensidad nos debería transpasar el corazón tu persona abofeteada, flagelada, es-

carnecida, escupida, perforada por los clavos y la lanza, coronada de espinas, que apaga su sed con hiel y vinagre; tú, en tu cruz no estabas sediento más que de nuestra salvación. Cuando pendías de la cruz, la tierra tembló⁸, nosotros en cambio reímos; el cielo con sus luminarias se oscureció⁹, y a nosotros nos devora el deseo de brillar en el mundo. Las rocas se cuartearon¹⁰, pero nosotros endurecemos nuestros corazones. Los sepulcros se abrieron para dar salida a sus muertos¹¹, nosotros, apoltronados en lechos de lascivia¹², sepultamos nuestros muertos.

5. Señor, si mal no recuerdo, tres oraciones elevaste a tu Padre en el decurso de tu pasión; en ellas incluiste, sin duda alguna, lo que se debía hacer con el precio de tu sangre por ti, por tus amigos y por tus enemigos¹³.

No te costó nada obtener lo que pedías por ti mismo, pues, como dice el apóstol, fuiste escuchado a causa de tu reverencia¹⁴. Oraste por tus amigos, que permanecen contigo en tus pruebas¹⁵, y por los enemigos, que te crucifican pero no saben lo que hacen¹⁶.

Mas, ¿dónde está la oración de los que pecan a sabiendas? Todo el tiempo que permanecen así están fuera del abrazo del crucificado que, en la Cruz, con los brazos abiertos, debido a la forma del patíbulo, parece abrazar a todos por quienes sufría.

Si, como dice el apóstol, "para los que voluntaria-

mente pecan no existe sacrificio de propiciación¹⁷, me parece imposible que los que pecan voluntaria y conscientemente tengan parte en la oración de sudor de sangre o en el sacrificio del Crucificado, hasta que la penitencia no borre sus pecados, hasta que no se transpire sudor de sangre y que la cruz no atormente.

6. ¡Ay de mí, la conciencia me acusa y la verdad no me excusa para que pueda decir: no supe lo que hice! Perdona, Señor, en el precio de tu preciosa sangre, todos mis pecados que cometí consciente o inconscientemente; insinúa a tu pobre pecador lo que debe hacer por ellos y sobre todo por los que cometí conscientemente. Si a todos los que han pecado a sabiendas quedarán excluidos de tu abrazo, ¡ay del mundo!, qué poquísimos serían admitidos. Para los que voluntariamente pecan, declara tu apóstol, no existe sacrificio de propiciación. Y si viola la ley de Moisés, con la prueba de dos o tres testigos, es condenado a muerte sin remisión, ¿cuánto mayor castigo, pensáis, merecerá el que haya pisoteado la sangre de la Alianza con la que fue santificado y ultrajado el Espíritu de gracia? Pues conocemos al que dijo: "Para mí la venganza, yo pagaré"¹⁸.

7. Es cierto, Señor, que aún después de haber recibido el conocimiento de la verdad he pecado voluntariamente y mucho; he ultrajado al Espíritu de gracia de quien voluntariamente recibí la remisión de mis pecados en el bautismo. Después de recibir el conocimiento de la verdad, he vuelto a ellos como el perro vuelve a

su vómito¹⁹. Mas, ¿acaso te he pisoteado, Hijo de Dios? Te habré pisoteado si te hubiere negado. No creo incluso que Pedro, que llegó a negarte, te hubiere pisoteado, pues te amaba entonces ardientemente si bien que una, dos y tres veces te negaba.

¿Tuve por impura la sangre de la Alianza? Quien así piense, sea anatema. Lejos de mí que consienta mi corazón en tal delito; lejos de mí que aflore semejante confesión en mis labios. Eso no quiere decir que Satanás, algunas veces, no haya zarandeado mi fe como el trigo para cribarlo; pero tu oración ha llegado hasta mí para que mi fe en tí nunca desfallezca²⁰.

La virtud es un voluntario asentimiento del alma en el bien. Tú sabes cuánto quise siempre adherirme a tu fe, consérvame en esta disposición hasta el fin.

Siempre he creído en ti; nunca te he negado; siempre te he amado aún cuando pecaba contra ti. Me arrepiento de mi pecado hasta la muerte, pero de tu amor no me arrepiento, sino únicamente de no amarte como debía, porque si así te hubiere amado, nunca habría pecado. Mas, ¡ay!, cuánto temo que ese amor con el que entonces te amé sea causa de mi condenación, porque si es tan grave el pecar después de haber recibido el conocimiento de la verdad, qué gravísimo será sobre todo después de haber gustado tu bien, después de haber recibido la dulzura de tu amor.

8. Aún siendo en mi misma infancia un niño im-

puro, por tu gracia ya te amaba; y sin embargo, ya entonces no pecaba puerilmente contra ti. Desde entonces acá no he cesado de pecar, ni tú de hacerme beneficios. ¿Qué he de hacer pues sino oír tu palabra: recibiste bienes durante tu vida?²¹.

Cambia, Señor tu juicio en misericordia y condena al pecado en el mismo pecado²². Si me debías condenar tan justamente por el poquito amor con que entonces te amé, otórgame ahora, por tu gracia y en la plenitud de tu amor, el perdón en tu juicio, haz que comparezca a las puertas de tu santuario²³ y ante los ojos de tu misericordia en las mismas condiciones que compareció aquella pecadora de quien dijiste: "Perdonados le son sus pecados porque ha amado mucho"²⁴.

Mas antes, quema mi corazón en el fuego de tu perfecto amor y que transpire en mí un ardor tan intenso que llegue a consumir todo veneno de pecado, que indague y diluya con las lágrimas de mis ojos, toda la ponzoña de mi conciencia, que tu cruz crucifique toda concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida²⁵ contraídas en mi prolongado estado de negligencia. Desaparezca ante el bramido de tu rostro toda mina y restos de incendio, ocasionados por los deseos de la carne²⁶ o el consentimiento del espíritu²⁷.

9. Señor, dígalo y búrlese de mi confesión quien quiera; que me vea como tu pecadora, postrado a los

pies de tu misericordia, lavando con lágrimas del corazón y ungiendo con ungüento de piadosa devoción. Que todo mi ser, ya en cuerpo, ya en alma, salga a comprar el perfumado ungüento que derramaré sobre tu cabeza, tu misma divinidad²⁸, y en tus pies, en lo más bajo, la naturaleza de nuestra debilidad. Que murmure el fariseo si quiere²⁹. Tú, Dios mío, ten piedad de mí³⁰. Que el ladrón poseedor de la bolsa se exaspere contra mí³¹; con tal de agradarte no me importa desagradarle. Que te sea, amor de mi corazón, cotidiana, más aún, continua esta unción, porque cuando te unjo, únjome también a mí mismo.

Mi naturaleza, es cierto, reaccionando con la dureza de mi inveterada malicia, se ha convertido en un odre puesto a la escarcha³², y si no se la impregna con la continua suavidad de este ungüento, se atiesa, se cuarteas, revienta y se derrama el bien que interiormente pudiera contener.

10. Dijiste: "Ha hecho lo que ha podido"³³. Concédeme, Señor, realizar fielmente lo que está a mi alcance, cuanto sé, cuanto soy y cuanto puedo sin reservarme nada. Me he comprometido contigo, no con los hombres. Me arrojo a los pies de tu misericordia; ahí permaneceré, ahí lloraré, hasta que me permitas oír tu dulce voz, el juicio de tu boca, la sentencia de tu justicia, tuya y mía, porque la pronunciaste para mí: "Le son perdonados sus muchos pecados porque ha amado mucho"³⁴.

Señor, por el poder de juzgar que te otorgó el Padre³⁵, adelántateme con éste tu poder, júzgame con esta sentencia, porque prefiero ser justificado por el amor de tu amor y salvado en este juicio, que ser ensalzado y glorificado en cualquier otro. Señor, no me excluyas del abrazo de tu redención, que por encima de todo deseo unirme a tu cruz.

11. Dijiste: "Me reservo la venganza: yo pagaré"³⁶. De ninguna manera, oh begnínísimo; para mí la venganza, que yo haré penitencia. Es terrible caer en las manos del Dios vivo³⁷.

Manda lo que quieras, pero hazme comprender y poder realizar lo que mandes puesto que me has dado un corazón dispuesto para que al hacer tu voluntad, ni mi corazón ni mi cuerpo se nieguen en nada.

Conociste mi caída y mi elevación y todo lo mío, lo actualísimo y lo viejo³⁸. Defórmame de lo mundano que hay en mí; fórmame y confórmame a tu gracia pues en ella he buscado refugio; da a mi corazón la forma de penitencia que te sea agradable. Dame también, Señor, una fe pura y devota, piadosa, fuerte e inquebrantable para que igualmente me digas, dándome gracia por gracia: "Vete, tu fe te ha salvado"³⁹.

NOTAS

- | | |
|---------------------------------|-------------------------|
| 1 Mt 14,23. | 21 Lc 16,25. |
| 2 Jn 11,41,42. | 22 Rom 8,3. |
| 3 Lc 10,21. | 23 Sal 62,3. |
| 4 Lc 23,34-36. | 24 Lc 7,47. |
| 5 Lc 22,42-45. | 25 1 Jn 2,16. |
| 6 Sal 20,4. | 26 Jn 1,13. |
| 7 Hab 3,2. | 27 Sal 79,17. |
| 8 Mt 27,51. | 28 1 Cor 11,3. |
| 9 Lc 23,45. | 29 Lc 7,39. |
| 10 Mt 27,51. | 30 Sal 50,3. |
| 11 Mt 27,52. | 31 Mt 14,5; Jn 12,4-6. |
| 12 Am 6,4. | 32 Sal 118,83. |
| 13 Mc 14,36; Jn 17,9; Lc 23,34. | 33 Mc 14,8. |
| 14 Heb 5,7. | 34 Lc 7,47. |
| 15 Lc 22,28. | 35 Jn 5,27. |
| 16 Lc 23,34. | 36 Rom 12,19; Dt 32,35. |
| 17 Heb 10,26. | 37 Heb 10,31. |
| 18 Heb 10,26-30. | 38 Sal 138,3,5. |
| 19 Prov 26,11; 2 Pe 2,22. | 39 Lc 7,50. |
| 20 Lc 22,31-32. | |

VI Meditación

Deseo de morir para ver a Dios.

Reflejo típico de la actitud fundamental del monje: la búsqueda incesante de Dios y del cielo, lugar de la visión facial.

Comienza la meditación con un doble y bien marcado contraste:

- El **cielo**, lugar de los bienaventurados que gozan ya en una **continua afectividad** de la visión de Dios.
- La **tierra**, pobre morada del hombre pecador y peregrino.

Guillermo se siente pobre y desterrado, pero... ¿habrá alguna posibilidad de ascender a aquella patria deseada? Sí, en Cristo que bajó del cielo. Cristo es la puerta. Cristo es la revelación "del misterio" de Dios.

Sigue una corta paráfrasis. Nuestro autor se pregunta: el Dios tan anhelado y buscado, ¿dónde está?, ¿exclusivamente en el cielo? Inmediatamente nos responde: la omnipresencia de Dios lo llena todo; no podemos encuadrar a Dios en lugar alguno...

Sin embargo, mantiene una presencia especial:

- en el **cielo de los cielos**, el seno mismo de la Trinidad eterna de cuya visión gozan ya los espíritus bienaventurados;
- en el **alma del justo** mediante la gracia de adopción.

La importancia de estos dos puntos es capital pues Guillermo, siguiendo la tradición cristiana, tratará de ascender a Dios, no desde el vacío de sí mismo mediante eliminaciones

de diferencias como en los místicos paganos, sino desde una plenitud, gratuita ciertamente, que se ha de descubrir paso a paso. El verbo "abrir" (aperire) que nuestro autor emplea repetidas veces, es significativo sobremanera. Por consiguiente, el encuentro con Dios no es tanto efecto de una ascensión cuanto de una "profundización".

Pero el único medio de lograr esa "apertura" es Cristo. Aquí concluye la paráfrasis. Cristo es la puerta que se nos abrió en la cruz, gesto simbolizado en la lanzada del costado. Se nos abrió y se nos reveló el misterio escondido de Dios, el arca del Nuevo Testamento.

Pero Cristo es no sólo la puerta, es la verdad, es el camino para subir hasta ese cielo ya transitado por multitudes, apóstoles, mártires, vírgenes....; todos ellos subieron por esta "senda", impelidos por el amor, llevado hasta el desprecio de sí mismo según la expresión agustiniana tan querida de Guillermo, "amor dei usque ad contemptum sui"¹.

Y para terminar, una breve alusión al infierno; Guillermo baja en espíritu durante su "peregrinación" para no caer en él por toda la eternidad... E inmediatamente vuelve al objeto de sus deseos, el cielo, lugar de la visión del rostro de Dios. De aquí, sus gritos exasperados: ábreme, Cristo.

1 "Vi una puerta abierta en el cielo, dice san Juan, y la primera voz que oí era como de trompeta que me decía: sube aquí"².

Señor, tú has creado el cielo y la tierra³, tierra que maldijiste en el pecado y en la obra de Adán⁴ y que la diste por morada a sus hijos; todos cuantos la habitan, incurren en maldición⁵, sufriendo continuas penas a cau-

sa de la primitiva prevaricación; añaden otras cada día separándose así de tus mandamientos, según lo que está escrito: "Malditos los que se apartan de tus mandamientos"⁶.

Hastiado ya de tantas maldiciones, por las que me veo obligado a saldar con una cantidad exorbitante tanto lo que robé como lo que no robé⁷, con qué gusto, con cuánto deseo huiría de nuestra tierra hacia tu cielo que, una vez purificado de la soberbia, expulsado de allí el soberbio, te lo reservaste. ¡Oh si encontrara la escala y la puerta abierta!

2. Tengo entendido que allí no existen los males que aquí padecemos; no hay mañana ni tarde, mañana de alegría fugitiva y tarde de llanto perenne⁸. Ya sabes cuánto me agradecería librarme de todo esto, pues allí arriba sólo existe un día⁹, y festivo, por la continua gloria de tu visión; y libre de todo lo que pudiera perturbar la fiesta de tu rostro.

Tengo entendido que ni el fuego, ni el granizo, ni la nieve, ni los hielos, ni los vientos huracanados suben hasta allí; más bien los crea tu palabra para afligirnos¹⁰; sobre nosotros aquí, se precipita con frecuencia. Allí, ninguna muerte, ni corrupción de cuerpos o de vidas, lejos de cualquier peste de tribulaciones; allí, una virtud, una felicidad, un gozo, tu caridad deleitándose en su bien sin miedo de perderlo.

Aún tengo entendido que es célebre aquel día fes-

tivo por las alegrías y alabanzas de los ángeles; glorioso, por la corona de los apóstoles, de los mártires y de todos los justos que te agradaron desde el comienzo del mundo. La misma Iglesia, allí reunida, ha fijado para siempre las tiendas con motivo de este día festivo. Y si cuando vemos aquí en la tierra a dos o a más reunidos en tu nombre, y tú en medio de ellos¹¹, si tan excelente y alegre es su vivienda saturada del ungüento del Espíritu Santo para que la bendición que allí envías sea conocida de todos¹², ¿cuánto más aquél lugar en donde has reunido a tus santos que mantuvieron tu alianza sobre todos los sacrificios y que, transformados ellos mismos en cielos, anuncian tu justicia?¹³.

3. No fue sólo tu discípulo amado quien encontró la escala hacia allí arriba, ni a él solo se le mostró la puerta abierta en el cielo; pues hablaste en público a las multitudes, no por cualquier heraldo o profeta, sino por tí mismo, diciendo: "Yo soy la puerta; si alguien entrare por mí, se salvará"¹⁴.

Luego tú eres la puerta; y al decir, "si alguno entrare por mí", parece que estás abierto a todos los que quieren entrar. Pero, ¿de qué nos sirve el ver una puerta abierta en el cielo, si estamos en la tierra y no podemos subir allí? Pablo responde: "Quien sube es el mismo que baja"¹⁵. ¿Quién es éste? ¡El amor! El amor a tí, Señor, sube en nosotros hasta allí, porque el amor en ti baja a nosotros hasta aquí, y puesto que nos amas-

te, has bajado a nosotros, aquí, nosotros, amándote, hacia ti subimos a allí.

Tú eres el que ha dicho: "Yo soy la puerta". Te suplico por ti mismo: "Ábrenos" para que nos enseñes con más claridad de qué casa eres tú la puerta, cuándo y a quiénes estás abierto.

La casa de la que eres puerta, como ya se ha dicho, es el cielo donde habita el Padre de quien se lee: "El Señor tiene su trono en el cielo"¹⁶. Y ciertamente, nadie viene al Padre sino por ti, que eres la puerta¹⁷. Mas uno de tus servidores dice: Quienes se deleitan en las hermosuras visibles no pueden pensar nada espiritual sobre Dios, porque prefieren la tierra al cielo. Más admisible es la opinión de aquellos que pensando todavía materialmente de Dios, creen que está más bien en el firmamento que en la tierra.

4. Creador de todas las cosas, de todos los lugares y de todos los tiempos, tú no te mueves en el tiempo, ni estás en lugar alguno, ni existe cielo material que te sostenga para que no caigas. Tampoco habitas en él de modo que no llenes el cielo y la tierra¹⁸. Estás presente en todas partes, si es que se puede decir esto de quien carece de lugar. Todo en todas partes, si es que puede aplicarse en ti o de ti la totalidad en quien no existe particularidad.

Tú mismo, sin embargo, nos enseñaste a decir: "Padre nuestro que estás en los cielos"¹⁹. Esta creencia es

tan universal que todos los hombres, incluso paganos y judíos, atestiguan que Dios habita en el cielo; pero en los que creen en falso, tiene un sentido muy distinto del que tiene en los que confiesan la verdad con las mismas expresiones; así, los que son capaces, pueden entender la verdad, pero los que creen en un realismo exagerado o son incapaces de entender por causa del enunciado de la realidad, su creencia puede oscilar en un cierto margen de verosimilitud. De aquí el profeta que dice: "Nuestro Dios está en el cielo"²⁰. Y algo más adelante: "Habita en Jerusalén"²¹.

5. Responde pues a los que a ti tendemos y anhelamos. Por favor, Rabbí, ¿dónde habitas?²². Enseguida respondes diciendo: "Yo en el Padre y el Padre en mí"²³. Y en otra parte: "En aquel día conoceréis que yo estoy en mi Padre, vosotros en mí y yo en vosotros"²⁴. Y añade: "Yo en ellos y tú en mí para que sean consumados en la unidad"²⁵.

Luego tu lugar es el Padre; también eres tú el lugar del Padre. Y no sólo esto sino que también nosotros somos tu lugar y tú el nuestro. Señor Jesús, estando tú en el Padre y el Padre en ti, ¡oh suma e indivisible Trinidad!, eres para ti mismo lugar; tú para ti mismo eres el cielo. Como no recibes nada de nadie, así tampoco necesitas de lugar en donde poder subsistir sino de ti mismo y en ti mismo.

6. Mas cuando tú habitas en nosotros, somos real-

mente tu cielo; no un cielo que te sostiene para que habites en él; en realidad eres tú quien lo sustentas para que se habite. Eres también nuestro cielo adonde debemos subir para vivir en él. A mi juicio pues, nuestro cielo consiste en nuestra mansión en ti o tu mansión en nosotros.

Mas para ti el cielo de tu cielo²⁶ es tu misma eternidad por la que eres lo que eres en ti mismo. El Padre en el Hijo, el Hijo en el Padre y la unidad por la que el Padre y el Hijo sois uno, es decir, el Espíritu Santo que no proviene de algo extraño a vosotros constituyéndose así en lazo de unión, sino que existe en la misma coesencia divina. Como autor y ordenador de la unidad por la cual tú en nosotros o nosotros en ti somos uno, el mismo Espíritu Santo hace hijos de Dios por gracia a quienes éramos hijos de ira por naturaleza²⁷, según dice el apóstol: "Ved qué amor nos ha dado el Padre, que nos llamemos y seamos hijos de Dios"²⁸. Y esto, mediante el don del Espíritu Santo. Un poco más adelante añade: "Carísimos, somos ya hijos de Dios, pero todavía no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que cuando se manifiesta, seremos semejantes a Él porque lo veremos como es"²⁹.

7. El nacimiento del Hijo respecto del Padre es eterno por naturaleza. Ese mismo nacimiento en nosotros, es la adopción de la gracia. Aquél ni se hace ni hace la unidad sino que es la misma unidad en el Espíritu Santo. Éste, no es, se hace por el Espíritu Santo en cuan-

to que somos sellados por la semejanza divina, más allá de las posibilidades de la naturaleza humana, pero más acá de la esencia divina.

Por eso, el Espíritu Santo es llamado semilla de este nacimiento, del cual dice el mismo apóstol: "Quien ha nacido de Dios, no peca, porque la semilla divina permanece en él, luego no puede pecar"³⁰. La visión de Dios nos dará su misma semejanza; visión por la que veremos, no lo que Dios es sino cómo es. Y ésta es la semejanza por la que seremos semejantes. Para el Padre, ver al Hijo consiste en ser lo que es el Hijo; para nosotros, ver a Dios consiste en ser semejantes a Dios. He aquí la unidad, la semejanza, el mismo cielo en donde Dios habita en nosotros y nosotros en Dios.

8. Mas tú eres el cielo del cielo, ¡oh suma verdad!, que es lo que eres, que eres por ti para ti misma, tú para ti, te bastas a ti misma; nada te falta y nada te sobra; en ti no hay discrepancia alguna, ni confusión, ni cambio, ni variación³¹ o sombra de alternativa, ninguna indigencia ni muerte alguna. Eres allí la suma concordia, la suprema evidencia, la soberana plenitud, la vida suprema. Para ti, ninguna torpeza de creatura es torpe; no te daña la malicia ni yerra el error. Fijaste de antemano para cada justo las moradas de virtud y de felicidad a donde tendrán forzosamente que llegar pese a cualquier impedimento o retraso. También has prefijado a los malos sus límites en la malicia, incapaces de franquearlos, incluso aunque no ceje la voluntad³².

9. Señor, esta sublimidad, esta profundidad, esta sabiduría y fortaleza, ¿no será acaso el cielo del que tú eres la puerta?

Así es, sin duda, así es. Por eso, una vez abierta la puerta, como dice el mismo san Juan, "el arca del Testamento apareció en el cielo"³³. ¿Qué es pues ese arca del Testamento vista en el cielo sino, como dice el apóstol, "la dispensación del misterio oculto desde toda la eternidad en Dios que creó todas las cosas?"³⁴.

Tú eres, en verdad, el arca del Testamento, en donde permanece oculto desde toda la eternidad y que se cumplió en los últimos tiempos, lo que había sido declarado desde el origen del mundo por todos los santos y profetas, mediante la ley, las profecías³⁵, los milagros y los prodigios.

Tú eres el arca recubierta de oro puro por todos los costados, porque en ti descansó la plenitud de la sabiduría de Dios y te inundó por todas partes glorificándose.

En ti se halla la urna de oro conteniendo el maná, alma santa e inmaculada, en donde habitó corporalmente la plenitud de la divinidad³⁶. En ti, la vara de Aarón que floreció, la plenitud del sacerdocio³⁷; en ti, las tablas de la Alianza por las que el mundo fue nombrado heredero de tu gracia y por las que hiciste de las naciones tus coherederos, concorpóreos y copartícipes de tu promesa³⁸.

VI MEDITACIÓN

Encima, los querubines de la gloria, es decir, la plenitud de la ciencia; "encima", no como preeminencia en dignidad, sino en necesidad de ser llevados y sostenidos. Ellos, cubriendo el propiciatorio, testificaban la incomprensibilidad de los misterios de tu gracia propiciatoria.

10. Todos estos bienes, ocultos en tu celestial arcano desde el principio de los siglos, al fin, los has revelado al mundo que por ellos suspiraba cuando te abriste, tú mismo, como puerta del cielo. Abriste el cielo cuando apareció tu gracia ante todos los hombres, instruyéndonos³⁹, cuando apareció tu benignidad y humanidad no por obras de justicia que nosotros practicáramos, sino según tu misericordia, haciéndonos sabios⁴⁰.

Una vez abierto el cielo, todo el bien, toda la gloria, toda la suavidad de éste se derramó sobre la tierra. Entonces quedó claro públicamente, Dios mío, qué gran bondad tienes para con nosotros, no perdonando a tu propio Hijo, sino entregándolo por todos nosotros⁴¹ cuando manifestaste al mundo tu salvación y ante los pueblos revelaste tu justicia⁴², que nos proporcionaste en la sangre de tu Unigénito; Él mismo te ofreció una obediencia pura de caridad en pago de nuestra salvación; y a nosotros, la caridad de la misma obediencia.

Es entonces cuando bendijiste nuestra tierra⁴³ que desde ese instante comenzó a dar su fruto⁴⁴. Desde ese momento quedó trazada la senda pública hacia tu cielo,

GUILLERMO DE SAINT THIERRY

calcada ya por las huellas de los apóstoles, de los mártires y de todos los santos que, por el ejemplo y la gracia de la caridad que de ti recibieron, te amaron hasta el desprecio de sí mismos, y por tu causa, no temieron perder sus vidas⁴⁵.

Estas insondables riquezas de tu gloria, Señor, se ocultaban en ti, en tu celestial arcano, hasta que, por la lanzada del soldado, se abrió en la cruz el costado de tu Hijo, Señor y Redentor nuestro, y fluyeron los sacramentos de nuestra redención⁴⁶, para que podamos, no ya introducir el dedo o la mano en su costado como Tomás⁴⁷, sino entrar completamente por esa puerta abierta hasta tu corazón, oh Jesús, asiento seguro de la misericordia, hasta tu alma santa, colmada de la plenitud de Dios⁴⁸, llena de gracia y de verdad⁴⁹, de nuestra salvación y consuelo.

11. Abre, Señor, la puerta del costado de tu arca⁵⁰ para que entren todos los tuyos que se han de salvar de este diluvio que inunda la tierra⁵¹. Abrenos el costado de tu cuerpo para que entren quienes desean ver los secretos del Hijo y reciban los sacramentos que de Él dimanen con el precio de su redención⁵². Abre la puerta de tu cielo para que tus redimidos, que todavía se fatigan en la tierra, vean los bienes del Señor en la región de los vivos⁵³, vean y deseen, ardan y corran. A causa de ellos te has hecho el camino que se sigue, la verdad a la que se va, la vida por cuyo motivo se camina⁵⁴.

Eres el camino en cuanto ejemplar de humildad; verdad en cuanto modelo de pureza; vida en cuanto vida eterna. Te has hecho todo esto para nosotros, Padre misericordioso, manso Señor, dulce hermano. Nosotros somos tus pequeños a quienes decías: "Hijitos míos, todavía estoy con vosotros"⁵⁵; y también tus siervos a quienes decías: "Me llamáis Maestro y Señor y decís bien, pues lo soy"⁵⁶. Somos tus hermanos a quienes mandaste que fuesen a donde pudieran verte⁵⁷.

Padre bueno, dulce hermano, manso señor; bueno, dulce y suave es todo cuanto eres; en ti abunda toda bondad. Ábretenos, a fin de que de ti dimane hasta nosotros tu suavidad y nos sature.

Ábreteme, que eres la puerta, para que de vez en cuando por el afecto, aunque no merezco todavía la perfecta vivencia, penetre en el lugar del tabernáculo admirable hasta la casa de Dios⁵⁸.

12. alguna vez has abierto el oído de tu siervo para que percibiera allí el canto de júbilo y de alabanza en el bullicio del festín⁵⁹; pero estaba prohibido pasar. Por eso con razón estás triste, alma mía, con razón te acongojas; mas espera en Dios porque todavía lo alabaré, salud de mi rostro, Dios mío⁶⁰.

Ábreme, Señor, que soy hombre extranjero; aún no soy digno de ser inscrito allí como ciudadano. Dame alguna vez o por un poco el permiso de peregrinar allí

para que, viendo, vea tu gloria⁶¹; pero yo entonces no me marcharé a menos de ser expelido.

Si lograre subir hasta allí con más frecuencia, si permaneciere por algún tiempo, si tardare más en volver, me haría conocer de tus ciudadanos que se alegran de manera peculiar, como todos los que viven allí; su alegría no se expresa en palabras, pues están en íntima comunión. No me tendrán por extranjero si alguna vez me ordenares descansar entre ellos, Señor, en cualquier rincón de aquella casa. Inquieto e impaciente por ti está mi corazón, yo no sé cómo darle descanso fuera de ti.

13. Por eso, si me veo arrojado del cielo, disgustado de mi vida, me satisface de cuando en cuando bajar al infierno para ver lo que allí se hace y evitar el tener que hacerlo en el momento de morir⁶². Pero como en el mismo umbral encuentro escrito que en el infierno nadie te alabará⁶³, lanzándole un anatema me salgo⁶⁴. Oigo dentro llantos y rechinar de dientes⁶⁵; Señor, que no me suceda tener que bajar hasta ahí.

A ti, Señor, hacia ti siempre mis ojos, tú que habitas en los cielos⁶⁶; hacia tu casa, hacia tu ciudad, Jerusalén, de donde bajaste hasta nosotros; de ella, inseparable de ti, nos dejaste una maravillosa imagen. Inflamado por esto, con fervor y animosidad suelo recurrir allí en espíritu. Si te encuentro, puerta abierta, entro; y qué bien me sienta el rato que se me permite. Pero si la encuentro cerrada, me vuelvo confundido; e impe-

VI MEDITACIÓN

dido de ver tu gloria, penetro miserable en mi casa y me veo obligado a sufrir mi doméstica y familiar pobreza.

¡Oh si viera, si durara, si alguna vez oyera "entra en el gozo de tu Señor"⁶⁷, entraría de tal modo que nunca más pudiese salir!

Poderoso eres, Señor, y tu verdad te rodea⁶⁸. Afianza lo que has hecho, da lo que has prometido.

NOTAS

- | | |
|--|------------------------------|
| 1 SAN AGUSTIN, <i>De Civitate Dei</i> , 14,28. | 35 Rom 3,21. |
| 2 Ap 4,1. | 36 Col 2,9. |
| 3 Gn 1,1. | 37 Sal 109,4; Heb 5,6; 7,21. |
| 4 Gn 3,17. | 38 Ef 3,6. |
| 5 Gal 3,10. | 39 Tito 2,11,12. |
| 6 Sal 118,21. | 40 Tito 3,4. |
| 7 Sal 68,5. | 41 Rom 8,32. |
| 8 Sal 29,5. | 42 Sal 97,2. |
| 9 Zac 14,7. | 43 Sal 84,2. |
| 10 Sal 148,8. | 44 Sal 84,13. |
| 11 Mt 18,20. | 45 Jn 15,13. |
| 12 Sal 132,1-3. | 46 Jn 19,34. |
| 13 Sal 49,5-6. | 47 Jn 20,27. |
| 14 Jn 10,9. | 48 Col 2,9. |
| 15 Ef 4,10. | 49 Jn 1,14. |
| 16 Sal 10,4. | 50 Gn 6,16. |
| 17 Jn 10,1. | 51 Gn 7,6. |
| 18 Jer 23,24. | 52 Sal 48,9. |
| 19 Mt 6,9. | 53 Sal 26,13. |
| 20 Sal 113,11. | 54 Jn 14,6. |
| 21 Sal 124,1-2. | 55 Jn 13,33. |
| 22 Jn 1,38. | 56 Jn 13,13. |
| 23 Jn 14,10-11. | 57 Mt 28,7. |
| 24 Jn 14,20. | 58 Sal 41,5. |
| 25 Jn 17,23. | 59 Ib. |
| 26 Sal 113,24. | 60 Sal 41,6-7. |
| 27 Ef 2,3. | 61 Sal 62,3. |
| 28 1 Jn 3,1. | 62 Sal 54,16. |
| 29 1 Jn 3,2. | 63 Sal 6,6. |
| 30 1 Jn 3,9. | 64 1 Cor 12,3. |
| 31 Sant 1,17. | 65 Mt 8,12. |
| 32 Job 14,5. | 66 Sal 122,1. |
| 33 Ap 11,19. | 67 Mt 25,21. |
| 34 Ef 3,9. | 68 Sal 88,9. |

VII Meditación

Aquí abajo se puede ver una faz de Dios.

Toda la composición se centra en el **deseo** de la visión de Dios, más acentuado, si cabe, que en las precedentes meditaciones. Pero Guillermo tropieza siempre con el mismo obstáculo, su estado de consciente **indigencia**; sin embargo, se acoge a la humildad, fuente de su **propio conocimiento**. Aquí encuentra ya una orientación segura en favor del objeto de sus deseos. Además, esa misma humildad nunca es obstáculo al ardiente deseo de Dios.

Después se plantea la cuestión que tanto hormiguea en su interior: ¿Es posible la **visión del rostro** de Dios en esta vida?

Guillermo admite una doble distinción:

- a) La visión "**cara a cara**" simplemente, no. El texto del Ex 33,20 le parece suficientemente claro. Además, ni a Pablo, ni a Juan, tan aventajados en el amor, se les concedió durante su peregrinación tal privilegio.

Sin embargo, ya un poco al margen de la cuestión, Guillermo habla con especial predilección de David, que tantas referencias hace en los salmos acerca del rostro de Dios. Según David, Moisés fue favorecido con tal visión.

- b) Cierta visión del rostro de Dios es posible en la presente vida mortal. Su expresión más sublime tiene lugar en el "**no saber**", en la **docta ignorancia**. Guillermo se inspira indudablemente en el Pseudo-Dionisio y en San Agustín.

Visión **obscura**, mas paradójicamente, **luminosa y ardiente**.

El rostro de Dios es fuente de "luz-verdad" y de "fuego-amor" que se derraman sobre toda la humanidad; pero sólo los santos, en esta contemplación claroscuro del rostro de Dios, quedaron inundados de esa luz y de ese fuego, con el que luego inflamaron el mundo.

1. "Te habló mi corazón: mi rostro te ha buscado; tu rostro, Señor, buscaré. No lo apartes de mí; no te alejes con ira de tu siervo"¹.

Intentar la comparación de mi rostro con tu rostro, Señor Dios, escrutador y juez de los corazones², parece demasiado temerario e insolente, pues si entras en juicio con tu siervo³, el rostro de mi injusticia no tendrá más que huir ante el rostro de tu justicia.

2. Mas si, por tu gracia, la caridad ardiente excusara y la humildad piadosa ayudara mi pobreza, que huyan todos los que odian⁴, yo no huiría de tu rostro. Porque la caridad se lanza y la humildad fomenta la confianza. Ciertamente que no tengo conciencia de poseerlas, pero me declaro amigo.

Si acaso me preguntas como preguntaste a Pedro, ¿me amas?. Responderé con llaneza y confianza: "Señor, tú lo sabes todo, sabes que quiero amarte"⁵; y tanto lo quiero que mi corazón no quisiera otra cosa que amarte.

Me abrazo también a la humildad que definen los autores como el menosprecio de la propia excelencia;

mas cuando, inconsciente, abrazo pequeñas minucias de excelencia, o cuando se me presentan, no las rechazo pronto, claramente deduzco que no soy humilde.

3. Existe otra especie de humildad, a saber, el conocimiento de sí mismo⁶. Si se me juzga según lo que conozca en mí, estoy perdido. Y como dicen, con mal augurio he puesto el pie en la justicia de tu juicio. Pero, si tú estimas esto como virtud teniendo ante mis ojos y de continuo mi pecado⁷, entonces no me creo completamente desprovisto de humildad, pues aún sin quererlo, cuando busco otras cosas mejores, con frecuencia se me presenta ante los ojos de mi espíritu el horrible rostro de mis pecados. Por eso me odio a mí mismo.

Señor, cuántas más cosas diría del ignominioso rostro de mi conciencia. Sea lo que fuere y del modo que fuere, todo su rostro desea tu rostro de tal modo que desprecia y le fastidia todo lo perteneciente a su vida, incluso la misma vida frente al amor de tu rostro. Y mientras no te vea, no se preocupa en absoluto de todo lo demás que pueda ver.

4. Entre tanto⁸, ¡oh deseable visión!, te busca mi rostro. Busco tu rostro; te ruego que no lo apartes de mí. Enséñame entre tanto, eterna Sabiduría con el resplandor de tu misma faz, en qué consiste el encuentro "cara a cara", pues aunque me consume este mutuo deseo, no conozco bastante ninguno de los dos rostros. Me doy cuenta de que si no se le concedió al apóstol Pablo

verte en esta vida "cara a cara", ni a tu discípulo muy amado "como eres"⁹, y si esto se rehusó al amante y al amado, aún menos puede esperarlo o buscarlo quien vive con criterios normales.

5. Sin embargo, cuando oigo hablar a David del "cara a cara" no pierdo la esperanza, pues oigo que alguien espera de ti. No es que me olvide de lo que soy, pero confío en la clemencia de tu misericordia; y aunque en esto progrese miserablemente, no quisiera amarte menos que cualquier otro amante.

Si parece que esta visión se negó a Moisés¹⁰, David en manera alguna se descorazonó, puesto que de Moisés y de los demás patriarcas canta y salmodia: "No poseyeron la tierra por su espada, ni les salvó su brazo, sino tu diestra, tu brazo y la luz de tu rostro"¹¹. También dice de sí mismo "Señor, por tu voluntad, concediste la virtud a mi dignidad, pero apartaste de mí tu rostro y quedé desconcertado"¹².

Ese rostro, oh dulcísimo, que por algún tiempo escondiste al piadoso David dejándole confundido, vuélvelo hacia mí y seré consolado¹³. Antes de apartar de él tu rostro, por tu voluntad, concediste la virtud a su dignidad.

Que tu diestra, tu brazo y la iluminación de tu rostro dominen en mi tierra, como dominan en la tierra de los padres en quienes te complaciste, pues acerca de tu rostro y de tu faz a nadie he oído tratar y hablar con

tanta frecuencia y familiaridad como a David. No se le puede suponer inexperto en la visión de tu rostro, pues le invoca para extraer de él sus sentencias¹⁴ creyendo que se colmará de gozo con tu rostro¹⁵. El mismo profeta proclama dichoso al pueblo experto en el júbilo y dice: "Señor, caminarán a la luz de tu rostro"¹⁶.

6. Con la mayor atención posible, Dios de mi corazón¹⁷, clavo mis ojos en tu rostro para que de esta mirada brote mi sentencia. El asentimiento total de mi conciencia aúna su clamor en plena conformidad; descubro que éste tu rostro y tu faz es el conocimiento de tu verdad. Hacia esto tu bienaventurado pueblo orienta el rostro de su buena voluntad, jubila de gozo en el Espíritu Santo y celebra la fiesta del año jubilar en la contemplación y fruición de tu misma verdad, a cuya luz camina, dirigiendo sus pasos y todo lo que tiene en conformidad a las sentencias de tu justicia¹⁸.

7. Existe otra faz, otro rostro de tu conocimiento, del que se dijo a Moisés: "No verás mi faz. No podrás verme el hombre y seguir viviendo"¹⁹. La visión o la ciencia de tu divina Majestad en la presente vida mejor se sabe ignorando²⁰; no sabiendo es como se sabe algo. Aquí radica la ciencia suprema en esta vida.

8. Señor, aunque te hayas hecho de las tinieblas de nuestra ignorancia y de la ceguera humana como una especie de escondrijo, sin embargo está tu tabernáculo a tu alrededor, es decir, algunos de tus santos

que fueron luminosos por haber vivido en la intimidad de tu luz y de fuego, y que por eso lucían y ardían²¹; iluminaban con la palabra y el ejemplo, encendían a los demás y anunciaban su inefable gozo de este supereminente conocimiento de la vida futura, por el que serás visto como eres, cara a cara. Mientras tanto, los rayos de tu verdad, avivada por ellos, han inundado toda la tierra y sus resplandores han iluminado²² alegrando a los que tienen los ojos sanos, pero atemorizando y turbando a quienes aman más las tinieblas que la luz²³.

9. Aquí, la manifestación de tu verdad, de cualquier manera que sea, es como tu sol que haces salir sobre justos e injustos²⁴ y que conservando la pureza de su naturaleza, adapta su acción a la materia de las cosas, por ejemplo, apelmazando el barro, fundiendo la cera e iluminando a todo ojo, al que ve y al ciego; al que ve para que, esclarecido, vea mejor; al ciego, incluso permaneciendo en su ceguera.

Así pues, Sabiduría de Dios y Luz de la verdad, cuando viniste al mundo que creaste, iluminaste a todo hombre que viene a este mundo²⁵, pero las tinieblas no te recibieron. Mas a todos los que recibieron y recibieron la luz de tu verdad, les diste el poder de llegar a ser hijos de Dios²⁶.

- 1 Sal 26,8,9.
- 2 Prov. 24,12.
- 3 Sal 142,2.
- 4 Sal 67,2.
- 5 Jn 21,15-17.
- 6 El viejo axioma delfico "Conócete a ti mismo" tiene un relieve privilegiado en nuestros autores medievales. Desconocerse es condenarse a desparramar el alma sobre vanas realidades (cf Exp. in Cant. 1,5,62). Conocerse es saber que no hemos sido hechos para lo pasajero, que no debemos alejarnos de nosotros mismos... que hemos de volar hacia nuestro ejemplar, la Trinidad. "Forma formatrix", para asociarnos a ella en perfecta paz y felicidad. Todo el tratado "De naturaleza del cuerpo y del alma" tiende precisamente a este conocimiento de sí: "Penetrar en este microcosmos para elevarnos... hasta el autor de las realidades visibles e invisibles" (Pról. PL, 180, 695 a). "Imagen de Dios, reconoce tu dignidad, reverbera en ti la efigie del Autor. Eres despreciable para ti misma, pero eres un objeto precioso... No te alejes de ti misma en nada, aplícate enteramente a conocerte de quién eres imagen, a discernir y comprender quién eres, qué puedes en aquel de quien eres imagen" (Exp. Super Cant. 1,5,66).
- 7 Sal. 50,5.
- 8 "Sic interim, o visu desiderabilis, exquirat te facies mea..." "Interim"; no existe equivalente moderno en el lenguaje religioso. No es la localización espacial de nuestra existencia terrestre... es el tiempo de espera, de la tribulación, de las opciones, en las horas sombrías en las que el alma aspira ardientemente hacia la gracia iluminadora. El empleo del "interim" es frecuente en la tradición agustiniana, a veces relacionado con los adverbios de lugar "hic", "ibi" (cf. F. CHATILLON: *Hic, ibi, interim*, en *Rev. d'Ascétique et Mystique* (1949) pp. 194-199). Cf. también nuestra introducción p. 9).
- 9 1 Jn 3,2.
- 10 Ex 33,20.
- 11 Sal 43,4.
- 12 Sal 29,8.
- 13 Sal 70,21.
- 14 Sal 16,2.
- 15 Sal 15,11.
- 16 Sal 88,16-19.
- 17 Sal 72,76.

VII MEDITACIÓN

18 Sal 118,133,160.

19 Ex 33,20.

20 Presencia de la teología apofática en el conocimiento místico. Dios es inconceptuable. Nunca la creatura le conoce mejor que negando de Él lo que conoce a través de sus propias categorías. Es la **docta ignorancia** adquirida por la fe y el amor (cf. In Ep. ad Rom. PL 180, 638 cd).

"Comprender no comprendiendo la majestad de la divina **incomprensibilidad**" (Med. III,12). Todo el tratado del **Enigma de la Fe** se mueve en esta dirección: "La **inteligencia humana se orienta no tanto a la comprensión, cuanto a la contemplación en el amor, que comprende en cierto modo la incomprensibilidad de Dios**" (Aen. PL 180,426 c). "Por eso el enigma de la fe es delicioso para los **piadosos... y excita y provoca siempre a buscar la faz del Señor**" 426 d).

21 Jn 5,35.

22 Sal 76,19.

23 Jn 3,19.

24 Mt 5,35.

25 Jn 1,5.

26 Jn 1,12.

VIII Meditación

Dios nos llama a su familiaridad.

La luz, el fuego, la incomprensibilidad del **rostro de Dios** en contraste-límite con la miseria, la ruindad del **rostro del hombre**. ¿Cómo salvar este abismo? De nuevo se nos presenta la persona de Cristo. Él, **rostro divino**, se hace **rostro de hombre** para que por su humillación, pobreza y cruz, el hombre "participe" en el **rostro de Dios**.

Debemos refugiarnos en el corazón de Cristo, porque sólo en él recibiremos el **ósculo** y el **abrazo** de Dios. Por él entramos en comunión con la Trinidad. Todos los que se cobijan en el abrazo de Cristo, son uno, a semejanza de la unidad trinitaria.

La expresión más auténtica del ósculo de Dios en Cristo al hombre, es el sacramento de la **eucaristía**. De suyo, eso solo basta para hacer factible en lo más íntimo del ser humano, la realidad del ósculo de Dios. Se trata de una asimilación vital de toda la vida y obra de Cristo, resumida en este sacramento, a la que acompañará necesariamente, por nuestra parte, la continua meditación (**ruminatio**) con todas sus circunstancias. Solamente así, el hombre llegará a la **conciencia experiencial** de su comunión con Dios y con los demás hombres, cobijados en el abrazo de Dios.

El **rostro del hombre** que no busque el **rostro de Dios** ha perdido su naturaleza facial; se ha convertido en una máscara de bestia. Así son todos los contumaces en su pecado. Recibirán el pago de su perversión, la implacable condena fulminada por el **rostro** airado de Dios.

Termina la meditación con una confesión enternecedora. El **rostro** de Guillermo que se arrastra en la miseria y la pobreza, busca sin cesar el **rostro de Dios** por todos los medios puestos a su alcance.

1. Fulgurante para todos, oh sol de justicia¹ es la luz de tu rostro y el resplandor de tu verdad; e invitas a tu esposa, cualquiera que sea, diciendo: "Muéstrame tu rostro, hermana mía"². Y al instante que en el alma de buena voluntad se anuncia la paz del cielo, el que es hermano de Cristo, cuya alma se llama hermana, tal y como es, desea comparecer en tu santuario³ y ver la luz en tu luz⁴. Si es pecador, te mostrará el rostro de su miseria, buscando el rostro de tu misericordia. Si es santo, correrá a tu encuentro con el rostro de su justicia hallando en ti el rostro de su semejanza por el que eres Señor justo que amas la justicia⁵.

Aquél, empero, que tiene una frente de meretriz, no quiere avergonzarse⁶, y ahuyentando la verdad, incurre por tal causa en tu severísima justicia.

Cuantas son las afecciones del alma humana, tantos son los rostros que tiene delante de ti. Mas tú, oh verdad, los recibes y te acomodas a cada uno de ellos, sin detrimento de tu propia inmutabilidad.

La piadosa humildad halla en ti afable gracia; el ardiente amor encuentra el suave fomento del óleo; la humilde contrición del corazón, la justicia que tú le preparas; pero la frente de la meretriz encuentra su confusión.

2. Así, soberana justicia, confluyen en ti la misericordia y la verdad⁷. Cuando la verdad de la justicia humana se confiesa humildemente en el alma justa y

la verdad de tu justicia se compadece legítimamente en la verdad que confiesa; en el momento de dar aquélla el beso de una justa confesión, tú la acoges en el beso de paz. He aquí el beso del esposo y de la esposa.

Y para que su rostro se hiciese digno de tu beso, tu rostro, oh Señor, ha sido escupido. Para que su rostro apareciera hermoso y gracioso, el tuyo ha sido acar-denalado con bofetadas y golpes de caña. Tu rostro, a los ojos de los hombres, ha quedado saturado de oprobio⁸, para que el rostro de la esposa apareciera esbelto y agraciado a tus ojos. Más aún, dispusiste el baño en tu preciosa sangre⁹ donde se lavarían los hijos de Dios, sufriendo horribles tormentos por las horrendas maldades que hemos cometido.

Ningún rostro de penitencia hubiera podido aplacar el rostro de la suprema justicia, si a los sufrimientos que por nosotros aceptaste, no se hubiera añadido tu inocencia; y como tú eras el Hijo, fuiste escuchado a causa de tu reverencia¹⁰.

3. Por mis manos, Señor, que hicieron lo indebido, las tuyas fueron taladradas con clavos; tus pies, por mis pies; tus ojos, por mis ilícitas miradas; tus oídos por los míos durmieron el sueño de la muerte. La lanza del soldado abrió tu costado para que por tu heridas de cuando en cuando, pudiese expeler de mi corazón impuro todo lo calcinado por el fuego, todo lo asolado debido a mi prolongada suciedad¹¹. Finalmente, moriste para que

yo viviera; fuiste sepultado para que yo resucitara. Éste es el beso de tu dulzura que das a tu esposa; el abrazo del amor que das a tu amiga. ¡Ay del que no tenga parte en este beso! ¡Ay quien cayere de este abrazo!

La confesión del ladrón recibió este beso en la cruz; lo recibió Pedro cuando miró al Señor que acababa de negar y, saliendo afuera, lloró amargamente¹². Muchos de aquellos que te crucificaron, después de tu pasión, convertidos, se te reunieron en este beso. María, la posesa en otro tiempo de siete demonios, exultaba en este abrazo¹³, mientras que la malicia del apóstol traidor se alejó de él. En este abrazo se apiñaban publicanos y pecadores, de quienes te has hecho invitado y amigo¹⁴. Allí también Rahab la prostituta convertida, Babilonia tu amiga, los extranjeros, Tiro y los negros etíopes.

4. ¿Adónde, Señor, llevas a quienes abrazas y estrechas sino a tu corazón? Tu corazón es el dulce maná de tu divinidad que guardas en el interior, oh Jesús, en la urna de oro¹⁵ de tu sapientísima alma. Bienaventurados a quienes el abrazo los atrae hasta ahí. Bienaventurados los que escondiste en lo oculto de aquel secreto corazón¹⁶ para estar bajo tus alas al abrigo de la turbación de los hombres. Su única esperanza se apoya en la dulzura y protección de tus plumas¹⁷. Bajo las alas de tu poder son protegidos quienes se esconden en lo recóndito de tu corazón, durmiendo en suavidad y en dulce expectativa, gozando entre tus bienes del mérito

de una buena conciencia, de la expectativa y del premio de tu promesa, sin desfallecer por pusilanimidad, sin murmurar por causa de la impaciencia.

5. Todos los que se besan con toda dulzura, mutuamente fusionan sus espíritus sintiéndose dulcemente impregnados por ciertos aromas.

Recibe, Señor, no rechaces mi espíritu, por completo lo sumerjo en ti. Es cierto que apesta, pero infunde en mí tu espíritu que exhala lo que eres para que por tu suavidad, mi espíritu ya no apeste más; que tu suave olor, oh dulcísimo, en adelante permanezca siempre en mí.

Esto acontece cuando cumplimos lo que nos mandaste hacer como recuerdo tuyo¹⁸. Nada más dulce pudo preverse para la salvación de tus hijos, nada más eficaz que el comer y beber el incorruptible manjar de tu Cuerpo y Sangre. Como animales puros, hemos hecho pasar desde el estómago de nuestra memoria a la boca, por el efecto de la reflexión, todo lo que has hecho y padecido por nosotros, siempre nuevo y perpetuo efecto de nuestra salvación; lo hemos rumiado con un nuevo afecto de piedad y una vez más lo escondemos con suavidad en la misma memoria.

Ahí dices al alma que desea: "Abre tu boca y yo te la llenaré"¹⁹. Y ella, gustando y viendo tu suavidad, por este inefable y gran sacramento, se transforma en lo que come, hueso de tus huesos y carne de tu car-

ne²⁰; para que así como rogaste al Padre momentos antes de ir a la Pasión, el Espíritu Santo obre en nosotros aquí por gracia, lo que es en el Padre y en ti, su Hijo, por naturaleza; y del mismo modo que vosotros sois uno, así nosotros en vosotros seamos uno²¹. He aquí, Señor, tu rostro, que presentas al rostro que te desea, el ósculo de tu boca que das en la boca de quien te ama, el abrazo de tu amor a tu esposa que por ti suspira y dice "Mi amado es para mí y yo para él; descansará entre mis pechos"²²; y "te ha dicho mi corazón: mi rostro te ha buscado"²³.

6. Si el rostro de nuestra alma no busca tu rostro, su rostro no es natural sino cierta máscara bestial. ¿Quién no buscará tu rostro?, ¿quién no enfermará por tu causa?, ¿quién no languidecerá?, ¿quién no desfallecerá?, ¿quién no morirá?

Piedad, Señor, en la búsqueda de tu rostro ya habría muerto mi alma, no sé de qué muerte, si tu visita no hubiera protegido mi espíritu. Por el contrario, el enemigo ha encontrado en el momento de descubrir tu rostro, un horno abrasador²⁴; el pecador, parte de su cáliz: lazos, fuego, azufre, vientos huracanados²⁵; el soberbio, el poder con que se resiste a los soberbios²⁶; el hipócrita, la luz de la verdad que odia. Todos ellos, teniendo diversos rostros según su propia maldad, mantienen cauterizadas sus conciencias²⁷, presentan como un rostro común de contumaz malicia que tú recibes con tu rostro de implacable justicia, y a los que odian la

justicia, con tu rostro de odio a la iniquidad. Como no procuraron tener el conocimiento de Dios, les entregaste a su réprobo sentido para que cometan despropósitos tales, que el solo hecho de recordarlos en tu presencia, ya es torpeza²⁸; y sin embargo lo hacen desvergonzada e irreverentemente delante de ti. Con sus concupiscencias y las de sus hijas, con sus pecados, los de sus hijos y los de sus nietos, se forjan una larga y pesada cadena de innumerables pecados que les ocasionarán no pocas lágrimas; sus eslabones, aunque de momento sueñan con agrado, se engarzan de una manera inseparable, y arrastran al infierno donde nadie te alabará²⁹, Dios mío, donde no hay esperanza ni salida.

7. Me extraña que los condenados puedan en cierto modo sospechar qué dicha es el gozar de ti, porque en caso afirmativo, me parece que no habría en el infierno tormento comparable a carecer de tu visión.

Pero, ay, ay, quienes cometieron acciones abominables, sufrirán horribles tormentos; porque tu sangre, oh Cristo, no socorrerá a los impenitentes; por el contrario, serán reos de tu sangre³⁰ que hollaron pecando sin arrepentimiento³¹. Éste es el rostro de tu furor³², ante el cual el profeta se espanta pensando en aquéllos a quienes este rostro se les presenta, como dice el apóstol, "terrible en la expectación del juicio y en el ardor vengativo del fuego que devorará a los enemigos"³³.

Señor Dios, Juez de vivos y muertos³⁴, éstos son

los dos rebaños en el día del juicio, el de tu derecha y el de tu izquierda³⁵; y entre estas dos medias suertes y dos heredades, la suerte de la muerte y de la vida, la de la perdición y la de la salvación, de la cólera y de la gracia, ¿dónde me encontraré yo?³⁶.

8. Oh Verdad, Verdad, por la gloria y majestad de tu rostro, no me lo escondas³⁷; más bien, haz que fulgure en mí con todos sus resplandores³⁸ para que en su luz vea la luz³⁹, es decir, que mi rostro sea para el tuyo, lo que el tuyo al mío. Así como la verdad está en ti, oh Jesús, así la verdad esté en mí. Despójame de la primitiva conducta de este hombre viejo que se corrompe con los deseos del error⁴⁰.

Sé, con toda certeza, oh Verdad, que te busco; mas no sé si de verdad te busco. Éste es mi rostro ante ti, rostro de mi gran miseria y ceguera. Aunque tus consuelos algunas veces alegran mi alma⁴¹, conozco bien quien he sido pero ignoro lo que soy.

Una cosa he pedido al Señor, y es lo que busco⁴², que de la misma manera que el rostro de mi miseria se encuentra angustiado por tu causa, así siempre más y más resplandezca el rostro de tu misericordia hasta la total eliminación de mi miseria y de mi tiniebla.

- | | |
|---------------------------|------------------------|
| 1 Mt 4,2. | 22 C.C. 2,14,16. |
| 2 C.C. 2,14. | 23 Sal 26,8. |
| 3 Sal 62,3. | 24 Sal 20,10. |
| 4 Sal 35,10. | 25 Sal 10,7. |
| 5 Sal 10,8. | 26 1 Pe 5,5. |
| 6 Jer 3,3. | 27 1 Tim 4,2. |
| 7 Sal 84,11. | 28 Rom 1,28. |
| 8 Lam 3,30. | 29 Sal 6,6. |
| 9 Ef 5,26; Tito 3,5. | 30 1 Cor 11,27. |
| 10 Heb 5,7,8. | 31 Heb 10,29. |
| 11 Sal 79,17. | 32 Is 51,13; Jer 4,26. |
| 12 Lc 11,61-62. | 33 Heb 10,27. |
| 13 Lc 8,2. | 34 2 Tim 4,1. |
| 14 Mt 9,10,11; 11,19. | 35 Mt 25,31-33. |
| 15 Heb 9,4. | 36 1 Pe 4,18. |
| 16 Sal 30,21; 39,9. | 37 Is 64,7. |
| 17 Sal 90,4; 16,8; 30,21. | 38 Sal 143,6. |
| 18 Lc 22,19; 1 Cor 11,25. | 39 Sal 35,10. |
| 19 Sal 80,11. | 40 Ef 4,22. |
| 20 Gn 2,23. | 41 Sal 93,19. |
| 21 Jn 17,21. | 42 Sal 26,4. |

IX Meditación

Victoria sobre las distracciones.

Sencillamente maravillosa. Toda ella es una marcha progresiva hacia la luz, hacia el fuego, hacia la más exquisita pureza.

Punto de partida, el **rostro miserable del hombre** que acabamos de ver en la meditación precedente. Pero ahí se establece el camino a recorrer de una manera más objetiva, un poco desde el exterior, a través del mismo Cristo.

Aquí se establece ese mismo proceso como una realidad **"in fieri"** en el alma del mismo Guillermo. Vemos su experiencia íntima a través de su pluma, como en un espejo.

Sin embargo, no se han de exagerar ambas diferencias. Quizá oscureceríamos la verdad. Se trata más bien de dos perspectivas entre sí complementarias, la del profundo teólogo y la del fino psicólogo.

Miseria del hombre como efecto del pecado, **desorden** en el ámbito **nocional y afectivo**. El hombre ha perdido su mayor bien, el propio conocimiento y el dominio de sí mismo. Las densas tinieblas de la confusión le rodean por todas partes.

Pero con la ayuda de Dios logra poner orden en su interior. **Elimina lo adverso y lo extraño** y comienza una veloz carrera hacia la **iluminación**, en el **ejercicio de las tres virtudes teologales** con la caridad al frente.

Pone fin a la composición un saludo animado a la Patria de sus anhelos, fin de su miseria. Sigue la intrépida confesión y la inquieta súplica al Espíritu Santo, hontanar de luz y de fuego.

1. Tanto es, Señor, el peso y la inmensidad de mi miseria que no puedo distinguirla por partes ni abarcar con la mirada el enorme rostro de su conjunto. Pues como acostumbra, su tiniebla me rodea y ni tengo despejada la vista ni presto a ti el oído, Dios mío, a quien deseo hablarte y oírte. Así me acontece siempre; así se me arroja de la propia casa de mi conciencia.

¿No está escrito, que el impío sea arrojado para que no vea la gloria de Dios?¹ Con los entenebrecidos ojos del alma y en cierto modo a tientas, me esfuerzo hacia el fin; mas desfallecida y resquebrajada la intención del ardiente deseo, caigo desde tus alturas a mi sima, de ti a mí y desde mí hasta lo más bajo de mí mismo. He aquí el resultado de todo mi artificio; cual polvo ligero esparcido a ras del suelo² me he convertido en ludibrio de los vientos a causa de las fantasías de mi espíritu, de los caprichos de los afectos que son tantos rostros de hombre cuantos minutos tiene la hora, cuantos son los acontecimientos o eventualidades.

Como el rostro de tu bondad se fija siempre en mí para hacerme bien, el rostro de mi miseria mira siempre hacia la necia tierra y de tal modo está envuelto en su ceguera que no sabe ni puede comparecer delante de ti, exceptuando tu visión que penetra todo de cualquier manera que sea.

2. Por eso, dejando mi ofrenda en el altar³, me indigno contra mí mismo y despabilándome, me levanto

dentro de mí mismo y enciendo la lámpara de la palabra de Dios⁴ en la indignación y amargura de mi espíritu, entro en la casa tenebrosa de mi conciencia como para examinar la causa de estas tinieblas y de esta bruma detestable que me divide de la luz de mi corazón.

Y he aquí, que una como plaga de moscas se precipita sobre mis ojos y casi me arroja del propio domicilio de mi conciencia. Sin embargo, me adentro como en mi propiedad personal y al punto, la turba multa de pensamientos, tan procaces, tan indisciplinados, tan variados y confusos que no se dejan discernir por el corazón del hombre que los ha producido.

No obstante, tomo asiento en plan de juzgarlos. Les ordeno permanecer cerca de mí para conocer el rostro y condición de cada uno de ellos; quiero ordenarlos uno por uno. Pero antes de escrutarlos, antes de conocerlos, se sublevan y se presentan unos por otros, como burlándose del juez. Me indigno y monto en cólera; me incorporo con mayor severidad; voy a actuar con todo rigor y con mi propio poder, estoy en mi reino. Convocho y ordeno que tomen asiento junto a mí como consejeros a los que ya he experimentado que son seguros y estables, pues han emanado de las fuentes del Salvador⁵, Juez, acusador y testigo.

3. Separo los pensamientos inmundos y perversos como indignos de escucharlos. Han de ser condenados sin juicio y sufrir las penas del castigo que merecen.

Espanto los inútiles y odiosos como importunidades de moscas. Entre tanto, admito con brevedad y sensatez a los activos y prácticos, a los que atiendo y despacho razonablemente, fijándoles sus respectivos tiempos y lugares.

Los que son condenados por el juicio de la propia conciencia, reciben sin replicar su propia sentencia. Los ociosos, viendo que se actúa con seriedad, desaparecen o se calman, temen perturbar con su actitud. Los prácticos, abandonados, se consideran muy poco útiles pues han cesado sus causas; ellos mismos se retiran avergonzados al verse ya casi relegados entre los ociosos.

4. Disipada ya por un momento la bruma de pensamientos, me vuelvo hacia sus orígenes, es decir, a ordenar la disciplina de los afectos; pero me percaté, por la necesidad de la soledad en la que me he acogido, que tengo obstruidas las entradas y salidas a todo lo carnal. Si las hallare despejadas, confieso mi miseria, sospecharía muchísimo de mi debilidad.

El principal de todos los afectos es el amor. Su gracia me conforta⁶; es la sola cosa que pido y que asiduamente persigo porque sólo él me somete todo este tropel afectivo⁷, les impone leyes, toma medidas y establece límites infranqueables.

5. Esfumada ya toda tiniebla, hacia ti dirijo mis ojos, ahora vivos, oh luz de la verdad. Contigo, oh Verdad, me encierro y escondo al abrigo de tu rostro⁸; te

hablo más íntima y familiarmente, te extendiendo los repliegues de mi conciencia y arrojo la túnica de pieles de Adán⁹ que le proporcionaste para cubrir el oprobio de su confusión¹⁰. Desnudo, como me creaste¹¹, me presento delante de ti diciendo: heme aquí, Señor, no como tú me hiciste, sino como yo me he hecho desde que me separé de ti. Mira mis pasadas y mis recientes heridas; nada sustraigo; todo lo pongo, tus bienes y mis maldades.

6. A tu imagen y semejanza me creaste¹². Me colocaste en tu paraíso¹³, me reservaste un puesto importante entre el patrimonio de tus hijos. Por eso, ya en mi niñez impura, imprimiste en mí la luz de tu rostro¹⁴. Mas yo, huí del paraíso; cambié el lugar que me habías reservado por una cloaca y en ella me revolqué. Siempre mantuve en el afecto la impronta de tu rostro¹⁵, pero la rechacé con las obras; porque secundando mis concupiscencias y las vanidades del corazón, despilfarré mi adolescencia y casi seguí los caminos del perro. No obstante, siempre mi alma te ha amado aun cuando la carne te abandonara.

7. Cuando huí de todo eso, hacia ti busqué refugio¹⁶; y tú me sacaste de la vorágine del siglo. Hice un pacto contigo, juré y prometí guardar los juicios de tu justicia¹⁷; y tú, abriéndome el regazo de tu misericordia, en él me acogiste; y cuando ahí reposaba dulcemente, ví el día del hombre y lo deseé¹⁸.

Dejaste salir al que a la vez quería y no quería, sin embargo, no me despediste de ti. Si alguna vez me olvidaba de mi Dios, si alargaba mis manos hacia donde no debía, inmediatamente en el interior, las torturas íntimas de mi conciencia quebrantaban con el bastón de tu disciplina, todos los huesos de mi alma; al exterior, los pecadores surcaban mis espaldas¹⁹. Así, cayendo y levantándome, muriendo y reviviendo, me has aguantado y sustentado por largo tiempo.

8. Cuando desfallecía en cuerpo y alma hasta el extremo, y desde la cima del abismo grité hacia ti²⁰; y tú, al punto te me presentaste y extendiste la mano y me sacaste del lago de miseria. Me has restablecido en una situación antigua y más excelente que la primera y me has devuelto la alegría de tu salvación²¹.

9. Así fui, Señor, así soy; heme aquí por completo ante ti. Mis males evidentes ni a ti ni a mí son latentes, pero tengo aún otros muchos que por mi ceguera u olvido se me escapan aunque a tus ojos están bien patentes. Si poseo algunos bienes, ninguno es intachable, pues el enemigo mucho me ha robado y lo que no ha podido robar, lo ha ensuciado de mala manera, aunque yo más que él.

He aquí delante de ti mi rostro, miseria es su nombre, frente a tu rostro, oh suma misericordia. No te oculto sus arrugas profundas; tú lo sabes, oh Verdad, y te suplico que sea verdad delante de ti. A nadie temo tan-

to como a mí mismo; que no me engañe consciente o inconscientemente.

10. Acaso no creo en ti, no confío en ti, no me doy a ti, Dios mío? No se mofen de mí quienes definen y limitan mi fe. Con el corazón, con la boca, con la pluma, te ofrezco, oh luz de la verdad, el voluntario y pleno asentimiento de mi fe en todo lo que de ti cree la Iglesia católica. Los lindes de mi fe, si bastan, cólmalos; si no bastan, súplelos. En cuanto a la esperanza puedo decir con llaneza que no creo verdaderamente si espero otra cosa distinta de lo que creo.

Creo en ti, espero en ti; dáteme, no busco otra cosa. Mas no puedo esperar sin amar, ni amar sin esperar. Por eso, Padre, porque miserablemente amo, espero con languidez; y así, si lo que brota de la raíz de la fe²² se marchita, la misma raíz languidece. No obstante creo aún en ti, espero y te amo, oh vida eterna.

11. ¡Oh Patria, Patria, cuán de lejos te veo y te saludo! Ahí, ningún mal, sino todos los bienes. De males, ya sé bastante, me son familiares por una larga y fastidiosa experiencia; allí no existen. En cuanto a los bienes que existen allí, tanto más dista mi experiencia, cuanto más se aleja de ellos mi ciencia, y bien lejos por cierto.

Piedad, Señor, pues he corrido y avanzado. Levántate a mi encuentro y mira²³. Dame a conocer mi fin

IX MEDITACIÓN

y el número de mis días para que sepa lo que me queda²⁴.

12. Me mantengo en tu fe; progreso en la esperanza, pero en cuanto a tu amor, me presento pobre y mendigo²⁵.

¡Oh amor, oh fuego, oh caridad, ven a nosotros! Sé guía y luz, fuego ardiente y consumidor en el arrepentimiento de los pecados; Paráclito, Consolador, abogado y sostén en las causas de nuestras oraciones. Muéstranos lo que creemos, insinúa lo que esperamos, haz que nuestro rostro compadezca ante el rostro de Dios y que podamos decir: "Mi corazón te ha dicho, te ha buscado mi rostro"²⁶.

NOTAS

- 1 Is 26,10.
- 2 Sal 1,4.
- 3 Mt 5,24.
- 4 Ez 3,14.
- 5 Is 12,3.
- 6 Flp 4,13.
- 7 1 Cor 9,27.
- 8 Sal 30,21.
- 9 La "túnica de Adán" es la vida natural con sus apetencias e inclinaciones. Equivale a la "túnica de piel" que nos refiere Gregorio de Nisa (cf. J. DANÉLOU: *Platonisme et théologie mystique*, p. 54-60).
- 10 Gn 3,21; Mc 10,5.
- 11 Gn 2,25.
- 12 Gn 1,27.
- 13 Gn 2,15.
- 14 Sal 4,7.
- 15 Alusión a la inamabilidad de la imagen, aún en la misma región de la semejanza.
- 16 Sal 142,9.
- 17 Sal 118,106.
- 18 Referencia un tanto velada al día de su elección abacial, *diem hominis*, y al consiguiente prurito humano, quizá un tanto deseado y gustado. Observación de una fina psicología, fruto de su penetrante introspección.
- 19 Sal 128,3.
- 20 Jonás 2,3.
- 21 Sal 50,14.
- Alusión a su dimisión abacial
- 22 2 Tes 1,3.
- 23 Sal 58,5.
- 24 Sal 38,5.
- 25 Sal 39,18.
- 26 Sal 26,8.

X Meditación

La presente meditación es la composición "más bernardina" de Guillermo. Todas las consideraciones y afectos están centrados en la **Humanidad de Cristo** y en su **Encarnación**.

El niño en la vida interior necesita de la "leche espiritual"; por eso condesciende a las **representaciones imaginativas** sobre las distintas **escenas de la vida** de Cristo. Aquí, como en la sexta meditación, Cristo es la **puerta**; por ella entrará el párvulo y se convertirá en adulto; entonces podrá ya tomar alimento sólido, podrá remontarse hasta el corazón del mismo Verbo, hasta la Trinidad en una inenarrable experiencia.

1. Lejos de mí el gloriarme sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo¹. Mi conversión hacia mi crucificado; su cruz es mi gloria por la que se esclarece mi frente, se regocija mi alma, se orienta mi vida y se ama la muerte. No me desprecien, Señor, quienes merecen contemplarte sentado sobre el elevado trono de tu divinidad y cubriendo con tu majestad toda la tierra, pues los misterios de tu dispensación humana, tus inferiores, colman el templo de la contemplación, cualquiera que fuere su grandeza².

2. Tus santos ángeles gocen de tu gloria en los cielos, pero alguna vez hágannos partícipes a los moradores de la tierra de su gracia, ya que, establecidos en

su bienaventurada perfección, les agrada ver nuestros progresos, y como se expresa el apóstol, "se da a conocer a los principados y potestades, por medio de la Iglesia, la multiforme sabiduría de Dios"³.

Señor, que nos perdonen si algunas veces tu amor nos seduce de tal manera que deseamos ver con ellos lo que con ellos amamos; con ellos nos congratulamos en la plena caridad porque ven lo que aún nosotros no merecemos ver.

3. Contemplan felizmente la majestad de tu divinidad en aquella sabiduría que desborda los cuadros de nuestra existencia, abrazándolo todo, pretérito o futuro, en el presente de su eternidad, y dirigiéndolo con fuerza del uno al otro confín⁴. Esta misma sabiduría ha entalamado con amor los cuadros de nuestra vida, que son también los de tu humanidad, disponiendo todo con dulzura por causa de las hijas de Jerusalén⁵, almas devotas, pero todavía débiles que, no teniendo aún ejercitados e idóneos sentidos para contemplar aquellas sublimidades, ponen su afección en tus abatimientos, como en algo semejante a ellas mismas. Entre ellas también mi espíritu, Señor, aprenderá algún día, tú que eres espíritu, a adorarte en espíritu y en verdad⁶.

4. Mientras tanto, al no poder entregarse intensamente como le conviene a lo que es propiamente tu divinidad, le preparas con dulzura aquello que le conviene; pues no habiendo aún pasado el estado rudimen-

tario de mi imaginación sensible, permites con gusto que mi alma, todavía débil, siga su natural impulso fijando su fantasía en tus abatimientos.

Así pues, abraza el pesebre del recién nacido, adora su santa infancia, besa las llagas del crucificado, estrecha y cubre de besos los pies del resucitado, introduce mi dedo en los agujeros de los clavos y exclama: Señor mío y Dios mío⁷.

Contemplando en todo esto, como dice Job, mi propia condición, no pecaré⁸, orando y adorando lo que con la imaginación veré, lo que oiré, lo que tocaré con mis manos acerca del Verbo de vida⁹, diré con énfasis que en la suave disposición de tu sabiduría se nos previó esta gracia desde toda la eternidad; y que es a su vez una de las principales causas y no la más pequeña, que determinaron tu encarnación. Y como los pequeños de tu Iglesia necesitaban aún leche en vez de alimento sólido¹⁰, pues no podían pensar espiritualmente y a tu medida, tendrían de ti una imagen no desconocida, poniéndosela ante sí durante el sacrificio de sus oraciones sin escándalo para su fe y como solución a su incapacidad de fijar su mirada en la claridad de tu majestad divina.

5. Aunque ya no te conocemos según la carne¹¹ sino como te sientas glorificado en los cielos a la derecha del Padre y tanto más superior a los ángeles, cuanto que has heredado un nombre más excelso, invocamos,

adoramos y suplicamos a esa misma carne nuestra, que no has rechazado sino que la has glorificado y que es el escabel de tus pies¹².

A esto mismo nos exhorta David diciendo: Adorad el escabel de sus pies, pues es santo¹³. ¡Oh bienaventurado templo del Espíritu Santo de quien no es posible el olvido!; pues Cristo, exaltado en la cruz, de continuo deja fluir su sangre, siempre fresca, para salvar al que cree y ama, cumpliéndose sin cesar lo que dice el Profeta: "Redímeme y ten piedad de mí"¹⁴.

6. Tantas veces se renueva en nosotros los efectos de la redención, cuantas lo recuerda el afecto del que suplica. Mas al no poderlo como queremos, reafirmamos nuestro atrevimiento, nos proponemos la forma de tu pasión para que también los ojos de carne tengan algo que ven y fijar su mirada sin adorar la imagen representada, sino la verdad de tu pasión en la imagen.

7. Cuando pues contemplamos más atentamente en la imagen de tu pasión manteniéndose ella en silencio, parece que nos dices desde la cruz: habiéndoos amado, os amé hasta el fin¹⁵. Que la muerte y el infierno me muerdan para su muerte, vosotros, amigos, comed, saciaos, queridos, para la vida eterna.

Y así tu cruz se convierte en aquel mantel presentado a Pedro, que descendía del cielo, agarrado de sus cuatro puntas, en el que tienen cabida todos los animales, puros e impuros.

Nosotros también nos alegramos de ser elevados hasta el cielo, en donde nos purificamos todos los que somos impuros. La imagen de tu pasión, oh Cristo, es nuestro pasaporte; pues al considerar el don otorgado, somos transportados de súbito al afecto del bien eterno, cuyo rostro nos permites contemplar en la obra de tu salvación, no a consecuencia de un esfuerzo humano de la inteligencia, ni a manera de una vibración de los ojos del alma que destellaran tu luz, sino en el apasible sentido del amor, el buen ejercicio de ver y gozar de la suavidad, gracias a tu sabiduría que ordena dulcemente todo lo nuestro.

El que sube por otro camino, se fatiga; pero el que entra por ti, oh puerta¹⁶, avanza por la llanura y llega al Padre, al que nadie tiene acceso sino a través de ti¹⁷. Y entonces ya no se trabaja en el conocimiento de una ciencia supereminente¹⁸, sino que todo se resuelve en la suavidad de la conciencia, enteramente afectada. Y creciendo el impetuoso efluvio que invade el alma¹⁹, le parece verte como eres²⁰, mientras rumia dulcemente con su pensamiento, en el admirable misterio de tu pasión, tu bien en torno a nosotros, tan grande como tú, que eres tú. Cree verte cara a cara²¹ cuando le muestras desde la cruz y en toda tu obra de tu salvación la faz del soberano bien, entonces la misma cruz le convierte en rostro del alma enteramente afectada hacia Dios.

8. ¿Puede imaginarse mejor preparación? ¿qué cosa más suave se pudo poner a disposición del hom-

X MEDITACIÓN

bre que sube hacia su Dios y que pueda ofrecer dones y sacrificios²² conforme al precepto de la ley, sin avanzar por gradas hacia el altar²³, sino que por el plano de la semejanza, sosegado y con paso seguro vaya hacia su semejante, hombre también, que en el mismo umbral de la puerta le dice: el Padre y Yo somos Uno?²⁴. E inmediatamente, afectado por el Espíritu Santo, asumido en Dios, recibe en sí mismo a Dios que viene hacia él para establecer su morada²⁵ no sólo espiritual sino corporal por el misterio del santo y vivificador Cuerpo y Sangre de nuestro Señor Jesucristo.

9. He aquí tu rostro para nosotros, Señor, y los nuestros para ti, colmados de una dulce esperanza. Revísteme con ésta tu salvación²⁶, y forma en mí ese rostro de tu Cristo, porque es imposible que lo rechaces cuantas veces compareciere delante de ti en tu santuario.

Vete, hombre, quienquiera que seas y que has encontrado ese tesoro escondido en el campo de tu corazón²⁷. Vende todo cuanto tienes²⁸, e incluso a ti mismo como siervo perpetuo, con el fin de adquirir derechos hereditarios de posesión²⁹; entonces serás dichoso y te irá bien³⁰. El tesoro en tu poder es Cristo en tu conciencia.

NOTAS

- | | |
|----------------|----------------|
| 1 Gal 6,4. | 16 Jn 10,2-9. |
| 2 Is 6,1. | 17 Jn 14,6. |
| 3 Ef 3,10. | 18 Ef 3,19. |
| 4 Sab 8,1. | 19 Sal 45,5. |
| 5 C.C. 3,10. | 20 1 Jn 3,2. |
| 6 Jn 4,24. | 21 1 Cor 3,12. |
| 7 Jn 20,28. | 22 Heb 5,1. |
| 8 Job 5,24. | 23 Ex 20,26. |
| 9 1 Jn 1,1. | 24 Jn 10,30. |
| 10 Heb 5,12. | 25 Jn 14,23. |
| 11 2 Cor 3,16. | 26 Sal 131,16. |
| 12 Heb 1,3,4. | 27 Mt 13,44. |
| 13 Sal 109,1. | 28 Mt 19,21. |
| 14 Sal 25,11. | 29 Lev 25,46. |
| 15 Jn 13,1. | 30 Sal 127,2. |

XI Meditación

El ardiente deseo de la vida contemplativa

Descripciones vívidas y de intenso colorido, Guillermo, pastor de una colonia de monjes, siente el deseo de dejarlo todo y de entregarse a la vida contemplativa según el ideal cisterciense. Las quejas y las angustias se suceden como en cascada.

Gritos patéticos. Guillermo es el nuevo ciego de Jericó; sus acentos doloridos culminan en la expresión "compadeceos de mí, al menos vosotros mis señores, amigos de Dios". Es una alusión a los co-abades de su congregación monástica.

Mientras espera algún consejo, alguna palabra de aliento, se encierra en el fondo de sus reflexiones valiéndose de analogías extraídas de Hebreos 4,12-13.

Con lamentos quejumbrosos describe la situación decadente de ciertos ambientes monásticos. Se menosprecia la contemplación; Marta ya no tiene motivos de quejarse.

Pero Guillermo vuelve a sus propios problemas. Él, Abad elegido por Dios, ¿podrá, por cuenta propia, eximirse del cargo? El vértigo aumenta: Guillermo no ve claro; existe un forcejeo constante en su corazón entre su tendencia a la contemplación y los deberes de su acción pastoral en favor de sus hermanos.

La situación va aclarándose poco a poco. En las solicitudes exteriores es de suma importancia para no equivocarse, mantenerse centrados en Dios. Y cuando la divina voluntad le manifiesta su deseo de que abandone todas las ocupaciones, entonces se sumergirá en el corazón de la contemplación.

Muy pronto Guillermo pudo satisfacer las aspiraciones de su espíritu abandonando sus cargos pastorales e ingresando en un monasterio escondido del nuevo instituto monástico, la naciente Orden cisterciense.

¡Oh Dios de las virtudes, cámbianos!; muestra tu rostro y quedaremos salvados¹. Si por el don de tu gracia, Señor, no tengo orientado el rostro de mi corazón hacia lo carnal, si el mundo y todo cuando le pertenece lo tengo de espaldas, ¿a qué viene, dime, que, después de haber buscado con todo mi corazón y haberme felicitado por el hallazgo de tu rostro, el único que mi rostro desea, de repente me encuentre abandonado? ¿Por qué lo escondes?, ¿me tienes acaso por enemigo? ¿Querrás exterminarme por los pecados de mi mocedad?² ¿Es que, tal vez, no me he vuelto hacia ti, o es que tú estás alejado de mí?

Si no he cambiado hacia ti, oh Dios de las virtudes, cámbiame; si me das las espaldas, vuélvete³. Tú has dicho: si te cambias, Israel, cámbiate⁴. Y de nuevo: "Cambiaos hacia mí, y yo me cambiaré hacia vosotros"⁵. Conoces el don de tu gracia en el corazón de tu pobre; dispuesto está mi corazón, dispuesto está⁶. Manda lo que quieras, hazme entender lo que mandas, y puesto que has dado el querer, da también el poder y se hará en mí o de mí lo que quieras. Quiero hacer tu voluntad, Dios mío, y abrazo tu ley en tus mandamientos con todo lo íntimo de mi corazón⁷.

2. Existe otra ley tuya, inmaculada, que cambia las almas⁸; pero la ignoro, Señor; se oculta en lo recóndito de tu rostro⁹ donde yo no merezco entrar. Si por una vez me dejaras entrar allá para verla, con la pluma del escribano que anota con rapidez¹⁰, el Espíritu Santo, la transcribiría sobre mi corazón dos y tres veces, para tener a dónde recurrir y comprendiendo mis obras, caminaría con simplicidad y confianza.

Pero ahora soy como el ciego que anda a tientas en pleno mediodía¹¹, y a cualquier parte que adelante el pie de mi asentimiento, temo el lazo y las ruinas. Y como al ciego se me dice: acá, allá; por aquí, por allí; mas yo, al no ver, no sé el acá ni el allá, el por aquí ni el por allí. Envíame, Señor, tu luz y tu verdad que me conducirán y me llavarán hasta tu santo monte, hasta tus tabernáculos¹².

Me dices: Yo soy la senda por donde irás; la Verdad a la que irás; la vida por cuya causa irás. Y, ya conoces por dónde se ha de ir, sabes el camino¹³. Señor, no sé por dónde ir, ¿cómo puedo saber el camino?¹⁴. Has agarrado mi mano y me has guiado según tu voluntad¹⁵. Agarraste mi mano cuando la alargaste al ciego que lloraba y gritaba tras de ti; dijiste: "Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, yo os aliviaré"¹⁶.

3. Nada más oírlo y habiendo tú ensanchado mi corazón, me lancé por el camino de tus mandamientos¹⁷.

Voy a ti ofreciéndote mi dispuesto corazón, Dios mío, mi corazón ya dispuesto¹⁸, y pregunto: ¿qué quieres que haga?¹⁹ y tú me respondes: "Vete, vende todo lo que tienes, dadlo a los pobres, después ven y sígueme"²⁰.

Fui, corrí, vendí todo lo que poseía, mi mismo cuerpo y mi misma alma; nada di a los pobres porque nada tenía. A ti, Señor, vendí todo cuanto tenía, mi precio eres tú. Bien sabes que nada retuve, si algo se me pasó y se esconde todavía en algún rincón de mi conciencia lo buscaré y fielmente te lo ofreceré. Mas en el momento de exigirte el precio, pones ante mis ojos los delitos de mi juventud²¹, mi antigua deuda. Por favor, Señor, ten paciencia conmigo²², no tengo con qué pagarte. Hasta aquí he llegado; aquí me quedo, ya no se me permite avanzar²³.

4. Sentado a la vera del camino, pobre ciego y mendigo, te grito cuando pasas: "Hijo de David, ten piedad de mí". Y la turba me cierra la boca para que calle. Pero yo grito más fuerte: piedad de mí, Hijo de David²⁴. He gritado con tanto esfuerzo que he quedado ronco, se han nublado mis ojos mientras espero al Dios vivo²⁵. Estoy gritando pero tú pasas de largo.

5. Alguna vez te detienes por un momento; mandas que me acerque y me dices: ¿Qué quieres que te haga?²⁶. Yo y todos mis huesos responden²⁷: Señor, que vea. Mas tú te largas.

Piedad de mí, Hijo de David. No puedo seguirte

porque soy ciego. Piedad de mí. Tú me invitaste a seguirte pero no tengo fuerzas para correr detrás de ti. Piedad de mí, Hijo de David. Compadeceos de mí al menos vosotros, señores míos, servidores de mi Dios²⁸ y decidle: Despachadle, pues grita tras de nosotros²⁹.

Ay de mí! Se ha prolongado mi destierro; demasiado ha permanecido mi alma en morada de tinieblas. ¿Qué he hecho?, ¿qué he ganado? Es el Señor y hará lo que crea conveniente³⁰. Yo me sentaré a la vera del camino; no lo dejaré³¹. Quizá algún día volverá a pasar sin la turba y verá al que no ve y se compadecerá, pues en mi corazón anida aquella palabra buena que me dijo: Espera en el Señor, sé valiente y cobrarás ánimo; aguanta en el Señor³².

6. Entre tanto, acercaos a mí, alma mía y todo mi interior³³, Palabra de Dios, viva y eficaz, más cortante que la espada de dos filos, que llega hasta la división del alma y del espíritu, de las coyunturas y de las médulas, que discierne los pensamientos e intenciones del corazón³⁴.

No hay creatura alguna que escape a su mirada. Todo lo mío está patente y manifiesto a sus ojos. De esto mismo nos confirman las siguientes palabras: Dije al Señor, tú eres mi Dios; en tus manos están mis suertes³⁵. Echemos a suertes y veamos por el pecado de quién nos ha venido el mal para que el Señor haya escondido el rostro a su siervo³⁶.

El resultado coincide con la manifestación de tu verdad. Vive el Señor, porque si mi mano derecha, si mi ojo o mi pie me escandalizaran, no los perdonaré, si no que los amputaré sin compasión y los arrojaré lejos de mí³⁷.

Dime, ¡oh Verbo de Dios!, ¿acaso no es bueno lo que hice, confiando en ti, que dejadas todas las cosas te haya seguido?³⁸. Todos los pensamientos y planes del corazón, alma y espíritu, coyunturas y médulas³⁹ atestiguan también que eso es bueno. Prosigo buscando, ¿acaso no está bien hecho esto? Entonces susurran los pensamientos y, como tomando el permiso para hablar, declaran: "El Señor dijo a Pedro: Pedro, ¿me amas? Respondió: Tú sabes que te amo. Y el Señor: Apacienta mis ovejas⁴⁰. Y esto por tres veces para mostrar que el triple cordel de esta sentencia no es fácil de romper⁴¹, porque apacienta el rebaño es prueba de amor.

7. Las intenciones. El buen pastor, el que no es mercenario, aunque dé su vida por el rebaño, apenas le basta⁴². Mas le resulta extremadamente oneroso el presidir sin poder ser útil.

Aconteció que el rey David se sintió en tan gran debilidad que tuvo que guardar cama, y tan destemplado a causa de su ancianidad que ni con ropa podía entrar en calor⁴³. Gobernaba al pueblo de Dios desde su lecho con el solo poder de su palabra y los ojos de todo Israel estaban fijos en él para cualquier cosa⁴⁴; pues

todavía la fascinación de la frivolidad no oscurecía las buenas obras⁴⁵, ni la dura malicia del siglo que envejecía no había aún llegado a faltar al respeto a los expertos ancianos.

8. Ahora incumbe a los pastores de la Iglesia apacienta la grey del Señor en el cuerpo y en el alma; del alma sobre todo Dios reclama el máximo diciendo: "Buscad primero el reino de Dios"; añadiendo después como algo secundario el proporcionar los remedios al cuerpo, "y todo lo demás os vendrá por añadidura"⁴⁶.

Mas, ¿quién hoy día escuchará al que esto proclama?, ¿quién aguantará al que lo practica?, ¿quién respetará a un anciano?, ¿quién disculpará a un enfermo? Se busca hoy en los maestros de la Iglesia, la prudencia de la carne, el espíritu del mundo, la frivolidad, la diplomacia y otras cosas por el estilo. Se ridiculiza la simplicidad; se menosprecia la piedad; la humildad carece de importancia. Y si todavía nos parece suficiente que el superior se ocupe sólo de los problemas interiores, ¿quién hoy estará conforme si además no reúne grandes dotes para los negocios exteriores? Y menos mal si se reconocen los límites de tales dotes.

¡Ay de nosotros porque hemos pecado!⁴⁷, y como dice el profeta, "hemos extendido la mano a Egipto y a los Asirios para saturarnos de pan⁴⁸ pues contrariando al apóstol, "nos hemos hecho siervos de los hom-

bres"⁴⁹, de los ladrones, de los usureros, de los hijos de extranjeros, que abundan en este mundo.

Hoy en día si el superior no acata el capricho de tales hombres, si no se acomoda a este siglo así formado, si no lisonjea a los hombres colocados sobre su cabeza⁵⁰, si no halaga a los súbditos simulando unas cosas, disimulando otras, ¿qué hará? ¿qué podrá?, ¿dónde se presentará?. Hoy, cierto, la condescendencia proporciona pocos amigos, y aún estos frágiles e inconstantes, mas la verdad se granjea enemigos manifiestos, crueles y pertinaces.

9. Que el superior entregue su vida en favor de sus hermanos⁵¹, que aguante la vestimenta de pelo de cabra, las intemperies del clima, para que la casa de Dios, en su interior, conserve su primor. Ojalá que no penetre la espada hasta el alma⁵².

Mas por la fascinación de la frivolidad⁵³ y el frenesí de la concupiscencia nos aturdimos y se endurecen nuestros corazones y nos hacemos como Efraín, novilla avezada para la trilla⁵⁴. De tal modo nos hemos apartado de nuestro interior y nos hemos volcado por el afecto del corazón a las necesidades temporales, que a quienes nos incumbe el trabajar en nuestra intimidad, nos deleitamos por el solo hecho de obrar en lo que debería causarnos vergüenza y horror. No ambicionan estos gustos quienes no tienen tales obligaciones exteriores.

¿Dónde se oye hoy día la queja de Marta, porque se la deja sin ayuda?⁵⁵ ¿No son más bien las murmuraciones contra María las que llenan toda la casa porque se las deja sola sentarse a los pies del Señor?⁵⁶. Por tanto, peligrando en cuerpo y en alma tras un largo servicio, y quebrantadas las energías por un trabajo prolongado, justo es que gritemos. Ya es tiempo de mirar a las manos de la munificencia regia para que se digne otorgar la jubilación a nuestra vejez y le conceda una recompensa más abundante de lo que ella cree haber merecido.

¿Deberá Jacob aguantar siempre los ojos tiernos de Lía?, ¿deberá servir siempre por Raquel sin obtenerla nunca? Y por si fuere poco, las deberá resarcir por sí mismo las pérdidas del rebaño⁵⁷; su salario era distinto todos los días⁵⁸ recibiendo ganado negro en vez de blanco. Dentro de casa, las mujeres estaban en celos; fuera, discusiones con Labán y sus hijos⁵⁹. Conviene que, ya envejecido y achacoso, provea también por su casa y que se le permita volver al hogar de su padre⁶⁰.

10. Coyunturas⁶¹. Así comienza la obra, así concluye. Cortados ya los lazos del cuerpo y desaparecida la unidad, es inevitable la formación de partes, la devastación del reino dividido y el desplome de las casas unas sobre otras.

El sabio padre de familia antes de marchar de

viaje y ordenar su casa, reservó para cada uno de sus siervos su propia tarea y puso un portero a la entrada⁶². Una casa sin portero es una hostería pública donde se entra y se sale, se introduce y se saca a voluntad.

La casa es la Iglesia. El portero, que es también la puerta, es el mismo Jesucristo, quien por Él no entra o no sale, es ladrón, porque penetra y escapa por otra parte⁶³. Él mismo se hizo obediente al Padre hasta la muerte⁶⁴. Quien no toma esta norma de obediencia, se aparta de Cristo conforme dice el apóstol: "Pensad, pues, en quien tal contradicción sostuvo contra sí mismo de parte de los pecadores, a fin de que no os desaniméis. Aún no habéis resistido hasta derramar sangre"⁶⁵.

Ni la vejez, ni la debilidad excusan a nadie hasta tanto que quien ahí os impuso la carga, os exima de ella. Por lo demás, si la puerta carece de portero y está abierta a cualquiera, ¿no se seguirá de ahí que cada cual puede entrar y salir a capricho?

11. Médulas⁶⁶. ¡Ay, ay! Los impíos merodean en círculo⁶⁷. Conforme a la sublimidad de tu sabiduría, has multiplicado, Dios mío, los hijos de los hombres. Agitándonos en el círculo del error, somos presa del vértigo mientras no alcanzamos el centro de la verdad y el punto inmóvil de la unidad que, permaneciendo estable, es causa de todo movimiento. La misma Verdad es aquel que dijo: "Yo soy la Verdad"⁶⁸; y "Conoceréis la verdad y la verdad os librará"⁶⁹; sí, del ámbito del error. Con-

sultemos pues al centro de la verdad para ver si el círculo en el que nos movemos está trazado por él y centrado en él. Si obedecemos a sus leyes, cierto, nos movemos según regla; de lo contrario, el error es manifiesto.

12. Examínese la afección y la actividad. Que el amor se fije en el centro de la verdad y entonces la acción exterior responderá perfectamente describiendo un círculo perfecto. Toda la afección se debe a solo Dios; y si permanece con fidelidad fija en Él, cualquiera que fuere la amplitud del círculo de la operación, será perfecta; el punto de llegada coincidirá con el de partida y todo la circunferencia equidistará igualmente del centro de la verdad.

La afección bastará si las circunstancias no imponen exigencias o si no hay posibilidades de actuar. Cuando la necesidad de la caridad exige el acto, la verdad de la caridad lo debe llevar a cabo por Dios o por el prójimo. Si no lo exige, la caridad de la verdad nos pide que vaquemos a ella misma. Y como toda la afección se debe a sólo Dios, así también se le debe todo acto del que vaca. Y donde la necesidad del prójimo no se haga sentir, quien exteriormente sustraiga algo a Dios de su afección o de su acción, incurre en sacrilegio. Pero si la necesidad reclama a alguien, su voluntad no debe precipitarse sin antes examinar las posibilidades. Antes de aceptar o no aceptar, se necesita

una previa consulta, con toda verdad, el centro de la verdad; si eso no es conforme y sin embargo se arriesga sin estar conectado con el centro, se malogra la perfección del trazado circular.

Hay quienes nunca les gusta conectar con el punto de la estabilidad y prefieren lanzarse fuera, en órbita. Estos son los impíos que merodean en círculo, los hijos de los hombres a quienes la sublimidad de los juicios de Dios multiplica o les permite multiplicarse en este siglo convirtiéndose así en enemigos de la unidad y de la verdad.

En conclusión: si el que es reclamado por la acción exterior puede verdaderamente responder, fije la afección en la verdad y no rehuse el acto de servicio. Mas si la verdad consultada le responde que no sirve para esta tarea, que no es idóneo, vaque en lo más interior del centro de la verdad para que no sea emplazado exteriormente como una rueda de molino y sea precipitado en el abismo del error.

13. Por tanto al que la verdad consultada libera, si la necesidad le reclama, mas él, sin gran temor, se determina a seguir la inclinación de su propia voluntad, incurre en un grave error. Si yerra a sabiendas, será culpable de negligencia para con el prójimo y de falacia para con la verdad. Entonces, ya no habrá ni acción exterior ni afección. Sin embargo no yerra si

inconscientemente yerra, mas si se siente seguro, yerra sin remedio.

No se halla del todo alejado de la verdad el que no teme el juicio de la verdad⁷⁰. Y puesto que hemos de comparecer ante el juicio de la verdad, vayamos por un atajo corto y seguro y evitemos los rodeos del error. Y porque quisiéramos quizá no aparecer como mentirosos ante el juicio de la verdad, confesémonos mentirosos según el juicio de la propia voluntad, y pidiendo perdón a causa de la afección y de la acción, comparezcamos de este modo más veraces ante el juicio de la verdad. No obremos pues con dolo ante la verdad para que nuestra iniquidad no merezca el odio⁷¹.

13. El espíritu. De acuerdo. He ahí, en verdad, la médula y el centro de la verdad, no tocar la llaga, sino expeler todo el pus de malicia interior.

14. El alma. Así es. Como antes me gustaba el gobernar, así ahora deseo someterme. Mi propia voluntad me ha buscado una grata excusa de necesidad que me impide ocuparme en las necesidades de mis hermanos.

15. El espíritu. Si, oh alma, no te falta la total compasión por las necesidades de tus hermanos, porque como tú dices, esa compasión es la afección, sin embargo, tu único recurso es la confesión de la humil-

dad y el esfuerzo por practicar la virtud; para que, si aparecemos al exterior como inútiles y estériles, en el interior no estemos vacíos y sin fruto.

Aunque las turbas nos tapen la boca, gritemos con todo el corazón y con toda el alma: "Jesús, hijo de David, ten piedad de mí"⁷³.

- 1 Sal 79,8.
- 2 Job 13,24,25.
- 3 Sal 79,8; Jer 31,18.
- 4 Jer 4,1.
- 5 Zac 1,3.
- 6 Sal 107,2; 56,8.
- 7 Sal 39,8,9.
- 8 Sal 18,8.
- 9 Sal 30,21.
- 10 Sal 39,9.
- 11 Dt 28,29.
- 12 Sal 42,3.
- 13 Jn 14,4.
- 14 Jn 14,5.
- 15 Sal 72,24.
- 16 Mt 11,28.
- 17 Sal 118,32.
- 18 Sal 56,8.
- 19 Heb 9,6.
- 20 Mt 19,21.
- 21 Sal 24,7.
- 22 Mt 18,29.
- 23 Job 38,11.
- 24 Mc 10,4.
- 25 Sal 68,4.
- 26 Mc 10,49-51.
- 27 Sal 34,10.
- 28 Alusión a los co-abades benedictinos.
- 29 Mt 15,23.
- 30 1 Re 3,18.
- 31 2 Pe 2,15.
- 32 Sal 102,1.
- 33 Sal 102,1.
- 34 Heb 4,12,13.
- 35 Sal 15,2; 30,16.
- 36 Sal 68,18.
- 37 Mt 18,8-9.
- 38 Lc 5,11.
- 39 Heb 4,12-13.
- 40 Jn 21,17.

- 41 Ecl 4,12.
 42 Jn 10,11; 15,13.
 43 3 Re 1,1.
 44 3 Re 1,20.
 45 Sab 4,12.
 46 Mc 6,33.
 47 Lam 5,16.
 48 Lam 5,6.
 49 1 Cor 7,23.
 50 Regula 7,41.
 51 1 Jn 3,16.
 52 Jer 4,10.
 53 Sab 4,12.
 54 Os 10,11.
 55 Lc 10,39-42.
 56 Estos párrafos hacen alusión a la decadencia monástica (cf. **Carta de Oro**, Studium, cap. IV; **Exp. Super Cant.** 1,3,50-52; 2,6,193-195).
 57 Gn 31,39.
 58 Gn 31,1-3,7.
 59 Gn 30,14-16; 31,1-3.
 60 Guillermo trata de justificar en su cansancio, enfermedad y vejez, el paso hacia la nueva Orden de Cîteaux.
 61 Las **coyunturas** aseguran la cohesión, la unidad de un cuerpo; sin ellas todo es desorden y confusión. Dos fuerzas opuestas batallan en su corazón: su carga pastoral cada vez más pesada y su amado Claraval cada vez más deseado. Pero Guillermo es consciente de su responsabilidad ante Dios y ante sus hijos de Saint-Thierry; ni la vejez ni la enfermedad pueden excusarle mientras Dios no disponga otra cosa. Su postura, se pregunta, ¿no será una falta de generosidad?
 62 Mc 13,34.
 63 Jn 10,9.
 64 Flp 2,3.
 65 Heb 12,3-4.
 66 Las **médulas** son lo más interior que hay en el hombre. Dominado por el vértigo Guillermo penetra hasta aquí porque desea ver claro. Bajo la figura geométrica de la circunferencia se descubre la doctrina agustiniana del **Maestro interior**. La misma Verdad que habita en lo más íntimo del hombre, "**intimior intimo meo, superior summo meo**" (Conf 3,6).
 67 Sal 11,9.
 68 Jn 14,6.
 69 Jn 8,32.

- 70 Porque, supuesto el error invencible, cree obrar en conciencia recta.
 71 Sal 35,3.
 72 La bruma comienza a disiparse. El Maestro ha iluminado. Guillermo se decide a ingresar en la nueva Orden. Claraval desde luego parece estar descartado quizá por las desaprobaciones e insinuaciones de Bernardo. En cuanto a la elección de **Signy** no se pueden hacer más que conjeturas. Algo de luz nos puede dar el saber que **Signy** es fundado el mismo año de 1135, meses antes de que Guillermo realizara su propósito (cf. L. JANAUSCHEK: **Originum Cisterciensium**, LXXXII, Ed. New Jersey USA (1964) pp.33-34), y que de su comunidad formaban parte dos preclaros ex-abades benedictinos conquistados también por el ideal de Cîteaux, **Arnulfo de san Nicasio** y el manso y docto **Gerardo de Florinas** "**vir exstitit pietati et eruditionis titulis suo tempore celebrer**" (cf. S. LENSSEN: **Hagiol. cist. I**, p. 183-186).
 73 Mt 10,47.

XII Meditación

*La miseria humana no obstaculiza
ni la visión ni el amor.*

La presente meditación resume maravillosamente los puntos esenciales de la doctrina mística de nuestro autor. Por eso se repiten una vez más los temas ya tratados o tocados en las precedentes meditaciones.

Como de ordinario, sus reflexiones y protestas parten de su conciencia de pecador, Guillermo siente la compunción en lo más íntimo de su ser. Y es aquí donde reaparece el tema tan querido a los autores monásticos medievales; Guillermo fue pecador, pero en Egipto, y al comenzar su éxodo abandonó también su lastre.

Comienza el viraje; la conciencia de pecador no le excluye del amor. Mas, es la compunción la que le lleva al amor... estamos en las puertas de las experiencias profundas. Guillermo desarrollará en la presente meditación todos estos temas con una mayor amplitud que desde una perspectiva psicológica. Aquí se trata ya de un **gozo en la experiencia**.

Lanza una valiente y significativa confesión: **Amo el amor de tu amor**. Lo que equivale a decir: **Amo la experiencia de Dios**.

Pero como el amor reside en la voluntad, Guillermo se fija en esta facultad para establecer los grados ascensionales en la experiencia del amor:

- a) una gran **fuerza de voluntad**, como fundamento.
- b) la **voluntad iluminada** por la acción de la gracia.
- c) la **voluntad afectada**, ápice de la experiencia en el amor. El alma es "tocada" según el modo de Dios,

que la conforma plenamente a su imagen y semejanza.

El alma, imagen de Dios, es el núcleo de la doctrina guillermina, por eso nuestro autor se entretiene, con relativa extensión, en la descripción del alma como imagen de la Trinidad.

En Dios existen tres personas y una sola substancia. En el alma hay tres operaciones distintas, el amor, la **intelección** y el **gozo**; y las tres son una y misma cosa, la esencia de la beatitud, es decir, de la **experiencia de Dios**.

A continuación Guillermo se complace en describirnos los efectos reversibles de la **experiencia** en los mismos cuerpos, en los modales externos, en los sentidos... Por eso, el auténtico contemplativo, nos viene a decir entre líneas, es el legítimo testigo de Dios cara a los demás hombres, cara al mundo.

Por fin, la confesión del propio Guillermo; él también ha sentido, aunque muy brevemente, la **alta experiencia de Dios**.

Confía en el amor que se encierra en tu alma, y él lo colmará todo.

1. Señor, escucha mi oración, presta oídos a mi súplica; escúchame según tu verdad y tu justicia¹. Señor, tú estás cerca de los que te invocan sinceramente como nos lo prometió la Escritura de tu verdad. Y como la verdad está delante de ti, es mi gran deseo invocar-te hoy según esta verdad. Por tanto, oh verdad, escúchame en la grandeza de tu misericordia² y en la verdad de tu salvación, pues he dicho: ahora comienzo. Sea ésta tu gestión, oh diestra del Altísimo³.

En mis malas acciones, en mis enormes e innumerables pecados en los que me he envejecido, me he hecho vil y despreciable a mí mismo⁴. En cuanto a los bienes, si me pareció que tuve algunos, me siento extremadamente receloso.

2. Hoy pues vengo a ti como si toda mi vida pasada hubiese muerto; en ti, oh principio de nueva vida, volveré a ser principio. Si algo bueno hice, tuyo es, te lo consigno; me lo devolverás en el tiempo de favor⁵. Lo malo que hice, es mío; ¡ay, cuánto y qué enorme es a pesar de que en su mayor parte ha desaparecido de mi memoria! ¡Ojalá pudiese borrar de la tuya con una penitencia conveniente aquellos males que por su horror se han fijado en mi memoria de muy distinto modo y que no puede disolverlos olvido alguno. Su recuerdo me resulta tan odioso que con frecuencia quisiera tenerlos completamente olvidados.

Mas tú, Señor, no te acuerdes de los delitos de mi juventud⁶. Fueron éstos primogénitos de Egipto que en Egipto exterminaste⁷; y lo que hice en Egipto, en Egipto lo dejé cuando salí de allí⁸.

3. Después, por largo tiempo, me has guiado e instruido a través del desierto⁹, me has guardado como a la pupila del ojo¹⁰. Corregiste al pecador, consolaste al afligido, enseñaste al ignorante y por fin le condujiste hasta las puertas de la tierra de la promesa. Una vez allí, contemplando las delicias de la tierra de los

vivientes cuando tú te muestras, y recordando lo que se dijo a Moisés, "la verás, pero no entrarás"¹¹, me siento estremecer de horror. Si tal mereció oír aquél por el extravío de un solo pecado, ¿qué no oiré yo que tanto y tan horribles pecados tengo hoy que declarar en tu presencia?

4. Sin embargo, todo lo que hoy recuerdo y no recuerdo, mis maldades pasadas y sus no pasadas penas, como estén delante de ti, oh verdad, a pesar de mi silencio; así hoy se presenten de nuevo ante ti, en mi confesión. Mas que se recoja todo como en haz para quemarlo¹²; será una gavilla grande, enorme e incluso insoportable si no hubiere alguien que me ayude¹³.

No analizo ni cuento todo eso; es que ni puedo hacerlo; pero de cualquier manera y como quiera que sea, lo cierto es que he pecado delante de ti, oh verdad. Como tú me conoces pecador, así me confieso serlo; nadie aligere el peso, nadie lo aumente, nadie lo disminuya, nadie lo multiplique ni siquiera yo mismo. La realidad pues, Dios mío, está delante de ti. Que yo no me perdone; perdona tú, Señor.

5. No me perdones de manera que desde hoy me tengas como tu amigo¹⁴ y deCRETES contra mí amarguras para consumirme en los pecados de mi vida pasada¹⁵. ¡Oh guardián de los hombres, no me consideres más como adversario tuyo, eso me resultaría insoporta-

ble, mas quita mi pecado¹⁶ que nos divide entre tú y yo!¹⁷.

Si perdonas, Señor, perdona; y si quieres vengarte yo también me vengaré contigo. Mas no me aplastes de un golpe como a un enemigo. Estoy dispuesto a recibir de tus manos los azotes y mi dolor estará siempre ante tus ojos porque declararé mi iniquidad y pensaré que sufro por mi pecado¹⁸. No me creo en manos del enemigo, antes bien, con toda confianza me arrojo en tus propias manos que he experimentado con frecuencia, porque cuando una golpea, la otra acaricia; cuando la una empuja, la otra se pone delante para que no me estrelle.

A veces extiendes tu mano con más fervor que mis enemigos mismos¹⁹; hiriendo más reciamente que cualquier enemigo, cuando airado, retiras de nosotros tu rostro²⁰; pareciéndonos entonces el cielo de bronce y la tierra de hierro²¹ con todos los rigores y todos los males que nos suelen acaecer cada vez que de nosotros apartas tu rostro.

Por tu nombre, Señor, perdona en esto a tu siervo. Azótanos cuando quieras con tal de que siempre ilumines tu rostro sobre nosotros y te compadezcas²². Con razón eres el Señor de las venganzas²³; pero obrando libremente en disminuir o perdonar los castigos, cargaste sobre ti mismo nuestros males²⁴ y en tu pasión saldaste la deuda que no habías contraído²⁵. Preparaste

en el juicio tu trono para juzgar²⁶ y perdonar en tu justicia a quienes justamente eran castigados, tú que injustamente fuiste juzgado.

6. Tus juicios, Señor, vendrán en mi auxilio²⁷ y tus ojos se fijarán en mí, conforme al juicio de los que aman tu nombre²⁸, como juzgaste en cierta ocasión a la pecadora que te amaba: "Le son perdonados sus muchos pecados porque ha amado mucho"²⁹. Sea hoy tu mismo amor el abogado de mi causa, que si lo negare en la tierra, temo que él me niegue en el cielo³⁰; y si me ruborizo de él, temo que a su vez él se ruborice de mí³¹ porque no la poseo como es debido. Dado que hoy es el día de mi juicio, sobre esto también, oh juez de mi corazón, júzgame hoy y discierne mi causa³² para ver si tengo por abogado a quien pretendo.

La mirada de mi espíritu se entenebrece de tal modo que, sumergido en la duda, me parece ver lo que en realidad no veo, o bien no veo lo que veo. Creo que estoy muy seguro de amar siempre tu amor y tantas veces me siento afectado cuantas se me habla de él o lo recuerdo. Pero cuando se me habla o me acuerdo de ti y no me siento movido, ni afectado, temo que quizá no estoy siempre convencido de amarte, ya que por todas y de todas partes las señales evidentes de tu omnipotencia y bondad laceran y excitan la torpeza de mis sentimientos.

7. Oh luz de la verdad, disipa hoy estas tinie-

blas y desvanece la oscuridad; aliméntame con ese pan de vida y de inteligencia; dame de beber el agua de tu saludable sabiduría³³. La intelección de tus bienes es nuestra comida y bebida, porque trabajamos y nos ejercitamos en su trituración y masticación; unos son como los líquidos, pasan como son y nos alimentan a su manera.

Cuando buscamos tu amor por medio de la inteligencia, a veces lo hallamos; es el pan de vida que confirma el corazón del hombre³⁴; con frecuencia lo buscamos con gran fatiga hasta que al fin lo encontramos y nos lo comemos con el sudor de nuestra frente, a causa de la pena del pecado de Adán³⁵.

Otras veces tu Espíritu sopla dónde y cuando quiere e insufla la gracia de tu amor; entonces oímos su voz porque recibimos el sentido del amor, pero ignoramos de qué juicio de tu misericordia viene³⁶ y qué juicio de tu justicia hace que pase delante de nosotros, unas veces en plan de saludo muy dulcemente; otras, con gran violencia. En esto consiste la bebida.

Aliméntame Señor hoy con tu pan que da la vida al mundo³⁷ para que se afiance y reafirme la inteligencia en lo que busco concerniente a tu amor. Por la suavidad de tu gracia, cual bebida saluda, dispón y transforma este sólido alimento para que no perjudique mi sentido, todavía poco capaz, antes bien lo conforte.

8. Busco, Señor, si tengo tu amor; si descubriere que lo tengo, en esto solo se gloriará mi alma³⁸ y quedaré satisfecho. De lo contrario, el odio anidará en mí, y nada podré amar odiándome a mí mismo.

Siento y confieso que tengo el amor de tu amor³⁹ y hasta tal punto que nada quisiera amar, ni siquiera a mí mismo sino en él y por él. Para merecer ver su rostro al descubierto a cuya luz merecería caminar a las claras y gozar de sus delicias, no regatearía lo más mínimo de entregarme por su causa ya en vida, ya en muerte.

He aquí lo que mi conciencia, convocada y examinada ante la luz de tu verdad parece responder con intrepidez acerca del amor de tu amor. Mas tratándose de ti, de si siempre te amo y de si te amo bastante, tiembla al responder en tu juicio. Al ver por todas partes tu amor y sus señales evidentes, me lleno de gozo; mas algunas veces la presencia de tu bondad o de tu poder que se manifiesta por todos los rincones, a duras penas me conmueve.

9. Por tanto, si me preguntas hoy como un día preguntaste a tu bienaventurado apóstol, ¿me amas?, temblaré al responderte, "tú sabes que te amo"⁴⁰; pero con decidida y segura conciencia diré, tú sabes que quiero amarte.

Abre mis ojos, Señor, y consideraré estas maravillas de tu ley⁴¹, de la ley de tu amor. Quizá me parezca

que no te amo porque cuando pienso en tí o en él lo siento, veo y gusto hasta cierto punto; pero a ti no te siento o apenas te siento; no te veo o apenas te veo y rarísima y parcísimamente te saboreo. Resulta difícil amar la realidad por sí misma si no se manifiesta al que ama. Tus incesantes y magníficos beneficios y tu mismo amor que amo con toda certeza, me impulsan hacia ti; mas no hallándote, recaigo en tu amor y en él descanso no sin esperanza⁴². Y cuando siento suavemente tu amor, te busco por la inteligencia del mismo amor. Amo lo que siento; deseo lo que busco y deseando, desfallezco languideciendo. Ciertamente que a veces por tu don, el mismo entendimiento, según mi capacidad, se siente afectado pero no se le permite tragar toda la saliva del buen gusto, sino que, como si se le quitara de la boca, reincide en el hambre y en su ignorancia; no se le permite estar a la luz de tu rostro mientras no discierna en sí mismo y elimine la molestia de esta vacilación.

10. Y mientras se aviva el fuego en mi meditación, trabajo por saber lo que poseo y lo que me falta⁴³, emprendo un camino de subida hacia ti implorando tu socorro en este asunto. Dispongo pues en mi corazón todos estos grados ascendentes⁴⁴. Ante todo creo que me es necesario una gran voluntad, después una voluntad iluminada, finalmente una voluntad afectada.

En todo hombre que emprende la subida, la voluntad es ante todo enérgica; es iluminada conforme a tu

don, afectada según el modo que es propio⁴⁵. La voluntad es enérgica en cuanto que la creaste; iluminada en cuanto que la hiciste digna; afectada en cuanto que la formaste. La formaste sin forma, porque tú ni eres forma ni algo formado, incluso tu mismo amor no puede sufrir forma alguna de manera que se formase en conformidad a algo ya como formado. Este amor es la Sabiduría de la que se dice que es una exhalación del poder de Dios y una emanación pura de la gloria de Dios todopoderoso; por eso no hay en ella mancha alguna; es el resplandor de la luz eterna, el espejo sin tacha de la majestad de Dios y la imagen de su bondad⁴⁶. Por esto, no la alcanzamos cuando queremos; y si ella primero no viene a nosotros, si tu gracia no nos previene, inútil o casi inútil será el esfuerzo de nuestro entendimiento; pues cuando dice el apóstol que tú existes "en la forma de Dios", la forma de tu deidad es la misma simplicidad de tu naturaleza o de tu substancia a lo cual tu amor debe ser semejante. Pues como dice un sabio a propósito de tu fe, "como es la realidad en sí, tal debemos intentar alcanzarla a través de la fe"; con mayor razón se debe entender esto de tu amor, cuando que la caridad sobrepuja a la fe. Sin embargo, sólo la afección lo discierne⁴⁷.

11. Mi voluntad está orientada hacia ti y no puede ser más enérgica; preferiría no existir antes que carecer de ella. Si tu escudo protector no me hubiera protegido⁴⁸ en tiempos pasados al levantarse los hombres

contra nosotros, quizá nos hubieran tragado vivos⁴⁹.

Algunas veces he sentido los dulces aguijones de tu gracia iluminante y de tu caridad afectante, pero estoy muy lejos de haberlos experimentado en toda su plenitud. Y como raramente y muy poco esta voluntad cual tú me la has otorgado, se siente iluminada a causa de mis pecados, y como casi nunca queda afectada, pues mis esfuerzos y méritos colaboran remisamente en este asunto, no sé si merece el nombre de amor.

12. Sólo una voluntad vehemente, a juicios de los lógicos, se define como amor; mas quienes la definen de este modo desconocen los límites de tu amor. Si la llaman deseo, no lo rehusa, pues en verdad te deseo. Pero mientras aparezca tan pobre delante de ti y tan miserable en mi conducta, no podrá residir el gozo en mi conciencia. Ría y búrlese de mí quienquiera, yo sé lo que sufro por esto; y sé que quien no lo haya padecido o no lo padezca, no podrá compartir mi pena. Las lágrimas serán mi pan día y noche mientras se me dirá "¿dónde está tú Dios?"⁵⁰, es decir, mientras haya en mi alma algún afecto que no sea mi Dios, sobre todo el amor que debe tener su propia sede en mí. No suprimiré este dolor mientras no se descubra por sí mismo, cuando veré al que amaré y ciertamente amaré con el gozo del alma al que veré. Mientras tanto, eso que en parte siento, en parte lo amo, y si no lo sintiese de alguna manera, nunca lo amaría.

13. Viendo a tus hijos banquetear a tu mesa en las delicias de tu amor, yo, en ayunas, amo vehementemente en ellos tu amor y estrecho con dulzura a tus amantes en el fondo de mi corazón. Les veo que se alegran con mi alegría que dimana de la suya y que, sin poderlo, quieren expresar la medida de su alegría. El afecto por el que gozan amándote, puede sentirse en una suavidad sensible de cierto gozo espiritual o divino, pero como el sabor de cualquier alimento a nadie se le puede sugerir sino a quien lo gusta, así aquel sabor no puede analizarse con la razón ni expresarse en palabras, ni concebirse por los sentidos. Es algo divino, son las armas y las prendas del Espíritu⁵¹ por el que, Dios mío, alegras y sustentas en esta vida a tu pobre para que no desfallezca en el camino⁵². Anuncias a tu amigo, como dice Job, el gozo de la vida eterna, su posesión y el poder de alcanzarla⁵³.

14. El alma santa se reforma a la imagen de la Trinidad, a la imagen del que ha creado⁵⁴, e incluso en el mismo modo de su beatitud; pues la voluntad iluminada y afectada, el entendimiento, el amor y el hábito de gozar, son en cierto modo tres afecciones de la persona aunque una sustancia de beatitud a semejanza de lo que se afirma y se cree de la Trinidad; pues lo que se ama, sólo entendiendo se ama y tan solo amando se entiende y únicamente amando y entendiendo se goza de aquello que merece gozarse. Allí pues tener o gozar es entender o amar⁵⁵.

Dichosa la conciencia cuyo afecto sigue el camino de la caridad bien ordenada⁵⁶ y que avanza progresando con infatigable constancia hacia ti; y que cooperando con tu gracia medra en su avance para que no desfallezca mientras tú no la perfecciones; tú que guardas la abundancia de tu dulzura para los que te temen⁵⁷, perfeccionas a los que esperan y sobre todo a aquellos cuyas obras brillan ante los hijos de los hombres en pro de tu gloria, oh Padre que estás en el cielo⁵⁸.

Esos son los que te aman; al verlos y no encontrarme entre ellos, la vida me da náuseas. Su sabiduría no es la del espíritu de este mundo ni la prudencia del siglo presente, porque no conocieron ciencia humana, penetraron en el poder del Señor⁵⁹ y, como pobres de espíritu⁶⁰, se acuerdan tan solo de tu justicia. Tú les instruistes para que en su vida y costumbres exalten tus maravillas⁶¹. Estos son tus siervos sencillos con quienes te agrada conversar⁶² y que yendo hacia ti, no tienen su esperanza puesta en los carros de sus ingenios ni en los caballos de sus fuerzas, sino solo en el nombre del Señor⁶³.

15. Por tanto, tu sabiduría les dispone todo con suavidad⁶⁴, y por un corto atajo y con bagaje ligero, alcanzan el fin propuesto, mientras que los carros y caballeros desfallecen. Ellos no forman ni se conforman a tu amor indagando con sutilezas sino que tu mismo amor encontrando en ellos materia simple, los forma y

los conforma a sí mismo por el afecto y los efectos. Aquí incluso se hace caso omiso de lo que se oculta en el interior⁶⁵, es decir, de la gloria y riqueza que guardan en la casa de la buena conciencia; así, no por intento artificial, sino como por cierto engranaje natural, la luz interior reverbera en sus rostros exteriores de tal modo que de su figura y de sus modales emana tal sencillez encantadora, tal contagio de tu caridad que a veces incluso los mismos espíritus rudos e incultos con sólo mirarlos, se sienten punzados hacia tu amor.

De este modo remontan la naturaleza a su origen sin ayuda de doctor alguno⁶⁶, se convierten en los doctores de Dios⁶⁷, y sus espíritus, gracias a tu Espíritu Santo que les sostiene en su debilidad⁶⁸, pasan a las divinas afecciones, mientras que transformados por una disciplina espiritual sus mismos cuerpos reciben ciertas improntas espirituales y sus rostros, más que humanos, reflejan una gracia especial. Sus carnes sembradas en corrupción, comienzan ya a resucitar para la gloria mediante los ejercicios ascéticos⁶⁹ para que en fin su corazón y su carne, juntos, exulten en el Dios vivo⁷⁰. Así estando mi alma sedienta de ti, mi carne sienta la misma sed⁷¹.

En verdad, los mansos bienaventurados poseen la tierra de su cuerpo⁷², que fecundada por la ascesis de los ejercicios espirituales, por las buenas costumbres, y por otra parte abandonada incluso a sí mismo y en bar-

becho, fructifica espontáneamente con ayunos, viglias y trabajos, y está dispuesta sin oposición ni pereza a cualquier obra buena.

16. Viendo a estos hombres me siento afectado en el amor de tu amor que tales cosas obra en ellos y adquiero cierta experiencia bien conocida de los que aman. Les amo porque te aman; y mucho les amo como amo el amor por el que eres amado que en ellos amo. Y si los amo de tal modo que en ellos y en su afecto natural no amo otra cosa sino a ti, amo su misma afección porque está llena de ti. No amo empero mi afección en mí mismo sino cuando me siento afectado por ti. Amándoles en ti y en mí, que por otra parte no quiero amar más que en ti, ¿qué amo sino a ti?; nada en absoluto. Pues si notara que a ellos o a mí mismo me amara de modo distinto se excitaría en mí más el odio que el amor.

17. Te encuentro por tanto, Señor, en mi amor, mas ojalá que te encontrara siempre. Como no hay amor si no se ama, haz que sienta en mí una voluntad vehemente de ti, es decir, el amor que me lance en ti. ¿Por qué no estoy siempre afectado por ti?; ¿acaso una cosa es el amor y otra el afecto del mismo amor?

Veo que el amor es propio de la naturaleza, el amar-te lo es de la gracia y el afecto es la manifestación de tu gracia que hace exclamar al apóstol: "A cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para común uti-

lidad"⁷³. Si el cuerpo corruptible agrava al alma y la morada terrena deprime el sentido ocupado en muchas cosas⁷⁴, es preciso que el alma que ama sufra estos altibajos. Y si esta afección no la consolara a veces y la sostuviera, el desplome sería total de donde nadie se levantaría.

18. Siempre, Dios mío, tu amor está en el alma de tu pobre, pero oculto como el rescoldo bajo las cenizas, hasta tanto que el espíritu, que sopla donde quiere⁷⁵ quiera manifestarlo en la forma y medida que juzgue para común utilidad.

Ven, ven, amor santo, ven fuego sagrado. Abrasa las delectaciones de los riñones y del corazón⁷⁶. Cubre como quieras los pensamientos para ocasionar abundantísimo combustible de humillación a la llama de tu manifestación. Aparece cuando quieras para manifestar la gloria de la buena conciencia y las riquezas que tiene en su casa⁷⁷. Manifiesta, para hacerlo solícito en custodiar; esconde para que no lo vuelvas temerario y lo disípe, hasta que el que comenzó acabe⁷⁸, el cual vive y reina por los siglos de los siglos.

NOTAS

- 1 Sal 16,1.
- 2 Sal 68,14.
- 3 Sal 76,11.
- 4 Job 7,20.
- 5 Sal 68,14.
- 6 Sal 24,7.
- 7 Sal 134,8.
- 8 **Egipto**, "*exitus de Egypto*", expresión escrituraria equivalente a vuelta (redditus) hacia Dios desde la región de la desemejanza (cf. *Med.* IV,8,12). Expresiones semejantes en Guillermo: Egipto, región de las tinieblas, "*a regione tenebrarum, quod es Aegyptus*" (*Exp. super Cant.* I,V,68) "*terra Naim, id est commotionis*" (*De nat. corp. et animae* PL,180,725c). Toda esta topografía bíblica tiene un valor axiológico; la **región** es una especie de campo de conciencia dinámica, corresponde a las estructuras fundamentales de la interioridad en sus relaciones con el "yo" y el "Tu" de Dios y el mundo.
- 9 **Desierto** = vida monástica.
- 10 Dt 32,10.
- 11 Sal 26,13; Dt 32,52.
- 12 Mt 13,30.
- 13 Sal 21,12.
- 14 Job 13,30.
- 15 Job 13,26.
- 16 Job 7,20,21.
- 17 Is 59,2.
- 18 Sal 37,18,19.
- 19 Sal 137,7.
- 20 Sal 87,15.
- 21 Dt 28,23.
- 22 Sal 66,2.
- 23 Sal 93,1.
- 24 Sal 20,12.
- 25 Sal 68,5.
- 26 Sal 9,8.
- 27 Sal 118,175.
- 28 Sal 118,132.
- 29 Lc 7,47.
- 30 Mt 10,33.
- 31 Lc 9,26.
- 32 Sal 42,1.

- 33 Ecl 15,3.
 34 Sal 103,15.
 35 Gn 3,19.
 36 Jn 3,8.
 37 Jn 6,33.
 38 Sal 33,3.
 39 Tener el **amor de tu amor** o amar el amor de Dios equivale a amar la **experiencia de Dios** teniendo siempre la semejanza con Dios viva en el corazón. Semejanza anticipada del cielo, porque el amor nos comunica en cierto modo el ser de Dios. En la **experiencia** del amor esta participación se siente a través del **sentido espiritual del tacto**: "siento y confieso que tengo el amor de tu amor". Por el sentido del amor se da un proceso de conocimiento semejante al descrito en la sensación (cf. Med. III,7). Toda la espiritualidad de Guillermo se expresa en un amor e inteligencia "que sienten" "...si sentio te esse mecum" (Med. II,2) "...rutilant...verberant...concutiunt...vellicant...et strepitu suo contundunt surditatem aurium mearum (facta tua)" (Med. II,4). "Audio et concutor..." (Med. II,6). "sentio saluberrime..." (Med. III,4). "Scio et sentio et adoro..." (ib). Ver también: Med. III,7,8,9... Med. IV,9,11; Med. V,7; VII,4; VIII,5; XII,8,10,18). Presencia del objeto amado, Dios, implicando una **posesión pasiva** traducida en amor, y una **posesión activa** traducida en conocimiento. La **intelección** por el amor no incluye abdicación del entendimiento humano, sino sublimación, en virtud del elemento pasivo que informa al activo.
- 40 Jn 21,17.
 41 Sal 118,18.
 42 Sal 15,9.
 43 Sal 38,5.
 44 Sal 83,6.
 45 Las relaciones más íntimas y profundas del alma con Dios se expresan mediante la "afección": el verbo "afficere" equivale a **informar, asumir, deificar**. "Siendo el Espíritu la voluntad substancial del Padre y del Hijo, al afectar la voluntad del hombre, el alma ama a Dios de tal modo que, de súbito se transforma no en naturaleza divina, sino en cierta forma sobrehumana de beatitud, próxima a la divina (citra divina)... da tal modo que ya puede exclamar con todos los hijos de adopción: "Abba, Padre" (Speculum fidei, 391 d). El fin de la **afección** es la consecución de la "unitas spiritus" con Dios.
- 46 Sab 7,25,26.
 47 La **afección**, clave de la **experiencia** mística sentiente, es incomunicable a causa de los elementos que la integran.

- 48 Sal 5,13.
 49 Sal 123,2,5.
 50 Sal 41,4.
 51 2 Cor 1,22.
 52 Mt 15,32.
 53 Job 36,3.
 54 Gn 1,27.
 55 **Amor intelección-gozo**, quintaesencia de la **experiencia**, es la efectución más perfecta posible de la imagen de la Trinidad en el alma, la semejanza lograda.
- 56 **Caridad ordenada** consiste "ante todo en amar a Dios en espíritu y en verdad; después, en amar al prójimo por Dios, pero no a todos por igual; se amará más al que esté más estrechamente unido a Dios, pues es a Dios a quien se ama en el prójimo" (Exp. super Cant. I, X, 127. La caridad ordenada es ya realidad en los perfectos, pues es una **conformación** con la voluntad de Dios en el Espíritu Santo, "ordo caritatis a lege Spiritus vitae ordinatus" (Ib 129). El **ordo caritatis** equivale al **ordo naturae**: "Ars est artium ars amoris, cuius magisterium ipse sibi retinuit natura, et Deus auctor naturae... (esi)" (Nat. am. PP. CC. vol. 1 (1976), págs. 83).
- 57 Sal 30,20.
 58 Mt 5,16.
 59 Sal 70,15,16.
 60 Mt 5,3.
 61 Sal 70,17.
 62 Prov 3,32.
 63 Sal 19,8.
 64 Sab 8,1.
 65 C. C. 4,1,3.
 66 2 Cron 15,3.
 67 Jn 6,45.
 68 Rom 8,26.
 69 1 Cor 15,42,43.
 70 Sal 83,3.
 71 Sal 62,2.
 72 Mt 5,4.
 73 1 Cor 2,7.
 74 Sab 9,5.
 75 Jn 3,8.
 76 Sal 25,2.
 77 Sal 111,3.
 78 Flp 1,6.

XIII Meditación

Peso de la soledad cisterciense.

Esta última meditación fue añadida hace algunos años al *corpus meditativum* formado por las doce primeras¹. En un principio se dudaba si pertenecía a la pluma de nuestro autor. Su composición en forma dialogada, la distingue de todas las anteriores. Tampoco contiene tanta profundidad. La viveza y los giros tan enrevesados y oscuros están ausentes. Es breve, pero bella dentro de su sencillez.

Un agobio enorme embarga el corazón de Guillermo. Se le hace pesado el yugo del Señor, quizá por algunos de sus achaques o por la sentida dureza de su nueva soledad en Signy. La presente oración refleja perfectamente su estado de ánimo.

La respuesta del Señor no se hace esperar: el dolor es la prueba más grande del amor de Dios como Padre, aunque a veces no se comprenda. La caridad de energías para soportarlo. Guillermo pide esa caridad... pero deberá al mismo tiempo percatarse si puede a simple vista percibir sus efectos. Es suficiente que siga el camino del dolor, que por ser el camino de Cristo, es obediencia y la obediencia a su vez, es la senda segura del amor.

Basta la fidelidad, de lo demás se preocupa el Señor.

Guillermo entonces se entrega con la más absoluta indiferencia en las manos de Dios. Sólo pide esa caridad, fin de la ley, que le dará energías para mantenerse siempre fiel.

"Sedujísteme, Señor, y quedé seducido; fuiste más

fuerte y ganaste"². Oí tu voz que decía: "Venid a mí todos los que trabajáis y estáis cargados, y yo os aliviare"³. Fui a ti, creí lo que dijiste, mas ¿en qué me has aliviado? Antes no trabajaba, pero ahora trabajo y casi desfallezco bajo la fatiga. Antes no estaba cargado, mas ahora el trabajo me agota. También dijiste: "Mi yugo es suave y mi carga ligera"⁴. ¿Dónde está esa suavidad?, ¿dónde aquella ligereza?; ya me fatigo bajo el yugo y desfallezco bajo la carga. Miré alrededor y no encontré auxilios; busqué y no hubo quien me ayudara⁵.

¿Qué es esto, Señor? Compadécete de mi porque soy débil⁶. ¿Dónde están tus anteriores misericordias?⁷. Nuestros padres, predecesores nuestros por este camino, ¿conquistaron acaso la tierra con su espada?, ¿les salvaron sus propios brazos? De ninguna manera, fue tu brazo y la iluminación de tu rostro. ¿Por qué? Porque en ellos te complaciste; tú eres, Rey mío y Dios mío, el que has enviado la salvación a Jacob⁸.

Señor, ¿qué te ha desagradado en mí?; ¿por qué no juzgar a tu siervo? Ante el obsequio de la pecadora dijiste: "Ha hecho lo que ha podido"⁹. ¿Acaso no hice yo lo que pude?; pareceme incluso haber excedido mis fuerzas.

2. Respuesta del Señor: "Hijo mío, no desdénas la disciplina de tu Padre, ni te abatas cuando te contradice, pues el Señor castiga al que ama, azota a quien adopta por hijo suyo¹⁰. ¿Qué hijo hay a quien no le

corrija su Padre? Si te encuentras fuera de la disciplina no eres hijo sino bastardo.

No te seduje, hijo, te guíé dulcemente hacia aquí. Lo que te dije y lo que se te gritó, "venid a mí", gritóse a todos, mas no a todos les es dado el venir. Pero a ti se te ha dado y con preferencia a otros muchos que se tienen por ricos y poderosos. ¿Me porté mal beneficiándote?, ¿murmuras porque no te alivio? Si no te hubiese aliviado ya habrías sucumbido.

Gimes bajo mi yugo, te fatigas bajo mi carga. La caridad da la suavidad a mi yugo y la ligereza a mi carga. Si tuvieras caridad sentirías esa suavidad. Si amaras, la carne no penaría, y si penara, la caridad la suavizaría. Mi carga y mi yugo no los podrás soportar tú solo, mas si los llevaras teniendo por compañera a la caridad, inmediatamente te maravillarías de sus suavidades.

3. Respuesta: Señor, acabo de decirte que hice cuanto pude. Lo que me parecía haber recibido como mío, mi pobre cuerpo y mis débiles miembros, lo he puesto a tu servicio. Si hubiese estado en mi mano el poseer la caridad, tiempo ha que hubiera sido perfecto. Si no me la das no la tendré; y si me falta, no podré subsistir. Tú sabes lo poco que puedo, tú lo ves; de esto, quita cuanto quieras, pero concédeme la íntegra y perfecta caridad.

4. El Señor: ¿Supliré acaso tu impotencia y te daré en supererogación la virtud que solicitas?

Vamos, hijo, acoje la disciplina¹¹; sin camino no se va a ninguna parte. ¿Buscas la caridad?, pues ya estás en camino que conduce a la vida¹². Si no dejas el camino, llegarás a donde tiende. Yo te precedo, sigue¹³, me ves cómo voy delante. Sufrí fatigas y conviene que tú las sufras; padecí muchísimo y conviene que tú padezcas algo. La obediencia es el camino de la caridad, abrázala y llegarás. No pierdas de vista la excelencia de la caridad, valorada a muy alto precio pues Dios es caridad¹⁴; y cuando la alcances, ya no penarás más.

5. Respuesta: Señor, no se oculta a tu mirada ninguno de los huesos que tú formaste, ni se oculta mi substancia en las profundidades de la tierra¹⁵. Tus ojos han visto mi miseria. No me atrevo ni quiero pedirte que me eximas del trabajo, pero mientras carezco de amor, ¿quién me ayudará?

6. El Señor: Yo lo hice, yo lo llevaré¹⁶; mas si te muestras ingrato por los beneficios recibidos, se te juzgará indigno de recibirlos mayores. Ya has recibido en parte la caridad, pero tú o lo ignoras o eres un ingrato. La caridad es la misma sabiduría; y el principio de la sabiduría es el temor del Señor¹⁷. El temor de Dios te trajo ya hasta aquí, te estableció ya en este lugar en donde si te llegare el fin, partirás seguro. Hasta aquí te trajo, aquí te estableció, aquí te mantiene. ¿Tan poco has progresado?, ¿tan poco has recibido?

7. Respuesta: En verdad, Señor, te has hecho nues-

tro refugio¹⁸. En ti me he acogido, enséñame y haz que cumpla tu voluntad¹⁹. Te has compadecido y apiadado de tu pueblo que te seguía en el desierto y le has dado alimento para que no desfalleciera en el camino²⁰. También yo comencé a seguirte en el desierto, prometí y resolví guardar los juicios de tu justicia²¹. Con tu gracia, no desertaré, no te abandonaré hasta que me llesves al fin o desfallezca tras de ti, si es que pudiere desfallecer detrás de ti. Sé que incluso si el cuerpo se debilita y desfallece alguna vez, si no me aparto de ti, no caeré; por el contrario, aún de mis debilidades sacaré provecho si es que tú no me abandonas retirándome la paciencia.

Piedad, Señor, mira mi pequeñez y pobreza²²; ayúdame y llévame, estoy enfermo y débil en cuerpo y alma. Inspira a tus hijos que te aman y a tus siervos para que me ayuden y me lleven, y que por mi miseria, se les aumente el premio de su paciencia y de su misericordia.

Soy tuyo, sálvame²³. En tus manos encomiendo mi espíritu²⁴. Enséñale, dirígele, consuélale, confórtale e ilumínale. Dame aquella sabiduría que comparte tu trono para que esté conmigo y conmigo trabaje, y así sepa en todo tiempo lo que es de tu agrado delante de ti²⁵. No me excluyas de entre tus hijos pues soy tu siervo y el siervo de todos tus siervos.

8. En cuanto a mi cuerpo, no sé qué pedirte; mas

tú sabes lo que le conviene. Si es de tu agrado, que tenga salud y se encuentre sano; y si lo quieres, que languidezca y enferme; que se muera cuando te pluguiere con tal de que el alma se salve en aquella hora²⁶. Una sola cosa imploraré de tu misericordia con respecto a mi cuerpo: que mientras vivo, me enseñes a gobernarlo y guardarlo para que no consienta en algunos de sus placeres y para que tampoco le prive de lo necesario.

9. La caridad es el fin de la Ley²⁷, también el fin de mi oración. Dame, Señor, la caridad, tú que quisiste llamarte "caridad"²⁸ para que te ame más que a mí mismo y que en modo alguno me preocupe qué deba hacer de mí practicando siempre lo que es agradable en tu presencia.

Dame, Padre, no me atrevo a llamarme hijo, el ser siempre tu fiel siervillo y oveja de tu rebaño. Habla, Señor, alguna vez al corazón de tu siervo y que tus consolaciones alegren mi alma²⁹; enséñame a hablarte con más frecuencia a fin de poner a tu servicio, Señor y Padre mío, toda mi pobreza e indigencia. Fortaleza mía, compadécete de mi debilidad y que mi flaqueza, sometida a tu servicio, sea tu gran gloria. Amén.

- 1 J. M. DÉCHANET, *Meditativa Oratio*, n. XIII: Une page encore inédite. Coll. OCR, I (1940) pp. 1-12.
- 2 Jer 20,7.
- 3 Mt 8,22.
- 4 Mt 11,30.
- 5 Is 63,5.
- 6 Sal 6,3.
- 7 Sal 88,50.
- 8 Sal 43,5.
- 9 Mc 14,8.
- 10 Prov 13,24.
- 11 Sal 2,12.
- 12 Mt 7,14.
- 14 Mt 8,22.
- 14 1 Jn 4,16.
- 15 Sal 138,15,16.
- 16 Is 46,4.
- 17 Prov 1,7.
- 18 Sal 89,1.
- 19 Sal 142,9,10.
- 20 Mt 15,32.
- 21 Sal 118,106.
- 22 Sal 9,14.
- 23 Sal 118,94.
- 24 Sal 30,6.
- 25 Sab 9,9,10.
- 26 1 Cor 5,5.
- 27 Rom 10,4.
- 28 1 Jn 4,16.
- 29 Sal 93,19.

**Del Sacramento
del Altar**

Introducción

Ocasión del tratado: la carta a Ruperto.

Ruperto de Deutz, monje benedictino de San Lorenzo de Lieja, escribió hacia el año 1111 un largo tratado, "*De divinis officiis*" cuyo segundo libro tenía por tema la eucaristía. Este ensayo, comunicado a ciertos huéspedes y amigos, suscitó numerosas oposiciones; en particular de orden doctrinal. En 1126, siendo desde hacía algunos años abad de Deutz, en el país renano, dedicó su trabajo a Cunon, arzobispo de Ratisbona.

¿En qué época Guillermo tuvo conocimiento del tratado de Ruperto, y le escribió su carta? ¿Sería poco tiempo después de su composición en 1111, cuando Ruperto aún no era abad?; de hecho las ediciones llevan como encabezamiento de la Carta: "*ad quemdam monachum*"*. ¿O por el contrario fue escrito poco tiempo antes de 1130, fecha aproximada del envío del "*De sacramento altaris*" a San Bernardo? En su billete de envío, Guillermo habla de su carta a Ruperto como de algo reciente "*nuper*". Pero ¿cómo explicar entonces que Guillermo no haya tenido conocimiento

* El P. de GHELLINCK, en su artículo "*Eucharistie*" del Dict. de théol. cath. (V, c. 1251) considera que Ruperto, cuando mandó su obra a CUNON, no modificó sensiblemente los capítulos censurados por Guillermo.

de las críticas que había suscitado desde hacía algunos años la composición del libro de Ruperto? El interrogante permanece abierto...

Poco tiempo (*nuper*) después de esta carta Guillermo, que para escribirla estudió las sentencias de los Padres de la Iglesia, compuso a su vez un tratado sobre la Eucaristía, que lleva por título "*Del sacramento del altar*" o "*Del Cuerpo y de la Sangre de Cristo*". Lo dedicó a San Bernardo, rogándole que lo leyera, revisara y corrigiera. De esta manera, los dos amigos se apoyaban mutuamente para revisar sus respectivas obras: si Guillermo confiaba a Bernardo su "*De sacramento altaris*", este último mandaba a su amigo el "*Tratado de la gracia y del libre albedrío*" para que aquél examinara la doctrina. Hay que reconocer que en teología estos dos temas: el de la eucaristía y el de libre albedrío, son arduos, y que dos lúces valen más que una para componer y revisar.

Lo que Guillermo reprocha a Ruperto

Para Guillermo, el cuerpo de Cristo en la Eucaristía es aquél que sufrió, murió, resucitó, y que ahora está sentado glorioso a la derecha del Padre. Ruperto tiene una expresión insólita para designar este cuerpo del Señor en la eucaristía: *corpus sacrificii*. Esta denominación inquieta a Guillermo porque su autor rehusa a este "cuerpo del sacrificio" la vida sensitiva

tal como Cristo la tuvo sobre la tierra, y la tiene aún en el cielo. Evidentemente, que no son las "especies" las que serán por ello afectadas, sino la única sustancia que está presente en la eucaristía, la del cuerpo resucitado de Cristo.

Precisamente es necesario afirmar la presencia de la sustancia del solo cuerpo de Cristo, y no ya la del pan. ¡Cuidado con la "impanación" de Berengario...!

Además, Ruperto tiene una singular teoría sobre la comunión: el hombre que recibe el "cuerpo del sacrificio", sin el aporte de su fe, lo mata: lo priva de esta vida espiritual, la única que él reconoce en la eucaristía: "despedaza con sus dientes el cuerpo muerto del Señor" (Cf. pág. 256).

Guillermo tan entero y tan mordaz en "*Disputa contra Abelardo*" o en su carta sobre los errores de Guillermo de Conches, tiene muchos miramientos cuando escribe a Ruperto; sin embargo es franco, y descubre las lagunas que cree haber observado, "la verdad del amor y el amor de la verdad" lo exigían. El fin que se propone es mantener en el camino recto a un hermano, y evitarle críticas, "*los dientes de los adversarios...*" (Cf. págs. 249 y 257).

Teología Eucarística de Guillermo

1. Actitud teológica.

La razón y la fe ante el misterio revelado.

El fin que persigue en este tratado es presentar una doctrina sólida sobre el cuerpo de Cristo en el sacramento del altar, y sobre el cuerpo místico. Guillermo quería evitar que las almas no avisadas fueran perturbadas por exposiciones de los Padres de la Iglesia que difícilmente parecen conciliarse.

Las primeras líneas del tratado son claras y traducen la actitud habitual de Guillermo ante los misterios revelados, su método teológico.

Ante todo, la fe que adhiere al dogma y guía entonces a la inteligencia en sus búsquedas. Ninguna ingerencia de la razón en el dominio de la fe como para regirla. Por otra parte, es la reacción que han tenido los espirituales cistercienses, Bernardo, Guerrico, Elredo, Gilberto, —exceptuando a Isaac de la Estrella— frente a la escolástica que se anunciaba con Abelardo, Gilberto de la Porrée, Guillermo de Conches: una desconfianza no disimulada, cuando no una hostilidad declarada.

No es que un espiritual como Guillermo se oponga sistemáticamente a una búsqueda de la razón —por

ejemplo *"Enigma de la fe"*, donde diserta sobre el misterio de la Trinidad— sino que se trata de una búsqueda siempre humilde, cuidadosa de no aventurarse en investigaciones y fórmulas que tendrían trazas de ser una explicación natural del misterio. Ninguna "discusión" propiamente dicha; ninguna de esas "cuestiones" que nunca terminan, como las que se empiezan a plantear y se quieren resolver en las escuelas. Los primeros cistercienses se hubieran sentido molestos —es lo menos que se puede decir— con los *"quodlibeta"* de Tomás de Aquino, cien años más tarde.

Los "pequeños", estos humildes, de quienes gusta hablar Guillermo, son los privilegiados. Hablará de ellos en particular en estos dos tratados (o más bien en este doble tratado): *"Espejo de la fe - Enigma de la fe"*: ellos se acercan fácilmente a la iluminación de la fe; si los que buscan, los teólogos, pueden ser favorecidos más de una vez por ella, lo son menos que los ignorantes que adoran humildemente el misterio; entonces la fe se esfuma, por así decirlo, se gusta la verdad más de lo que se la cree con un esfuerzo de la voluntad que doblega a la razón.

Se ve el rechazo de Guillermo a discutir, en particular frente al misterio de la predestinación (Med.I; Spec.c.369-370). Frente al misterio de la eucaristía, la fe puede buscar cierta inteligencia, pero esta inteligencia debe ser humilde y sumisa, más pronta a imponerse silencio que a pasar más allá de sus lími-

tes: "El hombre dotado de razón no debe pesar las realidades divinas que considera, con los pesos de las realidades inferiores, ni querer circunscribir la inmensidad del Todopoderoso dentro de los límites de sus posibilidades" (Cf. pág. 262).

El respeto por la tradición patristica.

Frente a los Padres, como podemos observar más de una vez en sus otras obras, Guillermo manifiesta un gran respeto que se traduce de dos maneras: por un lado se apoya en ellos; por el otro los interpreta siempre de la manera más favorable, esforzándose por conciliarlos cuando parecen contradecirse; y quiere comunicar esta mentalidad a su alrededor. He aquí una contradicción flagrante: las frases, por ejemplo, de un mismo autor, a veces separadas por algunas líneas, o en dos obras distintas, o también una afirmación de San Jerónimo y otra de San Agustín: "*Quid magis contrarium?*"; mas el lector avisado que lee este pasaje con la benevolencia que le inspira su sentido de Iglesia, indaga el sentido, lo interpreta, lo rectifica en función del contexto (Cf. pág. 301). Cuando uno tropieza contra una dificultad, más vale acusarse a sí mismo de ser lerdo de espíritu para entender (Cf. pág. 305).

No debemos someter la fe al control de la razón, sino que debemos rectificar las elucubraciones de la

razón, sometiéndolas al control de la fe (Cf. pág. 305). Un poco más adelante, Guillermo vuelve sobre este principio (Cf. pág. 305).

El ha elaborado su pensamiento, en primer lugar, a partir de las Escrituras, en particular de este texto: "*Si no coméis la carne del Hijo del hombre, y si no bebéis su sangre, no tendréis la vida en vosotros*"; mas también la elaboró frecuentando los Padres de la Iglesia; así, su teoría sobre la *comunión fructuosa*, —ruminación amante de los beneficios del Salvador y de la pasión— está tomada de San Agustín (Cf. pág. 309).

Si él piensa que las especies del pan y del vino no son, asimiladas y evacuadas como el alimento ordinario, es porque leyó en San Ambrosio que este alimento no es para el cuerpo (Cf. pág. 311).

El estudió en los Padres de la Iglesia esta cuestión de la eucaristía. Ya en su Carta a Ruperto, cita a San Ambrosio y a San Agustín; pero con una gran conciencia, queriendo esclarecerse e iluminar a las almas menos avisadas sobre estas cuestiones delicadas, donde es necesario conocer bien lo que se debe creer, se sumergió en una lectura asidua de los Padres, anotó, cotejó, confrontó los textos, y se esforzó por extraer una doctrina homogénea. Lo dice en su billete de envío a San Bernardo. Aquí y allá, en su tratado, se refiere a algunos textos patristicos (p.e.

pág. 259); y al final, como apéndice, anexó una serie impresionante de citas, indicando la referencia.

2. Doctrina teológica.

Presencia real y transustanciación.

Guillermo es formal; hay en el momento de la consagración —que él llama *bendiciones místicas*— un cambio *sustancial*; evidentemente para los sentidos nada se modifica, las “especies” permanecen, pero ya no es la sustancia del pan y del vino, es la del cuerpo y de la sangre de Cristo. Apoyándose en Boecio, constata que la condición necesaria para un cambio sustancial, a saber “una materia común” entre los dos elementos, se realiza aquí: se trata de dos elementos materiales, el cuerpo de Cristo y el pan (Cf. pág. 274).

“En el momento de la consagración, la palabra de Dios opera invisiblemente el cambio de un cuerpo en otro, de una sustancia en otra sustancia” (Cf. pág. 250). Se ve que la palabra *transustanciación* aún no está ahí, pero Guillermo profesa lo que es exactamente lo mismo, el cambio de sustancia en sustancia.

Los accidentes, pues, permanecen, pero sin pertenecer al cuerpo de Cristo, sin ser soportados por su sujeto: “*Mientras que el Señor cambia en otra sustancia la sustancia del pan, deja al servicio del sacramento ciertos accidentes que la sustancia del pan sostenía has-*

ta entonces... todos estos accidentes permanecen: aunque están presentes al cuerpo de su humanidad no están enraizados en él” (Cf. pág. 273).

Basándose en dos textos de San Ambrosio —tal vez tomados demasiado a la letra— (Cf. pág. 311), Guillermo asegura que el pan y el vino consagrados, no son asimilados ni eliminados por aquél que los toma como cualquier comida (Cf. pág. 288).

Este cuerpo de Cristo en la Eucaristía, es, y no puede ser otra cosa para Guillermo, que el cuerpo histórico, muerto y resucitado, que tiene sentidos y goza de movimiento (Cf. pág. 252). No se trata por eso de pretender ver en el Pan consagrado una manifestación de vida exterior que sólo podría aparecer en las especies: sería ridículo reivindicar un movimiento o algún signo de vida en los accidentes que permanecen del pan y del vino (Cf. pág. 252).

La expresión “cuerpo del sacrificio” no tuvo aceptación por parte del abad de Saint-Thierry, y de hecho, no se la mantuvo en adelante. La Eucaristía es el Cuerpo de Cristo, aquél mismo que está sentado a la derecha del Padre, y que se ofrece en sacrificio sobre el altar (Cf. pág. 252). Está totalmente espiritualizado, aunque permanece carne (Cf. pág. 264); por el poder divino, puede estar en varios lugares: la salvación del género humano exigía esta presencia real en diversos lugares (Cf. pág. 267). La razón humana es

superada, derrotada frente al misterio, mas ¿no permanece el Creador presente en todos los lugares? La razón está obligada a admitirlo, sin poder sin embargo explicárselo. En cuanto a los accidentes que permanecen sin sustancia que los soporte, ¿no podría Dios hacerlo, El, la Substancia pura sin ningún accidente? (Cf. pág. 275).

Manducación material y espiritual.

Guillermo distingue, con San Jerónimo, una doble carne en Cristo: “aquella divina y espiritual de la cual el mismo dice: *“mi carne es verdadera comida”*, y esta carne que fue crucificada y sepultada” (Cf. pág. 282).

Sin embargo, algunas líneas más abajo da una precisión importante: el sacramento del altar es verdaderamente *carne espiritual* sólo si se lo recibe con buenas disposiciones; de otra manera sólo sería un motivo de juicio y de condenación.

Guillermo llega hasta decir: “lo que hace —*efficit*— esta carne espiritual, es, por la gracia de Dios, el impulso de amor en el corazón de los ministros y de los fieles —*vitae meritum et affectus mentium in cordibus ministrantium et percipientium*” (Cf. pág. 282).

Es posible pues comer una carne sin la otra (Cf. pág. 284). Recibir esta carne de Cristo dada en alimen-

to —*caro mystica*— pero que de hecho no alimenta, sino que condena, no es comer carne espiritual, y entonces *no hay carne espiritual*: manducación puramente material.

Por otra parte puede haber una manducación puramente espiritual, una comunión fructuosa con el Cuerpo del Señor, fuera de la recepción sacramental física. Aquí lo dice Guillermo (Cf. pág. 283), y lo expone con gran claridad en su Carta a los Hermanos de Mont-Dieu, cuando haya adquirido su total madurez espiritual y doctrinal: “*Meditar detenidamente en su corazón los beneficios de la pasión y de la redención, para saborearlos deliciosamente en el fondo del alma..., esto es comer espiritualmente el Cuerpo del Señor y beber su sangre en su memoria...* Cuando se trata del sacramento, quien es digno de él, lo recibe para su vida, así como el indigno, para su muerte y su condenación; en cuanto a la realidad del sacramento —“*res sacramenti*”— aún fuera del rito sacramental, ella es vida eterna para quien la recibe. Si quieres, sí, si lo quieres de verdad, ella está siempre a tu disposición; cada vez que tú rememoras lo que por ti padeció, cada vez que te entregas a esta consideración con amor y fe, comes su Cuerpo y bebes su Sangre”. (“Carta de Oro”. Studium, Madrid, 1958; págs. 83-85).

Los sacramentos. Qué significan.

El sacramento es el signo de una cosa sagrada.

Ahora bien, un signo es lo que, mostrándose, lleva el espíritu a comprender otra cosa (Cf. pág. 290).

Comprendiéndolo así, “*el cuerpo de Cristo sobre la cruz, que es inmolado sobre el altar y es comido corporalmente, es el sacramento de esta carne, de este cuerpo espiritual del cual hemos hablado*” (Cf. pág. 289).

De manera inversa, el sacramento del altar, con la fracción y la elevación, hace pensar en la muerte, en la resurrección de Cristo, tiene, pues, valor de sacramento en relación histórica con la pasión, con la crucifixión.

Aún tiene Guillermo esta expresión que suena muy bien de *carne material* de Cristo, para decir que ella es el sacramento de su *carne espiritual*, pero en fin, ella es la carne de Cristo, “*mientras que las especies del pan no son en sí este cuerpo, esta carne de Cristo, sino que son el sacramento de ellos*” (Cf. pág. 291).

Eucaristía y cuerpo místico de Cristo.

Las especies sacramentales —el pan que ha sido formado con múltiples granos de trigo, el vino con múltiples granos de uva— son una figura y por eso un sacramento del cuerpo de Cristo que es la Iglesia (Cf. pág. 294).

Se encuentra aún otra acepción del cuerpo de

Cristo, la de cuerpo místico, la de la unión de los fieles que son todos miembros de la Iglesia (Cf. pág. 306).

Aquél que muere después del bautismo, sin haber comulgado, es sin embargo miembro del Cuerpo de Cristo, y, por el mismo, hecho partícipe de su cuerpo y de su sangre: “*por el hecho de que se hace miembro de su cuerpo, no está separado de ese cuerpo y de esa sangre, aún si antes de comer físicamente este pan y de beber esta copa, él deja este mundo, ya que está integrado en la unidad del cuerpo de Cristo*”. (Cf. pág. 286).

En cuanto a aquellos que comulgan sólo materialmente, sin alimentarse con la vida divina que debe dar el sacramento, “*non efficiuntur corpus Christi sumando corpus Christi*” (Cf. pág. 283). Guillermo ve una relación de proporcionalidad entre la comunión fructuosa, espiritual, y la participación en el cuerpo místico de Cristo, como miembro de la Iglesia: “*Al hacerse lo que nosotros éramos, Cristo Jesús, nuestra Cabeza, hizo que nosotros fuéramos lo que él era*” (Cf. pág. 295).

El sacrificio de Cristo en el altar.

Guillermo tiene un pasaje excelente y preciso sobre el sacrificio del altar (Cf. pág. 297): una sola muerte, la de la cruz; no puede repetirse — un solo sacri-

ficio, una sola víctima que se ofreció de una vez para siempre, más que nosotros ofrecemos en memoria de su muerte. En un sentido se trata de una inmolación, o más bien, una renovación de la inmolación del Calvario: *“Realizamos —operamur— la memoria de ese sacrificio”* (Cf. pág. 297).

Luz y sombras.

Se encuentran excelentes cosas en este tratado. Guillermo merece un gran elogio por haber osado tratar la doctrina tan difícil de la eucaristía que ya planteaba muchos problemas y discusiones en su época. Lo hizo con recta intención y competencia. El afirma con energía las verdades dogmáticas de la presencia real y de la transustanciación.

Lo que dice del sacrificio de Cristo sobre el altar es del todo ortodoxo.

Si la teoría de Ruperto sobre el *“cuerpo del sacrificio”* que sólo tendría la vida divina y espiritual, y la de Guillermo sobre este cuerpo de Cristo que, en la eucaristía, gozaría de la vida sensitiva, nos molestan; hemos de interpretarlas “con la benevolencia que da el sentido de la Iglesia”, viendo en ello más bien simples expresiones torpes, esta “vida espiritual, divina” del Señor que, en la comunión indigna, es *matada* según Ruperto, y que no está *“hecha”* según Guillermo.

Lo que dice Guillermo de la “comunión espiritual”, esta memoria de los beneficios del Salvador en su pasión, es muy fuerte: es un medio precioso de unión habitual con Dios.

P. Robert Thomas, OCSO.

**Carta de Guillermo a un monje⁽¹⁾
que había escrito acerca del
Cuerpo y la Sangre del Señor.**

*Al muy querido hermano en Cristo: que
el Señor ilumine los ojos de su corazón.⁽²⁾*

Leo y releo, queridísimo, tu escrito *De officiis*, y mucho me deleita su lectura, tanto por su calidad como por el amor muy tierno que siento hacia su autor. Pero porque la verdad del amor y el amor de la verdad³ odian toda falaz adulación, confieso que me parece ver en esta hermosa obra una mota, que aunque momentáneamente, entre nosotros, la disimulemos y encubramos con benévola indulgencia, de caer en manos de aquellos que gustan criticar en otros aún las cosas que dijeron bien, podría convertirse para muchos en signo de contradicción⁴.

Cuando conforme al rito del divino sacrificio tratase de aquellos tres aspectos: la materia, la intención, la causa final, después de muchas cosas dijiste de la materia: "Pero me dice el adversario: Cristo, Dios y hom-

1 Este monje es Ruperto, luego abad de Deutz. Cf. Introducción, pág. 233.

2 *Illuminatos oculos cordis*. Cf. Ef 1,18.

3 Sobre "amor de la verdad", "verdad del amor", ver: Comentario sobre el Cantar, P. de C. II, 507, nota (2), pág. 128.

4 Cf. Lc 2,34.

bre es viviente, sensible en su cuerpo y móvil. Mas, el cuerpo del sacrificio no tiene vida, no tiene sensibilidad, no se mueve, por lo tanto, el cuerpo del Señor no existe"⁵.

A esto respondiste al adversario: "Te pregunto, ¿qué vida buscas en el cuerpo del Señor? Porque hay una vida animal y una vida espiritual. La vida animal es vivida a través de los cinco sentidos: la vista, el olfato, el oído, el gusto y el tacto. Esta es la vida animal, que es carnal, que es carne. Pero dice el Señor que la carne de nada aprovecha". Y un poco más adelante añadiste: "Convenía que sólo la vida espiritual nos confiriera en el sacrificio su sabiduría, que es santificación, bendición, misericordia y verdad, justicia y paz. Esta vida espiritual está en el cuerpo del sacrificio sin su vida animal, como lo está la luz del sol sin su calor en el cuerpo de la luna".

En primer lugar, no acierto a comprender a qué llamas aquí cuerpo del sacrificio. Cuando a las bendiciones místicas, por la palabra de Dios que actúa invisiblemente, se transforma el cuerpo en cuerpo, la sustancia en sustancia, así como en la mesa de las bodas⁶ sólo quedó del agua convertida en vino, el vino en el que el agua fue trocada, así también en la mesa del altar sólo está presente el cuerpo del Señor en el que realmente fue trocada la verdadera sustancia de pan;

⁵ Ruperto, *De divinis officiis*, II.

⁶ Cf. Lc 2,1 ss.

excepto que nada quedó del agua en aquella conversión, mientras que del pan cuya conversión fue obra en la celebración del sacramento sólo permanece la especie visible. Por eso dice S. Ambrosio: "Recibes bajo una apariencia el sacramento, para que la sangre no te cause horror"⁷.

La piedad cristiana siempre rechazó el que después de la consagración del cuerpo del Señor permaneciera sobre el altar la sustancia de pan, y recientemente lo condenó en Berengario de Tours⁸ y sus seguidores. Pues de admitirse esto, si como aquél afirmaba el pan se transforma en el cuerpo del Señor de tal manera que no deja de ser pan, se diría ya no sólo que el Verbo se ha encarnado sino también —valga la expresión— que el Verbo se ha impanado.

Por cuerpo del sacrificio no entiendo otro que aquél que murió y resucitó, al cual no lo llamamos cuerpo del sacrificio sino cuerpo del Señor, como lo es en realidad. Quien no cree que es el mismo que se sacrifica en el

⁷ AMBROSIO, Sobre los Sacramentos.

⁸ BERENGARIO DE TOURS negaba la distinción de sustancia y accidente. De ahí que, al existir los accidentes de pan y de vino tuvo que afirmar la existencia del pan y rechazar la transustanciación. Según él, en la Eucaristía no se cambia la naturaleza del pan sino su espiritual significación. Negó primero la presencia real de Cristo en la Eucaristía y después afirmó que estaba según la humanidad, pero al mismo tiempo y juntamente con el pan y el vino. RUPERTO DE DEUTZ, a su vez, enseñó que la sustancia de pan y de vino se unía hipostáticamente al Verbo de Dios en la Eucaristía, casi de la misma manera que la carne humana se une a la persona del Verbo en la Encarnación. Esta unión se llama **impanación**.

altar, se coloca en el número de los que se apartaron diciendo: "Dura es esta palabra"⁹.

Pero a veces también tú llamas cuerpo del Señor a ese cuerpo del sacrificio. Mas en cuanto a esto —lo digo para tu tranquilidad— no sé si no atribuyes al cuerpo del sacrificio lo que no conviene sino al cuerpo del Señor. Digo que al cuerpo del Señor, más aún, al Señor Jesús en su cuerpo, en ese mismo cuerpo en el cual se nos hace presente en el altar y que no es otro que aquél que se sienta a la derecha del Padre, que posee movimiento y sensibilidad, y que es en todo de nuestra misma naturaleza aunque de gloria distinta; lo que nadie discute sino el necio que dice en su corazón: "No hay Dios"¹⁰.

Porque si llamas cuerpo del sacrificio a aquella especie visible que se presenta en el altar, sin duda por su semejanza con el pan corporal, impertinente y necio sería el adversario que buscara en la especie de pan aquellas cosas que son propias de los cuerpos vivos, esto es: la vida, la sensibilidad, el movimiento, y no más bien aquellas que son propias de su especie, como por ejemplo: la redondez, la blancura, etc.

La semejanza de pan que se presenta en el altar a ojos de la carne, considerada en sí misma, no es el cuerpo del Señor. Pero como ha sido algo que pertenecía

⁹ Jn 6,61
¹⁰ Sal 13,1

a la sustancia anterior, es decir algo inherente al pan o accidente, cuando la sustancia a la que inhería se convierte en el cuerpo del Señor ella permanece en función del sagrado misterio.

Ciertamente, es contrario al modo de obrar y de razonar de la sabiduría del mundo¹¹ el que, una vez quitada la sustancia, subsista el accidente de esa sustancia. Pero Dios no está sujeto a la ley de naturaleza, más aún, el Creador de la naturaleza es ley de esa misma ley, y el que según el profeta "colgó la tierra sobre la nada"¹² o, según otro, "sobre los mares la fundó y sobre los ríos la estableció"¹³ puede, una vez quitado el fundamento de la sustancia, conservar los accidentes o transferirlos a otra sustancia. Él, que con ese mismo cuerpo suyo del que hablamos, obró así mismo admirablemente —al introducirlo estando cerradas las puertas y al presentarlo en forma tangible¹⁴— esto mismo que la debilidad del espíritu humano apenas si puede comprender acerca de su divina sustancia. Él, que cuando en el sacramento es distribuido a los fieles hace de aquél lo que está escrito: "Ni el que recogió mucho abundaba, ni el que recogió poco estaba escaso"¹⁵; y que, en un mismo momento, está sentado a la derecha del Padre en el cielo y se sacrifica en la mesa del altar e igualmente,

¹¹ Cf. 1 Cor 1,25

¹² Job 26,7

¹³ Sal 23,2

¹⁴ Cf. Jn 20, 19 ss.

¹⁵ 2 Cor 8,15 (Ex 16,18)

en un mismo instante, desde la salida del sol hasta el ocaso y desde el Aquilón hasta el Austro¹⁶, se hace presente a todos los fieles que celebran con fidelidad, en su memoria, lo que Él mismo entregó. Nadie que esté en el cuerpo puede pensar esto del cuerpo. Por lo tanto, la verdadera sustancia del cuerpo del Señor está en el sacramento¹⁷ pero sin su especie visible; y es verdadera especie visible de pan pero sin su sustancia. Por eso dice S. Agustín: "Lo que veis en el altar es el pan y el cáliz, lo cual os anuncian también vuestros ojos; pero lo que exige la fe que debe ser instruída es que el pan es el cuerpo de Cristo y el cáliz, la sangre de Cristo". Y S. Ambrosio: "Para que permanezcan lo que eran y se transforman en otra cosa". Nada falso puede pensarse acerca del sacrificio verdadero, nada puede suceder como en las imposturas de los magos, donde con cierto fraude son engañados los ojos a fin de que vean lo que en realidad no existe; pero la verdadera especie visible de pan, que perteneció al pan, trascendiendo ella misma su sustancia, en cierto modo pasa a residir en otra cosa que la contiene, puesto que la hizo, y que la transfiere a su cuerpo.

Sin embargo, ésta, transferida al cuerpo del Señor, no está en él al modo como lo está el accidente respecto de la sustancia; porque al cuerpo del Señor, en cuanto a su sustancia, ni aquella blancura lo hace blan-

¹⁶ Cf. Sal. 106,3

¹⁷ Migne: in misteriis.

co, ni aquella redondez, redondo, y así lo demás. Pero, como según S. Agustín, es preciso celebrar visiblemente lo que no obstante hay que entender invisiblemente, para lo cual aquella especie es necesaria en servicio del misterio y en ayuda del gusto, se la admite como algo necesario y santo, de modo que, una vez realizado el rito, pueda ser consumida mediante la recepción del sacramento.

Puesto que aquella especie era consumible y sujeta a corrupción, no puede ser aquel santo del cual dijo el profeta: "No dejarás a tu Santo, ver la corrupción"¹⁸.

Luego, cuando niegas a aquel cuerpo del sacrificio la vida animal, desearía que dijeras con mayor claridad a qué llamas allí vida animal, pues dice el Apóstol: "Que vuestro espíritu, alma y cuerpo se conserven para el día del Señor"¹⁹.

Conforme a esa división que puede hacerse en todo hombre, distínguense dos vidas —la espiritual y la animal— que se oponen entre sí. Cuando en estas tres cosas: el espíritu, el alma y el cuerpo, las dos últimas sirven a la primera, la vida es espiritual; cuando las dos primeras sirven a la última, la vida es animal. En las Escrituras se suele llamar a esta vida, vida animal. Tal es, ciertamente, el hombre que no percibe lo que es de Dios. Pero el que dice que el Cuerpo de Cristo vive es-

¹⁸ Sal 15,10

¹⁹ 1 Tes 5,23

ta vida animal, él mismo no vive y es peor que un animal.

Porque si reducimos a eso el cuerpo de animalidad, llamando vida animal a la que vivifica y da sensibilidad solamente al cuerpo, cualquiera que suprima al cuerpo de Cristo, después de la resurrección, la vida y la sensibilidad de nuestra naturaleza aunque de gloria distinta, vea cómo fundamenta lo que dice; principalmente, porque quita a los miembros la esperanza de la resurrección que él destruye en la cabeza.

Esto es lo que me disgustó en tu escrito; a mí y a algunos de nuestros hermanos. A cuya interpretación parece concurrir lo que dijiste un poco más arriba.

En efecto, allí se lee: "El que come el pan visible del sacrificio, y, por su incredulidad rechaza al invisible de su corazón, mata a Cristo, porque separa la vida del vivificado y con sus dientes despedaza el cuerpo muerto del sacrificio; por lo que se hace reo del cuerpo y de la sangre del Señor". Y parece concordar con esta opinión, todo lo que fue propuesto y admitido en aquella sentencia sobre la materia del santo sacrificio. Por lo cual, dejo a tu juicio y al de los que lo lean, el resolver si necesita ser corregido.

Lo único que pido ahora a tu caridad, por aquél que es caridad, es que no pienses que yo, dudando de la integridad de tu fe —lo cual está muy lejos de mi corazón y de mi conciencia— como un juez te arroje con cierta temeridad esta sentencia condenatoria, sino que

hablo con fraterna caridad y amistosa solicitud —testigo me es Dios—; solícito por ti, quisiera que, no sólo esto, sino todo tu estudio y trabajo, de tal modo fuera revisado y examinado prolijamente antes de ir a parar a manos de extraños, que si alguien quisiera corroerlo, no pudiera hallar en dónde hincar el diente; y así, nadie pudiera empañar el vaso puro. Adiós.

"Termina la carta del Señor Guillermo en otro tiempo abad de S. Teodorico, pero al final monje de Signa por su gran deseo de perfección y anhelo de pobreza".

Prólogo de Dom Guillermo a San Bernardo, Abad de Claraval

A su queridísimo elegido entre miles: su otro yo.⁽²⁰⁾

Cuando hace poco, por exigencia del mismo tema, tuve que escribir brevemente a un hermano sobre los sacramentos, en habiendo empezado a reflexionar acerca de esto comencé a reunir y a confrontar ciertas enseñanzas tomadas de las sentencias de los Padres; sentencias que en sus libros, y principalmente en los de S. Agustín, suelen confundir a algunos sobre el particular.

Tras haberlas reunido me puse a examinarlas para ver qué podía concluir de todo eso, y como de tal compilación saliese, no sé cómo, este opúsculo, pensé que debía dedicártelo a ti, prefiriéndote a todos, que debíamos estimarlo como algo tuyo y mío. De modo que cuando en él corrijas lo que hubiere que corregir, la obra será tanto mía como tuya. Aunque yo la haya escrito, tú serás el que la haya corregido, y más bien será obra tuya que obra mía, si lo mal expresado por mí fuera bien corregido por ti²¹.

Al final del opúsculo reuní por separado esas sentencias de los Padres para facilitar la aplicación de lo

20 Latín: *suus ille seipsum*.

21 Cf. Introducción, pág. 234.

que fuera necesario y confrontarlas entre sí; y las anexé a esta misma obra, aún cuando por todo el opúsculo las diseminé y donde lo juzgué oportuno preferí poner sus propias palabras, no las mías.

Comienza el libro de Dom Guillermo sobre el Cuerpo y la Sangre del Señor

La fe cristiana que por privilegio singular predomina sobre la inteligencia, de tal modo que no hemos de buscar la fe por la inteligencia, sino la inteligencia de la fe, por medio de la fe, aparta de sí a todo "inquisidor" soberbio e indiscreto y a aquél que en las muchas y diversas cuestiones sólo busca en la fe su propia gloria; y también rechaza a aquél que, elucubrando e impugnando examina, en vacilantes razonamientos, si debe creerse lo que la divina autoridad declara que se debe creer.

Felices los pobres de espíritu que reconociéndose pequeños y necesitados de ser nutridos con leche hasta devenir aptos para el alimento sólido²², se acercan sencillamente a la fe, la cual los recibe y adiestra; y es de ellos, no de todos, la fe.

Porque una cosa es la fe y otra la ciencia. La ciencia se adquiere por la razón y el intelecto, mas la fe tan solo se revela por la autoridad.

Por lo tanto, quien no quiere creer nada, excepto lo que procede de la razón y del intelecto, confunde

²² Mt 5,3; 1 Cor 3,2

aquí los órdenes, y no queriendo creer nada, parece anular, en lo que de él depende, la fe.

Pero "es preciso que quien se acerca a Dios crea que existe"²³ y "el justo vive de la fe"²⁴. Por eso, respecto del sacramento del Santo de los Santos, del Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, sobre el cual he de escribir, no creo que esté fuera de lugar exhortar a quienes piensan y hablan como yo, sobre esto y otras cosas semejantes, no para apoyar demasiado sus ideas sino para fijarles una medida de prudencia, para que dirijan los ojos de la mente hacia el tema de que se trata y para que —según la sentencia de Boecio, varón prudentísimo— puedan creer en esta realidad tal como ella es.

Pues no es propio del hombre racional, cuando habla de las cosas divinas, pensarlas a partir de las cosas que estén por debajo de Dios, ni reducir la inmensidad de la omnipotencia a los límites de sus posibilidades; ni querer representarse, tomando como ejemplo la naturaleza mutable, esa naturaleza en la cual permanecen eternamente todas las formas causales de las realidades que se deslizan en el tiempo.

Estas realidades de arriba y no las de abajo son las que debemos tomar como ejemplo de las explicaciones y argumentos de las demostraciones. Quien no lo hace, debe ser considerado semejante a aquél que atribuye la fuente al río y no el río a la fuente.

²³ Hebr 11,6

²⁴ Hebr 10,38

Capítulo Primero: Qué debemos pensar acerca del cuerpo del Señor, y qué acerca del hecho de que esté en diversos lugares a un mismo tiempo y sin embargo no en todas partes.

En esta consideración, en lo que se refiere a los sagrados misterios de Cristo, no debemos entender la carne según la carne. Pues aunque a Cristo lo conocimos según la carne, con todo ahora ya no lo conocemos²⁵. Y además, no debemos, cual escudriñando espiritualmente, atenuar la verdad de la carne de tal manera que destruimos, como ratiocinando, su naturaleza unida al Verbo de Dios pero sin embargo no cambiada en el Verbo. Pues "Jesucristo es el mismo ayer y hoy y por los siglos"²⁶. El mismo que glorificó aquella naturaleza de tal modo que no la destruyó, que la elevó de tal modo que no la aniquiló, a la que le comunicó la carne y la sangre para asemejarse en todo a sus hermanos como pontífice misericordioso²⁷. Pues debemos pensar del cuerpo del Señor tal como es: de nuestra naturaleza pero de distinta gloria.

Si el cuerpo de nuestra humilde condición, glorificado por la resurrección ha de ser espiritual, en cuanto que se elevará por la fuerza espiritual, la incorruptibilidad y la gloria, ¿cuánto más lo ha de ser aquel cuerpo en el que habita corporalmente toda la plenitud de

²⁵ 2 Cor 5,16

²⁶ Hebr 13,8

²⁷ Hebr 2,17

la divinidad, el cuerpo de aquél que resucitó como primicia de los que mueren, Cristo?²⁸.

Si en aquel momento la vida absorberá en nosotros todo lo mortal²⁹, si todo lo humano se trocará en mejor, de manera que lo que ahora es espíritu, alma y cuerpo, será entonces todo espiritual o espíritu; ¿cuánto más sucederá esto en Cristo, que por la unión de las naturalezas es en sí mismo sustancia de cada una de ellas, que no carece de ninguna de las dos, en ambas Dios y hombre? ¿Cuánto más sucederá esto en Cristo, que cuando en virtud de su resurrección puso fin a todo lo que es propio del hombre pasible y mortal elevó en sí mismo aquella forma que había de ser enriquecida con el acrecentamiento de tan grande glorificación, a tal punto que, como dice el Apóstol, la exaltó y le dio "un nombre que está sobre todo nombre?"³⁰.

Y si la naturaleza humana que se unió a aquella suma naturaleza se unió a ella desde la concepción de la Virgen con tan grande unidad que ni las realidades divinas pueden darse sin el hombre ni las humanas sin Dios, y si por esta unidad, también en los días de su vida mortal³¹ pudo el hombre Cristo obrar como Dios ¡cuánto más por la glorificación con la que Dios lo

28 Cf. Col 1,19; 1 Cor 15,20

29 Cf. 1 Cor 15,54

30 Flp 2,9

31 Hebr 5,7

exaltó, su humildad no habría de trocarse en gloria, su debilidad en fuerza, su muerte en vida!

Pues lo que parece incomprensible a los razonamientos de la filosofía del mundo acerca de su humanidad glorificada por la resurrección, a saber: que se presentara ante los discípulos estando cerradas las puertas³² de un modo palpable, lo realizó, pasible y mortal, cuando estando cerradas las puertas de la naturaleza salió de su tálamo, del seno virginal, para recorrer el camino de la salvación humana³³.

Si el poder del creador y la piedad de la fe hacen creíble que aquel cuerpo pudiera entrar y salir por un lugar cerrado, no veo por qué no habría de ser creíble que aquel cuerpo hubiera podido hacer otras cosas que también excedieran la naturaleza de los cuerpos.

De hecho, también ocurre esto con nuestro espíritu, puesto que fuimos creados a semejanza de Dios. Conforme a la semejanza que tiene con Aquél que lo creó en el reino de la "machinae corporalis" (el propio cuerpo), a la que preside, nuestro espíritu se encuentra en cierto modo en situación similar a aquella en que se encuentra el Creador en el reino de su creatura. De tal manera que así como éste está en todas partes y está todo entero, así nuestro espíritu está en todo el cuerpo y está todo entero, aunque la razón humana no acierte a comprender cómo se realiza esto.

32 Jn 21,19

33 Cf. Sal 18,6

¿Por qué, entonces, habrá de parecer difícil que la naturaleza humana (de Cristo) unida a aquella suma naturaleza, pueda estar en distintos lugares y con todo no en distinto tiempo, en virtud del divino poder, después de haber sido glorificada en la resurrección? Pues, como dice el Apóstol: "Aunque fue crucificado en razón de su debilidad, vive, sin embargo, por la fuerza de Dios"³⁴. Si bien consta que el espíritu racional es de una naturaleza más digna y sutil que la de cualquier otro cuerpo, pienso que ese cuerpo que mereció ser elevado sobre todos los cielos, en aquél que está sobre todas las cosas, es más digno y —para todo lo que quiso— más sutil y eficaz, de lo que lo son no sólo los espíritus inferiores, sino también todos aquellos que merecieron ser llamados con el nombre de cielos.

Pues, aunque también, sin ninguna duda, debemos creer en su elevación corporal, por la cual aquella naturaleza fue elevada sobre los cielos; sin embargo, esa exaltación con la que creemos que fue exaltada sobre los cielos de los cielos, hemos de entenderla, con toda verdad, de manera que la creamos glorificada en dignidad, gloria y poder sobre todas las cosas celestiales.

En efecto, se sienta, como dice el Apóstol: "A la diestra de la Majestad en las alturas; hecho tanto mayor que los ángeles cuanto que heredó un nombre más

34 2 Cor 13,4

excelente"³⁵. Por esta diestra, ciertamente, no hemos de entender sino lo mejor que posee aquella Majestad. Y no obstante, no digo que aquella naturaleza humana del Señor esté en todas partes, porque no es necesario que esté sino donde quiere y donde esto se opera por algún sacramento de la fe; para lo cual fue asumida y glorificada, es decir, en vistas al misterio de la salvación humana, porque como dice Ambrosio: "No debemos interpretar según la naturaleza de la divinidad lo que se opone a esta naturaleza. Aunque creamos que Cristo asumió la carne, si con todo no distinguimos la naturaleza del Verbo y la de la carne se nos dice: "Si ofreces rectamente pero no rectamente distingues, pecaste"³⁶.

Sólo Dios está en todas partes de un modo necesario, ya que como todas las cosas subsisten en él³⁷, dondequiera no esté él no puede existir nada.

Esto exige como algo inevitable, necesario, la presencia de su poder en todas partes. De ahí que resulta claro que el cuerpo de Cristo puede estar en diversos lugares a un mismo tiempo, mas según la ley de la naturaleza creadora, no de la creada.

Pero como es propio de la naturaleza creada el estar sometida a todas las leyes de la naturaleza creadora, si alguna vez esta naturaleza que la instituye y re-

35 Hebr 1,3-4

36 Sobre la Encarnación, I, c. 4.

37 Col 1,17

gula permite a aquélla quebrantar sus pactos, no hemos de pensar, por eso, que transgrede sus leyes, que las viola, principalmente en esa naturaleza que en virtud de la persona se encuentra unida al Verbo.

En efecto, por el Verbo fue creada toda la naturaleza, y de ningún modo puede existir sin él, sino que, como dice el Evangelista, en él estaba la vida³⁸.

Pero consideremos aquella unidad de la persona por la cual "Cristo, aunque sea Dios y hombre es con todo uno, no dos"³⁹. De ella dice el Señor: "Nadie subió al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre que está en el cielo"⁴⁰, y el Apóstol: "Si lo hubieran conocido nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria"⁴¹; puesto que a Cristo-hombre, dado lo peculiar de su naturaleza, era posible haberlo crucificado como Señor de la gloria.

Si, como digo, pensamos en aquella unidad de la persona, hemos de creer, por el hecho de esa unión de la naturaleza humana con Dios, que Cristo-hombre ha estado y está en el cielo, en la tierra y en todo lugar aún antes de que (la naturaleza humana) fuera concebida de la Virgen. Igualmente debemos creer, sin ninguna duda, que conforme a la unión de la naturaleza divina con el hombre, también Dios fue crucifica-

38 Jn 1,3-4

39 ATANASIO, Símbolo

40 Jn 3,13

41 1 Cor 2,8

do. Pues según esta unidad, Cristo el Señor, cuando descansó en el sepulcro, estuvo a un mismo tiempo en el cielo, en la tierra y en todas partes pero sólo según la divinidad; a un mismo tiempo descansó en el sepulcro, pero sólo en la carne; a un mismo tiempo estaba liberando a los suyos en el infierno, pero sólo en el alma; a un mismo tiempo se sentaba en el cielo a la derecha del Padre, pero sólo en su deidad.

Si nos interrogamos acerca de cualquiera de estas cosas, hemos de respondernos que Cristo el Señor lo ha hecho, ciertamente, pero según la propiedad de cada sustancia.

Pero ahora no hablamos de esta presencia de su cuerpo. Según aquella otra presencia de la que comenzamos a hablar, el Señor está presente en su cuerpo en diversos lugares a un mismo tiempo, de un modo incomprendible e inenarrable, pero cierto, allí donde la obra de la salvación humana lo exige. Él, que en aquella epifanía de su cuerpo, cuando una vez resucitado subió al cielo entre las aclamaciones gozosas de los apóstoles y al son de trompetas de los ángeles⁴² estuvo, no obstante, presente en un solo lugar. Lugar que, sea cual fuere, no ha de aventurarse a buscar investigando quien no quiera engañarse.

Y allí habrá de estar hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas, y sólo entonces volverá de la misma manera que se le vio subir al cielo⁴³.

42 Cf. Sal. 46,6

43 Cf. Hech 1,6.11

Capítulo Segundo: De qué modo nos es necesaria ahora la presencia del cuerpo del Señor.

Así como la salvación del género humano exigía que el Señor estuviera presente allí donde era necesario, así también ahora exige que su cuerpo esté presente donde es necesario.

En efecto, ya no necesitamos aquella su presencia visible en la cual Cristo vivió con los hombres, cuando nuestra naturaleza debió ser redimida por su muerte en la que únicamente él fue hallado inocente; cuando no pudo ser crucificado sino en razón de su debilidad; y cuando en la manifestación de su carne y en la distinción de sus miembros se mostró de tal modo que pudo ser crucificado.

Sin embargo nos es necesaria su presencia conforme a como la misma Verdad aseveró que era necesario cuando dijo: "Si no coméis mi carne y bebéis mi sangre no tendréis en vosotros la vida que permanece"⁴⁴.

Por lo tanto, hemos de comer la carne de Cristo si queremos tener en nosotros la vida eterna. Pues su carne es verdadera comida y su sangre verdadera bebida⁴⁵.

Porque lo que se apetece en la comida y en la bebida se concede únicamente en este alimento, es decir, el no tener más hambre. Y así como se apetece la comida ordinaria para poder vivir, así también se debe

⁴⁴ Jn 6,54

⁴⁵ Ibid. 56

apetecer este alimento, el único por el que se llega a aquella vida por la que se vive verdaderamente.

Se otorga este alimento para dar al alma la vida eterna, no para mantener las ruinas de esta vida miserable que "es humo que aparece en un momento"⁴⁶.

Bajo este aspecto nos es necesaria, para la salvación y la vida, la presencia de su cuerpo: para que nos alimentemos de él que se hizo por nosotros nuestro pan cotidiano.

Sin embargo, convenía que así como cuando nos fue necesaria su presencia visible, el Verbo hecho carne, invisible en lo suyo, se hizo visible en lo nuestro, así también cuando la obra de nuestra salvación exige que se coma su carne, que no es la misma carne en su naturaleza, conviene que se transforme en otra, o sea, que se presente en tal forma que se la pueda comer. Lo cual en cosa alguna pudo realizarse más convenientemente que en aquellas que, en cierto modo, tienen primacía entre todos los alimentos del cuerpo humano: el pan y el vino. Pues, según la Escritura, más que ningún otro alimento, "el pan fortalece el corazón del hombre y el vino lo alegra"⁴⁷.

El Señor, que por condescendencia y piedad se dignó llevar sobre sus hombros a la oveja perdida⁴⁸, es decir, asumir en la unidad de su persona nuestra natu-

⁴⁶ Sant 4,14

⁴⁷ Sal 103,15

⁴⁸ Lc 15,5

raleza viciada; por esa misma condescendencia, asumiendo ahora la terrena sustancia de pan en virtud de su divino poder el cual en todo y por todo está sujeta, puede, cuando lo quiere, transformarla en la realidad de su carne.

Capítulo Tercero: De la especie visible en el sacramento del cuerpo de Cristo.

Cuando el Señor cambia una naturaleza en otra, una sustancia en otra, un cuerpo de otro, hace subsistir de lo que fue cambiado sólo aquello que le exigía la "res", es decir, que cuando la sustancia de pan se transforma en aquella sustancia que se sienta a la derecha del Padre, él reclama de la cualidad de la anterior sustancia el que, en virtud del rito del misterio, se haga tangible y gustable por aquella naturaleza lo que no era tangible y gustable por la suya.

Pero contra todas las disquisiciones y razonamientos de la filosofía del siglo, al convertir la sustancia de pan en otra sustancia, en servicio del misterio transfirió —sin cambiarlas— ciertos accidentes que estaban unidos a aquélla. De este modo, aunque el cuerpo del Señor carece de blancura se hace blanco; y aunque carece de redondez se hace redondo. Pues el Señor de tal modo se reservó todas las cosas, que aunque están presentes a su cuerpo mortal con todo no existen en él,

no lo corrompen ni lo debilitan como los accidentes a la sustancia a la que inhieren.

Todas las cosas que sirven exteriormente para velar, de alguna manera, el cuerpo del Señor —que verdaderamente permanece en su forma y en su naturaleza— ese algo que por naturaleza estaba unido al pan y no estaba unido al cuerpo del Señor, y que la "res" del sacramento le exigía para existir, por una condescendencia con su ocultamiento es transferido a aquel cuerpo de manera que, realmente, se hace tangible y gustable en virtud del rito del misterio, lo que no era tangible y gustable en virtud de su naturaleza. Y es esto a mi entender lo que sucede con aquella especie visible en el sacramento del altar.

Y ¿qué es más digno de admisión: el que Dios haga subsistir los accidentes fuera de la sustancia, o el hecho de que él mismo sea la sustancia que no admite ningún accidente? Ya que es sustancialmente todo lo que es: bueno sin cualidad, grande sin cantidad, presente en todas partes sin lugar, impasible, y así lo demás.

Capítulo Cuarto: Qué se realiza en el sacrificio según la naturaleza y qué fuera del orden de la naturaleza.

Pero conviene que indagemos más detenidamente acerca de las cosas ordinarias, naturales y posibles según la naturaleza por la transformación de las naturale-

zas o formas, para que veamos y entendamos qué es lo que en el santo sacrificio Dios, creador de todas las naturalezas, realiza según la naturaleza, y qué fuera del orden de la naturaleza. Dice Boecio: "Ciertamente, pueden ser cambiadas y transformadas en sí sólo las que tienen el sujeto común de una materia". Y no todas éstas, sino sólo aquellas que pueden en sí hacer y padecer. Lo cual se demuestra, en verdad, del modo siguiente: No puede el bronce convertirse en piedra, ni la piedra en hierba; ni puede un cuerpo transformarse en otro a no ser que también tenga en sí la misma materia de las cosas que se cambian; y pueda hacer y padecer por sí; de este modo, cuando se mezclan el vino y el agua, ambos son de tal índole que se comunican entre sí la acción y la pasión.

En efecto, puede la cualidad del agua sufrir algo por la cualidad del vino, y puede asimismo la cualidad del vino padecer algo por la cualidad del agua; de ahí que si hubiera mucha agua pero poco vino, no diríamos que se han mezclado, sino más bien, que por la cualidad del uno se ha desvirtuado el otro.

Si se derrama vino en el mar, el vino no se mezcla con el mar, antes bien, desaparece; porque la cualidad del agua debido a la magnitud de su masa nada sufre por la cualidad del vino sino que más bien, en razón de su volumen, ha trocado en sí mismo la cualidad del vino.

Pero si las naturalezas que pueden hacer o padecer en sí algo son débiles e iguales entre sí, o poco desiguales, se mezclan y se combinan entre sí en sus medianas cualidades. Lo cual sucede ciertamente en los cuerpos. Y no en todos estos, sino sólo en aquellos que, ya lo dijimos, en sí mismos pueden hacer y padecer, como sujetos de una misma y común materia.

Pareciera que todo cuerpo que está sujeto a la generación y a la corrupción debería tener una materia común; mas no todo cuerpo puede hacer o padecer todo de todo o en todo.

Las cosas corpóreas por ninguna razón podrían trocarse en incorpóreas porque no participan de ninguna materia común que por las cualidades recibidas pueda trocarse en otra.

Pero el cuerpo del Señor, al tener con el pan el sujeto común de una única materia, en cuanto que el cuerpo del Señor pudo nacer y morir, parece compartir una materia común con este pan terreno; y el pan, porque tiene una materia común con el cuerpo de Cristo, tiene la posibilidad de convertirse en éste y cuando esto sucede, en modo alguno se aparta de la naturaleza.

Pues si a la magnitud del mar le es posible trocar una pequeña gota de vino en su naturaleza de tal manera que parece que de ella no queda nada en absoluto. ¿le será imposible a la multitud o magnitud del poder de Cristo por el cual el hombre Cristo Jesús es

uno con Dios Padre, por la acción omnipotente del Creador y por la obedientísima pasión de la creatura cambiar el pan en su cuerpo? Y ¿cómo le será difícil a quien le fue fácil crear de la nada tanto el "formatum" como la "forma", cambiar el "formatum" y conservar la "forma"?

De este modo, como se dijo, mediante el cambio de algunas cosas y la permanencia de otras en servicio del sacramento y en ayuda del gusto, nos es posible, gracias a nuestro buen Redentor, comer su cuerpo piadosa, santa y verdaderamente, cuantas veces él bendice para nosotros este pan, es decir, cuantas veces lo convierte en su cuerpo.

Capítulo Quinto: De la manducación espiritual del cuerpo de Cristo.

Pero como al hombre animal que no percibe las cosas de Dios le parece absurdo y horrible el que el siervo coma a su Señor, debemos considerar con toda diligencia cómo tal alimento nos es necesario para la verdadera vida hasta el punto que sin él sería imposible alcanzar aquella vida.

También convendría discutir más en detalle el modo de comer, para que todo el que crea comerlo corporalmente no se fíe de tener en sí la vida eterna. Mas ya se dijo cuál es esa vida para la que nos vivifica este

alimento. Porque no hay duda que mediante él se busca más bien la vida del alma que la del cuerpo. Es manifiesto a todos que así como el alma es la vida del cuerpo, así también Dios es la vida del alma. Pero "Dios es caridad"⁴⁹; de ahí que la vida del alma racional es la caridad de Dios.

Y para eso nos debe nutrir este alimento: para que amemos a aquél que es el amor, y poseamos a aquél a quien amamos. Porque todo lo que nuestro Redentor hizo en la carne, lo hizo para eso: para que lo amemos, no porque necesitara él de nuestro amor, él que no necesita nuestros bienes⁵⁰ y se basta a sí mismo en todas las cosas, sino porque aquellos a los que él recibió para hacerlos felices no podrían ser felices sino amándolo.

Es así que no sólo con el amor con que nos amó primero sino con grande y amorosa condescendencia en cierto modo se esforzaba por merecer que lo amáramos, curando nuestras enfermedades, resucitando a los muertos, eligiendo lo plebeyo del mundo, confundiendo lo fuerte del mundo⁵¹, recomendando el odio a lo terreno y el amor a lo celestial.

Por eso, ciertamente, descendió hasta nosotros: a fin de recuperar para sí —mostrando las mercedes de

49 1 Jn 4,16

50 Sal 15,2

51 Cf. 1 Cor 1,27-28

su amor — nuestro amor disperso en las cosas terrenales y por ellas corrompido, y para reformarlo en la novedad de vida y, habiéndolo sustraído y purificado de la escoria de todo aquello que no puede ser amado juntamente con él, levantarlo consigo hacia lo alto.

Dice Agustín en el libro de las Confesiones: "Aquella suma majestad, elevándose por encima de las partes superiores de su creación levantó hacia sí a las que le estaban sometidas.

En las partes inferiores se edificó, de nuestro barro, una humilde casa mediante la cual pudiera abatir en sí mismo a los que había de someter y pudiera atraerlos hacia sí, dando fin al temor y excitándolos al amor.

De este modo procuraba evitar que, fiados de sí, se fuesen más lejos y antes bien procuraba que se hiciesen débiles viendo a sus pies debilitada a la divinidad por haber participado de nuestra túnica pelícea; y así, cansados, se arrojaran en ella para que ésta, al levantarse, los eleve.

¿Qué hará pues el hombre miserable? ¿Quién le librará de su cuerpo de muerte sino la gracia de Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo? En quien, como el príncipe de este mundo no halló nada digno de muerte, lo mató; y así fue anulada la sentencia que nos era contraria.

Él, de buen grado gustó la muerte por todos; y li-

beró a aquellos que estaban sometidos a servidumbre de por vida, en el temor de la muerte. Y así, en la participación de la muerte, el Hijo de Dios se dignó hacerse nuestro amigo para que conociéremos a Dios hecho en cierto modo semejante a nosotros, y por nuestra confianza en él abandonáramos a nuestro enemigo y nos refugiáramos en nuestro Redentor". Quien, a tal extremo se abajó para levantarnos, que no desdeño asumir de nosotros en favor nuestro, eso en lo cual el enemigo se gloriaba de existir en una naturaleza mayor y más digna que la nuestra.

Haciéndose inferior al enemigo —en cuanto que podía sufrir— y muriendo, en su anonadamiento se le vio algo menor que los mismos ángeles apóstatas, ya que pudo morir. Impotente y débil se mostró ante aquél que no podía morir.

De este modo, como dice el profeta, hubimos de ser atraídos por los lazos del amor⁵². Así debieron ser curados los que se amaban hasta el desprecio de Dios, a fin de que aprendieran a amar a Dios hasta el desprecio de sí.

En realidad, provocaba esto en nosotros no por sí mismo sino por nosotros; porque por nosotros en sí mismo se nos mostraba, es decir, para que aprendiéramos a amar hasta el desprecio de nosotros mismos a aquél

52 Os 11,4

que nos amó primero hasta el desprecio, podría decirse, de sí.

Salvo el otro sacramento de nuestra redención, asumió la carne por causa de esta obra salvadora y la expuso a las leyes y rigores de la naturaleza y a los sufrimientos; e hizo y dijo todo lo que hizo y dijo mediante la carne o en la carne.

Estas consideraciones acerca de su carne proporcionan un grande y magnífico alimento de vida a nuestras almas.

Tomamos este alimento con avidez con nuestras bocas, cuando recogemos dulcemente y escondemos en el vientre de la memoria todo aquello que por nosotros hizo y padeció Cristo. Y éste es el banquete de la carne y de la sangre de Jesús, del cual quien participa tiene en sí la vida eterna.

Pero participamos de él cuando con esa fe ardiente que obra por el amor⁵³, volvemos a colocar en la mesa del Señor aquello que de allí tomamos, es decir que, así como aquél se manifestó por nuestra salvación sin necesidad alguna de su parte, así también nosotros, por necesidad de nuestra salvación, manifestemos con todo nuestro ser nuestra fe y caridad en él.

Pues todo el que se alimenta en este banquete no puede comer ocioso su pan, sino que diligentemente, con

⁵³ Gál 5,6

la mujer fuerte, se levanta de la noche de este siglo a la luz de la palabra de Dios, para comer las obras de sus manos, ser dichoso, y andar bien⁵⁴. Y así el buen comensal de Cristo permanece en Cristo por los sentimientos de un amor devoto, y posee a Cristo que permanece en él por virtud de una santa operación⁵⁵.

Y porque una y otra cosa son don de Dios, como un todo progresan más y más hasta alcanzar las cimas de un amor más grande hacia aquél a quien amar perfectamente no es otra cosa, por cierto, que ser perfectamente feliz.

Pero a este alimento más lo come quien más lo ama; y a su vez, al amarlo más, más y más lo come, más y más lo ama, aunque en esta vida nosotros recibimos solamente ciertas arras de este amor, cuya plenitud la esperemos como premio en el siglo futuro.

Esto es comer aquella carne de la que dice Jesús: "Quien come mi carne, permanece en mí y yo en él"⁵⁶.

Capítulo Sexto: Del doble cuerpo de Cristo.

Dice Jerónimo en la carta a los Efesios: "De dos ma-

⁵⁴ Cf. Prov 31,27.15.17; Sal 127,2

⁵⁵ Latín: "*per piae dilectionis affectum... per sanctae operationis effectum*". "*affectum*" en paralelo con "*effectum*": frecuente en Guillermo.

⁵⁶ Jn 6,57

neras puede entenderse la carne de Cristo: ya aquella espiritual y divina de la cual él mismo dice: "Mi carne es verdadera comida"; ya aquella que fue crucificada y sepultada".

Pues de aquella carne primera que fue crucificada procede esta otra. Y según el salmista, Dios saca el pan de la tierra⁵⁷, cuando desde el campo del cuerpo terrenal que tomó de nosotros, ofreció el misterio del pan celestial y el de la bebida de la salvación con lo cual se alimenta la Iglesia. Y así como el cuerpo del Señor que murió es llamado en el Evangelio grano de trigo que cae en tierra, así en el salmo aquella mística carne es llamada flor del trigo⁵⁸, respecto de la cual el Señor, exhortando a los discípulos, decía: "Si no comiereis mi carne y bebiereis mi sangre, no tendréis en vosotros la vida eterna"⁵⁹; y el cuerpo del Señor se hace presente en los sacramentos, por la fe de la santa Iglesia, a la cual pertenece en forma total el sacrificio, cualesquiera sean los méritos de aquél mediante el cual se realiza.

Pero lo que hace que esta carne sea espiritual es el mérito de la vida y el impulso del amor en los corazones de los ministros y de los fieles. Por eso aquello

57 Sal 103,14

58 Jn 12,24; Sal 80,17

59 Jn 6,54

de: "Que sea para nosotros el cuerpo y la sangre de tu Hijo"⁶⁰.

Digo: que sea para nosotros, porque sin ninguna duda el cuerpo del Señor se hace presente en la mesa del altar siempre que se celebra aquel solemne misterio con el debido rito, pero no siempre se hace presente para aquellos mediante los cuales se hace.

Capítulo Séptimo: Que a menudo se recibe un cuerpo del Señor sin el otro.

Y como por tal motivo puede entenderse esta carne de dos maneras, así como puede entenderse una sin la otra, así también puede comerse una sin la otra. De ahí que diga el Canon: "A fin de que todos cuantos comulgando en este altar recibiremos el santo Cuerpo y la Sangre de tu Hijo, seamos colmados de todas las bendiciones y gracias celestiales". Porque no todos los que comen corporalmente son espiritualmente colmados con aquella gracia y bendición celestial. Por eso aquello de: "Para que lo que obremos temporalmente lo alcancemos en los gozos eternos". Y también: "Para que lo que recibimos en los misterios visibles lo alcan-

60 Canon de la Misa.

ceмос con efecto invisible". Y otras muchas cosas por el estilo.

Pues según Isaías, todos los que aman los placeres más que a Dios, son santificados en los huertos y en los umbrales⁶¹, porque no pueden entrar en los misterios de la verdad; y comen alimentos de impiedad mientras no son santos de cuerpo y de espíritu, y no comen la carne de Jesús ni beben su sangre de las que él mismo dijo: "Quien come mi carne" (ibid.) y lo demás.

Ciertamente, son santificados en los umbrales los que en este sacramento sólo atienden a lo que reciben corporalmente, y en cierta manera lo honran como santo y por eso comen alimentos de piedad; pero al rechazar de su corazón esa misma piedad, no quieren recibir dentro de los umbrales de su casa la santificación de la gracia celestial. Pues no se hacen cuerpo de Cristo al recibir el cuerpo de Cristo. Y por eso no comen aquella carne de Jesús de la que hablamos más arriba, ni beben su sangre, sino que lo que comen y beben lo comen y beben para su propia condenación⁶².

Porque así como el sol, con el solo calor de su rayo, derrite aquí la cera, allí seca el barro, y aunque no

61 Is 65,3-4

62 1 Cor 11,29

es diverso en sí actúa en las cosas de manera diversa utilizando las materias de las cosas tal como las halla, así la gracia de Cristo, en cuanto depende de él, se derrama en todos de una misma manera, pero al encontrar diversas disposiciones de espíritu obra en ellos de diverso modo.

A éste lo ablanda misericordiosamente en el amor de Dios, a aquél lo endurece con justicia, no teniendo compasión de él, pues "de quien quiere se apiada y a quien quiere endurece"⁶³. Y Agustín dice: "Tal fue Judas en el banquete del Salvador, para quien fue veneno el bocado que recibió de manos del Señor, recibido el cual entró en él el enemigo; no porque fuera malo, sino porque él, malo, recibió malamente lo que era bueno".

De un mismo pan comieron Judas y Pedro, y sin embargo, ¿qué participación hay entre el fiel y el infiel?⁶⁴. Pues Pedro lo recibió para la vida, Judas para la muerte. Así, según una comprensión diversa, y un diverso efecto, siendo uno el pan de Cristo, en cierto modo uno fue el que recibió Pedro y el otro el que recibió Judas, y puede comerse uno sin el otro.

63 Rom 9,18

te distinto a los alimentos de los que se dice: "Todo lo que entra por la boca va al vientre y acaba en el seceso"⁶⁷.

Este alimento no va al cuerpo, por lo cual de ningún modo se convierte como los demás alimentos en la naturaleza del cuerpo, sino que nuestro cuerpo se convierte en su naturaleza; y es alimento que prepara el cuerpo y lo dispone tanto para la resurrección futura como para la incorrupción perpetua, y que está en nosotros y en donde estaba, es decir, a la derecha del Padre.

Así pues, mediante el sacramento, la cualidad natural se hace sacramento de la perfecta unidad, ya que recibidas y consumidas estas cosas, hacen que no sólo estemos en Cristo sino también que Cristo esté en nosotros.

Por lo tanto, él está en nosotros por la carne y nosotros estamos en él según aquello de que: en Dios está lo que nosotros somos. Por eso, la razón, la causa de nuestra vida, no es otra que el hecho de tener en nosotros, carnales, a Cristo que permanece mediante la carne y que nos ha de alimentar por ella en aquella condición según la cual él vive por el Padre⁶⁸.

⁶⁷ Mt 15,17
⁶⁸ Cf. Jn 6,58

Capítulo Noveno: De los diversos sacramentos del cuerpo del Señor y del nombre del sacramento.

Debemos saber que el sacramento de aquella carne o cuerpo espiritual del que mucho hablamos más arriba, es la carne o cuerpo de Cristo sacrificado en el ara de la cruz y en el altar y comido corporalmente.

Mas nadie me tenga por innovador porque llame cuerpo de Cristo al sacramento del cuerpo de Cristo. Pues también Pablo le dice a Timoteo: "Grande es el sacramento de la piedad que se manifestó en la carne"⁶⁹. Y también S. Ambrosio dice en el libro de Graciano que el unigénito "del Padre se manifestó a los hombres mediante el misterio de la encarnación". Y los demás doctores de la iglesia dicen que los que comen indignamente el cuerpo de Cristo lo comen sólo en el sacramento. Los cuales, sin embargo, comen el cuerpo de Cristo, como arriba lo establecimos, aunque no comen aquella carne que vivifica por el espíritu vivificante puesto que se les permite, por así decir, tropezar como a Judas, para su condenación, en aquella carne de la cual dice el Apóstol: "Y nos reconcilió en el cuerpo de su carne por su muerte"⁷⁰; carne que es el sacramento de aquella otra carne.

Por la admirable paciencia de Dios se les permite, que comiendo indignamente el cuerpo de Cristo — como

⁶⁹ 1 Tim 3,16
⁷⁰ Col 1,22

dice el Apóstol— crucifiquen de nuevo en sí mismos al propio Cristo y lo posean en apariencia, y en cierto modo, lo sujeten a sí, como a la fuerza, con manos indignas y manchadas, mientras sólo en el sacramento comen ese cuerpo que él mismo había preparado como alimento de vida eterna. Quienes, si no fuera que profesan la sangre de la Alianza considerarían qué "terrible es caer en manos del Dios vivo"⁷¹, al que ellos, mientras lo comen, le ponen encima sus sanguinarias manos al no discernir el cuerpo del Señor⁷².

Sin embargo, el dulce Jesús, mientras dura el tiempo de la paciencia con la cual soportó con amor a los judíos y que se burlaban de él, que lo escupían, que lo crucificaban, con esa misma paciencia tolera también ahora a estos que están junto a él, los cuales, propiamente hablando, no son mejores que aquéllos.

De modo que, como al principio dijimos, una cosa es la carne de Cristo, otra es el sacramento.

El sacramento es el signo de la realidad sagrada. Pero es el signo que, más allá de la especie que se ingiere, recuerda algo, lo hace venir al espíritu.

Mas, aquella carne de la que por el hecho de dar la verdadera vida se dice que es alimento, tiene asimismo como sacramento suyo la carne de Cristo que fue crucificado y que resucitó; porque las consideraciones

⁷¹ Hebr 10,31

⁷² 1 Cor 11,29

acerca de ésta, el por qué fuera asumida, el por qué de tal suerte dispensada, hace que aquélla venga al espíritu, y tomada fielmente con la boca del cuerpo, venga al espíritu como alimento. Y a su vez, la carne que fue crucificada, tiene la forma visible de pan como sacramento suyo, porque cuando en el sacramento se considera la fracción, la deposición, la elevación, etc. —que aunque se celebre allí visiblemente se entiende, con todo invisiblemente— recuerda, hace venir al espíritu de los fieles la muerte y sepultura, la ascensión al cielo y todo el orden de esa realidad de la cual es sacramento.

Además, porque el pan tiene la primacía entre todos los alimentos, aquella especie visible de pan puede ser el sacramento de su carne, y es designada como verdadera comida, porque alimenta para la vida verdadera.

Pero la carne material de Cristo, aún siendo un sacramento de la carne espiritual es, con todo, la verdadera carne de Cristo. Mas la especie de pan, considerada en sí misma, no es la carne o cuerpo de Cristo sino que éste es designado por medio de aquella, según es costumbre en las Escrituras donde de ordinario, los sacramentos toman los nombres de las cosas con las cuales tienen alguna similitud; y es por eso que son sacramentos de esas cosas.

"Pues si los sacramentos no tuvieran cierta seme-

janza con las cosas de las cuales son sacramentos, en modo alguno serían sacramentos"⁷³.

Por esta semejanza, así como a Cristo se le llama piedra, "la piedra —dice— era Cristo"⁷⁴, así al cuerpo del Señor puede también llamársele maná, aquel maná que los padres de los judíos incrédulos comieron como sacramento del cuerpo del Señor y murieron⁷⁵; no porque el maná fuera malo, sino porque de un modo malo lo comieron. Y por tal motivo, el cuerpo que el Señor asumió de nosotros, y aquel maná⁷⁶, comparados no por lo que son, sino por lo que significan, ciertamente que también son semejantes.

Pues ya fue suficientemente explicado más arriba que el cuerpo del Señor es sacramento de esta realidad.

También el maná es tipo de la misma realidad, y expresa la semejanza, no en una única realidad sino en muchas, lo que ahora sería largo de explicar; y por eso se le llama, con razón, sacramento de ella; y así, aunque el maná y el cuerpo del Señor no son una sola cosa, significan sin embargo una sola realidad, es decir, el pan que bajó del cielo.

Dice Agustín: "El maná fue figura de este pan; el altar de Dios es figura de este pan". Aquellos fueron sacramentos; también estos lo son.

73 AGUSTIN, Carta 23

74 1 Cor 10,4

75 Cf. Ex 16

76 Cf. Núm 11

Diversos en los signos; semejantes en la realidad que significan.

Todos comieron aquella misma comida espiritual; por cierto que esa misma comida espiritual, porque la corporal era otra; pues ellos comieron el maná, nosotros otra cosa, pero comieron el mismo alimento espiritual que nosotros.

Y todos bebieron la misma bebida espiritual; ellos una, nosotros otra; pero en la especie visible; porque, sin embargo, esto mismo era por la fuerza espiritual.

Porque ¿cómo bebieron la misma bebida? "Bebían, dice, de la piedra espiritual que los seguía. La piedra era Cristo"⁷⁷.

El mismo pan, la misma bebida. La piedra era Cristo en el signo; el verdadero Cristo que está en la carne y en el Verbo.

"Este es el pan que baja del cielo, para que quien lo coma no muera"⁷⁸; pero en lo que se refiere a la virtud del sacramento, no en lo que se refiere al sacramento visible. Quien lo come en su interior, no exteriormente; quien lo come con el corazón, no el que lo mastique.

"El pan, dice, que yo daré en mi carne para la vida del mundo"⁷⁹.

77 1 Cor 10,4

78 Jn 6,50

79 Ibid. 52

¿Cuándo podrá comprender la carne el que él llame carne al pan?

Llámase carne a lo que no capta la carne; y por eso, menos capta la carne el que a eso se le llame carne.

También por la misma razón de semejanza, el mismo cuerpo de Cristo que fue tomado de la tierra y aquella especie visible, sacramento suyo, son sacramentos del otro cuerpo de Cristo que es la Iglesia, cuya cabeza es Cristo⁸⁰.

Porque hay en el cuerpo diversidad de miembros, hay en la Iglesia diversidad de dones⁸¹; y la caridad reduce a la unidad aquella y esta diversidad.

Así como en el cuerpo los diversos miembros que se sirven, se ayudan, y se unen entre sí realizan la unidad del cuerpo, así también los miembros de la Iglesia, por la unión estrecha con su cabeza y bajo la misma, realizan mutuamente la hermosísima unidad de su cuerpo.

Y, además, considera aquellas especies a las cuales el Señor quiso encomendar su cuerpo y su sangre; esas realidades, en las que muchas cosas son reducidas a una sola. Pues de muchos granos resulta un solo pan, y de muchos granos de uva confluye un solo vino.

Todo esto es sacramento de la misma realidad. Y aunque estamos en aquel sagrado misterio por este sa-

80 Col 1,18

81 1 Cor 12,4

cramento de semejanza, más lo estamos mediante aquella recíproca comunión de las naturalezas.

Porque nuestra cabeza, Cristo Jesús, al hacerse lo que nosotros éramos hizo que nosotros fuéramos lo que él era.

Así, pues, por la unidad de naturaleza, por el amor del Espíritu, dondequiera esté aquél también allí estamos nosotros, hechos cuerpo y plenitud suya; lo que somos lo recibimos de él cuando comemos su cuerpo.

Capítulo Décimo: Recapitulación; cómo debemos pensar acerca del Sacramento.

Cuando hablamos acerca de la "res sacramenti" debemos considerar las cosas tal como son, y pensar espiritualmente las cosas espirituales.

Y cuando tomamos del altar la carne de Jesús, evitemos cuidadosamente no quedarnos con el pensamiento en la carne y procuremos ser vivificados por el Espíritu, ya que si no somos vivificados por el Espíritu la carne no nos aprovecha para nada.

Si con el pensamiento nos quedamos en la carne del Salvador, no sólo no seremos vivificados por el Espíritu sino que tampoco podremos comprender cómo la carne de Cristo-hombre pueda ser comida por el hombre; a no ser que lo entendamos como lo entendieron

aquellos duros de corazón, a los cuales les pareció dura la palabra de Cristo y se alejaron⁸².

Ellos la recibieron neciamente, la interpretaron de una manera carnal; creyeron que Cristo cortarían pedacitos de su cuerpo para dárselas a comer.

Aquel cuerpo del Señor debemos pensarlo espiritualmente y de modo divino, y debemos discernirlo humildemente de entre los demás alimentos, es decir, pensarlo como distinto de ellos. Y debemos también comer espiritualmente la carne espiritual de Jesús en el sacramento de su verdadera carne que se recibe en la mesa del altar.

Además, hemos de creer que nosotros no matamos ni despedazamos ni comemos al modo de la carne común esa carne crucificada y sepultada bajo su sacramento, sino que bajo la especie de pan se la administra incorruptiblemente, incorruptiblemente se la parte e inmola y nunca es consumida.

Pues no matamos al Señor impíamente sino que píamente lo sacrificamos, y así anunciamos la muerte del Señor hasta que El venga.

Mediante él realizamos humildemente aquí en la tierra lo que él, con gran poder, como Hijo a quien se lo escucha por su reverencia⁸³, realiza en el cielo donde,

82 Jn 6,67

83 Hebr 5,7

como mediador, intercede ante el Padre en favor nuestro⁸⁴. Y es propio de Cristo interceder por nosotros, ya que la carne que asumió por nosotros y de nosotros, obliga en cierto modo a Dios Padre en favor nuestro.

Sacrificamos el cuerpo de Cristo, cuando con fe certera y piadosa creemos que es santo y que santifica; y ofrecemos esta fe en honor suyo porque "Todos, el que santifica como los santificados, de uno solo" (vien-nen)⁸⁵.

No es necesario reiterar la muerte de Cristo porque de una vez por todas él se hizo poderoso para la salvación eterna. Cristo murió una sola vez⁸⁶ y se ofreció por nuestros pecados.

¿Y nosotros? ¿Acaso no ofrecemos todos los días? Ciertamente que sí, pero en memoria de su muerte; y una es la hostia, no muchas. ¿Cómo una y no muchas? Porque una sola vez se ofreció Cristo, y este sacrificio es imitación de aquél; por lo cual este sacrificio es el mismo, siempre el mismo. Además, porque es ofrecido en muchos lugares ¿hay muchos Cristos? De ningún modo, sino que en todas partes Cristo es uno solo; y aquí está Cristo entero y allí entero. Pues así como lo que se ofrece en todas partes es un cuerpo y no muchos, así también es uno solo el sacrificio.

84 1 Jn 2,1

85 Hebr 2,11

86 Cfr Rom 6,10; Hebr 7,27

Mas Cristo es el Pontífice que ofreció la hostia que nos purifica. También ahora ofrecemos la misma que entonces se ofreció, la cual, ciertamente, no puede ser consumida.

Lo que hacemos, lo hacemos en memoria de lo que se realizó. "Haced esto, dice, en memoria mía"⁸⁷.

No ofrecemos otro sacrificio sino siempre el mismo, pero realizamos la memoria de ese sacrificio. Y ofrecemos y consagramos los dones que de él hemos recibido y también nosotros nos ofrecemos y nos consagramos; y en las solemnidades y en determinados días consagramos y ofrecemos todo esto en su memoria. No sea que el sucederse de los tiempos nos haga caer en la ingratitud del olvido.

Capítulo Décimoprimer: Por qué se encuentran sentencias tan oscuras sobre los sacramentos en los Libros de los Padres.

Después que, sea como fuere, salimos de los temas intrincados, conviene considerar con más atención por qué se encuentran sentencias tan oscuras y difíciles en los escritos de los Santos Padres; sentencias que, a veces, pareciera que también se contradicen. De modo que, no sólo quienes las compilan con ánimo de polémica encuentran en ellas materia de error, sino que tam-

87 1 Cor 11,24

bién los que quieren cimentar con ellas la fe católica difícilmente consiguen explicarlas.

"Conviene —dice el Apóstol— que haya herejías, para que los probados se hagan manifiestos"⁸⁸. Lo que con toda evidencia se confirma en esto. Pues, con las controversias y discusiones sutilísimas de los arrianos, hicieron clara a todos la oscurísima sentencia sobre la Trinidad; ora los errores de Apolinario, Nestorio y Eutiques y de otros muchos herejes hicieron claras y evidentes en la Iglesia de Dios, las difíciles y embrolladas cuestiones acerca de la Encarnación del Señor.

Si hombres santos y eruditos no se hubieran visto obligados, por exigencia del tema que se ponía en duda, a pensar y a exponer algo más profundo sobre estas verdades, siempre hubieran permanecido oscuras para las inteligencias flacas de los hombres.

Así pues, como esta cuestión (de los sacramentos) no fue discutida por nadie, desde el comienzo de la Santa Iglesia hasta casi nuestros días, los Santos Padres no la defendieron, puesto que no era impugnada, sino que a veces, en sus tratados, sólo expusieron acerca de ella, lo que requería el tema que tenían entre manos.

Y dado que ellos no respondían a ninguna objeción —aún no habían surgido— lo que escribieron a duras penas si es suficiente para refrenarlas, una vez planteadas.

88 Ibid. 19

Por el contrario, porque en ese entonces no estaban vigilantes acerca de estos temas, dejaron en sus escritos sobre los sacramentos, muchas afirmaciones que, en su lugar y de acuerdo a su modo de pensar eran correctas, pero que sacadas de contexto por aquellos que gustan de disquisiciones y polémicas, parecían expresar algo distinto de lo que allí decían, y de lo que pensaba el que las escribió.

Pero los Padres también dejaron otras muchas cosas sobre este mismo tema que, bien dichas por ellos, pero en forma más oscura —como es natural que les sucediera a hombres que no podían prever que serían rebatidas— indebidamente interpretadas, ofrecen materia de error y discusión a los malintencionados.

Lo cual, quien esté familiarizado con los libros de S. Agustín no puede ignorar que le ha sucedido a él en muchas ocasiones.

En efecto, antes de que surgiera la herejía pelagiana, S. Agustín ya había escrito no pocas afirmaciones que aquella herejía, al surgir, tomó como defensa y justificación de su error, a tal punto que sus seguidores se jactaban de que aquel hombre plenamente católico pensaba como ellos.

De ahí viene el que S. Agustín sintiera la necesidad de publicar muchos libros sobre esta peste y de declarar frecuentemente que lo que había dicho sin error, debió haberlo dicho al menos de otro modo para evitar

la errónea interpretación de los lectores. Lo que puede saber quien haya leído los libros de sus Retracciones y otros que escribió.

Es más, también sobre este tema, es decir, sobre los sacramentos, le sucedió algo semejante al predicho varón. Pero a quien quiere desbarrar o enseñar el error nada le resulta lo suficientemente preciso como para que no lo pueda tergiversar con una interpretación mala.

Por otra parte, sin hablar ahora de otras cosas ¿quién podrá creer que este hombre doctísimo haya podido decir en sus escritos lo que él mismo no hubiera vacilado en desdeñar y rechazar a simple vista si lo hubiera dicho un ignorante?

¿Qué mayor ignorancia que la de decir en un mismo pasaje cosas en sí contradictorias?

Cuando habla del salmo 98 dice: "Recibió la carne de la carne de María, y en esa misma carne anduvo por el mundo; y esa misma carne nos la dio a comer para salvarnos". Y muy poco después: "No habéis de comer este cuerpo que veis ni habéis de beber la sangre que han de derramar los que me crucifiquen".

¿Puede haber algo más contrario?

Pero el lector avisado que lee estas cosas de Iglesia con esa benevolencia con la que los seglares leen las del siglo —entre los cuales goza de mayor prestigio el que ha podido dictaminar qué autor ha escrito

con mayor precisión — no duda que más bien sería él el equivocado si quisiera convencer de que aquél se equivoca en algo.

Quien así — digo — lee el libro de un doctor de la Iglesia, si encuentra en él algo en cierto modo dudoso o inquietante, no lo combate al punto, execrándolo, sino que indaga el sentido, lo interpreta, lo rectifica en función del contexto y de otros escritos del mismo autor; y por último, prefiere confesar su ignorancia y su incapacidad antes que acusarlo de error.

Así debemos interpretar aquello de S. Agustín, que el cuerpo es el mismo y no el mismo.

Ciertamente es el mismo en la esencia material, pero no lo es en la forma visible.

Pero lo que dijimos que le pasó a Agustín, le pasó también a S. Jerónimo con los origenistas y los pelagianos, y a otros doctores acerca de otras herejías; lo cual no puede ignorar quien esté familiarizado con la literatura eclesiástica.

Ahora bien, como ya dijimos, en las diversas herejías que cada una a su tiempo impugnaron la piedra edificada sobre la piedra⁸⁹ y que por la solidez de esta piedra se quebraron como vasijas de barro al golpear contra ella, ni se menciona esta cuestión, excepto en la herejía nestoriana, en la cual sus defensores separaban por

⁸⁹ Cf. Mt 16,18

completo en la persona de Cristo, la naturaleza divina de la humana, negando totalmente que María es "theotokos", es decir, madre de Dios, y afirmando que era madre únicamente del hombre. Estos, cuando eran interrogados acerca del cuerpo de Cristo que tomamos del altar — que ellos confiesan que existe — tergiversaban con herética temeridad a favor de su error las palabras del Señor que dice: "Si no comiéreis la carne del Hijo del Hombre"⁹⁰ y lo demás.

Con estas palabras intentaban probar que lo que allí tomamos es sólo la carne del Hijo del hombre; evidentemente, si confesaran que aquello es el cuerpo del Señor se contradirían, pues admitirían que en Cristo, Dios y hombre, se da unidad de persona.

Decían, pues, que aquella era la carne del hombre santificado y unido al Verbo según la unidad de la dignidad, o como la del que posee la divina inhabitación. Contra ellos se celebró, con el apoyo del papa Celestino y de Cirilo de Alejandría, el Concilio de Efeso, uno de los cuatro Concilios que S. Gregorio, en la suprema cumbre de la autoridad, instituyó.

En el cual los obispos allí congregados, para rebatir el pestilente error de los que desbarraban, escribieron a Nestorio, inventor de este mal: "Nos acercamos a las bendiciones místicas y somos santificados, hechos partícipes del santo Cuerpo y de la preciosa Sangre, no por

⁹⁰ Jn 6,54

tomar carne corriente ¡librenos Dios!, ni carne de varón santificado y unido al Verbo en unión de dignidad, o como la del que posee la divina inhabitación, sino por tomar en verdad carne vivificante y hecha por la propia del mismo Verbo. Pues Dios, que es la Vida por naturaleza y está unido a la carne, declara que es vivificante.

Y por eso, aunque nos diga: En verdad, en verdad os digo, si no comiéreis la carne del Hijo del hombre y no bebiéreis su sangre, con todo, no debemos considerar como carne del solo hombre esa que tomó de nosotros. Pues ¿cómo podría ser vivificante la carne del hombre según su naturaleza?

Verdaderamente fue la propia carne de aquél que por nosotros se hizo y fue llamado hijo del hombre. Y hacia el final del Concilio: "Si alguno no confiesa que la carne del Señor es vivificante y propia del mismo Verbo de Dios Padre, sino de otro fuera de El, aunque unido a él por dignidad, o que sólo tiene la inhabitación divina, y no más bien, que es vivificante porque se hizo propio del Verbo que tiene poder de vivificarlo todo, sea anatema"⁹¹.

Capítulo Décimosegundo: De los tres cuerpos del Señor.

Cualquiera que lee asiduamente los tratados de los Santos Padres, y quiere abordar sin tropiezo estos escri-

⁹¹ Conc. de Efeso, Carta a Nestorio.

tos y otros semejantes, debe imponerse como criterio de interpretación la simplicidad de la fe, de esa fe que los Padres católicos, como se sabe, predicán algunas veces de un modo más oscuro, otras de un modo más claro.

Pero prefiera su propia opinión a lo que a primera vista se le presenta, cuando encuentre que las conclusiones de esas afirmaciones no cumplen o exceden el prescrito criterio de fe, y no dude que son erróneas, ya que evidentemente no concuerdan con la verdad.

Y cuando vea que sus sentencias concuerdan con la fe, alégrese de haber hallado la verdad; cuando no, respete su parecer y más bien acúcese a sí mismo de torpeza para entender.

Y porque el Espíritu de la verdad nos ha enseñado ya desde hace tiempo toda la verdad⁹² por medio de los apóstoles y de los varones apostólicos, no debemos someter la fe al control de la razón sino que debemos rectificar las elucubraciones de la razón sometiéndolas al control de la fe.

Y según el precepto del Apóstol, es necesario destruir toda altivez que se alza contra la ciencia de Dios, y reducir a cautividad todo entendimiento, en servicio de Cristo⁹³.

Por lo tanto, siempre que un lector avisado encuen-

⁹² Jn 16,13

⁹³ 2 Cor 10,4-5

tre en esos libros algo sobre la carne o cuerpo de Jesús-Dios, vuelva a aquellas tres deficiones de su carne o cuerpo que más arriba indiqué y que di a conocer no por presunción o según mi propia opinión sino que las extraje de las sentencias de los Padres, para que pueda ver y discernir de qué manera se habla allí del cuerpo o carne de Jesús; y así pueda conformar su inteligencia al pensamiento del escritor.

Pues, de un modo debemos pensar aquella carne o cuerpo que pendió del madero y es sacrificada en el altar; de otro su carne o cuerpo que da la vida eterna al que la coma; y de otro, la carne o cuerpo que es la Iglesia.

Pues también se dice que la Iglesia es la carne de Cristo: "Esto sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne"⁹⁴. "Este misterio —dice el Apóstol— es grande. Pero entendido de Cristo y de la Iglesia"⁹⁵.

No porque describamos a Cristo como si tuviera tres cuerpos, al modo de aquel Gerión de la fábula, ya que el Apóstol atestigua que el cuerpo de Cristo es uno, sino que la inteligencia y el amor hacen esta diversidad recurriendo, en cierto modo, a la fe.

Mas la simplicidad de su fe alcanza la verdad pura. Pues no debemos entender esta trinidad del cuerpo del Señor como si fuera el mismo cuerpo del Señor, ni pen-

⁹⁴ Gén. 2,23

⁹⁵ Ef 5,32

sarla según su esencia, según su unidad, y según su efecto. Pues de suyo, el cuerpo de Cristo se presenta a todos como alimento de vida eterna, y a los que lo reciben con fidelidad, les hace vivir una misma vida con él tanto por el amor del espíritu como por la participación de su misma naturaleza, siendo él la cabeza del cuerpo de la Iglesia.

Además, como en las Escrituras —conforme lo dijimos más arriba con palabras de S. Agustín— los sacramentos toman a menudo los nombres de las cosas de las cuales son sacramento, eso visible, presente a los ojos en el sacramento del Cuerpo del Señor, se llama a veces en las Escrituras, cuerpo de Cristo. Y en otros escritos semejantes, el lector avezado, no inexperto en la lectura sacra de estos libros, debe discernir con discreción qué interpretación requiere cada uno de ellos.

Por consiguiente, si encuentra algo objetable, vea con cautela cómo lo puede resolver, a la luz de las sentencias de los Padres que añadimos aquí, y de muchas otras que se encuentran por doquiera a través de todos sus tratados.

Diversas sentencias de los Santos Padres sobre el Cuerpo del Señor

AGUSTIN: "Hasta que se acabe el mundo estará arriba el Señor; sin embargo, también está aquí con nosotros la verdad del Señor. El cuerpo del Señor en el cual resucitó convenía que estuviera en un único lugar mas su verdad se encuentra en todas partes".

AMBROSIO, Carta a los Hebreos: "Uno es Cristo en todas partes, y aquí existe entero y allí entero pues así como lo que se ofrece en todas partes es un cuerpo y no muchos, así también es uno el sacrificio".

AGUSTIN, Sobre la Doctrina Cristiana: "Si no comiéreis la carne del Hijo del hombre", etc. Hay aquí una figura por la cual se nos prescribe participar en la pasión del Señor y esconder suave y útilmente en la memoria el recuerdo de que por nosotros su carne ha sido crucificada y sepultada".

AGUSTIN, La Ciudad de Dios: "No hay que decir que comen el cuerpo de Cristo, los que no son contados entre los miembros de Cristo. Y también él mismo dice: Quien come mi carne, etc. Como si dijera: que aquel que no permanece en mí se cuida de decir o de creer que come mi cuerpo".

JERONIMO, en la Carta a los Efesios: "De dos maneras puede entenderse la carne de Cristo: ya aquella

espiritual y divina de la cual él mismo dice: 'Mi carne es verdadera comida'; ya aquella carne que fue crucificada y sepultada".

JERONIMO, en Isaías: "En sentido figurado podemos decir que todos los que aman más las delicias que a Dios, se santifican en los jardines y en los umbrales; porque no pueden entrar hasta los misterios de la verdad, ni comer los alimentos de la piedad mientras no son santos de cuerpo y de alma; y no comen la carne de Jesús ni beben su sangre, acerca de lo cual él mismo dice: 'Quien come mi carne y bebe mi sangre', etc."

JERONIMO, en Ageo: "Santo es lo que se ofrece en el altar, pero no quedas santificado, tanto por las oblações como por el hecho de que habitas en los valles; y si participas de las obras muertas, quedas impuro".

Y también en el Salmo 103: "Dios saca el pan de la tierra y el vino que alegra el corazón del hombre. Desde el campo del cuerpo terrenal que tomó de nosotros, ofreció el misterio del pan celestial y el de la bebida de la salvación con lo cual se alimenta la Iglesia".

Y también en Isaías: "Los sacia con la flor del trigo. Por esta flor no ha de entenderse sino aquella carne mística, respecto de la cual el Señor, exhortando a los discípulos, decía: Si no comiereis mi carne, etc. De ahí que fuera entregado en el valle de Getsemaní que significa valle rebosante de aroma".

AGUSTIN, sobre Juan: "La virtud espiritual del sacramento es como la luz, y la reciben pura aquellos

que han de ser iluminados, y aunque pase por lugares inmundos no se mancha. También el que fuera ministro soberbio es como Zabulón, pero no se contamina".

JERONIMO, en Sofonías: "También los sacerdotes que están al servicio de la eucaristía, y distribuyen a su pueblo la sangre del Señor, obran impiamente contra la ley de Cristo si creen que las palabras del que ruega y no su vida hacen este sacramento; y que sólo es necesario la oración solemne y no los méritos de los sacerdotes".

AGUSTIN, sobre Juan: "Judas, con los santos discípulos del Señor entraba y salía; igualmente que ellos se acercó a la misma cena del Señor: de un mismo pan comieron Pedro y Judas, pero Pedro para la vida y Judas para la muerte".

También en el tratado sobre la Penitencia: "El trozo de pan del Señor fue veneno para Judas; cuando lo recibió, entró el enemigo en él. No porque recibiese algo malo, sino porque él, malo, recibió malamente el bien".

Y también: "Viven sus corazones por los siglos de los siglos. Porque es alimento del corazón, no del vientre".

Ambrosio: "Este alimento no es del cuerpo".

Y: "Este pan no es el que va al cuerpo".

AGUSTIN, La Ciudad de Dios: "Quien come mi carne, etc." Muestra qué es comer, no sólo sacramentalmente sino también de un modo real el cuerpo de Cristo. Esto es permanecer en Cristo, para que Cristo permanezca en él".

Y Contra Fausto: "¿Qué son los sacramentos corporales sino ciertas palabras visibles del sacrificio, pero susceptibles de cambio y temporales?".

También en el tratado sobre el Bautismo: "Si aplicamos nuestro entendimiento a las cosas visibles con las que se realizan los sacramentos, no podemos negar que son corruptibles. Pero si pensamos en lo que a través de ellas se realizan ¿quién creará que pueden corromperse?".

Y en el tratado a Pedro, sobre la fe: "La santa iglesia no cesa de ofrecer por toda la tierra en la fe y en la caridad el sacrificio del pan y del vino."

Y en el Sermón sobre los Sacramentos: "Nos dio en este sacramento su cuerpo y su sangre, y ha hecho también de nosotros su cuerpo y su sangre. Pues nosotros somos su cuerpo y por su misericordia recibimos de él lo que somos."

Recordad, vosotros no existíais y fuisteis creados. Fuisteis traídos a la era del Señor; fuisteis triturados por el trabajo de los bueyes, es decir, de los que anuncian el Evangelio; durante vuestro catecumenado se os guardaba en el granero; dísteis vuestros nombres⁹⁶;

⁹⁶ Migne: *numera*. Hay que leer: *nomina*.

de algún modo comenzásteis a hacer cosas mayores y luego os habéis acercado al agua, y el calor del Espíritu os ha cocido⁹⁷ y llegásteis a ser pan del Señor. He aquí lo que habéis recibido. Así como veis la unidad en lo que se ha realizado en vosotros, así también sed una misma cosa, amándoos, teniendo una misma fe, una misma esperanza, una indivisa caridad.

Lo mismo sucede con el vino que, hecho de muchos racimos, es también uno en la suavidad del cáliz, después de haber sido estrujado en la prensa.

Así vosotros, después de tantos ayunos, habéis entrado de algún modo, a formar parte del cáliz de Cristo. Y allí estáis vosotros, y con vosotros también nosotros, puesto que estamos juntos, juntos bebemos esto y juntos recibimos la vida".

Y a Bonifacio: "Con frecuencia decimos, cuando se acerca la Pascua: 'Mañana o pasado mañana será la pasión del Señor', aunque el Señor haya padecido hace muchos años y su pasión no haya tenido lugar más que una sola vez."

En el mismo día domingo decimos: 'Hoy resucitó el Señor', aunque han pasado muchos años desde su resurrección."

Sin embargo, no habrá nadie tan necio que nos acuse de mentirosos cuando hablamos así, porque nombramos tales días por su semejanza con aquellos otros en que estas cosas sucedieron."

Decimos que es el mismo día, aunque no es el mis-

⁹⁷ Aquí el texto de Migne resulta incomprensible.

SACRAMENTO

mo, sino que es otro semejante a él en el rodar de los tiempos.

Y cuando nos referimos a la celebración del sacramento del altar, decimos que en ese día acontece lo que no en ese día sino antaño aconteció.

¿Acaso no fue inmolado Cristo una sola vez en persona, y es inmolado no sólo en las solemnidades de la Pascua sino que es inmolado cada día entre los pueblos? Por eso no miente quien, al ser interrogado, contesta que es inmolado ahora.

Si los sacramentos no tuvieran cierta semejanza con aquellas realidades de que son sacramentos no serían en absoluto sacramentos. Por esa semejanza reciben, de ordinario, el nombre de las mismas realidades, así como según su modo peculiar el sacramento del cuerpo de Cristo es el Cuerpo de Cristo; el sacramento de la sangre de Cristo es la Sangre de Cristo, así también el sacramento de la fe es la fe".

Y también sobre Juan: "La carne fue un vaso. Considera lo que tenía, no lo que era. Que el Espíritu se acerque a la carne, como la caridad a la ciencia. Y aproveche al máximo".

Y JERONIMO en la Carta a los Efesios: "Así como en los animales la cabeza tiene sometidos a sí a los miembros, entre los cuales hay algunos defectuosos y débiles, así también nuestro Señor Jesucristo, puesto que es cabeza de la Iglesia, tiene sometidos a sí todos aquellos miembros que se congregan en la Iglesia, tanto a los santos como a los pecadores; pero a los santos los

tiene de buen grado, mas a los pecadores, por necesidad. Y de este modo logra que también los enemigos estén sometidos a sus pies".

Y en Oseas: "Por el trigo y el vino los herejes se hacen incisiones en los falsos misterios del cuerpo y de la sangre de Cristo, y construyen diversos tabernáculos, y son reducidos a la nada: pues si Dios es la verdad, todo lo que es contrario a la verdad es mentira, y debe ser llamado "nada"."

Y también en el tratado sobre el Salmo 145: "Da pan a los hambrientos: Hay quien piensa que se refiere al pan celestial del sacramento. Y ciertamente es esto lo que recibimos. Porque en verdad es la carne de Cristo. Digámoslo de otra manera: el pan es Cristo, su carne es la palabra divina y la doctrina celestial que alimenta nuestra alma".

**Concluye el Libro del Señor Guillermo
acerca del
Cuerpo y de la Sangre del Señor**

INDICE BIBLICO

I — "DIALOGO CON DIOS"

GENESIS:

1,1	pág. 147
1,2	" 85
1,26	" 85; 122
1,27	" 175; 221
1,31	" 122
2,15	" 122; 175
2,17	" 122
2,23	" 165
2,25	" 175
3,1-10	" 122; 147
3,17	" 122; 147
3,18-19	" 122; 219
3,21	" 175
6,6	" 122
6,16	" 147
7,6	" 147
30,14-15	" 200
31,1-3	" 200
31,1-7	" 200
31,39	" 200

EXODO:

3,1-2	pág. 122
3,6	" 109; 122
3,14	" 122
8,14	" 97
20,26	" 183
33,19	" 85
33,20	" 109; 110; 155; 156
33,35	" 109
39,10	" 109

LEVITICO:

9,6	pág. 109
15,12	" 85
25,46	" 183

DEUTERONOMIO:

6,4	pág. 97
7,14	" 122
13,16	" 122
28,23	" 219
28,29	" 199
31,11	" 109
32,10	" 219
32,52	" 219

I REYES:

3,18	pág. 199
------	----------

III REYES:

1,1	pág. 200
1,20	" 200
19,11-12	" 97

PARALIPOMENOS:

12,18	pág. 122
-------	----------

ESTER:

6,6-9	pág. 110
-------	----------

JOB:

5,24	pág. 183
7,20-21	" 219
13,24-25	" 199
13,26	" 219
13,30	" 219
14,5	" 147
36,3	" 221
38,11	" 199
39,7	" 122

II CRONICAS:

15,3	pág. 221
------	----------

SALMO:

1,4	pág. 175	30,21	pág. 122; 165; 175; 199
2,12	" 219	33,3	" 97; 122; 220
4,7	" 175	33,6	" 97; 110
5,13	" 221	33,9	" 110; 122
6,3	" 229	34,10	" 199
6,4	" 97	35,3	" 80; 200
6,6	" 165; 199; 147	35,10	" 165
9,8	" 219	37,18-19	" 219
9,14	" 229	38,5	" 175; 220
10,4	" 147	39,8-9	" 165; 199
10,7	" 165	39,18	" 175
10,8	" 165	41,3	" 109
11,9	" 85	41,4	" 122; 221
12,1	" 97	41,5	" 147
15,2	" 122; 199	41,6-7	" 149
15,9	" 220	42,1	" 219
15,11	" 109; 155	42,3	" 199
16,1	" 219	43,4	" 155
16,2	" 109; 155	43,5	" 229
16,15	" 109	45,2	" 122
18,8	" 165; 199	45,5	" 183
18,12	" 122	48,9	" 147
19,8	" 221	49,5-6	" 147
19,15	" 109	50,3	" 132
20,4	" 132	50,5	" 155
20,10	" 165	50,14	" 175
21,12	" 219	50,21	" 97
24,7	" 199; 219	51,3	" 85
25,2	" 85; 221	51,5	" 86
25,11	" 180	54,8	" 122
26,4	" 165	54,16	" 147
26,8-9	" 109; 155; 165; 175	56,8	" 199
26,13	" 147; 219	58,5	" 175
29,5	" 147	58,7	" 97
29,8	" 155	58,14	" 97
30,6	" 229	62,2	" 155; 221
30,13	" 97	62,3	" 97; 165; 147
30,16	" 199	66,2	" 219
30,20	" 221	67,2	" 109
		67,29	" 85
		68,4	" 199

pág. 147; 219

68,5	" 219
68,14	" 199
68,18	" 221
70,15-16	" 221
70,17	" 122; 155
70,20-21	" 199
72,24	" 155
72,76	" 122
75,3	" 219
76,11	" 156
76,19	" 199
79,8	" 165
79,17	" 122
80,6	" 165
80,11	" 110
81,6	" 221
83,3	" 220
83,6	" 147
84,2	" 122
84,6	" 165
84,11	" 147
84,13	" 219
87,15	" 122
87,16	" 109
88,6	" 147
88,9	" 155
88,16-19	" 229
88,50	" 229
89,1	" 164
90,4	" 219
93,1	" 165; 229
93,19	" 122
94,7	" 147
97,2	" 122
98,19	" 122; 199
102,1	" 219
103,15	" 199
107,2	" 183
109,1	" 147
109,4	" 221
111,3	" 147
113,11	" 147
113,24	" 147

115,16	pág. 122
118	" 156
118,18	" 220
118,21	" 122; 147
118,32	" 199
118,81	" 109
118,83	" 132
118,94	" 229
118,106	" 175; 229
118,121	" 122
118,131	" 97
118,132	" 199
118,175	" 219
122,1	" 97; 147
123,2-5	" 221
124,1-2	" 147
127,2	" 183
128,3	" 175
131,16	" 183
132,1-3	" 147
133	" 156
134,8	" 219
136,4	" 122
137,7	" 219
138,3.5	" 132
138,15-16	" 229
142,2	" 155
142,6	" 97
142,9-10	" 175; 229
143,6	" 165
144,8-9	" 122
148,8	" 147
160	" 156

PROVERBIOS:

1,7	pág. 299
3,32	" 221
13,24	" 229
24,12	" 155
25,27	" 110
26,11	" 132

ECCLESIASTES:

4,10-11	pág. 97; 122
4,12	" 200
15,3	" 220

CANTAR DE LOS CANTARES:

2,14,16	pág. 165
3,10	" 183
4,1-3	" 221

SABIDURIA:

1,1	pág. 110
1,4	" 85
4,12	" 200
6,7	" 85
6,16	" 110
7,25-26	" 220
8,1	" 183; 221
9,5	" 221
9,9-10	" 97; 229
11,21	" 97
11,24	" 122

ISAÍAS:

6,1	pág. 183
6,11	" 97
11,6	" 122
11,9	" 122
12,3	" 175
26,9	" 122
26,10	" 175
46,4	" 85; 229
51,13	" 165
55,11	" 122
57,15	" 110
59,2	" 219
63,5	" 229
64,1	" 97
64,7	" 97; 165

JEREMÍAS:

2,24	pág. 122
3,3	" 165

4,1	" 199
4,10	" 200
4,26	" 165
20,7	" 229
23,24	" 147
31,18	" 199

LAMENTACIONES:

3,1	pág. 122
3,29	" 122
3,30	" 165
3,44	" 97
3,65	" 97
5,6	" 200
5,16	" 200

BARUC:

3,11	pág. 122
------	----------

EZEQUIEL:

3,14	pág. 175
34,14	" 122

DANIEL:

9,23	pág. 110
10,11	" 110
10,19	" 110

OSEAS:

2,18	pág. 122
2,21-23	" 122
10,11	" 200

AMOS:

6,4	pág. 132
-----	----------

JONAS:

2,3	pág. 175
-----	----------

HABACUC:

2,6	pág. 97
3,2	" 132

ZACARÍAS:

1,3	pág. 199
14,7	" 147

MATEO:

4,2	pág. 165
5,3	" 221
5,4	" 221
5,16	" 221
5,24	" 175
5,35	" 156
6,9	" 122; 147
7,14	" 229
8,12	" 147
8,22	" 229
9,10	" 165
10,33	" 219
10,47	" 200
11,19	" 165
11,27	" 109; 110
11,28	" 199
11,30	" 122; 229
13,30	" 219
13,44	" 183
14,5	" 132
14,23	" 132
15,21-28	" 97
15,23	" 199
15,32	" 221; 229
17,4	" 110
18,8-9	" 199
18,20	" 147
18,29	" 199
19,21	" 183; 199
24,29	" 97
25,12	" 97
25,21	" 147
25,31-33	" 165
26,41	" 122
27,51	" 132
27,52	" 132
28,7	" 147

MARCOS:

6,33	pág. 200
7,24-30	" 97
10,4	" 199

10,5	pág. 175
10,49-51	" 199
11,24	" 122
13,34	" 200
14,8	" 132; 229
14,36	" 132

LUCAS:

5,11	pág. 199
7,39	" 132
7,47	" 132; 219
7,50	" 132
8,2	" 165
9,26	" 219
10,21	" 132
10,39-42	" 200
11,2	" 122
11,61-62	" 165
12,49	" 109
16,25	" 132
18,35	" 109
19,9	" 97
22,19	" 165
22,28	" 132
22,31-32	" 132
22,42-45	" 132
23,34-36	" 132
23,45	" 97; 132
24,27-32	" 110

JUAN:

1,3-4	pág. 85
1,5	" 156
1,12	" 156
1,13	" 132
1,14	" 147
1,38	" 147
3,8	" 210; 221
3,19	" 156
4,24	" 183
5,27	" 132
5,35	" 156
6,33	" 220

6,45	pág. 221
8,32	" 200
10,2-9	" 147; 183
10,9	" 147; 200
10,11	" 200
10,30	" 183
11,41-42	" 132
12,4-6	" 132
13,1	" 183
13,13	" 147
13,33	" 147
14,4	" 199
14,5	" 199
14,6	" 85; 147; 183; 200
14,10-11	" 147
14,13	" 122; 147; 200
14,20	" 147
14,23	" 183
15,13	" 147; 200
15,16	" 85
16,23	" 122
17,3	" 110
17,9	" 132
17,21	" 165
17,23	" 147
19,34	" 147
20,27	" 147
20,28	" 183
21,15-7	" 155
21,17	" 199; 220

HECHOS:

17,28	pág. 109
22,17	" 97

ROMANOS:

1,28	pág. 165
3,21	" 147
7,24	" 110
8,3	" 132
8,26	" 122; 221
8,32	" 147
9,15-16	" 85

9,19	pág. 85
9,20	" 85
9,21	" 85
10,4	" 229
11,35	" 85
12,2	" 122

I CORINTIOS:

2,7	pág. 221
3,12	" 183
5,5	" 229
7,23	" 200
9,27	" 175
11,3	" 132
11,25	" 165
11,27	" 165
12,3	" 147
15,42-43	" 221

II CORINTIOS:

1,22	pág. 223
3,13	" 109
3,16	" 183
3,18	" 110
6,1	" 85

GLATAS:

2,16	pág. 122
4,6	" 122
6,4	" 183

EFESIOS:

2,3	pág. 122; 147
2,10	" 122
3,6	" 147
3,9	" 147
3,10	" 210
3,19	" 183
4,10	" 147
4,22	" 165
5,19	" 97
5,26	" 165

FILIPENSES:

1,6	pág. 221
2,3	" 200
2,5	" 110
4,13	" 175

COLOSENSES:

2,9	pág. 147
2,14	" 109

I TESALONICENSES:

5,16-17	pág. 122
---------	----------

II TESALONICENSES:

1,31	pág. 175
------	----------

I TIMOTEO:

4,2	pág. 165
-----	----------

II TIMOTEO:

4,1	pág. 165
-----	----------

TITO:

2,11-12	pág. 147
3,4	" 147
3,5	" 165

HEBREOS:

1,3-4	pág. 183
4,12-13	" 199
5,1	" 183
5,6	" 147
5,7	" 132; 165
5,8	" 165
5,12	" 183

9,4	pág. 165
10,26-30	" 132; 165
10,31	" 132
12,3-4	" 200

SANTIAGO:

1,17	pág. 97; 147
3,17	" 110
4,6	" 85

I PEDRO:

4,18	pág. 165
5,5	" 165

II PEDRO:

2,15	pág. 199
2,22	" 132

I JUAN:

1,1	pág. 183
2,16	" 132
3,1	" 110; 147
3,2	" 110; 147; 155; 183
3,9	" 147
3,16	" 200
4,16	" 110; 229

APOCALIPSIS:

2,17	pág. 110
3,17	" 109
4,1	" 147
9,2	" 97
11,19	" 147
21,1.5	" 122

II — "SACRAMENTO DEL ALTAR"

GENESIS:

2,23	pág. 306
------	----------

EXODO:

12,7	pág. 287
16,8	" 292

NUMEROS:

1,1	pág. 292
-----	----------

JOB:

26,7	pág. 253
------	----------

SALMO:		21,19	pág. 253; 265
13,1	pág. 252		
15,2	" 277	HECHOS:	
15,10	" 255	1,6.11	pág. 269
18,6	" 265	ROMANOS:	
23,2	" 253	6,10	pág. 297
46,6	" 269	9,18	" 285
80,17	" 282	I CORINTIOS:	
90,10	" 287	1,25	pág. 253
103,15	" 271; 282	1,27-28	" 277
106,3	" 254	2,8	" 168
127	" 2	3,2	" 261
PROVERBIOS:		10,4	" 292; 293
31,17-27	pág. 281	11,19	" 299
ISAIAS:		11,24	" 298
65,3-4	pág. 284	11,29	" 284
OSEAS:		11,31	" 290
11,4	pág. 279	12,4	" 294
MATEO:		15,20	" 264
5,3	pág. 261	15,54	" 264
15,17	" 288	II CORINTIOS:	
16,18	" 302	5,16	pág. 263
LUCAS:		6,15	" 286
2,1	pág. 250	8,15	" 253
2,34	" 249	10,4-5	" 305
15,5	" 271	13,4	" 266
JUAN:		GALATAS:	
1,3-4	pág. 268	5,6	pág. 280
3,13	" 268	EFESIOS:	
6,50	" 293	1,18	pág. 249
6,52	" 293	5,32	" 306
6,54	" 270; 282; 303	FILIPENSES:	
6,56	" 270	2,9	pág. 264
6,57	" 281	COLOSENSES:	
6,58	" 288	1,17	pág. 267
6,61	" 252	1,18	" 294
6,67	" 296	1,19	" 264
12,24	" 282	1,22	" 289
16,13	" 305		

I TESALONICENSES:		10,31	" 290
5,23	pág. 255	10,38	" 262
I TIMOTEO:		11,6	" 262
3,16	pág. 289	13,8	" 263
HEBREOS:		SANTIAGO:	
1,3-4	pág. 267	4,14	pág. 271
2,11	" 297	I JUAN:	
2,17	" 263	2,1	pág. 297
5,7	" 264; 296	4,16	" 277
7,27	" 297		

INDICE GENERAL

Contenido	7
Nota del Editor	9

DIALOGO CON DIOS

Introducción	11
I Meditación: Prescencia divina y predestinación	77
II Meditación: Deseo ardiente y doloroso de Dios	87
III Meditación: Deseo de la experiencia de Dios	99
IV Meditación: Huída a la soledad para orar y encontrar a Dios	109
V Meditación: Vuelta a Dios por la compunción y el amor	123
VI Meditación: Deseo de morir para ver a Dios	133
VII Meditación: Aquí abajo se puede ver una faz de Dios ..	149
VIII Meditación: Dios nos llama a su familiaridad	157
IX Meditación: Victoria sobre las distracciones	167
X Meditación	177
XI Meditación: El ardiente deseo de la vida contemplativa	185
XII Meditación: La miseria humana no obstaculiza ni la visión ni el amor	203
XIII Meditación: Peso de la soledad cisterciense	223

SACRAMENTO DEL ALTAR

Introducción	233
Carta de Guillermo a un monje	249
Prólogo de Dom Guillermo a san Bernardo	259
Capítulo I: Qué debemos pensar acerca del cuerpo del Señor, y qué acerca del hecho de que esté en diversos lugares a un mismo tiempo y sin embargo no en todas partes	263

Capítulo II:	De qué modo nos es necesaria ahora la presencia del Cuerpo del Señor	270
Capítulo III:	De la especie visible en el sacramento del Cuerpo de Cristo	272
Capítulo IV:	Qué se realiza en el sacrificio según la naturaleza y qué fuera del orden de la naturaleza ..	273
Capítulo V:	De la manducación espiritual del Cuerpo de Cristo	276
Capítulo VI:	Del doble Cuerpo de Cristo	281
Capítulo VII:	Que a menudo se recibe un cuerpo del Señor sin el otro	283
Capítulo VIII:	De la manducación corporal del Cuerpo del Señor	286
Capítulo IX:	De los diversos sacramentos del Cuerpo del Señor y del nombre del sacramento	289
Capítulo X:	Recapitulación: cómo debemos pensar acerca del Sacramento	295
Capítulo XI:	Porqué se encuentran sentencias tan oscuras sobre los sacramentos en los libros de los Padres	298
Capítulo XII:	De los tres Cuerpos del Señor	304
Apéndice:	Diversas sentencias de los Santos Padres sobre el Cuerpo del Señor	309
INDICE BIBLICO		317
INDICE GENERAL		327
SIGLAS		329

SIGLAS

Adv. Abael	"Disputa contra Abelardo"	P.L.	180
AEn.	"Enigma de la fe"	" "	" "
Spec.	"Espejo de la fe"	" "	" "
Cant. Amb.	"Comentario del Cantar según S. Ambrosio" ..	" "	15
Cant. Greg.	"Comentario del Cantar según S. Gregorio" ..	" "	180
Cont.	"De la contemplación de Dios"	" "	184
Epist.	"Carta de Oro"	" "	" "
Exp.	"Comentario sobre el Cantar de los Cantares"	" "	180
Exp. Ro.	"Comentario sobre la Carta a los Romanos" ..	" "	180
Med.	"Diálogo con Dios" (Meditaciones)	" "	" "
Nat. am.	"De la naturaleza y dignidad del amor" ..	" "	184
Nat. corp.	"De la naturaleza del cuerpo y del alma" ..	" "	180
Sac.	"Del Sacramento del Altar"	" "	" "
Or.	"Oración de Dom Guillermo"	S. Ch.	61
Vita	"Vida de San Bernardo"	P.L.	185

Para una introducción a la persona, obra y doctrina de Guillermo de Saint-Thierry, consultar PADRES CISTERCIENSES 1.

Abreviaturas

PP. CC.: serie PADRES CISTERCIENSES
P. de C.: colección PAIX DE CITEAUX
S. Ch.: colección SOURCES CHRETIENNE



Al celebrar el 19 de marzo de 1977 la
fiesta de SAN JOSE, esposo de la VIRGEN
MADRE, se terminaron de imprimir mil
ejemplares de esta obra en los talleres de
GRAFITAN (Bmé. Mitre 828) de la vecina
ciudad de TANDIL, ARGENTINA.

